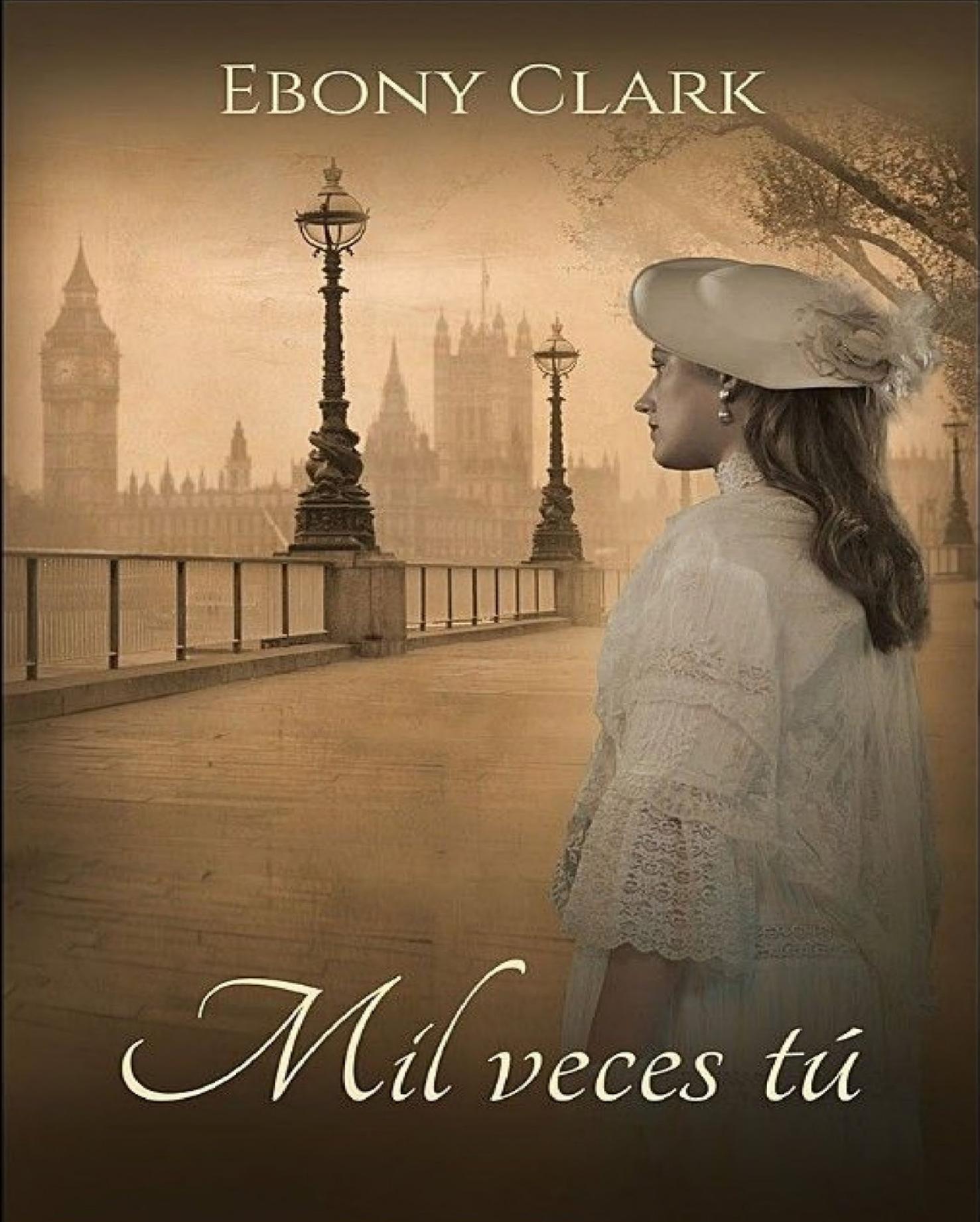


*Selecta*

EBONY CLARK

*Mil veces tú*

A sepia-toned photograph of a woman in profile, facing left. She is wearing a white lace dress and a large, light-colored hat with a floral decoration. She stands on a stone bridge with a metal railing. In the background, the London skyline is visible, including the Big Ben clock tower and the Houses of Parliament. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise.

Mil veces tú  
Secretos y confesiones 1

*Ebony Clark*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Nota de la autora

Lo mucho o lo poco que los derechos de autor de este libro puedan generar, lo necesitan mucho más los niños con cáncer a los que lleva diez años regalando sonrisas la Fundación Aladina, y también los niños en situación de pobreza que se benefician del Programa de Becas de Comedor de la ONG EDUCO.ORG. Por lo que la cantidad que la Editorial me liquide cuando corresponda, será íntegramente donada a dichas ONG. Porque hay muchas clases de amor y muchas formas de demostrarlo, esa será la humilde aportación, para los niños, de parte de los protagonistas de esta historia...  
¡¡Gracias!!

*Para mis hermanas,  
María del Carmen y Laura Carvias Carrillo.  
Ellas son MIL VECES... FANTÁSTICAS.*

## Prólogo

*Denbigh, Norte de Gales. 1886*

**E**l carruaje atravesó a gran velocidad los más de cien acres de bosques y jardines que rodeaban la sombría institución. El asilo Denbigh se alzaba en toda su magnificencia tras las dos imponentes columnas que custodiaban la verja de entrada. Era un edificio de inspiración Tudor, construido a mediados de siglo sobre los veinte acres concedidos por un donante anónimo, cuya identidad se conoció más tarde, siendo identificado como Joseph Abblet, de Llanber Hall. A la muerte de este, la propia viuda de Abblet, en memoria de su bienhechor esposo, había cedido generosamente el reloj que coronaba la torre principal del conjunto arquitectónico, concluyendo con esta acción el legado a los lunáticos de Gales. Aunque el proyecto inicial de construcción del sanatorio había sufrido toda suerte de desventuras, la providencial ayuda de varios benefactores, entre los que se contaba la propia reina Victoria, había hecho posible que se recaudasen las casi cinco mil libras que abrirían, por fin, las puertas del asilo Denbigh. En ese momento, las mismas puertas se abrían como si pretendieran engullir al recién llegado carruaje.

El coche alcanzó la verja y la atravesó, aminorando el ritmo a medida que la silueta fantasmal del asilo se dibujaba al acortar la distancia. Los caballos, dos percherones color marrón oscuro, se detuvieron abruptamente a un golpe de bastón en el techo del carruaje, inmovilizando el vehículo. Este se paró frente al portón de madera al que custodiaban altas y estrechas ventanas con

pequeños paneles acristalados.

El ocupante descendió por el estribo, ordenando, con seco ademán, al criado que gobernaba a los equinos desde el pescante, que aguardase su regreso en el mismo lugar.

Golpeó la puerta con la empuñadura de plata del bastón, tres veces, tal y como habían acordado. Al momento, unos pasos apresurados al otro lado indicaron al recién llegado que todo marchaba según lo pactado. Le recibió un hombre robusto de papada temblorosa y nariz prominente cubierta de repugnantes tumores. Desprendía un hedor insoportable, una mezcla de mugre y sudor que, unida a su asqueroso aspecto, contribuía a que el personaje provocara una reacción de inmediato rechazo.

Pese a todo, lo acompañó durante el trayecto que se le antojaba interminable, ansioso por llegar cuanto antes al ala oeste de la residencia.

Se cubrió los labios con el pañuelo de seda púrpura, mientras avanzaba con paso firme por el interminable corredor que conducía a la última estancia. El hombre que le acompañaba no parecía afectado por el nauseabundo olor a miseria y humanidad perdida. Balanceaba rítmicamente el juego de llaves que pendía de su cinturón de cuero. Golpeaba con su vara de madera las puertas de las celdas que encontraban en el recorrido, solo por el placer de ver cómo alguien gritaba desde el otro lado para demostrar que seguía existiendo. Lo miraba y reía de forma perversa, consciente del poder que ejercía desde lo que el miserable consideraba su privilegiada posición, mostrando su dentadura negruzca donde faltaban las piezas principales.

Se detuvo finalmente frente a la puerta y repitió su mezquina acción, aporreando con más fuerza cuando recibió un sepulcral silencio como única respuesta.

—Aquí está. Este es el cabrón —dijo, asomando su horrible nariz por el minúsculo orificio que hacía las veces de hueco de ventilación y ventana, señalando con su dedo regordete al sujeto que permanecía sentado en el catre.

—Abra la puerta. Voy a hablar un momento con él.

El hombre negó con la cabeza.

—Ni hablar, amigo. Dijo que quería verlo y aquí lo tiene. No dijo nada de hablar con él.

—Necesito realizar algunas comprobaciones —insistió el otro con tono autoritario.

—En ese caso, el precio acaba de subir. —Señaló con su vara el bolsillo del abrigo de su acompañante.

—¿Cuánto? —El tono era de infinita irritación y, aunque no se lo dijo, pensó en su interior lo fácil que sería llevárselo de todos modos con solo mover algunos hilos. Sin embargo, no era el momento de realizar alardes ni medir voluntades, y aquella rata no merecía el esfuerzo. Aún aguardaba la respuesta. El carcelero seguía meditando el precio, fiel a su condición de granuja ambicioso.

—Cincuenta libras.

El caballero se mostró sorprendido porque aquella sabandija se tuviera en tan alta estima sin saber siquiera a quién se enfrentaba e hizo ademán de volver sobre sus pasos.

El carcelero, temiendo que su negocio se fuera al traste, añadió rápidamente:

—Podrá llevárselo si ese es su deseo. Nadie echará de menos a esta escoria.

Aproximó el rostro al ventanuco y analizó con detenimiento la figura que se recortaba en la penumbra de la habitación: los hombros enjutos, la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho y el cabello largo cayéndole a ambos lados del rostro oculto por la conveniente lobreguez. Era una inversión arriesgada. Podían ser cincuenta libras por nada. Aunque, por otro lado, creía que existía la posibilidad de que sus sospechas fueran ciertas y si era así, cincuenta libras eran un precio irrisorio a cambio de algo tan valioso.

—De acuerdo. —Sacó del bolsillo interior el precio convenido y se lo lanzó con desprecio.

El otro se apresuró a guardar el botín en algún lugar de los sucios

pantalones.

El aristócrata le apuntó con la cabeza de buitre plateada que coronaba su elegante bastón, clavándole la mirada antes de que el hombre seleccionara una de las llaves para introducirla en la cerradura.

—Pero si me engañas, no habrá una sola cloaca en el mundo donde puedas esconderte de mí.

Aquella amenaza bastó para que al miserable le temblasen los dedos mientras manipulaba la llave.

—Descuide, señor.

—Aparta de una maldita vez —dijo haciéndole a un lado con el bastón.

—¿Quiere que le acompañe, señor? Con estos bastardos nunca se sabe, podría ponerse violento en cualquier momento.

—¡Silencio! Pronto, necesito más luz.

El hombre se apresuró a proporcionarle una lámpara de gas que el visitante sujetó con su mano derecha.

Se adentró en la estancia y colocó el bastón perpendicularmente en la entrada, impidiendo que aquella sabandija avariciosa fuera testigo del encuentro.

—He dicho que apartes. Aquí termina la visita guiada.

—Como quiera, señor. Esperaré a unos pocos metros. —Se alejó a regañadientes, toda vez que su discreción había sido recompensada de manera muy conveniente.

Se acercó a la caricatura de hombre, que permanecía absorto en analizar la forma y mugre de sus pies descalzos. Su hálito era apenas perceptible; nada en el tenue movimiento de sus hombros al elevarse con cada aliento podría indicar que, bajo aquellas ropas ajadas y plagadas de piojos, existía un ser humano que seguía respirando pese a las míseras condiciones del lugar que constituía su hogar.

Echó una rápida ojeada a la estancia, reparando en el orín de las paredes. Observó la gotera que provenía del techo a punto de desplomarse y

repiqueteaba, incesante, en el fondo de una cacerola oxidada donde aquel desdichado satisfacía sus necesidades más primitivas. Reprimió una arcada, cubriéndose nuevamente los labios con el pañuelo, y apartó de un puntapié a una rata enorme que se paseaba a sus anchas alrededor de los pies desnudos del hombre impávido.

Después, su atención se centró en el extraño y silencioso inquilino de aquella pestilente habitación. Movi6 la luz frente a la mirada ausente del hombre y reparó en los innumerables hematomas que poblaban su cara. El otro ni siquiera parpadeó; se diría que ningún alma habitaba en el interior del ser al que aquella lóbrega institución había desprovisto de toda dignidad. Aun así, lo intentó de nuevo, balanceó la lámpara despacio, esperando que el hombre saliera de forma milagrosa del trance en el que se encontraba. Nada una vez más. Sus esfuerzos por reanimarlo estaban resultando tan inútiles que casi se convenció de que acababa de realizar una pésima inversión. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de abandonar su misión, algo llamó su atención poderosamente.

El hombre había ladeado el rostro hacia él y sonreía de un modo que podría helar los mismísimos infiernos. Reparó enseguida en su oreja derecha. Al menos, en su oreja incompleta a la que faltaba el l6bulo y en cuyo lugar ahora había una cicatriz mal cosida. Pero no fue eso lo que le impresionó. Fue aquel rictus en sus labios, el repentino brillo de aquella mirada donde renacía la vida y la consciencia, devolviéndole oleadas de odio infinito... Apartó la mirada de aquellos inquietantes ojos y, en ese momento, la vio. Allí estaba. La marca que buscaba, la que indicaba que lo que le habían contado podía ser cierto. Estaba casi seguro de que lo había encontrado.

De pronto, la presencia de aquellos otros internos, pobres bestias a quienes alguna vicisitud había privado de todo raciocinio, se manifestó de un modo escalofriante. Cientos de alaridos resonaron entre las paredes del viejo edificio, recordando los aullidos de una jauría de lobos furiosos y hambrientos a los que el destino ponía una presa en el camino.

Se acercó a la puerta, retiró el bastón que franqueaba la entrada y golpeó el suelo con él repetidamente. Al instante, el gordinflón repugnante y la melodía insidiosa de su cinturón donde pendían docenas de llaves, hicieron acto de presencia.

Señaló al hombre del jergón y asintió.

—Aséalo y tenlo listo mañana al anochecer. Un carruaje lo recogerá. Y escúchame bien, cerdo inmundo —Sus ojos eran dos piedras llameantes que podrían haberlo hecho arder como una tea de haberse prolongado durante más tiempo su mirada —. Ahora me pertenece. Si vuelves a ponerle la mano encima, responderás con tu vida. No lo olvides.

El mugriento no se atrevió a replicar. Con torpes reverencias, cerró nuevamente la celda de aislamiento y se despidió del insólito caballero.

En el exterior, el cielo tronó con fuerza. Las nubes, teñidas de un gris intenso, descargaron una lluvia torrencial que amenazó con tragarse para siempre aquel lugar infecto donde las almas morían presa de la desesperación.

## Capítulo 1

*Londres, 1886*

Celestia desplegó sobre el regazo el ejemplar de la prensa que había sustraído hábilmente del despacho de su padre. Resultaba humillante que a las alturas del siglo que estaban, el servicio todavía se mostrara reacio a seguir sus indicaciones con respecto a la correspondencia y la prensa que recibían en casa. Por supuesto, no culpaba a la buena señora Hurley, quien trabajaba para ellos desde que tenía uso de razón y había sido lo más parecido a una madre para ella. Ni tampoco al pobre señor Wilcox, quien, salvo por aquellas ocasiones en las que se excedía con el brandy, había sido un empleado ejemplar de su padre durante dos décadas.

En realidad, la culpa de que todos la considerasen un bicho raro por interesarse en leer la prensa cada mañana, no era de ninguno de ellos. Ni siquiera de su padre, quien desde la infancia había procurado educarla de un modo liberal y neutral, poniendo a su alcance todo libro e instrucción, todo conocimiento que una joven de mente inquieta como ella podía absorber e interiorizar. Celestia había tenido la fortuna de ingresar en el University College en la calle Gower, donde desde hacía una década admitían el acceso a las mujeres. Ella e Isabel, su amiga desde la infancia, habían obtenido excelentes notas durante los años cursados, aunque por desgracia, el padre de Isabel no apreciaba tanto como el suyo las ventajas de aquella instrucción.

Alistair Townsend adoraba a su hija, pero no era ciego ni carecía de sensatez,

gracias a Dios. Celestia sabía que su padre, lo mismo que ella, confiaba más en su inteligencia que en sus atractivos físicos. Y aunque no carecía por completo de ellos, tampoco podría decirse que fuera precisamente una belleza. Tenía el cabello rubio, los ojos azules y una complexión fuerte que respondía al excelente apetito que demostraba, incluso cuando el protocolo lo desaconsejaba.

La señora Hurley solía regañarla cuando se negaba a ajustarse el corsé bajo el vestido, argumentado que no podría tragar un bocado si lo hacía. A Celestia no le importaba, como tampoco le importaban las críticas veladas de las damas cuando la veían engullir un buen pedazo de pastel en una velada de té. Al Diablo con ellas, que preferían tomar sorbitos de té mientras sus estómagos atrapados bajo el implacable corsé rugían de hambre. Celestia era consciente de que su figura ligeramente rolliza no podía competir con aquellos cuerpos frágiles que podrían quebrarse como ramas al primer abrazo de su amante. Y daba gracias al Cielo porque, aunque en conjunto, su persona resultaba bastante aceptable, no impresionaba a los solteros de Londres a menos que alguien mencionara su dote de cinco mil libras.

Por lo anterior, hacía mucho tiempo que Celestia había comprendido que era aquella sociedad hipócrita y rancia en la que languidecían los habitantes de Londres la culpable de que casi tuviera que robar la prensa para disfrutar de su lectura, plácida y solitariamente, en aquel banco de madera situado en Hyde Park.

Por suerte, había logrado ocupar uno de los más alejados del lugar donde se concentraba el gentío, cerca de la Serpentina. Isabel y ella solían escoger aquel paraje, donde juntas, leían y discutían el contenido de los artículos de la prensa.

Por su parte, le disgustaba leer mientras escuchaba el incesante parloteo de todas las cacatúas pretenciosas que desfilaban durante la temporada por aquel hermoso lugar y por cualquier otro donde existiera oportunidad de encontrar marido. Isabel compartía su opinión al respecto y, los días que lograba

escabullirse de la vigilancia de su pérfida hermana, se reunía con ella en aquel pequeño remanso de paz.

Desde febrero a agosto, Londres se convertía en el escenario de toda clase de esfuerzos por acordar un buen matrimonio para una hija, hermana o prima lejana. Era como una enorme competición donde las jóvenes casaderas paseaban sus mejores galas por los parques, teatros y fiestas respetables de Londres. Todo ello en pos de lograr el mejor partido y la fortuna más próspera, lo cual no siempre estaba asociado al esposo más ejemplar y, no en pocas ocasiones, se remataba con una boda en la que la joven apenas contaba dieciocho años y el esposo podía ser su abuelo.

Pero así era Londres. Ruidosa y bulliciosa. Excepto en aquel privilegiado espacio donde Celestia se ocultaba del gentío mientras el sol le acariciaba el rostro y la brisa jugueteaba con los rizos dorados que escapaban por debajo de su sombrero.

Extendió los dedos sobre las rodillas para estirarse y dejar que una mariposa monarca revoloteara sobre ella. Era de un tamaño sorprendente para su especie y en sus alas, que se batían incesantes, predominaba el tono marrón anaranjado y negro salpicado de motas blancas. Finalmente, la mariposa se posó sobre su hombro un instante y Celestia sonrió, pensando que tal vez quería contarle algún importante secreto. Su amistad apenas duró un segundo, tras el cual, la mariposa volvió a batir sus alas pardas y emprendió el vuelo de nuevo.

Celestia cerró los ojos un momento, disfrutando de la agradable calidez que les regalaba aquella mañana de junio. Cuando los abrió para dedicar toda su atención a la lectura, sintió el fuerte tirón en su muñeca. Se miró la mano, confusa, observando la cinta rota que sujetaba su pequeño bolso y, al elevar la mirada, comprendió lo que había sucedido.

El bribón corría como si le persiguiera el diablo, llevándose consigo el botín de su fechoría, un diminuto bolso tipo bombonera, satinado de color verde que hacía juego con el vestido de Celestia y que, bajo ningún concepto,

ella estaba dispuesta a perder. Había sido un regalo de su difunta madre y aunque estaba completamente pasado de moda, Celestia lo lucía orgullosa cada vez que tenía ocasión. Aquel rufián no la conocía si creía que iba a quedarse de brazos cruzados mientras se llevaba uno de los pocos recuerdos que le quedaban de su madre.

Sin pensarlo dos veces, alzó el faldón de su vestido por encima de las rodillas, dejando sus medias de color crema al descubierto. Sujetando el aparatoso vestido con las manos, emprendió la carrera tras el ladrón, saltando por encima de un par de setos y provocando sofocos en las damas y comentarios de los caballeros que se cruzaban en su camino. Su comportamiento estaba siendo un auténtico suicidio social, lo sabía, pero Celestia solo podía pensar en recuperar el objeto robado.

—¡Quieto ahí, tunante! —le gritó sin éxito alguno, pues aquella miserable rata estaba en excelente forma física y no mostraba intención alguna de detenerse.

Celestia no se dio por vencida, pero reconoció que el muy bribón estaba ya muy cerca de salirse con la suya, pues a pocos metros alcanzaría la puerta de salida y abandonaría Hyde Park con el objeto de su codicia. Por suerte, aquella bonita mañana había atraído a buen número de visitantes, lo cual dificultaba la carrera del ladrón, quien sorteaba con cierta dificultad a damas y caballeros, proporcionando alguna oportunidad a la joven que le perseguía.

Celestia echó una ojeada a su alrededor, donde unos caballeros detenían su partida de cricket para ser testigos de la algarabía que se había producido con motivo de la persecución. Corrió hasta ellos y saludó a un caballero que le resultaba familiar.

—Lord Garland —le saludó con rapidez antes de arrebatarse el palo de cricket—. Le prometo que se lo devolveré.

Y ante la mirada atónita del hombre, se colocó en posición, con la espalda erguida y una pierna levemente adelantada a la otra, entrecerró los párpados, levantó el palo en el aire y lo lanzó tan fuerte como pudo.

\*\*\*

Celestia vio cómo el palo volaba varios metros, justo por encima de la cabeza del rufián, quien ya había sido interceptado por un caballero que lo mantenía inmóvil, mientras un agente uniformado irrumpía en escena, acudiendo a la llamada de auxilio efectuada por varios de los paseantes. Por desgracia, el palo, desprovisto de toda voluntad y raciocinio, no se detuvo, sino que giró una última vez sobre el ladrón y el agente, para finalmente aterrizar en la amplia espalda del misterioso caballero.

Celestia se apresuró a unirse a ellos, feliz por recuperar su bolso, aunque consternada por el ataque injusto al que había sometido al amable caballero. El agente de la Ley ya se llevaba a rastras al patán, mientras el salvador de su bolso seguía frotándose el hombro con la mano. Estaba a punto de pronunciar una disculpa, cuando el aludido giró sobre los talones y clavó en ella sus ojos de un intenso verde oliva.

La disculpa murió en sus labios. Celestia jamás había conocido a alguien a quien la furia le sentara tan bien. Porque era más que evidente que estaba enojado. Los ojos verdes lanzaban chispas en su dirección y apretaba los labios con fuerza en una delgada línea sobre la que se erigía una nariz no demasiado fina ni elegante. Celestia reparó también en su mandíbula rígida y tremendamente masculina, en el cabello negro que descendía ante las orejas en unas recortadas patillas, en su elevada estatura y... en el modo insolente en que él a su vez la estaba observando, recreándose en las piernas que permanecían a la vista de todos porque ella aún no había dejado caer su vestido. Se soltó el faldón de inmediato, lo que provocó que el hombre esbozara una sonrisa insolente.

—Le pido disculpas, señor. —Celestia lo dijo casi contra su voluntad, pues la expresión arrogante del hombre no provocaba en ella ningún deseo de mostrarse cordial. No obstante, tenía que reconocer que su comportamiento merecía una explicación—. Por haberle golpeado con ese palo de cricket. No

era mi intención acertarle a usted, sino a ese maleante al que acaban de llevarse y que pretendía robar mi bolso.

El caballero se lo devolvió, con un gesto despectivo que tampoco ocultaba la perplejidad que le producía la conducta impropia de la joven.

—Tiene toda mi gratitud por haberlo recuperado —comentó Celestia, bajando un poco la guardia.

—En realidad, señorita, preferiría no haber tenido toda su puntería —replicó él—. Ha podido matar a alguien con ese palo, ¿lo sabía?

—Por fortuna, no ha sido así. En cualquier caso, le reitero mi gratitud, señor...

Le ofreció su mano enguantada y él se quedó un rato observándola, como si evaluase la conveniencia de aceptar el contacto. Tras unos segundos que a Celestia le parecieron una eternidad, el hombre estrechó ligeramente sus dedos sin apartar la mirada de su rostro.

—Durrell. Morgan Durrell. Y, ¿puedo saber por quién tengo el honor de haber sido apaleado? —lo preguntó con sarcasmo, pero todavía mantenía los dedos femeninos entre los suyos.

—Celestia Townsend —se presentó, tirando de sus dedos y notando que los del hombre le habían quemado a pesar de la barrera de sus guantes aterciopelados.

—Ni me atrevo a imaginar qué habría sido de ese pobre hombre si llega a enfrentarse a su venganza, señorita Townsend. Pero en lo sucesivo, sería más conveniente para todos que dejara a los agentes de la ley la persecución y caza de maleantes.

Se burlaba de ella descaradamente. Y por si Celestia no se sentía ya lo bastante humillada, él señaló con disimulo el tumulto que se había originado en las proximidades. Un gran número de damas y caballeros cuchicheaban, perplejos por la escena que acababan de presenciar y de la cual ella había sido la principal protagonista.

El mero hecho de lanzarse a la carrera tras el delincuente ya era suficiente

para que su nombre recorriera todas las veladas de té y baile de las mejores casas de Londres. «Una dama jamás se muestra apresurada y, por supuesto, correr está absolutamente fuera de lugar en una joven a menos que quiera parecer vulgar y sin modales», le habría dicho la buena señora Hurley.

Por otro lado, mostrar en público los tobillos era suficiente para que una mujer fuera tachada de impúdica el resto de sus días, así que la completa exhibición de sus piernas ya la había convertido, con seguridad, en una descarriada a ojos de sus decentes vecinos. Por suerte, la señora Hurley no estaba allí para sermonearla. Con toda certeza, habría sufrido un vahído al verla correr con el vestido al aire y las medias al descubierto, pensó Celestia, aliviada.

Por añadidura, su conversación con aquel caballero al que no conocía y sin la compañía de algún tutor o sirvienta, estaba siendo fatal para su reputación. Lo cierto es que a Celestia no le importaba lo más mínimo, salvo por el disgusto que ocasionarían los comentarios maliciosos a su pobre padre, aquejado desde hacía algún tiempo de una afección de huesos. En realidad, Celestia había superado ya, y con gran diferencia, las dos temporadas que se consideraban adecuadas para que una joven presentada en sociedad encontrase un marido respetable.

Se había esmerado mucho en espantar adecuadamente a todo mequetrefe que se atreviera a cortejarla, mostrándoles desde la primera cita sus libros de ciencias, su colección de insectos y los anteojos que solía usar cuando la vista le fallaba. Por supuesto, alguno se había resistido a desecharla como candidata a esposa, animado, a bien seguro, por la sustanciosa dote que su padre ofrecía. Aunque el ardor apenas les duraba unos días, justo el tiempo que Celestia empleaba en arruinar los planes casaderos del pretendiente, obsequiándole con una buena charla sobre política o religión.

De hecho, la celebración de su veinticuatro cumpleaños el pasado mes de enero había sido como si colocaran directamente una lápida sobre la tumba de su viejo cuerpo de mujer casadera. Y aunque no se lo había dicho así a su

padre, compungido y desanimado por la soltería de su única hija, Celestia apreciaba de manera muy favorable la ventaja de que los solteros de Londres no la convirtieran en el objeto de sus anhelos.

Era un respiro poder dedicarse a otros quehaceres más instructivos sin la presión de satisfacer la vanidad o la curiosidad, o ambas cosas al mismo tiempo, de aquellos caballeros por quienes ella no sentía ningún interés o afecto. Lo cual le recordaba que su deseo de disfrutar de la prensa diaria, interrumpida por el desagradable incidente del hurto, no había sido satisfecho todavía.

—Señor, de veras agradezco su ayuda. Pero, en mi defensa, debo decir que no habría corrido tras ese patán de no ser porque esos inútiles de la policía jamás están cerca cuando una dama les necesita. Y, aun a riesgo de parecer desagradecida, le diré que, si usted hubiera tenido la bondad de no interponerse entre mi palo de cricket y ese rufián, habría recuperado mi bolso sin causarle daño alguno a usted. Comprendo, señor, que es costumbre de los caballeros acudir al auxilio de las damas desvalidas cuando estas están en apuros. Pero, como ha podido comprobar, no soy ninguna dama desvalida y sé cuidar perfectamente de mí misma.

Morgan no daba crédito a lo que estaba escuchando. Aquella joven era, sin dudar, la más extravagante, petulante e... inquietante, de cuantas había conocido. Aún se permitía recriminarle porque había tenido la gentileza de acudir en su ayuda, toda vez que llevaba algún rato siguiéndole los pasos al ladrón y espiándola en la distancia cuando había comprendido que la señorita Townsend era la víctima perfecta para la fechoría que urdía. La miró con descaro, recreándose en el intenso azul de sus ojos, en los rizos que asomaban con rebeldía por el extremo de su sombrero, las mejillas encendidas por el ejercicio físico realizado y los labios jugosos y palpitantes.

—Me alegra escuchar eso, señorita Townsend. Porque yo tampoco soy un caballero. Supongo que eso nos convierte en seres afines, ¿no le parece? Sobre todo, después de que haya visto más de usted de lo que el decoro

aconseja.

Celestia enrojeció visiblemente, mientras se sacudía las arrugas del vestido y recolocaba los rizos sueltos bajo el sombrero, con dedos nerviosos.

—No se equivoque, señor. Puede que no haya observado que mi hermano está esperando, junto a mi prometido, en ese carruaje que acaba de detenerse al otro lado del parque. Por lo que le sugiero que sea más comedido en sus comentarios.

Morgan desvió la mirada, solo para cerciorarse de sus sospechas: que la señorita Townsend era tan embustera como atrevida. Pero le divirtió que pretendiera engañarle para salvaguardar su dignidad.

—Señorita Townsend —pronunció las palabras con lentitud—. Sabe tan bien como yo que no hay tal carruaje. Usted vino a pasear sola, algo absolutamente desaconsejado tratándose de una joven de buena familia. Ha estado tomando un rato el sol, por cierto, también poco recomendable para el cutis, en aquel banco donde ha dejado su ejemplar del London Telegraph, y se ha entretenido un poco con una mariposa, todo ello antes de que el ladrón se atreviera a echarle el guante encima. Y, en cualquier caso, si fuera tal y como usted manifiesta, solo cabría añadir que, tanto su hermano como su prometido, son un par de cobardes por no acudir en su auxilio cuando usted les necesitaba.

—¿Cómo se atreve?

—Y aún debo añadir algo, señorita Townsend. Creo que se equivoca en su afirmación sobre la policía. Conozco a alguno de esos inútiles que intentan hacer su trabajo, aunque en ocasiones no les resulte fácil. Sobre todo, cuando alguna dama excéntrica y aburrida de su propia existencia, decide convertirse en heroína y arrojar palos de cricket contra ellos.

Tras decir esto, se tocó el ala del sombrero con la punta de los dedos, se inclinó levemente hacia ella y la dejó allí plantada.

Celestia apretó los puños y el bolso contra su cintura, enfadada e intrigada. ¿Quién podía ser aquel Morgan Durrell que se atrevía a regañarla con tanto

cinismo? Decidió que lo averiguaría en cuanto tuviera la menor oportunidad y en cuanto la multitud de curiosos que se acercaban dejaran de atosigarla con sus atenciones.

\*\*\*

Morgan Tiberius Durrell descendió con rapidez los peldaños de las escaleras que conducían al puente Blackfriars, maldiciendo al trastabillar por culpa de la humedad de la piedra. Se reunió con los agentes que custodiaban el cuerpo y buscó con la mirada al que debía acompañar a la testigo que lo había encontrado.

—¿Qué prefiere primero, señor, la buena o la mala noticia?

El inspector Durrell apretó los labios con disgusto al escuchar la pregunta del agente Hopkins. Comenzaba a estar harto de que sus hombres no se tomaran en serio el trabajo. Le enfurecía especialmente que aquel agente incompetente hubiera pisoteado sin ningún reparo la escena del crimen, que hubiera cubierto con un saco sucio el cadáver hallado y que estuviera fumando su cuarto cigarrillo y arrojase las tres colillas anteriores demasiado cerca del saco. De hecho, tan cerca que se apresuró a pisotear una pequeña brasa antes de que prendiera las ropas de aquel infeliz que reposaba el sueño eterno.

—Déjese de monsergas, Hopkins... Y haga el favor de no fumar en la escena del crimen, ¿me ha oído? —espetó, arrancándole literalmente de los labios la colilla humeante y arrojándola al Támesis.

—Entiendo, señor. Empezaré por la buena. —Señaló a la muchacha que permanecía sollozante al abrigo de una pared mientras otro agente trataba de calmarla—. Tenemos a una testigo. Se llama Rosemary Hicks, de Aldgate, diecinueve años, trabaja como fregona para lord y lady Birdwhistle. Precisamente la desdichada regresaba de su jornada cuando tropezó con... bueno, ya sabe.

—Bien, ¿ha sido ya interrogada? ¿Ha dicho si ha visto u oído algo?

—Esa es la mala noticia, señor, parece que no vio nada. La joven dice que se acercó un momento porque algo llamó su atención y al aproximarse... En fin, esto es lo que encontró.

Morgan frunció el ceño, perdiendo la paciencia a pasos agigantados. ¿Dónde demonios se había metido McKinnon?

—Hopkins, ¿en algún momento de su formación como agente al servicio de la ley ha tenido real conocimiento del significado de la palabra «testigo»? Le hago la observación porque, dado que la señorita en cuestión no ha presenciado el crimen ni ofrece dato alguno sobre la autoría o la forma en que este se cometiera, ¿quiere explicarme qué clase de maldito testigo tenemos?

El agente pareció meditarlo unos segundos y después sonrió con aquella sonrisa bobalicona que en Durrell provocaba el irrefrenable deseo de tramitar su inmediato despido.

—Ah, ya caigo, señor, lo que usted pretende decir es que...

—Déjelo, Hopkins, hablaré con la chica personalmente. En cuanto llegue McKinnon, que se persone ante mí.

Frustrado por la ineptitud de su subordinado, hizo una seña al agente que custodiaba a la joven y quedó a solas con ella. Aguardó un momento a que recobrase el aliento y la compostura y le ofreció su pañuelo para que secara las lágrimas que aún le bañaban el rostro salpicado de pecas. La señorita Hicks parecía en verdad afectada por su hallazgo. Sin embargo, a Morgan no se le escapaba el modo sibilino en que pretendía ocultar algo entre la palma de su mano y el fondo del bolsillo interior de su abrigo de segunda mano. Decidió, condescendiente, que le daría la oportunidad de mostrarle voluntariamente el objeto que con tanto celo guardaba.

—Señorita Hicks —insistió en que ella conservara su pañuelo, seguro de que a poco que le apretara las clavijas, volvería a necesitarlo para sofocar otro par de sollozos—. Soy el inspector Morgan Durrell, de Scotland Yard. Necesito que se calme y responda a algunas preguntas. Le prometo que

después podrá volver a casa y no la molestaremos de nuevo con este asunto.

—Inspector... ya se *l'ó* dicho a *es'otro de sus'ombres*... —gimoteó con un marcado acento *cockney* que delataba su procedencia humilde—. *No visto ni oío ná*, lo juro... ¿puedo irme ya a casa? Es tarde y mi padre me *vá molé* los huesos si no voy.

Durrell no se dejó impresionar por su brillante interpretación. En un descuido, colocó su mano sobre el regazo de la joven, provocando en ella un gritito ahogado. Morgan se cruzó los labios con el índice, ordenándole con la mirada que no hiciera una escena.

—Señorita, podemos tratar este asunto por las buenas o por las malas. Pero le advierto que, si elige por las malas, la acusaré de obstrucción a la justicia y ni siquiera pestañearé cuando el Juez Clayborne la envíe de patitas a Millbank. —Le dio un minuto para pensarlo y, a continuación, extendió su mano abierta.

Con rapidez, la chica depositó en ella las monedas que ocultaba en su abrigo. Morgan las contó mentalmente: cinco chelines, toda una fortuna para una joven de Aldgate que prestaba servicios de fregona por un mísero salario que no alcanzaba las dos libras anuales. Arqueó las cejas, interrogante, aunque su intuición ya le había proporcionado una respuesta antes de que la señorita Hicks alcanzara a juntar torpemente las palabras que constituirían su defensa.

—Inspector, le juro por *tos mis* muertos que yo *nosío*... Solo caminaba cerca del fiambre y vi *c'algo* brillaba... y entonces *m'agaché* y lo cogí... por favor, no me encierre... *apiáese* de mí...

—¡Silencio! Nadie va a encerrarla, señorita, siempre que sea cierto lo que me está contando. ¿Y dice que lo encontró junto al cadáver?

Ella titubeó y desvió la mirada.

—Señorita Hicks... está a un paso de que olvide mis buenas intenciones, así que más vale que me diga toda la verdad —advirtió con severidad.

—Señor... —La chica bajó un poco la voz antes de continuar con tono

lacrimógeno—: Yo *m'acerqué* despacio porque pensaba que era un borracho durmiendo la mona... pero la luz de la luna lo iluminó... y *m'agaché* pa coger una moneda que *s'abía salío* de los bolsillos... entonces, me di cuenta de que el pobre estaba tieso como una estaca y pensé que ya no *l'iba necesitá*... le registré los bolsillos, ¡que Dios me perdone!... y allí estaba, tentando el Diablo con *toas* esas monedas juntas a una infeliz como yo...

Morgan alzó la mano para detenerla. Estaba claro que, salvo por su pequeño intento de hurto a un difunto, aquella joven no era culpable de ningún crimen, excepto que ser pobre lo fuera. Y dado que él jamás había considerado la pobreza como un delito, y comprendiendo que no era fácil ser honrado en tales circunstancias, se guardó los cinco chelines hallados en el cadáver y buscó la misma cantidad en sus propios bolsillos. Los entregó a la asustada muchacha y le indicó con un gesto que no dijera nada sobre su generosidad. Le convenía mantener su reputación de hombre severo. Ella le miró con sorpresa y agradecimiento. Durrell indicó a uno de los agentes que la acompañara a casa y, en dos zancadas, se situó junto al cadáver.

Flexionó las rodillas para contemplarlo con detenimiento. Apenas era un chiquillo que no debía tener más de trece años, con la cara salpicada de pecas que resaltaban en ese momento en su tez mortecina. El cabello rojizo y más largo en la parte del flequillo, la ropa gastada, aunque de buena calidad, seguramente obtenida en alguna casa de caridad donde algunos burgueses piadosos dejaban su ropa usada para entregar a los más necesitados.

Le rebuscó en los bolsillos interiores del abrigo y atrapó algo entre los dedos. Lo extrajo para examinar la tarjeta y el texto que en ella rezaba:

*Disfrute de una noche inolvidable, deléitese con un espectáculo único y dé rienda suelta a sus más secretas pasiones, todo ello en un ambiente selecto donde se garantiza la discreción. Calle Cleveland 19.*

Acompañaba al texto una ilustración que mostraba a un muchacho de rasgos afeminados o quizá a una joven de aspecto masculino, semidesnudo,

inclinado de forma sugerente sobre las rodillas de otro individuo ataviado como un caballero.

Le pareció repugnante. Miró de nuevo al chico que yacía muerto a sus pies y las monedas que aún conservaba en la palma de su otra mano. Se le revolvió el estómago, imaginando toda clase de perversiones en las que aquel chico muerto satisfacía las apetencias depravadas de algún viejo de apellido pomposo. Y todo, ¿por cuánto? ¿Cuánto le había costado al infeliz su dignidad, su hombría, su propia vida? Cinco chelines. Solo eso. No estaba bien, pensó. Y no lo permitiría. No en su ciudad.

—Señor.

La voz grave del sargento McKinnon interrumpió su arrebato de ira. Lo miró, aliviado porque la compañía de su mejor hombre siempre le proporcionaba cierta serenidad.

De origen escocés, McKinnon era un tipo robusto, de poblado bigote y largas patillas del mismo tono rojizo del cabello que le cubría la cabeza. Había ingresado en la Policía Metropolitana después de servir honrosamente en el ejército durante veintiún años. Los últimos habían sido en África, junto a Durrell, siendo Sargento Mayor y su hombre de máxima confianza y licenciándose en 1880. Ambos habían trabado una magnífica relación que, con el tiempo, derivó en una sincera amistad.

Los años que habían servido juntos demostraron a Durrell que McKinnon era un hombre leal a quien se podía encomendar cualquier tipo de misión, fuera cual fuera su naturaleza. En el cuerpo de policía, su eficacia era igualmente extraordinaria, ya que el sargento poseía cualidades que le convertían en el apoyo idóneo incluso en las situaciones más adversas.

Por otro lado, los hombres le respetaban y aquello beneficiaba a Durrell, pues si un veterano curtido como McKinnon no cuestionaba las órdenes e instrucciones del inspector, tampoco lo harían aquellos menos experimentados en el oficio.

Con la convicción de que la llegada del sargento le sería de gran utilidad, se

dirigió a él.

—¿Se puede saber dónde se había metido, McKinnon?

—Me dio usted el día libre, señor. Por el cumpleaños de mi Eliza, ¿recuerda? Quedó muy disgustada al ver que no se presentaba usted. La pobre le había preparado ese pudin de frutas que tanto le gusta, inspector.

Durrell chascó la lengua, contrariado consigo mismo. Eliza McKinnon, la esposa del sargento era una excelente cocinera. Y una buena mujer a la que apreciaba de veras. Pero el hallazgo de aquel cadáver le había hecho olvidar por completo que había sido invitado a su cuarenta y cinco cumpleaños.

—Lo lamento, sargento. Ofrezca mis disculpas a la señora McKinnon. Y dígame que se lo compensaré de algún modo —prometiéndole, obteniendo un leve encogimiento de hombros del sargento como respuesta—. Diga a Eliza que le conseguiré un par de entradas en el mejor palco del Lyceum. Ellen Terry actúa como lady Macbeth y sé cuánto la admira Eliza.

McKinnon asintió con expresión satisfecha.

—La tendrá en el bote con ese gesto, inspector. Y no se atormente, créame. A mi Eliza aún le quedan muchos aniversarios que celebrar.

—Bien, sargento. En ese caso, le pondré al día sobre lo que tenemos. Por suerte, he llegado antes de que ese alcorcho de Hopkins incendiara la escena del crimen.

## Capítulo 2

Observó con disgusto al pequeño grupo que se había formado en el pasillo que conducía al estudio. Algunas jóvenes cuchicheaban ocultando el rostro tras sus coloridos abanicos, mientras los caballeros ultimaban en el interior de la estancia la sorpresa que deparaban a las mujeres asistentes a la fiesta. Un curioso entretenimiento que se había puesto de moda en los círculos de la alta sociedad y que él reprobaba cuando alguien le pedía su opinión al respecto. Sin embargo, las muchachas parecían poseídas por alguna fuerza sobrenatural que las incitaba a adentrarse en los perversos juegos de su anfitriona, la no menos perversa señorita Hermione Tisdale.

Dio una larga chupada a su cigarrillo y lo aplastó en el cenicero de alabastro con forma de cisne, decidido a abandonar el acto en cuanto algún criado tuviese la gentileza de devolverle su abrigo.

—¿Lo ha resuelto, señor?

Durrell se volvió nada más sentir la caricia de aquella suave voz a su espalda. Sus ojos se deslizaron por las facciones de la joven, analizando cada detalle de aquel rostro angelical en el que se dibujaba una sonrisa traviesa. Se detuvo por un instante en aquella boca generosa y entreabierta, pero recobró la compostura y fingió que su presencia no le causaba alteración alguna.

—¿Disculpe? —Arqueó una ceja, procurando que su tono no revelara la más mínima emoción.

—Su enigma, señor. Por el modo en que observaba a esas muchachas,

cualquiera diría que son sospechosas de algún crimen. —Se llevó la copa de ponche a los labios y dio un pequeño sorbo que causó un efecto hipnótico en su interlocutor.

—En ese caso, usted también sería sospechosa, señorita Townsend. A menos que demuestre tener más sentido común que esas chicas y se niegue a participar en ese ridículo juego.

La joven reprimió una sonrisa y le apuntó con su copa.

—Vaya, me ha reconocido. Buena memoria, inspector.

—Soy buen fisonomista, jamás olvido una cara.

—Apenas conversamos unos minutos entonces, señor —le recordó, apoyando la espalda en la pared con expresión lánguida.

—Y usted sigue igual de hermosa, señorita Townsend.

—Así que por eso me recuerda. —Frunció la nariz en un mohín que indicaba que no concedía crédito alguno a su confesión.

Aunque no se consideraba un esperpento que obligara a desviar a la mirada, conocía perfectamente sus limitaciones. Ningún caballero hasta ese momento se había dirigido a ella con aquel adjetivo, hermosa. Como mucho, la calificaban de interesante o arrolladora, sobre todo cuando su padre recurría al viejo truco de mencionar su dote cuando el aspirante mostraba intención de poner tierra de por medio.

—Y por el desagradable incidente en el que nos vimos envueltos —rectificó Durrell, temiendo que malinterpretase sus palabras—. Espero que después de eso, haya abandonado la práctica del lanzamiento de bate, por el bien de los maleantes de Londres. Y también deseo que aquel episodio no tuviera consecuencias irreparables para su reputación.

—Los maleantes de Londres están a salvo, puede estar tranquilo. En cuanto a lo segundo, si frecuentase usted algo más los círculos adecuados, podría constatar personalmente que mi reputación estaba en entredicho mucho antes de aquel incidente. Pero estoy al tanto de que tiene por costumbre rehusar cualquier invitación por inocente que esta sea. Y podría haber tenido la

amabilidad de presentarse debidamente cuando nos conocimos, en lugar de permitirme realizar afirmaciones desacertadas sobre su profesión para después avergonzarme. Fue una sorpresa enterarme más tarde de que había apaleado nada menos que al nuevo ayudante del Inspector Abberline, al que, por cierto, mi padre tiene en tan alta estima y, en consecuencia, puede imaginar de cuántas recriminaciones he sido objeto desde entonces.

En ese momento era ella la que arqueaba una de sus finas cejas, aguardando una excusa creíble para un comportamiento que consideraba descortés.

—Lamento que mi conducta le parezca grosera; y sabe tan bien como yo que esas invitaciones a las que alude responden únicamente al malsano interés que despiertan algunos de mis casos en sus morbosos vecinos. —Vio como ella no contestaba, concediéndole la razón con su silencio—. Y volviendo al asunto que nos ocupa, ¿de veras va a perderse el momento más esperado de esta velada? Mi admiración por usted crece por momentos, señorita Townsend.

Había pronunciado la última frase con un toque de sarcasmo que incomodó a la joven, quien dio un paso con la clara intención de dejarle plantado. Antes de que ella cumpliera su propósito, Morgan apresó los dedos femeninos en el aire y tiró levemente de ellos, rogando con la mirada que le permitiese disfrutar unos minutos más de su compañía.

Los otros ya habían despejado el pasillo y acudían prestos al anuncio de que en breve comenzaría la velada organizada.

Se habían quedado a solas y Celestia titubeó un segundo tras el cual asintió con un movimiento tenue de barbilla antes de tomar otro sorbo de ponche. Apoyó su espalda en la pared y lo miró con expresión retadora.

—¿Me considera una frívola cabeza hueca, inspector?

—¡Cielos, no! Por favor, señorita Townsend, le ruego que disculpe mi torpeza. —Morgan se situó frente a ella y cruzó las manos a la espalda—. Pero, seamos francos, señorita Townsend. Dudo que la política o las cuestiones de estado sean temas que puedan suscitar el interés de una

jovencita mimada que ha crecido rodeada de todas las comodidades.

—¿Insiste, señor? Si me conociera, se daría cuenta de lo equivocado que está con respecto a mi persona.

—Señorita Townsend... Desde su palacio de cristal en Londres, sus ojos inocentes no serían capaces de comprender las enfermedades que asolan nuestro mundo.

—¿Londres... un palacio de cristal? Londres es una ciudad convulsa, señor, sacudida social y políticamente por los últimos acontecimientos. La mayoría de los obreros de nuestro país se hacinan y mueren de hambre o a causa de las fiebres en esos barrios infames de Liverpool y Manchester. Irlanda está sacudida por la miseria y reclama su independencia. Nuestra reina se muestra preocupada, pero invierte cientos de miles de libras en esas campañas en defensa de la India, según algunos, amenazada recientemente por el zar Alejandro y el implacable avance del Imperio Ruso en el Transcaspio. En Sudáfrica, Su Majestad se siente eufórica y animada por ese horrible señor Rhodes que pretende clavar nuestra bandera desde El Cabo hasta El Cairo. Europa ha perdido el juicio en esa ignominiosa carrera de poder que se inició el año pasado en Berlín. Todos los estados quieren su porción de ese inmenso pastel que es África y no les importa lo más mínimo el modo de obtenerlo ni cuántas vidas se pierdan en la empresa. Y mientras tanto, el Gobierno no hace nada por relajar las tensiones, pese a que el buen señor Gladstone ha dedicado todos sus esfuerzos por negociar las condiciones de autogobierno de Irlanda con el señor Charles Parnell, del Partido Parlamentario Irlandés. Igualmente, Gladstone ha intentado disuadir a la reina para que detenga la locura en África. Pero es difícil tarea la suya cuando la mayoría de los terratenientes ingleses siguen enriqueciéndose arrebatando las tierras a los nativos. Y no olvidemos un detalle, quizá el más importante. La reina odia al señor Gladstone, sobre todo después del desastre del Sudán y la caída de Jartum. Tras la muerte de su querido amigo y confidente en el Parlamento, el señor Disraeli, nuestra soberana ya no oculta la profunda animadversión que

siente hacia el que otrora fuera gran amigo e inspirador de su esposo Alberto. Dicho esto, señor Durrell... ¿De verdad cree que podría alterarme un ápice cualquier rumor relacionado con mi persona? Sería una jovencita mimada y mezquina si así fuera, ¿no le parece?

Morgan quedó perplejo ante aquel discurso que la retrataba como una joven inteligente y audaz, una joven diferente en demasía a cualquier otra que hubiera conocido y que, por tales virtudes, le resultaba tan atractiva como inconveniente. Mientras ella pronunciaba cada palabra, no había podido apartar sus ojos hambrientos de aquella boca jugosa, cuyos labios entreabiertos ejercían su magnífico poder de seducción sin que su dueña fuera consciente de ello. Inclino la cabeza sobre ella, dejándose embriagar por el suave aroma cítrico que envolvía sus cabellos. Sus labios estaban muy cerca de la mejilla femenina.

—Estoy realmente... impresionado —le susurró Morgan al oído.

—No pretendía impresionarle, señor... —Celestia no se movió, temiendo que, si lo hacía, aquella boca turbadora tropezaría por accidente con la suya propia—. Y temo... que su proximidad podría comprometernos si alguno de los invitados nos sorprende, ¿no le parece?

Morgan reaccionó de pronto, aceptando que ella tenía razón. Asintió y se apartó de la joven, recobrando la compostura pese a que ardía en deseos de besarla.

—De ningún modo era mi intención agraviarla. Sin embargo, no negaré que durante nuestra conversación está intentando dominar el impulso de reunirse con esos pobres crédulos.

Celestia desvió la mirada hacia el otro lado del pasillo, mordiéndose los labios al ver que el grupo acababa de entrar en el estudio en penumbra. Buscó inútilmente el único rostro conocido que le inspiraba afecto sincero. Isabel Tisdale, la hermana mayor de Hermione, una joven sensata y huidiza quien, como ella, rechazaba de plano las veladas organizadas por su maquiavélica hermana. No le extrañó no encontrarla entre los asistentes, aunque ella le

había rogado con insistencia que acudiera.

—Solo para cerciorarme de que mis sospechas no son infundadas, señor. Si no me cree, acompáñeme y le demostraré que, pese a su palmaria fama de misógino, algunas mujeres sí merecemos su consideración.

Durrell vio que uno de los criados se dirigía al estudio, portando unas bebidas en una elegante bandeja de plata. Era su oportunidad de huir de otra tediosa velada en la que alguna dama resultaría ofendida por algún comentario suyo poco acertado. Lo pensó un instante. La señorita Townsend había terminado su ponche y parecía dispuesta a unirse al grupo, por lo que cualquier posible deleite se encontraría ya fuera de su alcance en el momento en que ella lo abandonase. Decidió que la acompañaría y se excusó a sí mismo mentalmente, convenciéndose de que no lo hacía por el placer de su exquisita compañía, sino por el vivo deseo de desenmascarar el fraude que allí se urdía.

—De acuerdo, señorita Townsend, dejaré que me guíe por la tenebrosa senda de los espíritus con una condición.

Ella receló con la mirada.

—No tema, mi virtuosa amiga. —Su tono seguía cargado de sarcasmo y le divertía enormemente ver cómo la joven hacía acopio de toda su buena educación para no enviarle al diablo—. Iba a pedirle que utilizara su gentil encanto para localizar mi abrigo cuando la pantomima haya terminado. Me temo que esos criados se mostrarán más solícitos si la petición viene de una dama de su categoría en lugar de un inspector sin linaje y, ¿cómo me ha llamado antes? ¿Misógino?

—Se divierte a mi costa, señor. Pero tendrá que tragarse sus palabras cuando compruebe que ha invertido su tiempo en algo muy interesante gracias a mí.

—Estoy ansioso por que llegue ese momento. —Le ofreció su brazo y ella lo tomó con renuencia, permitiendo que la guiase hasta el interior del estudio donde los otros ya disfrutaban de su peculiar pasatiempo. La sujetó por el

codo cuando ella dio un ligero traspiés contra algún mueble inoportuno que la oscuridad les había impedido detectar—. Cuidado no tropiece, señorita Townsend. Parece que nuestra anfitriona ha resuelto que sus invitados se maten antes de que acabe la velada. Por cierto, acabo de escuchar murmurar a esa joven a punto de desmayarse —Señaló con un gesto a una muchacha cuya palidez, que atribuyó a la actividad en la que participaba, resultaba inquietante—, que la señorita Tisdale se encontraba indispuesta.

—Muy propio de Hermione. Descuide, señor. Tengo el firme propósito de regresar a casa de una pieza —replicó ella, apartándose unos centímetros para que él no pudiera apreciar su turbación.

Durrell dejó vagar la mirada por la habitación, mostrando un interés casi científico por la escena que se desarrollaba. Los presentes se congregaban alrededor de una gigantesca mesa de roble donde habían colocado estratégicamente un par de candelabros. Aun en la penumbra, podía apreciar el nerviosismo de los asistentes, en especial de las jóvenes, quienes se tomaban de las manos siguiendo las instrucciones del maestro de ceremonias y aprovechaban para dominar el temblor de los dedos.

Dirigía la sesión una misteriosa figura que se cubría de pies a cabeza con una gruesa capa de lana. Durrell apartó con cierta brusquedad una silla, procurándose un hueco junto a quien presidía la mesa lo suficientemente holgado para que ambos tomaran asiento. Celestia Townsend le acompañó a regañadientes.

—Eso ha sido una impertinencia, señor —le susurró, procurando que el resto no pudiera escucharla.

—Supuse que querría disfrutar del espectáculo en primera fila —respondió en el mismo tono, palmeando su mano sobre la mesa y aferrándola antes de que ella pudiera protestar—. Imitemos al resto, señorita Townsend, o sospecharán de nuestras intenciones.

—¡Silencio!

La voz gutural provenía de la figura encapuchada y todos permanecieron

expectantes, aguardando su siguiente orden.

—Lo veo... lo presiento... un espíritu intenta contactar con los presentes — prosiguió la voz—. Un alma atormentada que regresa del Más Allá para que le ayudemos a recobrar la paz... ¿Quién eres, por qué estás aquí? ¡Manifiéstate, espíritu! No temas nada de estos pobres mortales que no pueden causarte daño alguno. ¡Libérate, manifiéstate!

Y acto seguido, dejó caer las manos sobre la superficie de la mesa, ofreciendo la ocasión perfecta al inspector para constatar lo que ya sospechaba.

Hum... interesante, pensó Durrell, reparando en los delicados dedos del farsante. No pudo evitar que la interpretación le arrancase una sonrisa. Carraspeó para disculparse cuando el maestro de ceremonias volvió su rostro oculto bajo el capuchón hacia él.

—¿Quién osa interrumpirme? —preguntó con una voz que parecía provenir directamente de las tinieblas.

Durrell no contestó. Sentía curiosidad por ver hasta dónde era capaz de llegar el encapuchado, en su pretensión de engañar a aquella panda de incautos.

Su silencio fue interpretado como una invitación a que continuara el espectáculo, así que se recostó cómodamente en el respaldo del asiento, sin soltar en ningún momento la mano enguantada de su acompañante. Celestia Townsend aceptó el contacto como parte del sacrificio a cambio de presenciar lo que suponía acontecería en breve.

—Oh, espíritu afligido... dínos qué pretendes de estos tus humildes sirvientes...

—No pierda detalle, señorita Townsend. —Durrell acercó los labios para murmurarlo muy cerca del oído de la joven—. Le apuesto una libra a que antes del próximo alegato, alguien de esta mesa será sorprendido con la visita de algún familiar difunto.

—Shhh... conseguiré que nos expulsen, señor —le regañó ella en un

susurro, apretando sus dedos sobre la mesa.

Por suerte, los demás asistentes estaban demasiado ocupados tratando de controlar su miedo y no apreciaron la conversación que mantenían en la clandestinidad.

—Habla sin miedo, espíritu, ¿a quién de los presentes quieres dirigir tu petición? —insistió la voz del encubierto.

Y para sorpresa de todos, las velas del candelabro de tres brazos que ardían frente a la señorita Cornelia Price se apagaron repentinamente. Al punto, la citada señorita emitió un grito ahogado antes de soltar las manos de los caballeros que la custodiaban a ambos lados de la mesa.

—¡Oh, no puedo ser yo, debe tratarse de un error! —A pesar de la oscuridad, la tenue iluminación que aún restaba en la mesa permitió apreciar la mortecina palidez de su rostro.

—¿Quién eres, espíritu? ¡Muéstrate ante todos! Dispón de mi cuerpo como vehículo y habla sin más dilación, ¡te lo ordeno!

El maestro de ceremonias dejó caer la mitad de su cuerpo sobre la mesa, golpeando levemente la superficie con la frente. Al cabo de unos segundos en los que los presentes contenían el aliento a causa de la expectación, el maestro irguió apenas la cabeza y señaló con el dedo índice a la aterrada señorita Price.

—Túuuuu... Cornelia... —Una voz de ultratumba seguida de una pausa para infundir mayor temor, si es que eso era posible, en la cándida muchacha —. Soy la tía Henrietta.

—¡La tía Henrietta! Por todos los Cielos, es imposible, lleva muerta un lustro... —Cornelia se abanicaba con la palma de la mano, sofocando el vahído que la acometía.

—¡Calla, niña desagradecida! No te atrevas a negarme, soy tu tía. —Otra pausa y el consiguiente gimoteo de la agraciada con la visita del espectro—. ¡Silencio! Heredaste hasta la última de mis joyas, ¿y así me lo pagas, zorra ingrata?

—Pero ¿así, cómo, querida tía? No entiendo qué me reprochas —El prominente pecho de la señorita Price se elevaba a un ritmo desenfrenado bajo el escote de su vestido, amenazando con reventar los cierres de su apretado corsé.

—¡Calla, desvergonzada! ¿Crees que no tenemos nuestros espías en el Más Allá? Bien sabes de qué te hablo, loba con piel de cordero. ¿Acaso piensas que no estoy al tanto de todas las veces que tu tío, ¡mi esposo!, ha visitado tu lecho? Ah, chiquilla olvidadiza, ¿borraste de tu memoria todo el bien que te hice en vida, cómo te acogí en mi casa cuando quedaste huérfana a tan pronta edad?... ¡Cuán doblemente infame es tu traición, sangre de mi sangre!

—¡Ay, Dios! ¡Voy a desmayarme! Que alguien encienda las luces, por caridad...

El dramatismo de la escena era tal que bien podrían estar asistiendo a una de las representaciones del señor Shakespeare. Sin embargo, no se trataba de una obra del ilustre dramaturgo, aunque apuntaba maneras de acabar en tragedia digna del mencionado si alguien no le ponía fin enseguida.

Durrell apresó la mano del maestro de ceremonias en el aire, al tiempo que lo despojaba de su disfraz y le colocaba uno de los candelabros cerca del rostro.

\*\*\*

—¡Se acabó la fiesta, señorita Tisdale! Le exijo que termine de inmediato con esta pantomima. ¡Deprisa, más luz! —dijo dirigiéndose a los criados que permanecían ocultos tras las cortinas.

Media docena de maldiciones masculinas y otro tanto de grititos femeninos resonaron en la estancia. Durrell clavó su mirada de profunda reprobación en la anfitriona, pero no se molestó en expresar su disgusto en voz alta. En verdad, lo tenían todos bien merecido por prestarse a sus manejos de frívola y caprichosa.

—Oh, inspector... ¡es usted un auténtico aguafiestas! —se quejó Hermione, sonriendo angelicalmente para ganarse la comprensión de sus amigos, cosa que logró de inmediato en cuanto ordenó al servicio que trajeran un par de botellas de su mejor champaña.

Celestia Townsend, en cambio, no se sentía tan comprensiva. Estaba furiosa por el modo en que Hermione Tisdale había humillado a la pobre Cornelia. Ningún ser humano merecía aquel trato, ni siquiera en el hipotético caso de que las acusaciones vertidas por el falso espíritu fueran ciertas. De sobra era conocido por los presentes el voraz apetito que el viudo sentía por las jovencitas y no era de extrañar que el muy bribón hubiera aprovechado la situación desvalida de su sobrina para mancillar su honra.

Aun así, Hermione no tenía derecho a tratarla como lo había hecho. Era del todo inaceptable y sentía que debía hacer algo para defender el honor de la desconsolada Cornelia, quien ahora se retorció de llanto y vergüenza en una esquina solitaria de la habitación.

Se enfrentó a Hermione, a su sonrisa de dientes nacarados y a sus cautivadores ojos verdes de bruja malvada que causaban furor entre los caballeros.

—Lo que has hecho ha sido imperdonable, Hermione. Deberías sentirte horrible por ello, en lugar de reír alegremente tu fechoría. Si no fuera por la amistad que me une a Isabel te juro que te abofetearía ahora mismo.

—Por favor, querida, tus sermones me provocan jaqueca... No es de extrañar que mi hermana y tú seáis tan buenas amigas. Ambas sois igual de fastidiosas.

—Basta, Hermione. Has traspasado la línea que distingue una travesura de una acción verdaderamente malintencionada y cruel. Si te queda algo de moralidad y conciencia, reconocerás delante de tus invitados que acabas de inventártelo todo y pedirás disculpas a la señorita Price. Pero si no lo haces, ruego a Dios por que nunca recibas el mismo trato que has dispensado hoy a nuestra querida Cornelia, cuyo único delito fue confiar en una desalmada

ladina como tú.

Durrell observó cómo la señorita Tisdale se mordía los labios reprimiendo otra sonrisa, y encogía los hombros en actitud provocadora. Imaginó que no haría nada de lo que le proponía la sensata y comprensiva señorita Townsend. Pero una vez más, el género femenino le demostró lo poco que conocía los complicados entresijos de la mente de una mujer.

Sustituyendo de forma teatral su expresión maliciosa por su disfraz angelical, la señorita Tisdale se apresuró a desmentir a su espíritu y confesar que todo había sido una broma de mal gusto, con la que jamás había pretendido herir los sentimientos de su queridísima amiga Cornelia. La abrazó y ambas lloraron al unísono; y al cabo de unos minutos, todo quedó en una simple anécdota, que olvidarían en cuanto el servicio sirviera un poco más del champaña francés con el que su anfitriona obsequiaba a las víctimas de sus retorcidos juegos.

Durrell suspiró con franco aburrimiento y buscó con la mirada a la señorita Townsend, quien ya se disponía a abandonar la estancia sin recordar, al parecer, la deuda que tenía pendiente.

—Señorita Townsend —la llamó y ella se tocó la frente como si recordase de pronto su promesa.

—Oh, está bien... su abrigo, lo sé. —Con resueltos movimientos, recuperó el abrigo y lograron escabullirse sin que ninguno de los presentes reparase en ello.

Una vez hubieron abandonado la lujosa residencia, Durrell buscó con la mirada el carruaje de Celestia.

—No se esfuerce, inspector. —Ella interrumpió sus pensamientos, adivinando su extrañeza—. Como bien sabe, vivo a dos manzanas de aquí, me agrada disfrutar del paseo a pie hasta casa.

Sin saber por qué, la respuesta de ella no sorprendió en absoluto a Durrell. Por muchos motivos, la señorita Townsend estaba resultando un grato descubrimiento. Hermosa, inteligente, imprudente, honesta... Una mujer

extraordinaria a quien, por supuesto, podía imaginar practicando un poco de sano ejercicio físico, algo no demasiado común entre las jóvenes de su edad.

—En ese caso, la acompañaré si no tiene inconveniente. Es demasiado tarde para que una joven de buena reputación se pasee por las calles sin compañía.

Ella sacudió su mano enguantada en el aire.

—¿Acaso no le asustan los rumores? —Sonrió al ver cómo él arqueaba las cejas en un gesto interrogante—. Pobre inspector. Al parecer, es completamente cierto que vive usted ajeno a todo cuanto sucede en la sociedad, siempre que no tenga que ver con crímenes y otra clase de delitos. Por favor, no sea ingenuo. ¿Qué cree que dirán nuestros vecinos cuando la venenosa señorita Tisdale propague a los cuatros vientos que ambos nos ausentamos juntos de su fiesta?

Durrell encogió los hombros con indolencia, un gesto que evidenciaba cuán poco le importaban los chismes que circularan en torno a su persona. No obstante, comprendía que ella tuviera reparos en que los rumores la vincularan a alguien como él. Una vez más, Celestia captó a la perfección su silencio y hasta pareció indignada por los prejuicios que adivinaba en su mirada.

—No me malinterprete, inspector. Tampoco a mí me perturban lo más mínimo ese tipo de rumores. Pero no negaré que resultan, cuando menos, molestos.

—Supongo que así es. Aunque en mi caso, son otros los motivos que suelen colocar mi nombre en boca de los demás —objetó, refiriéndose a su profesión y aludiendo indirectamente al rumor que había circulado durante un tiempo sobre la señorita Townsend y cierto caballero que la pretendía.

—Ya veo por dónde van sus insinuaciones, inspector. Me entristece que haya dado crédito siquiera a tales habladurías —se mostró ofendida—. Por supuesto, no malgastaré mi tiempo en justificar mi conducta o la del señor Shelley. Buenas noches.

Celestia giró sobre los talones, decidida a concluir la tertulia. El interés que

el inspector había suscitado en ella inicialmente por su acertada intervención durante la velada decrecía por momentos.

Durrell apresó su mano, interceptándole el paso con expresión austera.

—Ese asunto no es de mi incumbencia, señorita Townsend. Ha sido una torpeza por mi parte recordarle el incidente, le ruego que me disculpe y me permita acompañarla.

Celestia lo meditó brevemente, apartando su mano temblorosa y ocultándola bajo la otra.

—Se lo permito, señor. Y acepto sus disculpas, pero solo porque sé que, si no accedo, me seguirá usted de todos modos, oculto tras cada esquina. Así que prefiero conversar con usted en lugar de sentir su sombra a mi espalda.

Vaya, vaya, pensó Morgan. La señorita Townsend estaba resultando una auténtica caja de sorpresas. Espió su rostro bajo las tenues luces que alumbraban la calle Oxford. La nariz pequeña emergía tímidamente en mitad de aquellas facciones serenas donde unos ojos azules, enmarcados por tupidas pestañas del mismo tono que el dorado cabello, brillaban con intensidad. Reparó en los labios carnosos que parecían a punto de emitir algún comentario y desvió la mirada en cuanto sus ojos se cruzaron con los de ella por descuido.

—Quiero agradecerle su intervención esta noche. Soy consciente del tremendo esfuerzo que ha tenido que suponer para usted, soportar toda la pantomima hasta el final antes de desenmascarar a la anfitriona. En verdad, ha sido una suerte que estuviera usted allí esta noche. De lo contrario, no sé qué habría sido de la pobre Cornelia.

—Permítame mostrar mi desacuerdo, señorita Townsend. Tengo la impresión de que usted ya había resuelto evitar a toda costa que la reputación de esa joven sufriera menoscabo alguno. La única diferencia entre ambos es que yo fui más raudo al intervenir.

—Es posible. No obstante, agradezco que haya concedido su tiempo a esta buena obra, tan ocupado como está en enviar a Newgate a maleantes de la

peor calaña. Supongo que, para alguien como usted, las maquinaciones perversas de Hermione Tisdale son la menor de sus preocupaciones. Pero para el honor de una joven débil e indefensa como Cornelia, su intervención ha sido absolutamente providencial.

—No estoy tan seguro de que haya servido de algo. Las infamias vertidas por la señorita Tisdale ya están dichas. Dudo que Cornelia Price pueda lograr un compromiso satisfactorio después de hoy. Por desgracia, señorita Townsend, no todo el mundo posee su misma anchura de miras y le apostaría mi salario de todo un año a que el nombre de su buena amiga no volverá a ser visto en las listas de invitados en lo que resta de temporada.

Celestia suspiró, comprendiendo que no podía rebatir lo que decía. Por desgracia, aquella sociedad hipócrita ya había condenado a la pobre Cornelia.

—Odio reconocerlo, pero es probable que esté en lo cierto. Mucho me temo que Hermione se saldrá con la suya. Resulta inaudito que, a pesar de que la aviesa naturaleza de Hermione Tisdale es del dominio público, todos sigan prestándose a sus maquinaciones —se lamentó, añadiendo pensativa—: Me pregunto qué será lo siguiente que tramén ella y su cómplice de fechorías, la no menos retorcida Madame Rachel.

—Señorita Townsend, me atrevería a decir incluso que alguno de los asistentes puede haber sido objeto de sus intrigas en el pasado. Y ya que alude a Madame Rachel, he de confesarle que ciertos rumores que circulan sobre cierto salón de belleza y su propietaria, son los que hoy me condujeron hasta aquí. —No supo por qué había confiado tanto en ella, pero ya estaba dicho, y al instante se arrepintió al ver el interés que sus palabras despertaban en Celestia—. Le ruego que me disculpe. No pretendía inmiscuirla en asuntos que solo incumben a Scotland Yard... Por descontando, espero de usted la máxima discreción al respecto.

—Inspector, el que mi padre haya estado delicado de salud y mi propio nombre no aparezca en la mayoría de las listas de invitados, no es óbice para que haya abandonado completamente, como usted, la vida en sociedad. La

gente rumorea a menudo y, entre tanta murmuración, siempre existe alguna frase reveladora que se escapa ante el servicio y llega a oídos ajenos. Si le soy sincera, estoy al tanto desde hace meses de la pantomima que Hermione, sirviéndose de la amistad perversa que la une a Madame Rachel, utiliza para humillar a cualquiera que elija como víctima. Y pese a que, en anteriores ocasiones, el atormentado no despertaba en mí la piedad suficiente como para asistir a sus malévolas reuniones, bien es cierto que en esta ocasión no pude reprimir el impulso de desenmascararla y poner fin al engaño. Como bien ha observado antes, estaba a punto de intervenir cuando usted ha tenido la cortesía de hacerlo antes en mi lugar.

—Vaya, tal y como lo dice, hace que me sienta como un héroe, señorita Townsend —se burló, añadiendo al intuir el rubor en sus mejillas—. Espero que tanta admiración no despierte en usted sentimientos afectuosos hacia mi persona. Eso sí daría lugar a todo tipo de habladurías, ¿no le parece?

Celestia se detuvo frente a la verja de entrada, dando gracias a Dios porque el paseo hubiera tocado a su fin. La compañía del inspector comenzaba a inquietarla seriamente, lo mismo que aquel roce casual de la mano masculina en su codo.

—Inspector, ¿acaso le divierte imaginarlo?

—En realidad, señorita Townsend, me aterra —pretendía burlarse, pero esta vez la expresión de su rostro era grave.

—¿De veras? ¿Por qué, inspector? ¿Es que le provoco algún temor? Y yo que creía que nada podía asustarle, circunspecto y esquivo inspector Morgan Tiberius Durrell.

Entonces fue Celestia quien se burló y, en el fondo, era su única arma para no desvelar la agitación que aumentaba en el interior de su pecho.

Morgan se sentía irremediamente atrapado, se diría que hipnotizado, por el lento movimiento de los labios femeninos mientras ella pronunciaba cada palabra. Se esforzaba en pensar que Celestia no era consecuente con el efecto seductor que producía en él. Trataba de convencerse de que el modo en que

ella lo miraba era un gesto casual, pues de lo contrario, no podría dominar sus instintos y tendría que besarla hasta borrar todo rastro de burla de aquella boca que aparecía en sus sueños desde el incidente en el parque.

—¿No dice nada, inspector? —insistió ella, traviesa, inocente y seguramente ajena a los malos pensamientos que ocupaban a su interlocutor en aquel instante.

La miró hambriento, excitado y furioso consigo mismo porque se había propuesto evitar todo tipo de contacto con aquella joven que lo inquietaba. Celestia Townsend no era como las demás mujeres, no era un hermoso envoltorio del cual un hombre podía extraer un cerebro y un alma vacíos.

Había algo en ella, en su mirada, una madurez turbadora que podría hacer temblar los cimientos incluso de alguien quien, como él, se reía del amor. No pudo controlarse por más tiempo, tenía que averiguar si aquella boca atrevida era capaz de responder a las expectativas de sus sueños ardientes. Pero, sobre todo, tenía que saber si ella sentía lo mismo o tan solo jugaba al mismo tipo de juego que reprochaba en las otras damas.

Sin pensarlo, la acorraló contra la dura piedra que circundaba la puerta, aprisionando el cuerpo menudo con el suyo mientras colocaba las manos a cada lado de su cabeza. Enredó el pulgar y el índice en uno de los graciosos bucles que le caían sobre la mejilla y tiró levemente para acercar el rostro hacia su propia boca.

Y allí estaba, su prueba de fuego, la que recordaría como un completo fracaso y le haría olvidarla por fin. La causa probable de que la señorita Townsend jamás volviera a dirigirle la palabra después de abofetearle aquella noche. Se aventuró, toda vez que su suerte ya estaba echada y su atrevimiento le convertía desde aquel mismo instante en un patán sin educación.

«Al Diablo, si esta es la ocasión, bienvenida», se dijo. Rozó con los labios la boca entreabierta, sin apartar los ojos de los de Celestia. Su mirada azul lo desarmó y aquel leve parpadeo, mezcla de sorpresa y placer en el momento en que hundía la lengua en el interior de su boca, lo enloqueció.

No supo cuánto tiempo duró el beso, ni cómo sus manos hallaron el camino hasta el cuello envuelto en delicada muselina de ella; lo apresó para profundizar en su boca. Le dolían las sienes de deseo contenido y el bulto de su entrepierna crecía de una forma escandalosa, presionando el estómago de la joven bajo el tumulto de la ropa de ambos.

Un débil gemido hizo que recobrase la cordura y se apartara de ella, avergonzado y sofocado por el deseo insatisfecho.

Celestia exhaló un largo suspiro y se acomodó la ropa y el cabello, devolviendo los mechones rebeldes a la parte posterior de sus delicadas orejas.

—Supongo le debo una disculpa. —Durrell evitó su mirada y clavó los ojos en la punta de sus zapatos, retirándose unos centímetros.

—No sea tan duro con usted mismo, inspector —le sorprendió Celestia, abanicándose levemente con la palma de la mano para recobrar el aliento perdido.

Se atrevió a mirarla, convencido de que había entendido mal sus palabras.

—Por favor, no sufra —añadió, sorprendiéndole de nuevo—. Ambos somos personas adultas y, dado que yo misma provoqué esta situación, enviándole señales equívocas a causa de mi inexperiencia, tampoco espero que se excuse por su comportamiento.

—Entonces, ¿no espera una disculpa? —insistió con incredulidad.

—Inspector, voy a serle muy franca. —Cruzó las manos sobre su regazo como si estuviera a punto de ofrecerle un recital de canto—. No soy tan inocente para ignorar la manifiesta atracción que siente usted hacia mí. La verdad es que tal circunstancia debió ser motivo suficiente para que le despidiera de inmediato al llegar a casa. Pero le confieso que su comentario anterior acerca de mi tropiezo con el señor Shelley despertó en mí un deseo irrefrenable de ponerle a usted en un aprieto. Y, por otro lado, sentía curiosidad por averiguar si es cierto eso que dicen de usted.

Durrell parpadeó y sacudió la cabeza, confuso.

—No estoy seguro de haberla entendido, señorita Townsend. ¿Ha permitido que la besara porque la ofendí, aludiendo sin querer al asunto con ese canalla que la cortejaba y tuvo la osadía de poner su honestidad en tela de juicio hace dos temporadas?

Ella sonrió con naturalidad.

—Y por mi curiosidad, no lo olvide.

—Oh, claro, por su curiosidad. En ese caso, ¿ha consentido que lo hiciera porque estaba realizando algún tipo de extraño experimento conmigo?

Celestia encogió los hombros en un gesto que despertó de nuevo el deseo en el hombre.

—¿Y cuál es el rumor, si puede saberse? —preguntó Durrell fingiendo desinterés, aunque lo cierto es que le reconcomía por dentro y solo porque se trataba de ella.

—Que es usted tan rígido e inflexible que muchos consideran que ha sido esculpido en piedra, señor Durrell —confesó ella con sinceridad.

Morgan abrió la boca para protestar, pero ella no le dio la menor oportunidad. Un criado había acudido raudo a la puerta en la que ella había llamado antes con discreción. Celestia se deslizó con rapidez en el interior de la casa y le dejó allí plantado.

Morgan permaneció unos segundos de pie, preguntándose cuál había sido el dictamen de la joven al respecto y si había sido consciente de que ciertas partes de su cuerpo no habían reaccionado en absoluto como lo haría una estatua de piedra.

## Capítulo 3

—Ni sueñes que te irás otra vez solo, Francis. Te lo prohíbo.

Se plantó ante la puerta que conducía al exterior y la franqueó con su pequeña estatura, extendiendo los brazos a ambos lados y arrancando una sonrisa indulgente de labios de su hermano. Estaba muy graciosa, con su metro cincuenta y cinco enfundado en un sencillo vestido de algodón color turquesa, los ojos azules brillantes de rabia, el cabello rubio, rizado y desordenado con bucles rebeldes que le caían sobre las mejillas encendidas.

Sin embargo, Celestia no pretendía estar graciosa, pensó Francis, sino intimidarle y evitar que hiciera aquello que debía hacer.

—Vamos, Pippa... —Se dirigió a ella con el diminutivo que utilizaban desde que ambos eran unos mocosos que pasaban todo el día urdiendo travesuras en el desván y que hacía referencia a su segundo nombre de pila, Philippa.

Francis sabía que solía funcionar que la llamara de aquel modo cariñoso y que, en ocasiones anteriores, tras una pequeña disputa, Celestia claudicaba y aceptaba perdonarle por lo que quiera que hubiera hecho. Pero en esa ocasión, todo apuntaba a que no iba a resultarle tan fácil librarse de su querida hermana.

La expresión de Celestia era decidida y parecía absolutamente resuelta a no dejarle salir. Y aunque le hablaba en voz baja, Francis la conocía lo bastante para saber que era muy capaz de chillarle hasta llamar la atención de todos en

la casa. Sobre todo, Francis pretendía eludir otro sermón de su padre, el respetable doctor Townsend. Debía convencerla como fuera.

—Rotundamente no, Francis. Si te atreves a cruzar esta puerta, le contaré a nuestro padre lo de tus escapadas nocturnas. Y sabes muy bien que hablo en serio.

Celestia se mostró inflexible. Estaba tan enfadada que le costaba un gran esfuerzo controlarse. Era inadmisibile que Francis no hubiera confiado en ella como lo había hecho siempre. Pero después de descubrir todas aquellas notas horribles que había tomado durante sus andanzas secretas, no permitiría que Francis continuara con aquello.

—Pippa... ¿Aún no me has perdonado por ocultártelo? No seas rencorosa, hermanita. Yo ya te he perdonado por husmear entre mis papeles sin permiso. —Francis le recordó la discusión que habían tenido la noche anterior, en la que le había hecho prometer a la joven que no desvelaría a nadie lo que había visto.

—No trates de enredarme, hermano. Cuando decidiste no seguir los pasos de nuestro padre en la profesión, te apoyé con absoluta vehemencia y lo sabes. Y cuando anunciaste que trabajarías para el señor Parke en el North London Press y aprenderías ese oficio que consideras tan excitante...

—Y tú también, Pippa, no lo olvides.

—No me interrumpas —cortó con determinación—. Cuando dijiste que trabajarías codo con codo con el señor Parke y que ibas a convertirte en el más célebre periodista de Inglaterra, también apoyé tu decisión. Lo hice a pesar del disgusto de padre y a pesar de mis propias reservas con respecto a ese periódico. Pero este asunto que te traes entre manos me preocupa, Francis. Tengo un mal presentimiento. Me conoces, sabes que no soy una de esas damiselas con la cabeza hueca a las que solo les preocupa cazar un buen partido. Tengo inquietudes, hermano. Y sabes que comparto casi todas las tuyas. Pero en esta ocasión, y dado que ni siquiera has querido compartir los detalles de tu investigación conmigo, sospecho que hay algo más de lo que

me has contado, seguramente para protegerme. Y por ese motivo, querido Francis, me veo obligada a detenerte antes de que este proyecto tuyo se trague todas tus buenas intenciones y quizá hasta a ti mismo.

—Pippa, te quiero y agradezco tu preocupación. —La besó en la punta de la nariz antes de tomarla por los hombros y arrastrarla casi en el aire lejos de la puerta, ignorando todas sus protestas—. Pero esta vez no puedes ayudarme. Te ruego que permanezcas al margen de este asunto y cuento, como siempre, con tu silencio.

—Te lo advierto, Francis. Pienso ir directamente al despacho de padre y contárselo todo —insistió Celestia, aun a sabiendas de que su hermano no cambiaría de planes por más que intentara disuadirlo.

—No lo harás. —Se colocó un abrigo raído y una gorra que le conferían el mismo aspecto que tendría un rufián de los bajos fondos de Manchester. La miró sonriente—. Porque también me quieres. Y porque eres mi hermana favorita.

—Soy tu única hermana —resopló ella, contemplando con disgusto el atuendo de Francis. Si su padre le veía con aquel atuendo pondría el grito en el Cielo, eso era seguro.

—Lo sé, Pippa. Y no podría haberme tocado una mejor. Así que, como ves, soy un tipo afortunado, ¿qué mal puede sucederme?

Francis le guiñó un ojo con picardía y Celestia le golpeó el hombro en respuesta, enfadada, frustrada e intrigada, todo al mismo tiempo.

—Estás horrible. Mírate... Padre sufrirá un ataque si te ve disfrazado así. Será mejor que desaparezcas antes de que alguien del servicio te vea.

—Adiós, hermanita. Te prometo que tendré cuidado, que estaré de vuelta antes de que amanezca y que te contaré cuanto haya descubierto. —Y añadió antes de salir, mirándola condescendiente—: Y si todavía estás interesada, le hablaré bien de ti al señor Parke y haré cuanto esté en mi mano para que podamos firmar juntos nuestros artículos.

—Vete de una vez. Creo que nuestro padre me reclama.

Francis la abrazó fugazmente, pero Celestia le retuvo entre sus brazos más tiempo del necesario. Una extraña sensación le atenazó el pecho y la hizo estremecer de forma involuntaria.

Le dejó marchar, pese a sus temores y pese a aquel sueño inquietante que la había despertado con el rostro bañado en sudor hacía varias noches. No se lo había contado a Francis porque temía que se burlase de ella, Celestia Townsend, una mujer racional y culta que se reía de los supersticiosos. Sin embargo, el sueño había sido tan real que aún temblaba. Sacudió la cabeza, decidida a apartarlo de su mente. Aún tenía que inventar una excusa para disculpar a Francis durante la cena, pensó.

\*\*\*

—Viola, ¿podrías encargarte de adquirir un par de entradas para la función de Macbeth? Le prometí a McKinnon que se las haría llegar a Eliza —pidió, recibiendo otro gruñido como respuesta.

Morgan dejó caer ruidosamente el tenedor sobre el plato, apartando el succulento estofado del que aún mantenía la esperanza de disfrutar. Cruzó los dedos sobre la mesa y elevó la mirada impaciente hacia la mujer cuyo incesante parloteo no dejaba de escuchar mientras trataba de dar cuenta de la cena.

—De acuerdo, Viola, me rindo —exclamó con resignación—. Has repetido al menos una docena de veces la palabra compromiso, intercalándola, por cierto, muy hábilmente, en mitad de otra docena de frases insustanciales referidas a lo caro que está el pescado en el mercado y a cómo has logrado que te lo vendieran a mejor precio después de mucho regatear. Confieso que tu conversación resulta apasionante, pero, aun a riesgo de parecer grosero, ¿existe alguna posibilidad, por pequeña que esta sea, de que pueda degustar mi cena en absoluto silencio?

La señora Dudley frunció el ceño, en aquel gesto tan suyo que evidenciaba

que no se daría por vencida tan fácilmente. Viola Dudley había sido mucho más que una sirvienta desde que se hiciera cargo de un niño llamado Morgan Durrell cuando este apenas contaba ocho años. La madre de Morgan y ella habían servido juntas a una familia acomodada en uno de los mejores barrios de Londres.

Sir Charles Durrell, un prestigioso magistrado a quien la mala fortuna había llevado a contraer matrimonio con una rica heredera estéril y aquejada del mal de histeria, pronto se había sentido atraído por la alegría y vitalidad de su doncella, la señorita Irene Smith. Sir Charles, hundido y deprimido había buscado refugio en los brazos de su hermosa, joven y discreta sirvienta, a quien, con el tiempo, había llegado a amar profundamente. Sin embargo, al quedar ella encinta y al objeto de evitar un escándalo, no había tenido más remedio que enviarla a una pequeña finca que poseía en las afueras, responsabilizándose, no obstante, de la educación y manutención de su hijo bastardo.

Cuando la pobre Irene enfermó de forma repentina, sir Charles suplicó a la señora Dudley que se trasladara también con ella, temiendo, como finalmente sucedió, que su hijo quedara huérfano y solo en el mundo. Y así fue como la señora Dudley se convirtió en su segunda madre.

Solo un par de años después, Felicia Durrell, cuya enfermedad mental había empeorado considerablemente, encontró la muerte de un modo horrible, arrojándose al Támesis un frío mes de febrero y causando gran consternación el suceso en los círculos sociales. Tras un breve período de luto y sabiendo que el estigma de la ilegitimidad mancillaría el nombre de su hijo si le reconocía de forma pública, propuso un ingenioso plan a la señora Dudley. Hizo que regresara a su residencia de Bloomsbury en compañía de su sobrino Morgan Tiberius Durrell, al que presentó en sociedad como hijo de su difunto hermano Edgard. Edgard Tiberius Durrell había servido valientemente en el 17º Regimiento de Lanceros bajo el mando del Capitán William Morris en Crimea en 1854, participando en la famosa carga de la Brigada Ligera en

Balaclava. Unos años antes, Edgard había tomado como esposa a la frágil y enfermiza hija de un vicario y, junto a su delicada esposa, había aceptado toda suerte de destinos militares, a los que su fiel y abnegada esposa le acompañaba. Ello pronto le costaría la vida a causa de la fiebre tifoidea que solía causar tantas bajas entre los oficiales y sus esposas, como las propias lanzas de las revueltas nativas. Edgard perdería la vida en su último destino en la India, en la batalla de Sinwaho, a la edad de cuarenta y siete años.

Sir Charles Durrell había atado perfectamente su historia, con la suerte de que la ajetreada y un tanto misteriosa vida de su hermano Edgard, un verdadero héroe a quien había sido otorgada la Cruz Victoria, proporcionaba una veracidad indiscutible al origen del pequeño Morgan. En su testamento, Charles Durrell había legado todo su patrimonio, la nada desdeñable cifra de cincuenta mil libras y su propiedad en la calle Bedford, a su querido sobrino Morgan.

Había sido una suerte que sir Charles fuera un hombre tan previsor, pues unos años después, abandonaría también este mundo tras ser atropellado por un carruaje cuando regresaba a casa de su paseo matutino por Russell Square.

Aquel había sido el final de la breve relación que les unía. Charles Durrell, deseoso de proporcionar a Morgan la mejor educación, le había enviado a uno de los mejores internados de Inglaterra, por lo que el muchacho no había tenido tiempo de conocer a su verdadero padre. No había podido apreciar en él las probidades de las que solía hablar la señora Dudley. Para él, había sido únicamente un benefactor en la distancia, un ser extraño que un buen día le había llamado a su despacho para confesarle que era su hijo. Un hombre rico que le había ocultado como si fuera una mancha terrible que nadie debía descubrir jamás. El padre de un hijo bastardo a quien por conciencia había tenido a bien otorgarle su apellido, amparándose en una mentira.

Aunque también legándole, y eso no podía negarlo, una posición respetable que le había abierto las puertas de la Academia Militar de Woolwich, donde había completado su formación como oficial de artillería. Charles Durrell

había manifestado en varias ocasiones su preferencia por que ingresara en la academia militar de Sandhurst, donde acudían la inmensa mayoría de aristócratas y estudiantes de Eton, futuros oficiales de caballería e infantería. Pero Morgan había mostrado clara predilección por la vertiente más técnica del ejército, lo que además le proporcionaba la ocasión perfecta para rebelarse de algún modo contra la autoridad de su tío. Aunque Charles Durrell nunca se lo había manifestado directamente, Morgan sabía que su elección había supuesto una pequeña decepción para él.

Tras servir en Sudáfrica en la última de las Guerras *Xhosa* y luchar después contra los zulúes siendo condecorado en ambas, Morgan se había licenciado para incorporarse a Scotland Yard. Charles Durrell no había tenido tiempo de comprobar el tipo de hombre en que Morgan se había convertido y eso aún le producía, muy a su pesar, cierto desasosiego.

Por todo lo anterior, la señora Dudley era la única familia que Morgan conocía. Y por ello, y también porque la quería, soportaba estoicamente sus sermones sobre su soltería, su misoginia y otras virtudes que la buena señora Dudley le atribuía.

La miró, en cierto modo entretenido por los esfuerzos de la mujer en captar su interés, aunque ocultó su diversión tras su austero semblante para poner fin cuanto antes a su labor de casamentera.

—Señor Durrell...

—Oh, vamos, Viola... ¿ahora soy el señor Durrell? Estoy realmente perdido si el sermón de hoy lo empiezas con tanto formalismo.

Morgan suspiró, tomando un sorbo de vino y aguardando la retahíla de reproches y lloriqueos que de sobra ya conocía. Siendo tan solo un niño, Viola le había explicado que, en presencia de extraños, ella siempre sería la señora Dudley y él, el señor Durrell, tal y como aconsejaba el protocolo social y a fin de salvaguardar su pequeño secreto. Empero, ella solía dirigirse a su amo con tal seriedad igualmente cuando estaban a solas y pretendía regañarle u obsequiarle con alguna de sus reprimendas, como en ese

momento.

—No te atrevas a tomarme el pelo, Morgan Tiberius Durrell.

—Definitivamente, estoy perdido. ¿También mi segundo nombre de pila? Sabes que lo detesto —se burló, sosteniendo el tenedor entre los dedos y apuntándola con él—. Será mejor que no te andes con rodeos, Viola. Hoy ha sido un día muy largo y aún tengo que repasar algunas notas sobre el caso que me ocupa.

—Es imposible hablar contigo —gimoteó la mujer, depositando con brusquedad sobre la mesa la bandeja con el resto del estofado—. Ese es el problema. Solo piensas en tus casos y en todos esos rufianes a quienes pretendes dar caza y enviar a la horca. No asistes a ninguna fiesta, no participas en los actos sociales, ni siquiera vas a la Iglesia... ¿Cómo esperas encontrar una buena esposa con esa actitud?

—No lo espero, Viola. A decir verdad, me encuentro muy a gusto en mi actual estado —confesó, conteniendo la risa cuando la mujer exhaló un hondo suspiro.

—¿Acaso piensas permanecer soltero toda la vida?

Lo preguntó con expresión espantada, que fue inmediatamente sustituida por otra de irritación al escuchar su risa lisonjera.

—Sí, ahora que lo dices, es lo que pretendo. —Se sirvió otra buena ración de estofado sin perder la compostura—. Excelente guiso el de hoy, Viola.

La señora Dudley le arrebató la bandeja, colocándola fuera de su alcance en un gesto infantil que no hacía honor a su edad.

—No te enojas, Viola. De verdad, no logro entender por qué te empeñas en que me case, cuando tú misma has reconocido ser enormemente dichosa en la misma soltería.

—¿Eso crees? Niño malcriado e insolente... Te daría unos buenos azotes si supiera que con ello lograría hacerte entrar en razón. ¿De verdad nunca te has preguntado por qué jamás me he casado? No creas que no tuve muchas oportunidades, chiquillo ingrato. Donde me ves, tuve mi época de juventud y

belleza y no pocos galanes se apostaban a la salida de mi turno, frente a esta misma casa, para cortejarme.

—No lo he dudado un instante, Viola. Aunque deduzco que ninguno mereció tu aprobación finalmente.

Ella sacudió la cabeza y abrió los labios para decir algo, aunque pareció pensarlo mejor y se dio media vuelta, murmurando entre dientes enfurruñada.

Morgan se apresuró a asir su brazo para retenerla. La obligó a mirarle de forma directa, ya que la señora Dudley se había vuelto repentinamente esquiva y pretendía eludir sin duda la respuesta.

—¿Viola? —insistió, sospechando como ya lo hacía desde algunos años, que los motivos de la señora Dudley estaban justo en aquel sobrio comedor donde ambos conversaban.

—Mi querido Morgan... —El tono de Viola se había dulcificado.

Morgan recordó las tardes de invierno en las que un niño solitario y huraño se refugiaba en el regazo de aquella buena mujer después de que otros niños le dieran una soberana paliza. Por fortuna, aquel niño había crecido y había aprendido a defenderse sobradamente. Pero la señora Dudley seguía cuidando de él como la amorosa madre que había sido durante todos estos años. Arqueó las cejas, comprendiendo cuánto había sacrificado por el niño que había acogido como propio, adivinando la desazón que la inquietaba.

—...No estaré junto a ti eternamente, hijo. Un buen día, la vieja señora Dudley se irá para no regresar. Y cuando me llegue la hora, marcharía mucho más feliz si supiera que mi querido niño no quedará solo en esta vida.

Se sorbió unas lágrimas y Morgan se sintió miserable por ser el causante. Abandonó la mesa para abrazarla, un gesto que sabía que la avergonzaba y que Viola solía evitar para que él nunca olvidara la distancia social que creía les separaba.

—Viola... ¿Podrás perdonarme alguna vez por ser tan bruto? Sé que nunca te lo he dicho, pero...

Ella colocó sus dedos sobre los labios del hombre, silenciándolo.

—Lo sé. —Presionó el pecho de Morgan en el lugar donde su corazón residía—. Mi querido muchacho... Hemos recorrido un largo camino juntos. Pero ese viaje tocará pronto a su fin en mi caso.

—¿Estás enferma? ¿Por qué no me has dicho nada? —Preguntó alarmado—. Iré en busca del doctor Whitby y te procurará el remedio que necesites...

—Morgan, estoy bien. Mi salud es tan fuerte como una roca —le tranquilizó, acariciando con ternura el áspero mentón—. Pero tengo sesenta años. Y, por cierto, tú ya no eres ningún niño, Morgan. No quisiera morirme sin tener la certeza de que una buena chica ocupará mi lugar en esta casa.

—Vieja lianta... Por un momento, has logrado asustarme —la regañó, añadiendo aliviado y de mejor humor—: Si eso te hace sentir mejor, te prometo que mañana mismo buscaré una doncella para que puedas entrenarla como mejor convengas.

—Morgan... No hablo de una doncella. Hablo de una esposa. Una joven educada, sensata y hermosa a quien puedas entregar ese corazón rebelde tuyo. Una que sepa apreciar tus muchas virtudes y disculpar tus muchos defectos. Una joven que sepa amar al hombre que ya eres y te ayude a convertirte en el hombre extraordinario que puedes llegar a ser. Eso es lo que quiero para ti, Morgan Durrell. Lo que tu propia madre habría deseado si aquellas malditas fiebres no se la hubieran llevado aquel día.

Morgan besó la palma de su mano antes de devolvérsela. Bendita mujer. Desconocía que había determinado hacía tiempo que no deseaba las distracciones que ocupaban a los hombres casados. Aunque no quería desilusionarla, debía zanjar aquella cuestión antes de que la señora Dudley continuara abrumándolo con sus artes de alcahueta.

—Está bien. Haré cuanto esté en mi mano para solventar este problema. No obstante, no puedo prometerte nada. Bien sabes, Viola, que las jóvenes educadas, sensatas y hermosas, no abundan en Londres. Esos tres ingredientes colocan el listón de expectativas demasiado alto tratándose de un bastardo como yo.

—No digas eso, Morgan. Nadie conoce nuestro secreto y nadie lo sabrá nunca porque pienso llevármelo a la tumba y tú jamás lo contarás, ¿de acuerdo? Así que dame tu palabra de caballero de que cumplirás el deseo de una pobre vieja.

—Muy bien, Viola. Tienes mi palabra —prometió, escuchando en su mente la voz de su conciencia que le recriminaba por ser tan embustero—. Y ahora, ¿puedes obsequiarme con un poco de ese postre que ocultas en la cocina?

Francis nunca regresó de su aventura nocturna. En aquel momento, mientras lanzaba un puñado de tierra húmeda sobre el ataúd de su querido hermano, seguía atormentándola la idea de que tenía que haber impedido que saliera aquella noche. Entonces su intuición le había dicho que algo marchaba mal y tendría que haberse mostrado categórica, tal vez así... Se mordió los labios con fuerza, restregándose la mejilla con el dorso de la mano enguantada para retirar las lágrimas que se deslizaban por ella.

Besó a Isabel Tisdale, quien todo el tiempo la había arropado durante el sepelio, abrazándola y consolándola, sosteniendo con fuerza la mano de su amiga cada vez que algún conocido se acercaba a ofrecerle su pésame. Por fin, cuando la muchedumbre se fue dispersando, le pidió a Isabel que la dejara a solas. Comprendía que, para la pobre Isabel, aquellas reuniones en las que se veía obligada a coincidir con las personas que solía frecuentar Hermione, resultaban un auténtico suplicio. Con la promesa de visitarla al día siguiente, Isabel le devolvió el beso, estrechó sus dedos y se perdió entre las tumbas, silenciosa y pensativa como era habitual en ella.

Observó cómo su padre se despedía con gesto triste y cansado de los amigos que habían acudido a dar el último adiós a Francis. Lo vio dirigirse hacia el carruaje, aceptando la ayuda del sirviente para subir el pescante y acomodarse en el interior del vehículo.

Le había pedido que la dejara a solas para pensar y despedirse de Francis, y

su padre había aceptado con la condición de enviar de nuevo el carruaje de vuelta una hora más tarde. Aunque ella se había mostrado reacia en un principio, argumentando que deseaba pasear en soledad, era cierto que había al menos una hora de camino entre el camposanto de Brompton y su residencia en Bayswater, por lo que finalmente, había aceptado el ofrecimiento de su padre.

Poco a poco, el grupo de personas que la rodeaban y mostraban sus condolencias, se fue disipando. Rodeada de viejos cipreses y ángeles de piedra que custodiaban otras tumbas cercanas, en la única compañía de dos sepultureros taciturnos y aquel ataúd que descendía muy despacio por las cuerdas al fondo del hueco excavado en la tierra, Celestia volvió a sentir aquella opresión en el pecho. Como si una mano invisible y poderosamente fuerte atravesara su vestido de luto y el ajustado corsé y, abriéndose paso entre músculos y costillas, alcanzara su corazón para aplastarlo sin compasión y detener hasta el último latido.

Algunas veces, siendo muy niña, había llorado la ausencia de la madre a quien no había tenido la fortuna de conocer. Pero las lágrimas derramadas habían brotado de los ojos y el corazón de una niña a quien aún podían consolar los cuentos sobre madres a quienes Dios se llevaba para velar desde nubes maravillosas y paraísos celestiales.

Sin embargo, ya no era una niña. Era una mujer adulta, inteligente y perfectamente consciente de que Francis no regresaría del lugar donde su asesino lo había enviado. Al identificar su cadáver en la morgue con el propósito de evitar que lo hiciera su padre, y a pesar de los obstáculos de funcionarios y agentes de la ley, había logrado que descubrieran apenas el cuerpo sin vida de Francis, reparando en el profundo corte en la garganta que había sido cosido antes de que ella tuviera oportunidad de verlo. Pensó que no era posible que olvidara en la vida aquella visión, aquella tez mortecina, el zurcido en labios y párpados y la horrible cicatriz del cuello salvajemente cercenado y que sin duda le había producido la muerte de un modo casi

instantáneo a su querido Francis.

Ni se atrevía a conjeturar sobre las cosas que le habrían pasado a Francis por la cabeza mientras la vida se le escapaba por momentos. ¿Cuál habría sido su último pensamiento? Se torturaba pensando en aquel último abrazo, el que podía haberle retenido, haber impedido...

El seco sonido del féretro al caer en la fosa detuvo sus tristes reflexiones. Los sepultureros retiraron las cuerdas y el resto de las herramientas empleadas, le mostraron una vez más sus respetos y se alejaron del lugar para continuar con su ingrato trabajo.

Desvió la mirada hacia la lápida que, en poco tiempo, sellaría para siempre el lugar donde Francis dormiría el descanso eterno. El epitafio se clavó en su alma como un puñal:

*Francis Lawrence Townsend. Amado hijo y hermano. Siempre en nuestros corazones.*

Cerró los ojos, deseando que todo aquello no fuera más que otra de sus pesadillas, otro sueño terrible en el que la extraña mujer de la túnica la visitaba y lloraba amargamente junto su lecho.

Pero no, en esa ocasión, sabía que no sucedería. Sabía que, al abrir los ojos de nuevo, no despertaría tiritando de frío sobre su cómoda cama. Sabía que, si lo hacía, seguiría allí, en aquel lugar lóbrego y siniestro del que jamás se regresaba. Y sabía que Francis seguiría muerto.

Nunca volvería a acariciar su cabello cenizo mientras le leía algún artículo interesante y él se reía de sus opiniones para mortificarla. Nunca volvería a clavar en ella su mirada grisácea y llena de vitalidad. Sencillamente... se había ido. Por tal motivo, prefirió mantener los ojos cerrados un momento más, aferrándose aún a la loca esperanza de estar soñando. Los abrió de pronto al sentir cómo unos dedos rozaban apenas su brazo.

—Señorita Townsend. Lamento profundamente su pérdida.

Celestia no dijo nada. Había reconocido enseguida aquella voz grave.

Volvió el rostro y encontró los ojos verdes e inquietantes, curiosos, clavados en ella.

—Recibí su nota. Le pido disculpas por no haber acudido antes...

El resto de la frase murió en sus labios al contemplar el rostro demacrado de la joven. Profundas ojeras violáceas se marcaban bajo los ojos todavía húmedos por el llanto y los labios permanecían apretados en un rictus tan amargo que Morgan se sintió miserable como si él mismo fuera el causante de su congoja. Era absurdo que la mera imagen lastimera de Celestia Townsend le mantuviera paralizado, afectado hasta la médula y deseoso de poner fin del modo que fuera a aquello que la hacía infeliz. Le asaltó el irrefrenable impulso de abrazarla, de borrar aquella expresión afligida de las hermosas facciones que le habían cautivado apenas unos días antes. Sin embargo, ¿qué podía decir en tal circunstancia? Cualquier cosa que dijera sería un esfuerzo vano por disipar la angustia, la impotencia y el dolor que reflejaban la mirada de Celestia. La joven traviesa y seductora parecía entonces una criatura frágil y desvalida.

Sin embargo, algo en su interior le decía que la señorita Townsend se repondría de aquel duro golpe. Adivinaba su naturaleza valiente en el fondo de aquellas pupilas brillantes, en la forma en que le mantenía la mirada a pesar de la tristeza, en la determinación de la línea que formaban sus labios... Los labios que había besado una sola vez y cuyo sabor no podía olvidar por más que se lo había propuesto.

—Mis hombres me avisaron en cuanto regresé de Lincolnshire y he venido en cuanto me ha sido posible. Lamento de veras no haber estado en la morgue cuando tuvo lugar la identificación —continuó disculpándose, imprimiendo a su tono el carácter oficial que requería la situación—. Señorita Townsend... Comprendo que todo cuanto diga ahora no supondrá ningún consuelo para usted, pero le doy mi palabra de honor de que haré todo lo que esté en mi mano para atrapar al responsable de esta infamia. No descansaré hasta encontrarle y, cuando eso suceda, por mi vida que pagará muy caro su

crimen.

Celestia no contestó. De pie, quieta y aparentemente serena, aunque bullendo de rabia en su interior, la palidez de su rostro relucía en contraste con el atuendo negro que vestía, uniéndose a la sordidez del paisaje y confiriéndole una apariencia que rayaba lo fantasmagórico. Una mariposa de negras alas se posó en su hombro y permaneció allí un instante, como si le susurrara algo al oído.

—Celestia... —Se atrevió a llamarla por su nombre para atraer su atención, temiendo que hubiera caído en una especie de trance a causa del trauma sufrido—. Por Dios, diga algo.

Abatida, ella dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Una de sus manos enguantadas sostenía una rosa de color rojo intenso y, con la misma languidez, la lanzó sobre el féretro de noble madera. Después, volvió la mirada hacia él. Parpadeó levemente y una última lágrima se deslizó sobre su pálida mejilla.

Morgan se apresuró a retirarla con los dedos, maldiciéndose mil veces. Se repetía una y otra vez que la señorita Celestia Townsend no era más que un elemento casual de otro sórdido caso de los cientos que cada año se producían en Londres. No obstante, le afectaba hondamente verla afligida y, en aquel instante, habría dado la vida por evitarle un segundo más de sufrimiento.

Celestia no se opuso a la caricia, ni siquiera se inmutó cuando los dedos del hombre recorrieron con inusitada dulzura el arco de su barbilla para obligarla, de un modo muy gentil, a levantar la cabeza. Y cuando por fin reaccionó, le vio apartarse unos centímetros como si aquella ínfima distancia fuera suficiente para borrar todo rastro de intimidad entre ellos.

—Quiero verle muerto.

La voz de ella había sido apenas un murmullo, pero lo bastante audible para alguien como Morgan, entrenado para mantener bien alerta los cinco sentidos.

—Ha dicho que no descansará hasta encontrarle, señor Durrell. Y que le hará pagar caro la muerte de Francis —le recordó—. Espero que no se trate de la típica promesa que ustedes, los inspectores de Scotland Yard, hacen a los familiares de los difuntos asesinados. Deseo de corazón que se tome muy en serio su juramento. Y deseo igualmente que, en los próximos días, me visite usted con la noticia de que han atrapado al culpable y que sus huesos se pudren en Millbank mientras aguarda el momento de que le ahorquen. Quiero estar presente entonces, mirar a ese canalla a los ojos y no apartar la vista hasta que exhale su último hálito. Y quiero que, mientras la vida abandona su cuerpo miserable, sepa que no le perdono, que espero que su alma se pudra en el mismísimo infierno y que Francis Lawrence Townsend era un ser maravilloso al que arrebató la vida sin que jamás hubiera hecho nada que mereciera tal fin.

Morgan no se atrevió a cambiar una sola coma del discurso de la joven. La ira y el dolor hablaban por aquella boca que temblaba de emoción. Lo comprendía, quería aliviar su pena, pero no se le ocurría nada que pudiera cumplir tal fin, excepto la promesa que ya había hecho de que se haría justicia.

—Y hay algo más, señor Durrell. También quiero estar al tanto de su investigación y participar activamente en ella, del modo en que ambos consideremos más adecuado.

Morgan carraspeó. Estaba casi seguro de que no había entendido bien lo que ella había dicho. O tal vez ella se había expresado de una forma un tanto confusa, dado su estado de agitación y nerviosismo.

—Por supuesto, señorita Townsend. Tiene mi palabra de que la mantendré informada de los avances que realice en este caso.

—No me ha entendido, señor Durrell —replicó Celestia con tono inalterable—. Me expresaré con mayor claridad: lo que he dicho es que quiero participar en la investigación.

¿Participar en la investigación? Sin duda, la señorita Townsend había

perdido el juicio por completo. Por supuesto, debía zanjar de manera inmediata aquel súbito ataque de locura que se había apoderado de ella, provocado seguramente por la reciente pérdida sufrida.

—Con todos mis respetos, señorita Townsend...

—Con todos mis respetos, señor Durrell —le interrumpió antes de que pudiera protestar—. Soy muy capaz de adivinar, por la reprobación en su mirada, que me considera usted una lunática sin criterio a quien la desdicha ha privado temporalmente de toda cordura. Sin embargo, señor, he de mostrarme tajante en mi petición. Y por más que tenga usted todo mi reconocimiento y admiración, no dejaré exclusivamente en manos de Scotland Yard la cuestión, para mí indispensable, de que se haga justicia. Francis era mi hermano, señor Durrell. Mi relación con él era demasiado especial, era mi hermano, mi amigo, mi compañero de aventuras, mi fiel aliado... No me quedaré de brazos cruzados mientras unos desconocidos que no saben nada de Francis, ni de lo maravilloso y genial que podía llegar a ser, se ocupan de dar caza a su asesino.

Ella giró sobre los talones y emprendió la marcha sin añadir nada más. Morgan la siguió por la travesía cubierta levemente de musgo verde, a cuyos extremos se alzaban elevados cipreses cuyas copas parecían apuntar directamente al cielo. Apretó el paso para situarse justo a su lado.

—Señorita Townsend... Veo que aún se encuentra afectada por lo sucedido y la comprendo, de veras. —Y continuó con su tono más severo, aquel que empleaba con los agentes que se excedían en el ejercicio de sus funciones o demostraban de forma abierta su incompetencia—. Pero he de ser categórico en este punto, lo lamento. Bajo ningún concepto puedo permitir que se inmiscuya en esta investigación.

Celestia se detuvo un segundo para mirarle con evidente irritación antes de proseguir.

—No le estoy pidiendo permiso, señor Durrell. Me limito a informarle de cuáles son mis intenciones.

—Y yo le repito, señorita Townsend, que no lo permitiré.

Morgan comenzaba a perder la paciencia. La sujetó del codo, obligándola a detenerse y enfrentarse a él directamente.

—Hablo en serio, señorita Townsend —advirtió.

—Me alegra escucharlo, señor, puesto que en ningún momento he pretendido resultar graciosa. —Celestia comprendió que estaba a punto de hacerle perder la paciencia, pero no se amedrentó—. Atrape al asesino o yo mismo saldré a las calles a buscarlo.

—Señorita Townsend...

—Le ruego tenga la bondad de soltar mi brazo, señor.

Morgan obedeció a regañadientes.

—Estaré encantada de recibir su visita en cuanto tenga alguna información sobre la identidad o paradero del asesino de Francis. De lo contrario, le suplico que mantenga las distancias o me verá obligada a escribirle una queja formal sobre su comportamiento al Comisionado, sir Charles Warren — insistió ella con terquedad.

—No doy crédito, señorita Townsend... ¿Tiene la osadía de amenazarme?

—Por favor, señor Durrell, no sea suspicaz. Tómelo como un incentivo a su excelente labor como inspector.

Morgan no trató de retenerla cuando ella atravesó con elegancia la puerta de salida hacia Fulham Road, donde la esperaba su carruaje.

## Capítulo 4

—**E**n todo este tiempo aún no ha dicho una palabra. Desconcertante.

El invitado ignoró el comentario y entregó al sirviente el abrigo Chesterfield y el sombrero de fieltro negro. Su anfitrión se apresuró a despedir al criado con un ademán. Los ojos del invitado siguieron la figura del lacayo con desconfianza, quien desapareció cerrando la puerta de la biblioteca tras de sí.

—¿Es de fiar?

—Absolutamente. Es sordomudo de nacimiento y lleva al servicio de mi familia más de tres décadas. Desde que se hizo demasiado viejo para servir en casa, le empleo en esta propiedad donde traigo a mis mujerzuelas.

—No estoy de humor para que me cuentes tus correrías con fulanas. Y, además, no pagué cincuenta libras por nada. Las añadiré a la deuda que ya tienes pendiente conmigo, tenlo por seguro.

—Lo sé, lo sé... El desgraciado tampoco me está saliendo gratis. Y estuviste de acuerdo desde el principio... Te pareció una excelente idea.

—Dijiste que sería un gran negocio —le recordó el otro con tono peligrosamente calmado—. Que los beneficios serían tan cuantiosos que podrías liquidar toda tu deuda y yo sería inmensamente rico. Pero hasta la fecha, lo único que tenemos es a un bastardo taciturno que apenas puede atarse los zapatos.

—¿Crees que no hago todo lo que puedo? Le hemos proporcionado comida

y cuidados, pero míralo tú mismo... Ahí está, silencioso como un maldito fantasma.

El recién llegado observó en la distancia al joven que permanecía de pie junto a la ventana, silencioso. En verdad, había ganado bastante en gallardía y planta desde que lo viera la última vez. Rondaría los veinticinco años. La tez pálida, los ojos claros y hundidos y el cabello pajizo levemente ondulado. Aún debía ganar algo de peso, pero nada que no pudiera solucionarse con unos buenos guisos. Aquellas ropas que le había enviado la semana anterior le sentaban bien. Sin duda, nada en su actual aspecto hacía recordar al muchacho harapiento que había sacado de las mismas entrañas del infierno.

—Hay que hacer algo —exclamó de pronto el hombre—. Pronto habrá una recepción y él debe asistir. Es absolutamente necesario que esté listo para entonces.

—Lo entiendo a la perfección.

El visitante lo miró con displicencia, pensando que aquel estúpido no podía entenderlo. Era imposible que fuera consciente de la importancia de aquel asunto. Después de todo, había cierta información que se había reservado. Naturalmente, no pensaba compartirla con aquel borracho, mujeriego, sodomita y jugador empedernido, que había dilapidado toda su fortuna y cuyas deudas alcanzaban cifras más que considerables. Era tan solo un peón demasiado idiota para confiarle determinados secretos.

—La situación me preocupa tanto como a ti. Pero, por desgracia, he agotado cuantas ideas se me ocurrían. Le hemos dado ajeno, opio y láudano. Lo llevamos con un par de rameritas de Whitechapel para intentar estimularlo e incluso le ofrecimos a unos chicos de Manchester por si sus inclinaciones eran otras. Pero todo fue inútil.

—¿Te has vuelto loco?

—Descuida. Ni siquiera pestañeó y apenas costaron unos chelines.

Por supuesto, se guardó para sí alguna información. Especialmente, el *pequeño obstáculo* que aquellas visitas habían añadido al asunto que se traían

entre manos. Esperaba que, siguiendo sus precisas instrucciones, dicho *inconveniente* hubiera sido a estas alturas ya subsanado.

—Hay que hacer algo... —repitió el otro, aunque parecía que hablaba consigo mismo. Miró al joven otra vez, quien, en esa ocasión se distraía tocando suavemente el cristal con la punta de su dedo índice. Al otro lado, una mariposa de grandes dimensiones aleteaba con insistencia, agitando sus vistosas alas de color rojo intenso—. Tenemos que pensar... Tenemos que encontrar una solución y rápido.

—Lo sé... Soy muy consciente de cuánto nos jugamos y no estoy hablando solo de reputación.

—Por el momento, nuestro joven y callado amigo puede quedarse, pero temo que si no se nos ocurre algo... El tiempo se agota. Hay que hacer algo.

—Tomemos una copa de vino —ofreció, tratando de apaciguar el mal humor de su acompañante.

—¡Maldita sea!

Muy cerca de los hombres, el joven no se había inmutado por la presencia de estos. Seguía hipnotizado por la visión de la hermosa mariposa y, aunque ninguno de los hombres se percató de ello, sus labios parecieron murmurarle algo a través del cristal.

\*\*\*

Y una vez más, Celestia asentía con la cabeza, fingiendo que escuchaba la interminable historia de lady Willboughr sobre los males que la aquejaban y los remedios que el doctor le recomendaba.

A decir verdad, apenas había acudido a reuniones sociales desde que Francis les dejara y solo toleraba aquella aburrida velada porque su padre le había rogado encarecidamente que abandonase su ostracismo.

Alistair Townsend temía que su hija se convirtiera en una solterona triste y amargada por los recuerdos de la tragedia sufrida. Aquel temor que le había

manifestado unos días antes había decepcionado sinceramente a Celestia, pues creía que su padre conocía lo bastante su carácter para comprender que su hija jamás se abandonaría a pensamientos irracionales.

Añoraba a Francis cada día. Y también cada día se prometía a sí misma que no descansaría hasta que las causas de su muerte fueran desveladas. Pero era una mujer cabal y sensata. Y desde luego, rendirse y abandonarse a la melancolía no estaba entre sus propósitos más inmediatos. Tampoco lo estaba morir de aburrimiento a causa de la larguísima exposición que lady Willboughr hacía sobre un extraño sarpullido que le había brotado en la espalda recientemente. Ahogó un bostezo con disimulo, cubriéndose los labios con el abanico. Miró en dirección a Isabel y contuvo una leve risa al ver cómo ella luchaba también para no mostrar su hastío.

Observó al grupo de jóvenes que charlaban animadamente en los asientos al otro lado del salón. Era injusto que lady Willboughr siempre les reservase los asientos cercanos al suyo. Lo justificaba argumentando que los temas de conversación de aquellas otras jóvenes damas no le resultaban tan interesantes. La buena mujer parecía sentir cierta admiración por aquellas dos muchachas peculiares que se atrevían con temas tan inusuales como la política o la ciencia. Sin embargo, la admiración de lady Willboughr y su interés por ellas se convertían en un verdadero tormento para Celestia y su amiga.

—Mis queridas niñas... —Lady Willboughr se dirigió a ambas, disminuyendo considerablemente su tono de voz—. No saben cuánto les agradezco que aceptaran mi invitación. No es fácil entablar una conversación amena, cuando todo cuanto interesa a esas pobres ilusas de ahí es deslumbrar a los caballeros con su radiante juventud.

—No diga eso —la regañó Celestia.

Pese a que era humanamente imposible soportar su retahíla de achaques, reales e imaginarios, con el tiempo le había tomado afecto a la mujer. Era un hecho conocido que lady Willboughr se refugiaba en sus muchas dolencias,

la mayoría de las cuales solo existían en su imaginación, a causa de la soledad que la consumía. Su hijo menor, su favorito, había fallecido unos años antes durante un infortunado accidente en una cacería. El primogénito de la casa, nacido de la primera lady Willbough, fallecida durante el parto de su vástago, era un licencioso obeso y mujeriego que pasaba meses enteros sin dar señales de vida, bebiendo, fornicando con mujerzuelas y dilapidando la fortuna familiar en casas de juego por todo Londres. No era extraño que lady Willbough ansiara el momento de aquellas veladas, donde al menos, durante unas horas, recibía las atenciones de sus invitados.

Para aquella ocasión, la invitación que había hecho llegar dos semanas antes anunciaba un menú que incluía sopa de tortuga, un plato que solo la aristocracia podía permitirse debido a su elevado coste. Era costumbre dar gran publicidad cuando la anfitriona ofrecía aquella exquisitez para el paladar, ya que cada uno de los ejemplares que se utilizaban para la elaboración de la sopa valía al menos el salario anual de una cocinera, nada menos que veinte libras. Isabel había mostrado su indignación al recibir la invitación, ya que tal ostentación le parecía inmoral y, por ello, había jurado que no probaría bocado. Celestia se había mostrado conforme, ya que odiaba el color, el sabor y el despilfarro que implicaba su elaboración.

Pero lady Willbough había insistido en que podía gastar su dinero en lo que quisiera, incluso en agasajar a sus invitados si ese era su deseo. Celestia estaba segura de que, en el fondo, lo hacía únicamente porque prefería gastar hasta la última libra antes de que su desconsiderado hijo lo perdiera todo en sus apuestas.

—Lady Willbough. Convengo con Isabel en que, si de verdad desea dar un buen uso a su dinero, debería emplearlo en alguna buena obra —se atrevió a decir Celestia.

—Destino cuantiosas asignaciones a la caridad, como cualquier buen cristiano —se defendió la mujer, un tanto ofendida por el comentario—. Pero no espero salvar a todos los miserables de Londres, querida.

—No era mi intención agraviarla, lady Willbrough. Sin embargo, coincidirá conmigo en que veinte libras por una simple tortuga es un gasto exorbitante incluso para una dama de su categoría.

—No por una simple tortuga, niña. Las que se utilizan para la preparación de mis sopas son traídas de las Antillas y dejan un precioso color verde en el plato justo antes de consumirse. No crean que no estoy al tanto de que esa tramposa de lady Spencer obliga a su cocinera a teñir de verde su falsa sopa de tortuga hecha con cabezas de ternero. Fiona Spencer compite conmigo desde que éramos debutantes y aún no me ha perdonado que el difunto lord Willbrough me escogiera como esposa cuando enviudó. Fíjense cómo me sonrío mientras conversa con esos caballeros... Por amor de Dios, cuánta hipocresía puede albergar un sencillo gesto en sus labios de víbora.

Las jóvenes miraron en la dirección que lady Willbrough señalaba de manera discreta. No cabía duda de que no exageraba un ápice sobre los sentimientos de lady Spencer hacia ella. Se diría que la aludida hubiera deseado fulminarla en aquel mismo instante. Fiona Spencer elevaba su mano enguantada hacia lady Willbrough como saludo y, aunque le dedicaba una sonrisa artificial que pretendía ser amistosa, su mirada mezquina enviaba justamente el mensaje contrario.

Sin embargo, pronto el asunto de las tortugas y la enemistad entre aquellas viejas damas comenzó a perder interés para Celestia, toda vez que entre el grupo de caballeros que fumaban al otro lado del salón, acaba de descubrir a un recién llegado cuya presencia no esperaba.

Lady Willbrough también reparó en ello y sonrió maliciosamente.

—Ya veo, querida, que finalmente logré animarla —comentó con tono pícaro y añadió, dirigiéndose a Isabel—: Parece que nuestra querida señorita Townsend siente especial admiración por aquel caballero en cuestión, ¿usted qué opina, señorita Tisdale?

Isabel no ocultó su diversión. Pero era demasiado discreta para emitir en público su opinión sobre temas de índole amorosa y, además, apreciaba de

corazón a Celestia, por lo que permaneció en silencio.

—Así que no dice nada... Interesante. Forman un excelente equipo, señoritas —las felicitó la mujer con buen humor—. Pero no olviden que yo las presenté a ambas en sociedad. Sí, ya sé muy bien que fue contra su voluntad, pues las dos han sido bien exigentes con los escasos aspirantes que tuvieron la osadía de pretender sus atenciones. Pero todavía me deben un favor. Sepan que las dos habrían sido mis candidatas favoritas a nueras, si mi querido Wesley hubiera sobrevivido a aquel desgraciado accidente.

—Nos hace un tremendo honor con su confesión, lady Willbrough. Y no dude que hubiéramos aceptado gustosas su candidatura. Wesley era un caballero absolutamente encantador —aceptó Celestia con sinceridad.

En ese extremo no mentía. Wesley Willbrough no había compartido, por fortuna, los defectos de su hermanastro. Guardaba un excelente recuerdo de él y de los momentos que habían disfrutado en su compañía Isabel, Celestia y Francis, durante la niñez. Quizá por aquel hermoso recuerdo, ella e Isabel seguían tolerando las veladas tediosas de lady Willbrough. Salvo cuando esta las aburría mortalmente con sus enfermedades imaginarias, los recuerdos de los días de la infancia en aquella casa resultaban gratificantes. En especial, lo eran para Celestia quien, en su inocencia de los trece años, había soñado que algún día sería la futura lady Willbrough.

—Lo era... —Lady Willbrough parpadeó para evitar que las lágrimas le nublaran la vista. Se pasó el dorso de la mano por los ojos de inmediato, eliminando todo rastro de su tristeza. Enseguida, su expresión melancólica fue sustituida por otra de profunda rabia—. No como ese fornicador detestable de mi hijastro, Dios quiera llevárselo pronto consigo, aunque temo que no haya sumado muchos méritos para ese viaje. Entre nosotras, queridas, ese abyecto que mi esposo malcrió desde que era un mocoso, jamás logró inspirarme el menor afecto. Y con los años, el pequeño tirano se ha convertido en un auténtico licencioso que arrastra nuestro apellido en los peores antros de Londres.

—No se aflija, por favor. —Celestia le tomó la mano, presionándola con ternura.

—Pero no hablemos más de ese gordinflón deleznable. Dígame, señorita Townsend, ¿acaso la inquieta el caballero que conversa con su querido padre en aquella esquina?

—En absoluto —mintió, pero el leve temblor de su mano al plegar el abanico sobre su regazo, la delató.

—Pues debería inquietarla, querida. Porque él no ha dejado de observarla desde que se incorporó a la reunión —observó lady Willbough. Su comentario provocó que Isabel sofocara una risita y la mujer se giró hacia ella para clavarle la mirada—. Y usted no se muestre tan lisonjera, querida. Esa horrible hermana suya, ¿sigue atormentándola en esa casa donde vive usted enclaustrada? Sentí gran alegría cuando la excusó antes con ese embuste tan manido de la jaqueca. Las dos sabemos que rechaza mis invitaciones porque no tolero sus perversas maquinaciones en mi casa. Pero igualmente, resulta un alivio no verla aparecer montada en su escoba, luciendo sus bucles dorados y escogiendo a la siguiente víctima de sus intrigas. Mi buena señorita Tisdale, bien sabe que hace tiempo le ofrecí mi protección, tal y como le prometí a Wesley en una ocasión. Pero en su testarudez, usted prefiere languidecer en compañía de esas personas que no saben apreciar sus virtudes.

—No languidezco, lady Willbough. Sobrevivo —replicó Isabel con indiferencia.

—Sobrevivir... ¿Y qué clase de vida es esa para una mujer joven y bonita? Si no fuera tan obstinada...

—No soy obstinada. Soy realista. Sabe muy bien que mi padre nunca permitiría tal arreglo. Pondría el grito en el Cielo, diría que la gente murmuraría a sus espaldas y cuestionarían su autoridad. Diría que una hija debe estar en su sitio o casada. Y dado que yo no aceptaré un matrimonio con ningunos de los ancianos que él ha sugerido, mi sitio está donde ha de estar.

—Isabel aceptó que la mujer le palmeara afectuosamente la mejilla—. Pero le agradezco de corazón el ofrecimiento. No dude que se lo recordaré cuando Hermione se convierta en la dueña y señora de Westwall Place.

—Eso solo será posible si antes mi hijastro no ha perdido hasta el último de mis cubiertos de plata en alguna timba —se lamentó e hizo sonar la campanilla de servicio—. Ahora, queridas, probemos esa exquisita sopa de tortuga y veamos cómo Fiona Spencer se retuerce de envidia mientras la saborea. Y si sus principios les impiden degustarla, señoritas, finjan que les parece deliciosa de todos modos. Por cierto, señorita Townsend, he ordenado distribuir los asientos esta mañana. Y acabo de recordar que, por desgracia, le ha tocado junto a ese caballero que no la inquieta.

Lady Willboughr dijo lo último con ironía y supo que había acertado al ver cómo Celestia enrojecía visiblemente.

\*\*\*

Morgan Durrell desconocía los motivos que habían empujado a lady Willboughr a enviarle aquella invitación. Ciertamente es que había resuelto discretamente aquel asunto del robo de varias de sus más valiosas joyas. Había sido hacía algunos meses, cuando el indigno hijastro de lady Willboughr, había resuelto que era una excelente idea liquidar algunas deudas de juego vendiendo las joyas de su madrastra. Entonces, Morgan había tenido que seguirle la pista a una tiara de dos mil libras hasta una prestigiosa joyería de París, una vez que había recibido el soplo de que cierto caballero había tratado de venderla al propietario del establecimiento por una cantidad bastante inferior a su precio real.

En París, el cobarde lord Willboughr mostró su sorpresa cuando el inspector Durrell frustró su intento apenas unos minutos antes de que cerrase su trato con el joyero. La tiara, junto con otra media docena de alhajas y sortijas, fueron puestas a buen recaudo lejos de las manos avariciosas de aquel

jugador sin escrúpulos y devueltas a su llegada a Londres a una muy agradecida lady Willbough. Más allá de aquel episodio en el que solo había cumplido con su deber, no podía imaginar por qué lady Willbough se había mostrado tan persuasiva en su invitación.

*Señor Durrell,*

*Soy consciente de que sus muchas obligaciones le mantienen ocupado cada segundo del día. Sin embargo, insisto en que me conceda el honor de acudir a esta velada. Prometo no aburrirle demasiado con mis delirios de anciana y, a cambio, le aseguro que hallará sumamente provechoso el tiempo compartido con el resto de mis invitados.*

*Atentamente, y rogándole una vez más su asistencia, su siempre amiga Hortensia Willbough.*

La nota seguía siendo un enigma para él. También la estratégica ubicación de los asistentes alrededor de la señorial mesa sobre la que el servicio iba depositando sus exquisitos manjares. Analizó, como era costumbre en él, los rostros de cada uno de los invitados, todos ellos miembros selectos de la sociedad. Reconoció a lord y lady Falmouth y a sus dos hermosas, aunque insustanciales, hijas; lady Carolina Blackwood y su consentido perrito caniche que la acompañaba allá donde iba; el acaudalado señor Graham Bernstein, dueño de uno de los bancos más importantes de Inglaterra, a quien se decía que la mitad de la ciudad debía dinero y favores; la señorita Isabel Tisdale, una joven taciturna con la que apenas había cruzado dos palabras; la oronda lady Fiona Spencer, con su cuello grueso prácticamente estrangulado por aquel collar de diamantes que apenas la dejaba respirar; un viejo diácono a quien no tenía el gusto de conocer y que parecía a punto de desplomarse dormido sobre la mesa; lord Everet Swanson y su hijo Everet II, un joven oficial de la Marina Real que sufría de tartamudez cada vez que las hijas de Falmouth lo miraban y se reían traviesas.

Por último, peligrosamente cerca, la señorita Celestia Townsend, ataviada

con su sencillo vestido negro de seda, símbolo del luto que, conforme a la tradición, debía llevar durante seis meses por la muerte de Francis. No pudo evitar pensar que ella brillaba en aquella reunión pese al color de su vestido o la ligera expresión sombría de su rostro. Su mirada denotaba cansancio, así como el leve tono grisáceo de sus párpados inferiores. Sin embargo, Celestia Townsend resplandecía, o puede que fuera tan solo una mera ilusión que le transmitía su corazón, cuyo latido se aceleraba inexplicablemente cuando ella le dirigía alguna mirada furtiva.

Tras un intervalo en el que los asistentes elogiaron los platos servidos y el buen gusto de la anfitriona al escoger el menú, comenzaron a formarse pequeños grupos de conversación. La señorita Townsend ocupaba la silla a un extremo de lady Willboughrgh y la señorita Tisdale el contrario. Por su parte, él se sentaba tan cerca de Celestia que, si extendía en demasía las piernas, sus muslos rozarían los de ella bajo la mesa. Aquella proximidad lo inquietaba de un modo alarmante. La anfitriona fingía concentrarse en la conversación que mantenía con Isabel Tisdale, pero a Morgan no se le escapaba que desviaba ocasionalmente la mirada hacia la joven Celestia y hacia él mismo.

—Inspector Durrell. Espero que me haya perdonado por situarle tan lejos de nuestro joven oficial. Sin duda, los dos comparten infinidad de vivencias de su etapa militar, ¿no cree? —Lady Willboughrgh lo dijo con cierto sarcasmo. Era por todos conocido que Everet II había logrado ingresar en la Marina Real gracias a las influencias de lord Swanson, toda vez que estas superaban ampliamente las cualidades del joven como marino—. En su lugar, y para compensarle, vea qué afortunado ha sido con su compañera de mesa. No todos los días tiene uno la suerte de contar con tan excelente compañía.

—No hay duda de que he salido ganando con el cambio, lady Willboughrgh —asintió Durrell, observando de soslayo la reacción de Celestia.

—Nuestra querida señorita Townsend aún se encuentra consternada por los recientes y trágicos acontecimientos en su vida —recordó la mujer, siendo en esa ocasión totalmente transparente en su afirmación—. Pero la vida ha de

continuar, ¿no es así, inspector? Celestia... no ha probado usted bocado. Debe recuperar el apetito o pronto parecerá usted un delgado palo de escoba, querida.

Celestia hizo acopio de valor y, disculpándose con la mirada con Isabel, tomó la cuchara y probó el caldo verdoso en el que flotaban algunos pedazos de carne y patatas. Aunque no aprobaba aquella eterna rivalidad entre lady Willboughrigh y lady Spencer, su lealtad estaría siempre, y sin lugar a dudas, con la primera.

—Excelente sopa de tortuga, lady Willboughrigh —afirmó con rotundidad.

Lady Willboughrigh sonrió con satisfacción al ver cómo, de inmediato, el rostro de Fiona se teñía de púrpura al otro lado de la mesa. La arrugada mano de la anciana cubrió la de Celestia sobre el mantel y ladeó ligeramente la cabeza para susurrar algo al oído de la joven.

—Gracias, querida. Ha sido un noble gesto por su parte.

Durrell no tenía tanta experiencia en el arte de disimular sus preferencias culinarias. Ignoró por completo aquel brebaje oliváceo y decidió pasar directamente al segundo plato.

Cuando los comensales habían dado buena cuenta de los postres servidos, lady Willboughrigh sugirió que continuaran la reunión en el gran salón. Mientras todos abandonaban sus sillas para retirarse, Hortensia retuvo a Durrell, colgándose de su antebrazo. Esperó a que los demás estuvieran lo bastante lejos para hablarle con tono reservado.

—Sepa, inspector, que no he olvidado su brillante intervención en aquel horrible asunto de mis joyas —comentó la mujer.

—Solo cumplí con mi deber, lady Willboughrigh.

—Aun así, inspector. Una mujer como yo jamás olvida una deuda. Y eso me ha llevado a preguntarme de qué modo podría expresarle mi gratitud. — La anciana sonrió antes de continuar—. Sabrá que es usted un caballero que despierta gran admiración.

—¿De veras? Dudo que mis huéspedes de Newgate tengan la misma

opinión —bromeó Durrell, aludiendo a los convictos que enviaba a la citada prisión.

—No sea tan humilde, señor mío. Lo que digo es absolutamente cierto, y lo sabe. Sin embargo, no podemos permitir que alguien tan ingenioso como usted termine siendo cazado por alguna joven con cerebro de mosquito... Lo que me lleva a ofrecerle algunas recomendaciones interesantes al respecto.

—Temía que lo hiciera antes o después —apuntó Durrell de buen humor.

—Qué travieso es usted... ¿Acaso no lo adivina? Vamos, vamos... Sea franco, amigo mío. He visto cómo se fijaba en la señorita Townsend durante la cena. Y si me permite la observación, señor, estoy convencida de que la joven no es en absoluto indiferente a sus virtudes.

—Lady Willboughr, no nos engañemos... Ni usted se detendría ante una objeción mía, ni la joven que menciona está remotamente a mi alcance —confesó, sorprendido consigo mismo por la sinceridad de sus últimas palabras. Añadió enseguida para rectificar—: Quiero decir que no estoy interesado en ese tipo de arreglos, señora.

—No está interesado... ¿Qué clase de excusa pueril es esa, inspector? Y en cuanto a sus expectativas con esa joven, ¿qué le hace suponer que no es usted tan digno como cualquier otro caballero, incluso me atrevería a decir que más? Señor Durrell... —Ella se detuvo antes de que ambos entraran en el salón, a fin de evitar que algún curioso escuchara lo que hablaban—. Yo conocí muy bien a su padre. Su apellido no es precisamente desdeñable, crea lo que le digo.

—¿Lo conoció personalmente? —inquirió Morgan, preguntándose adónde pretendía conducirle la buena señora con aquella entrevista.

—Así es. Un buen hombre, sin duda, que el Señor lo tenga en su Gloria. También a su madre... —Hortensia entornó los párpados como si evocara su imagen—. Era una mujer bastante bien parecida, por cierto. Lo mismo que usted.

Morgan tuvo el extraño presentimiento de que lady Willboughr no hablaba

del heroico Durrell que había participado en Crimea y de su frágil esposa. Por momentos, el encuentro se tornaba cada vez más embarazoso, pero no hallaba el modo de zanjar la charla sin ofender a la anciana dama.

—No se alarme, señor Durrell. Todo eso pertenece ya al pasado. Lo que realmente ha de ocuparnos es el presente. Y usted, inspector, debe pasar a la acción si de verdad está interesado en la joven de la que hablamos.

—De la que usted habló, querrá decir —la corrigió Durrell, desconcertado por la insistencia de ella—. No la comprendo, lady Willbrough. ¿Acaso la joven le ha pedido que interceda por ella ante mí?

—¿La señorita Townsend? ¿Ha perdido el juicio, señor? Esa muchacha me retiraría la palabra si supiera que tan solo hablamos de ello. Mírela bien, inspector...

Durrell la observó en la distancia, tan callada y pensativa que despertaba sus instintos más protectores. Isabel Tisdale trataba de animarla, pero por la expresión ausente de Celestia, se diría que todos sus esfuerzos resultaban inútiles.

—No existe otra joven en todo Londres que sea más adecuada para alguien como usted. Así mismo, puedo afirmar categóricamente, que esa muchacha no encontrará entre los mequetrefes que la han pretendido un caballero más conveniente que usted.

—Me halaga, señora. No obstante, preferiría conocer un poco más la opinión de la señorita Townsend antes de lanzarme de cabeza a la conquista de su escurridiza mano —bromeó Durrell.

—Bien, ya veo cuánto le divierte... Es usted muy libre de aceptar o no los consejos de esta pobre anciana.

—Tenga por seguro que los tomaría muy en serio... si tuviera intención alguna de cambiar mi actual estado —prometió.

—En ese caso, nada más puedo decir ya. Excepto que aún quiero pedirle un pequeño favor.

Morgan presagió, por el cambio del tono de la mujer, que el asunto revestía

cierta importancia.

—Inspector... Recuerda usted a mi abominable hijastro, ¿verdad?

Él asintió, intrigado.

—Tal vez no debiera hablarle de esto... —De pronto, lady Willboughrham pareció titubear, al parecer avergonzada por lo que iba a contarle. Morgan la instó a que continuara, presionándole ligeramente la mano que apoyaba en su brazo—. Verá, señor... Quizá tan solo se trate de paranoias de vieja solitaria...

—Puede confiar en mí, lady Willboughrham. Le doy mi palabra de que cuanto diga permanecerá en la más estricta confidencialidad —aseguró Durrell, intrigado.

Ella dudó aún unos segundos.

—Está bien, inspector. Le contaré los horribles rumores que hace poco han llegado a mis oídos. Y le ruego encarecidamente que, si logra usted confirmar que son ciertos, recuerde la palabra que ha dado. He perdido a mi esposo y a mi amado hijo... No soportaría perder lo único que me queda, señor Durrell. No puedo permitir que mi apellido se vea envuelto en un escándalo.

Durrell le prestó toda su atención y lady Willboughrham le confió el asunto que tanto la inquietaba.

\*\*\*

Celestia se había escabullido aprovechando la ocasión que las hermanas Falmouth le proporcionaban. Las dos jóvenes, virtuosas del piano y poseedoras de una cultivada voz, deleitaban a los presentes con sus deliciosas interpretaciones. Los invitados se encontraban tan embelesados que no repararon el momento en que Celestia se deslizaba sigilosamente hacia la puerta.

Un sirviente acudió al instante para entregarle su fina capa de crepé. Celestia se la colocaba cuando unas manos fuertes se posaron sobre sus

hombros, ayudándola a ajustarse la prenda. Ella se giró apenas y su mirada encontró la del inspector, quien la apartó enseguida, visiblemente incómodo.

—¿Me permite que la acompañe, señorita Townsend? —inquirió Durrell, intentando que su tono no delatara la expectación que despertaba en él la esperanza de que dijera que sí.

—¿Y perderse el resto de la velada, inspector?

Morgan detectó enseguida el sarcasmo en su voz.

—De acuerdo, lo confieso, soy un completo ignorante en asuntos musicales. Seguro que esas hermosas jóvenes son un prodigio artístico. Pero si permanezco un segundo más en esa sala, existe un elevado riesgo de que muera de aburrimiento.

—En ese caso, inspector, acepto su compañía.

Morgan podía haber añadido que la reunión había perdido todo interés para él desde el momento en que ella se ausentaba.

Abandonaron juntos la mansión de lady Willbough y recorrieron en silencio la calle empedrada, caminando con lentitud. Se diría que ambos pretendían prolongar el paseo en la compañía del otro, aunque ninguno se atreviera a romper el silencio con preguntas comprometidas.

Sin embargo, Celestia sentía la agobiante necesidad de formular aquellas preguntas, pues no había olvidado la promesa hecha por el inspector e intuía que él tampoco.

—Lo lamento, inspector, pero me resulta imposible que nos despedamos sin expresarle mi preocupación —explotó finalmente cuando restaban unos metros para alcanzar la verja que conducía a su casa—. Ha pasado algún tiempo y aún no he tenido noticias de los avances en su investigación. Me inquieta que haya usted olvidado la promesa que hizo.

—No lo he olvidado —contestó Morgan con rapidez, cometiendo la estupidez de añadir—: He pensado mucho en usted... Me refiero a la investigación del asesinato de su hermano.

—Por supuesto. Sería una arrogancia por mi parte pensar que ocupó sus

pensamientos por otros motivos.

Durrell no la contradijo, pese a que era precisamente tal y como ella lo expresaba.

—Tenga por seguro, señorita Townsend, que su caso se encuentra actualmente entre mis principales prioridades.

—Pero no tiene usted novedades sobre el mismo, ¿me equivoco?

—En efecto, no las tengo.

—En ese caso, inspector... Convendrá conmigo en que, dado que usted no aporta novedad alguna al respecto, debe permitirme que realice mis propias pesquisas.

Morgan chascó la lengua, contrariado.

—Ya hemos hablado de eso, señorita Townsend.

—Discrepo, inspector —le contradijo muy seria—. Usted se limitó a prohibirme que me entrometiera en sus asuntos, algo que, por supuesto, jamás me atrevería a hacer.

—Creía que mi postura había quedado muy clara, señorita. Y también mis buenas intenciones.

Celestia se detuvo en seco a escasos centímetros de la cancela de hierro.

Durrell la empujó con energía y tomó galantemente la mano de la joven al franquear la entrada. Ella le clavó su mirada y Durrell pudo apreciar, con tremendo disgusto, la decepción que reflejaban sus ojos.

—Su postura y sus buenas intenciones no me devolverán a Francis, inspector.

—Señorita Townsend...

—No diga nada, por favor. Puedo leer en sus ojos la irritación que le produce mi insistencia. Pero ha de comprender cuáles son mis sentimientos, señor. Usted no imagina lo que es despertar cada día con esta sensación de impotencia y rabia... No sabe lo que es perder a alguien tan querido... Sentir que su alma se quiebra cuando la imaginación le juega una mala pasada, cuando cree haberle visto en algún rincón de la casa y al poco recuerda que

nunca más podrá abrazarle...

Celestia se pasó el dorso de la mano por la mejilla, retirando una lágrima rebelde que había brotado a pesar de sus esfuerzos por mostrar entereza.

Sin que pudiera evitarlo, y como si tuviera también vida propia, la mano de Durrell se apoderó de los dedos femeninos, apresándolos en el aire. Los aproximó a sus labios y en una caricia casi invisible probó el sabor salado que impregnaba su piel. Pensó que habría vendido su alma al Diablo si con ello hubiera podido evitar una sola de aquellas lágrimas. La miró, consternado, abrumado por el insistente y loco latido de su corazón...

No se trataba tan solo de deseo, eso era un hecho innegable. Morgan Durrell, un tipo curtido en el dolor propio y ajeno, un bastardo con una historia inventada y el alma mortificada por las palabras que nunca había dicho y por las culpas que nunca había perdonado... Se creía inmune al sufrimiento humano. Pero no contaba con aquellos ojos azules, inmensamente sinceros, que le miraban con fijeza, tal vez con la esperanza de que él fuera la respuesta a todas sus plegarias.

—Ojalá pudiera evitarle esa angustia —dijo Durrell, expresando en voz alta sus pensamientos.

—Pero no puede, señor.

—No... no puedo —murmuró él, todavía sujetando aquellos dedos suaves entre los suyos.

—Sin embargo, puede hacer algo por aliviar mi pena. Atrape a ese asesino, señor Durrell. Hágalo y estaré en deuda con usted toda mi vida —pidió ella.

Las últimas palabras martillearon en el cerebro de Durrell durante varios segundos. Se repetían como un eco lejano, como una invitación... La idea de cobrar a aquella joven una deuda, de la naturaleza que fuera, sonaba tan excitante como arriesgado. Celestia Townsend hacía que se sintiera como un pobre muchacho inexperto. Le hacía sentir débil... y él despreciaba la debilidad.

—Buenas noches, inspector.

—Buenas noches, señorita Townsend.

Como ninguno de los dos se movía, ella curvó ligeramente los labios en una sonrisa un tanto triste. Señaló sus dedos con la mirada, pues seguían prisioneros de la fuerte mano del hombre, y tiró de ellos con suavidad.

—Si me lo permite, señor. Le ruego me devuelva mi mano.

—Sí... por supuesto... Disculpe, señorita Townsend. —Morgan se llamó idiota un millón de veces en el interior de su mente.

Ella debía de pensar que era un principiante, fácil de enredar a poco que le ofreciera sus labios palpitantes y le mirase con aquellos ojos en cuyo interior un hombre podría perderse... Y ciertamente lo era en aquel momento. Si Celestia le hubiera pedido la luna en aquel mismo instante, Morgan habría hecho cualquier cosa para conseguírsela.

—Señor Durrell... —Celestia lo llamó una vez más justo cuando los pasos del hombre se alejaban por el jardín.

Morgan se volvió de inmediato.

—No sea demasiado duro conmigo, ¿lo promete? —expresó Celestia con tono reservado.

Durrell frunció el ceño sin comprender.

—¿Ser duro con usted? —Ella debía de estar burlándose, pensó Morgan.

La señorita Townsend comenzaba a introducirse de un modo alarmante bajo su piel... ¿Ser duro con ella? Todo cuanto deseaba era protegerla, seducirla, envolverla entre sus brazos y retenerla junto a su pecho... Reconfortarla... tal vez amarla... ¿Amarla...? El pánico lo invadió de pronto y aquel último pensamiento le abofeteó con mano invisible, devolviéndole a la realidad.

—Señorita Townsend... Celestia... —pronunció su nombre en voz baja.

Pero ella no le escuchaba. La puerta de la casa familiar se había abierto y la aflicción que habitaba entre sus paredes la había engullido de nuevo sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

## Capítulo 5

Cuatro caballeros y dos damas, ataviados con sus mejores capas, permanecían al otro lado de la celda, guardando rigurosa fila. Mientras tanto, en el otro extremo de la celda, un hombre sudoroso y pestilente ultimaba los detalles con la infeliz criatura que se hallaba desnuda e inmóvil colgada desde el techo por las muñecas. Le habían atado también los tobillos y las sogas ejercían tal presión sobre la piel de aquella infortunada que la sangre brotaba en tenues hilillos y se mezclaba con la mugre de su cuerpo extremadamente delgado.

La cabeza de la muchacha había sido rasurada de tal modo que era imposible saber de qué color había sido su cabello una vez. El hombre había lanzado un cubo de agua helada sobre ella, con el propósito de arrastrar la suciedad y los piojos que podrían incomodar a sus refinados visitantes.

Pese a ello, la imagen que aquella desventurada trasladaba a los presentes era de absoluta miseria. Ni siquiera protestó cuando el agua helada cayó de forma violenta sobre su cuerpo. Convenientemente, su boca había sido silenciada, cubierta con una mordaza de cuero que se ataba a su nuca e impedía que de sus labios surgiera palabra alguna.

Uno a uno, los curiosos invitados fueron acercándose a la desdichada. Ella les miraba con los ojos muy abiertos, aterrorizada... A medida que los asistentes lanzaban contra ella su delgada vara de abedul, dejando su rastro con una línea escarlata, los ojos de la muchacha se abrían cada vez más,

clavándose en los rostros de sus castigadores, suplicándoles que parasen...

Sin embargo, aquellas personas no parecían impresionados o conmovidos. Seguían azotándola, una y otra vez, sin compasión, sin que mostrasen rastro alguno de remordimiento. Lejos de eso, sus expresiones denotaban un profundo y abyecto placer.

Al llegar el turno de las damas, la infeliz agitó repetidamente la cabeza de un lado al otro, rogando, con sus gemidos ahogados por la máscara, que intercedieran por ella y pusieran fin a su tormento. La mujer que sostenía la vara en esta ocasión se cubrió los labios, asqueada por la visión y por el hedor que despedía la prisionera. La soltó como si le quemara y la infeliz creyó que todo terminaría.

Pero la otra dama que asistía a la reunión empujó con brusquedad a la primera. Se inclinó para recoger la vara del suelo y ascendió despacio, sin apartar en ningún momento su mirada del rostro desfigurado de espanto de la joven que oscilaba en el aire. Miró a la pobre desgraciada con la piel cubierta de marcas rojizas, le tocó la cara con la punta de sus dedos enguantados, suavemente, y sonrió con dulzura... Acto seguido, descargó con pasmosa brutalidad la vara sobre los senos desnudos, una y otra vez... La golpeó con rabia y saña innumerables ocasiones, era como si una fuerza demoníaca se hubiera apoderado de aquella dama de aspecto angelical y refinados modales.

Como nada detenía su furia, uno de los caballeros le arrebató la vara de la mano y la obligó a detenerse.

—Contrólate, por amor de Dios... Vas a matarla.

—¿Y qué importa? ¡He pagado por ella! —replicó la dama, jadeante, las mejillas encendidas y los ojos chispeantes de cólera.

—Lo mismo que el resto, querida. No querrás estropearles la velada, ¿verdad?

La mujer miró con profundo enfado a la que había renunciado a descargar sus golpes.

—¡Estúpida cobarde! Más vale que la próxima vez logres dominar tus

escrúpulos —le recriminó, y añadió en el mismo tono furioso—: Espero que no muestres tantos remilgos al final de la noche. He prometido a estos caballeros que disfrutarían de una velada muy especial y placentera como colofón a este pequeño adelanto. Todo ha sido dispuesto y sería del todo inaceptable que te limitases a mirar como ahora... Querida amiga.

Al pronunciar las últimas palabras, su expresión iracunda se suavizó. Se acercó a la otra mujer y, sin previo aviso, depositó un beso en sus labios trémulos, mientras susurraba:

—Te prometo que lo de hoy superará cualquier fantasía que hayas imaginado en tus sueños más licenciosos.

Los caballeros, excitados y animados por la expectativa de lo que acontecería, se emplearon a fondo en golpear a la infeliz. Por fortuna para ella, había perdido la consciencia en la segunda ronda de golpes, mientras ellos, tras quedar agotados y sudorosos, continuaban discutiendo de sus asuntos con pasmosa naturalidad.

\*\*\*

Morgan se ocultó hábilmente a la sombra de una de las puertas desvencijadas de la calle Cleveland, cerca del número diecinueve donde, mucho se temía, tenían lugar actividades de lo más sórdidas. Aquella misma tarde había interceptado en Marylebone a un rufián que repartía sus peculiares tarjetas de visita. Aunque el desgraciado no había soltado prenda a pesar de ser interrogado bajo amenaza de enviarle a Holloway, lo cierto es que no podía detenerle solo por repartir aquella impúdica publicidad.

Sin embargo, sospechaba que ni uno solo de los minutos que había pasado merodeando por la zona a la espera de algún indicio, podía considerarse tiempo perdido. Hacía algún tiempo que su olfato le decía que allí estaba sucediendo algo raro y aquel ir y venir de jovenzuelos en las proximidades del local de dudosa reputación ubicado en la calle Cleveland, confirmaba

cada vez más sus sospechas.

El mismo inspector Aberline estaba al tanto de lo que allí parecía cocerse y precisamente le había pedido que realizara algunas indagaciones antes de que el asunto saliera a la luz, salpicando con mucha probabilidad a personajes notables e influyentes de la aristocracia y de la alta burguesía de Londres. Era obvio que Aberline deseaba evitar el escándalo a toda costa, con seguridad influenciado por algunos miembros del Parlamento. Pero era inevitable que los negocios que allí se manejaban salieran a la luz en algún momento, pese a los esfuerzos por mantenerlos en secreto. Y que Dios protegiera entonces a los implicados de la ira de la reina, a quien, por cierto, disgustaba sobremanera cualquier actividad que se alejara un ápice del rígido código de moral impuesto bajo su reinado.

En cualquier caso, no estaba allí para evitar un escándalo ni para juzgar a quienes entraban y salían del local regentado por el señor Hammond. Lo único que le preocupaba realmente, era encontrar alguna pista más que le ayudase a resolver el asesinato del joven degollado a orillas del Támesis. Las monedas halladas en el cadáver le hacían sospechar que aquel crimen poco tenía que ver con un simple hurto. Quien hubiera terminado con la vida del pobre muchacho no pretendía robarle, pues no le había arrebatado lo poco de valor que llevaba encima.

Por otro lado, la tarjeta que ofrecía los servicios sexuales de jóvenes muchachos a caballeros le había conducido hasta allí. Durrell conservaba la esperanza de dar con alguien que hubiera visto u oído algo la noche del asesinato y estuviera dispuesto a contarlo, ya fuera por las buenas o por las malas. Barajaba la posibilidad de que el autor del crimen fuese algún cliente insatisfecho con los servicios del chico. La hipótesis de que se tratase de un asunto pasional era, de momento, la más plausible.

Resolver aquella muerte era su principal cometido esa noche. Estaba decidido a llevarlo a cabo, por más que el joven a quien espiaba desde hacía un buen rato tuviera la osada pretensión de esquivarle en la esquina siguiente.

Desde que había descubierto la presencia del jovenzuelo, le parecía que algo en aquel chico no encajaba. No se comportaba como los otros que frecuentaban la zona. Se mostraba nervioso y rehuía a los caballeros que se acercaban a examinar la mercancía, algo completamente ilógico en un rufián cuyo objetivo debía ser engatusar cuanto antes al mayor número de clientes. ¿Acaso el empeño del chico en esconderse respondía al temor a encontrarse con alguien con quien no deseaba toparse? ¿Era posible que hubiera reconocido en alguno de los rostros de sus clientes el del autor del asesinato? Tal vez estaba asustado y había visto algo. Tal vez aguardaba el momento oportuno para ocupar de nuevo su esquina y ganar algunas monedas, ejerciendo aquella actividad que Durrell encontraba humillante.

Lo atrapó por las solapas de la chaqueta y lo arrastró sin miramientos hasta la pared más próxima, obligándolo a permanecer inmóvil al escuchar el silbato de policía que sonaba apenas a una calle de donde se encontraban. La vía estaba tan oscura que era imposible distinguir un alma. El joven se defendía como podía, agitando pies y manos e intentando apartar sin éxito la mano que Morgan había colocado sobre su boca para evitar que gritase.

—¡Silencio! —ordenó y, al instante, el chico dejó de patear—. No quiero hacerte ningún daño, aunque si insistes en protestar, recibirás una buena paliza, doy fe de ello.

Morgan se concentró en el sonido de las voces que llegaban lejanas. Unos agentes discutían con alguna fulana que seguramente mendigaba por la zona. Esperó a que las voces cesaran, suponiendo que la mencionada habría sido conducida a prisión o liberada si los agentes se mostraban compasivos.

Clavó la mirada en el muchacho que ocultaba buena parte del rostro bajo una gruesa gorra de lana. Reparó en su corta estatura y chascó la lengua contrariado.

—¿Qué edad tienes? ¿Sabe tu madre que merodeas por este lugar? —le interrogó, implacable.

Detestaba la situación. Especialmente, le asqueaba que aquellos chicos

tuvieran la necesidad de prestarse a semejantes menesteres solo porque no habían tenido la fortuna de nacer en un hogar acomodado.

—Vamos, responde. ¿Acaso no tienes lengua o la reservas únicamente para esos cerdos?

—No sé de qué me habla, señor.

El chico habló en un tono tan bajo que Morgan apenas pudo escuchar su respuesta.

—Habla más alto, chico —ordenó—. ¿O es que prefieres responder a mis preguntas en el calabozo?

—No, señor...

—¿Cómo te llamas?

—Zacky Power, señor.

—Bien, Zacky Power... —Morgan trató de mostrarse conciliador. Conocía bien a aquella clase de pillastres de la calle. Se protegían entre ellos cuanto podían y eran expertos en esfumarse después de robarle el reloj o la cartera a algún caballero despistado. Sabía que, si lo asustaba, el chico intentaría huir a la menor oportunidad. Y aunque estaba en buena forma física, cabía la posibilidad de que, durante la huida, el chico se le escurriera en algún callejón oscuro—. ¿Cuánto hace que trabajas por aquí?

—Solo hoy, señor... —La voz seguía siendo un murmullo inaudible.

—Así que solo hoy —repitió Morgan, en un tono que expresaba claramente que no se lo había tragado—. Supongo que, en ese caso, no merodeabas esta zona cuando le dieron pasaporte a Ricky Pinchon la semana pasada.

—No, señor.

—Claro. Supongo que no has visto ni oído nada al respecto.

—Nada, señor.

—¿Conocías al tal Pinchon? ¿Le habías visto antes por aquí? ¡Contesta, chico! —Lo zarandeó un poco, pero se arrepintió enseguida, recordando que tan solo era un chiquillo asustado y mísero que quería ganar unos peniques.

—¡No, señor!

Esa vez la voz fue lo bastante perceptible para que la señal de alarma se disparase en el interior de la mente de Morgan. Le pareció que la había escuchado antes. Tal vez le había detenido con anterioridad. Frunció el ceño, intrigado.

—¿Seguro que no viste nada? Haz memoria, bribón, se me agota la paciencia —continuó el interrogatorio, convencido de que su imaginación no le había jugado una mala pasada. Aquella voz... Era del todo imposible, sin embargo...

—Deje que me vaya, señor. No he hecho nada malo.

—Eso lo decidiré yo.

—Usted no puede retenerme —protestó el chico con vehemencia.

Aquella protesta pronunciada con acento y modales tan perfectos despejó cualquier duda. Lo separó unos centímetros de la pared, lo justo para que la luz de la luna iluminara aquel rostro y acabara con todas sus preguntas. Con brusquedad, le quitó la gorra y contuvo la respiración al ver las horquillas que sujetaban el abundante cabello. Debía sentirse satisfecho porque había confirmado finalmente sus sospechas. Sin embargo, solo podía sentir furia y frustración mientras enfrentaba aquella mirada azul que había reconocido enseguida.

—¡Señorita Townsend! —exclamó, dejando que la sorpresa inicial diera paso rápidamente a la cólera.

Ella se apartó con actitud digna, extendiendo la mano hacia él para exigirle que le devolviera su gorra, una pequeña parte del ridículo atuendo masculino que vestía.

—¿Quiere explicarme qué significa todo esto? —inquirió, controlando a duras penas el impulso de colocarla sobre sus rodillas y proporcionarle una merecida tunda.

—Señor Durrell, antes de que empiece a sermonearme, permita que le explique...

—¿Sermonearla? Querida mía... Ese es el menor de mis deseos, créame.

Aún trato de reponerme de la impresión, así que le recomiendo que sea muy convincente o, de lo contrario, voy a considerar seriamente la posibilidad de que usted haya perdido el juicio por completo.

—¿Lo ve? A eso me refería —lo acusó, bajando la voz para asegurarse de que ninguno de los eventuales caminantes nocturnos la reconocía—. No he tenido la oportunidad de expresarme y ya está formulando prejuicios contra mi persona.

—¿De veras? Quizá tenga algo que ver el que la haya sorprendido frecuentando ese antro —señaló el número diecinueve de la calle donde se encontraban—, vestida de hombre, a las doce de la noche. ¡Por todos los Santos! ¿En qué estaba pensando, señorita Townsend?

—Oh, por favor... Deje ya de regañarme. Usted no tiene ningún derecho sobre mí. Y si es mi deseo pasear, vestida de hombre o incluso desnuda, por todo Londres, usted no es quien para cuestionarme.

—¿En serio? Veamos qué opina su padre sobre este asunto. Especialmente, sobre la parte de pasearse desnuda por la ciudad. Estoy seguro de que lo encontrará muy interesante.

La asió por el brazo, dispuesto a cumplir su amenaza. Pero ella se aferró a él, suplicándole con la mirada que no lo hiciera.

—Está bien, señor Durrell. Le contaré por qué estoy aquí... Pero solo si me cuenta por qué ha venido usted.

Morgan contuvo una carcajada. Pese a todo, la señorita Townsend lograba hacerle reír y eso era más de lo que ninguna mujer había conseguido jamás.

—Es el colmo... —farfulló entre dientes—. ¿Todavía tiene la desfachatez de poner sus condiciones? Hable antes de que pierda la poca paciencia que me queda.

Celestia apretó los labios, a todas luces contrariada porque no podría escurrir el bulto a menos que fuera lo bastante convincente. Lo leía en la mirada del inspector.

—De acuerdo. Pondré mis cartas sobre la mesa, ya que parece tan ansioso

de que comparta con usted mis pesquisas. Pero le advierto que espero algo de reciprocidad por su parte, señor Durrell.

—Señorita Townsend... —la apremió.

—Por favor, qué cansino es usted, inspector —señaló ella, sopesando la conveniencia de relatarle lo poco que había descubierto.

Finalmente, decidió que se guardaría su información. El inspector Durrell parecía más que decidido a mantenerla al margen de sus pesquisas. Por el momento, sus avances en la investigación de la muerte de Francis habían sido nulos o, al menos, no había tenido aún la deferencia de informarla sobre los mismos. Pensó que era un verdadero fastidio que la providencia les hubiera hecho coincidir en aquel lugar justo aquel día. Pero tenía que inventar algo, y pronto, antes de que el inspector comenzara a sospechar sobre los motivos que la habían conducido hasta allí.

—Entonces, señorita Townsend... ¿Va a contarme qué está tramando? Puedo escuchar desde aquí el sonido de las ruedecitas moviéndose, como la maquinaria de un reloj, dentro de su cabeza.

A Morgan le disgustaba que ella no tuviera reparos en poner en peligro su reputación y su vida, frecuentando la calle a horas tan intempestivas. De pronto, caía en la cuenta de que le inquietaba más allá de su deber de protección a cualquier ciudadano de Londres, que Celestia Townsend sufriera daño alguno.

—Tenía que tomar el aire, inspector —dijo ella, desafiándole con la mirada. Morgan apretó los labios, furioso.

—Así que tomar el aire... —inhaló profundamente, dominándose a duras penas— ¿Me toma por idiota, señorita Townsend?

—Claro que no, señor... —La mente de Celestia trabajaba a toda velocidad—. Recientemente, he descubierto gran placer en mis paseos nocturnos. Me ayuda a ordenar mis ideas y me proporciona serenidad. No me mire de ese modo, por favor... Ya sé que se pregunta por qué lo hago vestida de esta guisa. Pero tiene una explicación razonable.

—Permita que lo ponga en duda, señorita —se burló Durrell, un tanto divertido por los esfuerzos que la joven hacía por ocultarle sus verdaderos motivos.

—Se lo contaré, inspector, pese a su escepticismo... Le diré que el motivo por el que me paseo vestida de hombre es precisamente porque mi sensatez me dice que es el único modo de pasar inadvertida. Nadie repara en un mocoso harapiento y nadie intenta robar a alguien con la apariencia de no tener un chelín en el bolsillo. Por suerte, y también por desgracia, estas viejas ropas de Francis cumplen una doble función: ocultan mi condición de mujer y me hacen sentirme cerca de él.

—Desde luego. —Morgan no creía una sola palabra—. Y supongo que ha sido una mera casualidad, que sus pasos la condujeran justo a los alrededores del lugar donde fue hallado muerto su hermano.

—¿Lo dice en serio, inspector? Debo estar más aturdida de lo que creía. Ni siquiera había reparado en ese detalle —mintió nuevamente ella con descaro.

—Ya basta, señorita Townsend, deje de actuar —ordenó Durrell, harto de tanta palabrería cargada de embustes—. Ha de comprender que de ningún modo puedo tolerar esta intromisión.

—Y usted ha de recordar que prometió esclarecer las circunstancias de la muerte de Francis. Pues bien, el tiempo corre y el asesino de mi hermano sigue suelto. Parece que sus pesquisas no han logrado desentrañar el misterio, inspector.

Morgan abrió la boca para decir algo pero, al final, guardó silencio. Se sentía doblemente acorralado por las circunstancias. Por un lado, debía aceptar que ella estaba en lo cierto. Por otro, la expresión decidida y tenaz de aquella joven le mantenía por completo hechizado y, ni siquiera el hecho de que estuviera furioso por su actuación, podía cambiar la aplastante realidad de que ella le resultaba deliciosa.

No obstante, sintió la apremiante necesidad de colocar a la señorita Townsend en su sitio. Se inclinó levemente sobre ella, adelantándose un paso

para acercar sus posiciones hasta el punto en que casi podía tocar la frente de ella con los labios al hablarle con tono amenazante.

—Lo lamento si entendió mi compromiso de caballero como una autorización expresa para inmiscuirse en asuntos policiales, señorita Townsend. No era esa mi intención.

—Señor Durrell...

—Aún no he terminado —la cortó, sucumbiendo a la tentación de retirar un pequeño mechón rebelde que caía sobre la encendida mejilla. Celestia tembló al contacto con aquellos dedos que permanecieron sobre su piel unos segundos—. Tal vez usted tenga la errónea percepción de que no me tomo en serio este asunto. Pero se equivoca, señorita Townsend. Me lo tomo muy en serio y también la promesa que le hice. Pero este tipo de indiscreciones por su parte son del todo inaceptables y debo censurarlas.

Celestia levantó la barbilla con altivez.

—¿Porque soy mujer? —preguntó con resentimiento.

—Entre otras cosas, así es. Recorrer las calles a estas horas y sin acompañante no es propio de una joven de su clase. Ni seguro.

—Me subestima si cree que unos cuantos rufianes pueden infundirme temor, señor Durrell. Por suerte, gozo de una salud excelente y una complexión fuerte. Y como recordará, puedo correr unos cuantos metros para resolver un aprieto.

Morgan recordó el episodio en el parque y también lo turbado que se había sentido ante la imagen de aquella joven impetuosa que sorteaba los setos y flores con sus elegantes medias a la vista de todos.

—Cómo podría olvidarlo, señorita Townsend —comentó, imprimiendo un deje de sarcasmo en su tono y añadiendo—: De hecho, dudo que alguien en Londres pueda olvidar ese desastroso incidente durante décadas. Aunque lo que más me preocupa es que a usted no parece importarle. ¿Acaso considera su reputación tan inquebrantable que pueda sobrevivir a cualquier rumor o habladuría? ¿No piensa en el daño irreparable que su conducta podría

ocasionarle?

—Usted me confunde, señor. Tal vez con esas jóvenes cuyo único pasatiempo consiste en la elección de un nuevo bonete o en impresionar a algún pretendiente con título nobiliario —respondió con acritud.

—Así que usted tiene otras inquietudes. —Entrecerró los párpados para observarla con detenimiento. En efecto, Celestia Townsend no se parecía en absoluto a aquellas jóvenes de las que hablaba.

—Las tengo, señor.

—¿Las tiene? —Arqueó las cejas en un gesto sarcástico que pretendía ridiculizarla por el mero entretenimiento de ver cómo se defendía, pues ya la conocía lo bastante para saber que ella decía la verdad.

—Me hostiga por puro placer, y lo sabe. ¿Cree que solo me interesan los ecos de sociedad del Times?

—Espero que no, válgame Dios —se burló nuevamente, provocando otra protesta en la joven

Apretó las palmas de ambas manos contra la pared en la que aún mantenía prisionera a la joven, el cuerpo menudo embutido en aquellas ropas de chico y por completo a merced del deseo que secretamente se encendía en su interlocutor.

Era imposible que ella conociera el efecto que estaba causando en él, pues de ser así, habría gritado a cuanto dieran sus pulmones para reclamar la ayuda de algún paseante nocturno. Sin duda, se sentía protegida bajo su disfraz de bribón y tal vez creía que sus encantos quedaban a buen recaudo, pese a la ligera abertura en la parte superior de la camisa que mostraba una pequeña porción de piel blanca como el alabastro, pese a la plenitud de los muslos que Morgan presionaba con los suyos para retenerla contra la pared.

—No más charla, señorita Townsend... Le daré algo mejor y así podrá maldecirme con todo su repertorio de imprecaciones hasta nuestro siguiente encuentro.

Celestia lo miró fijamente, sin mostrar el menor atisbo de temor en los ojos.

Aquel alarde de gallardía al tiempo que insensatez, debía haber bastado a Morgan para que diera por finalizadas sus atenciones. Sin embargo, algo en el modo en que ella suspiraba y le ofrecía la boca entreabierta, la forma en que elevaba la barbilla con altivez, retándole a que hiciera aquello que sus principios le decían que no hiciera... Puede que fuera en el fondo un pusilánime, pero lo cierto es que fue incapaz de doblegar su deseo... Y la besó.

Y aquel beso que pretendía ser una reprimenda, una advertencia que transmitiría el claro mensaje de los peligros que acechaban a una joven cuando se exponía a merced de los apetitos masculinos, solo logró que el deseo de Morgan creciera hasta alcanzar niveles alarmantes.

Supuso que ella ofrecería resistencia. Pero una vez más, Celestia Townsend se mostró invariablemente terca y, en lugar de eso, lo miraba con sus ojos abiertos, invitándole a continuar con aquel beso incendiario y arrogante que exigía mayor placer.

Morgan acarició con la punta de su lengua los labios inflamados de la joven. No había sido gentil, no lo pretendía. Quería acallar cualquier protesta, cualquier acto de rebeldía. Había sido un beso brusco y en ese momento, contra su voluntad, se arrepentía. Le lamió las comisuras con delicadeza y dejó que su lengua invadiera de nuevo aquella cavidad húmeda y sorprendentemente lista para recibirle, enredándola con su lengua pequeña y puntiaguda, deslizándola después sobre la hilera de dientes y regresando otra vez a los labios palpitantes para mordisquearlos suavemente.

Descendió por la garganta y se detuvo en el hueco donde el pulso latía agitado, demostrándole que la aparente sofisticación de Celestia no era más que una máscara a la postre eficaz para ocultar su inexperiencia en los asuntos carnales.

—¡Alto! Muéstrese, señor, ante la autoridad.

De pronto, un potente haz de luz emergió de la penumbra e iluminó el rostro desconcertado de Morgan. Con un movimiento felino, se interpuso

entre la luz y la joven, evitando que su rostro quedara expuesto. Con irritación, apartó de un manotazo la lámpara de aceite que el agente de policía había dispuesto justamente contra su rostro.

—¿Qué demonios hace, Hopkins?

—¡Inspector! Yo... le pido disculpas, señor... no sabía...

Por un instante, el agente tartamudeó visiblemente consternado por lo que consideraba un descubrimiento bochornoso.

Sin pensarlo, Celestia, elevó su mano en el aire, agitando los cabellos de un modo tan extravagante que Morgan frunció el ceño.

—Querido, por favor... bésame... —ronroneó con voz melosa, despejando a ojos del curioso agente cualquier duda sobre la naturaleza del escarceo.

El agente emitió su característica sonrisa bobalicona que denotaba su conformidad y daba por zanjado el asunto.

—Lo lamento, inspector. Me iré por donde he venido. Y descuide... mis labios están sellados. —Los cerró con un imaginario candado entre el índice y el pulgar y simuló arrojar la llave invisible bien lejos.

En cuanto desapareció de escena, Morgan clavó su mirada en la joven.

—¿Puedo saber a qué ha venido eso, señorita Townsend?

—Vamos, no sea tan mojigato, señor. ¿Acaso no vio la expresión de ese agente? Parecía francamente sorprendido de encontrarle en compañía de un jovencito. Supongo que el daño a su reputación será menor si le hacemos creer que estaba usted aliviando sus tensiones, ¿no le parece?

Morgan enmudeció un instante y, al siguiente, sacudió la cabeza, furioso con aquella joven ingeniosa que parecía resolver cualquier situación a golpe de descabelladas ocurrencias.

—¿Espera que le dé las gracias, señorita Townsend?

—No será necesario, inspector. Será suficiente con que se aparte para que pueda regresar a casa antes de que alguien eche en falta mi presencia. —Lo empujó con firmeza y Morgan se apartó a regañadientes. Celestia añadió con falso tono angelical—: Sola, señor.

—De ningún modo —contestó con voz ronca.

—En ese caso, inspector... —Celestia alzó la mano, aguardando con descarada petulancia el brazo del hombre.

Morgan contempló su mano en el aire y volvió a respirar hondamente.

—Vamos, señorita Townsend. Iré con usted y me aseguraré de que no se meta en líos por el camino.

Avanzó junto a la joven sin pronunciar una palabra, en parte atormentado por lo que había sucedido, y en parte frustrado porque la deseaba más que nunca y solo conocía un modo de remediar aquello.

Era absolutamente imposible, del todo improbable e inaceptable que lo imaginara siquiera... Pero la idea de hacer el amor a la señorita Townsend guiaba sus pasos como si sufriera algún tipo de embrujo y ella, la más hechicera entre todas las mujeres que había tenido el infortunio de conocer, disfrutase tanto con ello. La miró de soslayo. Ni siquiera parecía arrepentida, le sonreía a medias con una extraña mueca que rebelaba el tremendo placer que le producía atraparle entre sus redes de maga.

Se dejó llevar, mudo de deseo... Al llegar, ella le despidió en la puerta, palmeando su brazo con total naturalidad antes de desaparecer por completo en la penumbra de la residencia familiar.

## Capítulo 6

—Me temo, inspector, que no hemos avanzado nada en nuestra investigación. La cosa se pone fea, demasiados fiambres en tan poco tiempo —apuntó McKinnon.

Durrell cruzó las manos a la espalda, mientras observaba, con una mezcla de repudio y macabro interés, el cuerpo que los condestables habían encontrado con las primeras luces del día. Otro muchacho de procedencia humilde que apenas empezaba a rasurarse la barba. Como el primero, no debía contar más de catorce años. Había sido hallado a tan solo dos calles del lugar donde había aparecido el primero de los muchachos. Como al anterior, le habían cercenado el cuello, casi separándole la cabeza del tronco. Y nuevamente, aquella tarjeta de visita que ofrecía servicios sexuales en el antro de perversión ubicado en la calle Cleveland.

Se inclinó sobre el cuerpo y rebuscó en el interior de los bolsillos del chico muerto. Arqueó las cejas al no encontrar lo que esperaba. Se volvió hacia McKinnon.

—¿Alguno de nuestros hombres ha registrado el cuerpo? —preguntó.

—Cox y Baker dieron la alarma, señor. Les dije que mantuvieran la vigilancia en la esquina para ahuyentar a los curiosos.

—Bien pensado, McKinnon. Hágalos venir un momento. Por separado —ordenó Durrell.

No habían transcurrido dos minutos cuando Harry Cox, un agente con

apenas dos años de experiencia en el Cuerpo, se personó ante el inspector.

—¿Sí, señor inspector? El sargento ha dicho que quería verme.

—Cox, ¿puede decirme si fueron ustedes los primeros en llegar? ¿Recuerda haber visto a alguien merodeando en las proximidades?

—No, señor. En tal caso lo habríamos retenido y usted habría sido debidamente informado —explicó Cox.

—¿Está completamente seguro? ¿Usted o su compañero, el agente Baker, inspeccionaron de cerca el cadáver?

—Sí, señor. Nos acercamos para cerciorarnos si se trataba de un simple borracho durmiendo la mona. Sin embargo, a unos pocos pasos del cuerpo, pudimos observar el amplio charco de sangre a la altura de la cabeza. Nos apresuramos a comprobar si el pobre infeliz aún respiraba, pero cuando vimos el gran corte en el cuello, comprendimos que nada podíamos hacer por su vida.

—¿Registraron sus pertenencias?

—En efecto, señor. El agente Baker y yo buscamos entre sus ropas algo que pudiera ayudar a identificar al finado —respondió Cox.

—¿Y lo encontraron?

—¿Qué cosa, señor? —Cox parecía incómodo. Era como si quisiera ganar tiempo antes de proporcionarle una respuesta.

—La pista que buscaban —puntualizó Durrell, impacientándose.

—No... no, señor —respondió Cox, titubeando.

—Por tanto, encontraron algo.

—Disculpe, inspector, no entiendo... Acabo de decir lo contrario.

—Así es, Cox. Usted ha afirmado que no encontraron nada que ayudase a identificar el cuerpo. Sin embargo, su respuesta nerviosa y dubitativa indica que sí hallaron algo, aunque no fuera la pista que ustedes buscaban.

—Sigo sin entender, señor.

—Cox, no sea tan evasivo. No me considero estúpido y a usted tampoco. Pero mi opinión sobre usted podría cambiar a partir de hoy. Mantengo la

esperanza de poder depositar un día mi confianza en los agentes de nuevo ingreso como usted, dispuestos a aprender nuevos métodos que conviertan a Scotland Yard en un cuerpo policial de gran prestigio. Así que, volviendo al asunto que nos atañe. Pongamos que uno de ustedes, tal vez el agente Baker, hubiera encontrado cinco chelines en los bolsillos de ese muchacho. Pongamos también que usted debe patrullar con agentes de la vieja escuela y desea evitar a toda costa cualquier enfrentamiento con sus compañeros. ¿Conviene conmigo en que mis palabras podrían ajustarse a lo sucedido, toda vez que se trata, insisto, de *mis palabras* y que usted nunca las ha pronunciado?

Durrell recalcó lo último. Resultaba obvio que el agente Cox estaba pasando un mal trago y temía, más que las reprimendas del inspector, que sus compañeros le tildaran de chivato.

—Convengo, señor —contestó al fin.

Era cuanto Durrell quería saber. Más allá de las monedas de las que Baker se había apropiado y de la cantidad en sí, le interesaba constatar que estas habían sido encontradas en el cadáver, pues ello le ayudaría a mantener su línea de investigación.

—Antes de retirarse, haga el favor de indicarme caminando en línea hasta el lugar de la calle donde ustedes se encontraban cuando vieron el cuerpo. Después, señale con gestos bien visibles el recorrido que usted y Baker realizaron, así como el lugar exacto donde se situó usted —indicó con tono imperativo.

—¿Perdón, señor? —Cox le miró con expresión interrogante.

—Muévase y dígame dónde se situó al llegar al cadáver, agente —insistió Durrell, añadiendo—: Su compañero, el agente Baker, lleva un buen rato mirando. No querrá usted que piense que me ha contado algo que él no quiere que se sepa.

Cox comprendió lo que pretendía Durrell y finalmente, obedeció, sintiéndose más relajado.

—Señor Cox —advirtió el inspector—. Excepto la parte de los cinco chelines, de la que usted y yo jamás hemos hablado, puede contarle a Baker nuestra conversación si le pregunta. Ahora, por favor, retírese y dígame a Baker que se presente.

Richard Baker se demoró aún unos minutos dando unas cuantas caladas más a su cigarrillo. A Durrell no se le escapó el modo nervioso en que metía las manos en los bolsillos del uniforme.

Baker era un viejo agente de los de antes. Descuidado en su aspecto personal, aficionado a la bebida y, según los rumores que Durrell nunca había podido probar, con cierta inclinación a hacer la vista gorda en algunos delitos a cambio de unas libras. Pese a su reputación, Durrell trató de impedir que todos aquellos prejuicios influyeran en él, pues deseaba fervientemente que ninguno de sus hombres se viera mezclado en asuntos que pudieran mancillar el buen nombre del Cuerpo de Policía.

—Señor Baker —lo saludó con un gesto y el agente respondió con un «a la orden, inspector» que resultó poco convincente—. ¿Qué le hace pensar que su cigarrillo es más importante que mi tiempo?

La pregunta lo cogió por sorpresa. Baker abrió la boca para decir algo, pero su protesta quedó silenciada al ver la expresión severa del inspector.

—Lo siento, inspector.

—Aceptada la disculpa. Pero que no vuelva a suceder.

Durrell se armó de paciencia. A menudo, los veteranos como Baker despreciaban a los inspectores de menor edad. Consideraban sus nuevas técnicas de investigación más propias de las novelas de intriga y se burlaban, en ocasiones abiertamente, de los procedimientos utilizados en los interrogatorios de testigos, en las evaluaciones de las escenas del crimen y en la identificación de sospechosos.

Por añadidura, los salarios de los agentes seguían siendo ridículos. Esa parte inquietaba en extremo a Durrell. Unos años antes, algunos oficiales de prestigio habían sido condenados, durante un sonado caso de corrupción

relacionado con una estafa millonaria en un asunto de apuestas falsas. Todo ello hacía temer a Durrell que algunos de sus agentes no descartasen la idea de ganar unas libras extras valiéndose de sus ocupaciones policiales. Por desgracia, el llamado Baker estaba en su punto de mira desde que ocupaba el cargo de inspector.

—Baker —prosiguió, dejando a un lado las especulaciones—, según Cox, se acercaron al cuerpo creyendo que se trataba de un borracho y descubrieron que le habían rebanado el cuello, ¿es así? Puede usted corregirme en cualquier momento si considera que la información proporcionada por el agente Cox adolece de algún detalle, dada la inexperiencia del joven Henry.

—Así fue, señor. —A Baker le agradó que Durrell distinguiera entre un veterano y un novato. Pese a que el inspector había hecho tal distinción de manera intencionada, Baker pensó que aquella mera alabanza a su experiencia no era suficiente para que cambiase la opinión que tenía de él tan fácilmente.

—También dijo que buscaron ustedes alguna pista que facilitara la identificación de la víctima, pero esta tenía los bolsillos vacíos.

—Así fue, señor.

—¿Observó usted algo o alguien sospechoso?

Baker gruñó algo entre dientes.

—Perdone, agente, no le he oído con claridad.

—Decía que no, señor —dijo el otro, gruñendo nuevamente y escupiendo a un lado.

Durrell se contuvo. No había sido fácil ganarse el respeto de la mayoría de sus hombres. Los tipos como Baker eran difíciles de adiestrar. No conocían la verdadera disciplina y desafiaban la autoridad como si sus años de servicio les concedieran algún privilegio sobre sus superiores.

—Entiendo. Escuche, Baker. Comprendo que, para algunos de ustedes, los más veteranos, no es fácil aceptar recibir órdenes de alguien como yo, con menos edad y experiencia. Sin embargo, no permitiré que esa acritud hacia

mi persona constituya un obstáculo para una investigación. Por tanto, sepa que no toleraré el menor atisbo de insubordinación en ninguno de mis hombres.

Baker lo miraba con cierto desprecio. Su expresión reflejaba lo que pensaba de él. Sin duda, le consideraba otro caballero rico jugando a ser detective.

Durrell adivinaba cuáles eran sus pensamientos.

—No se confunda conmigo, Baker. Puede que tenga usted una visión equivocada sobre mí. Tal vez me compare con esos caballeros de Mayfair, cuyo mayor riesgo en la vida ha sido sobrevivir al hastío de una merienda campestre.

—Usted no conoce los peligros que acechan en las calles. No sabe qué tipos de la peor calaña pueden atacarle a uno al girar una esquina. Nunca le ha cegado el brillo de una navaja apuntando directamente a su cara. Me temo que usted y los de su misma posición no estén hechos de la pasta que este trabajo requiere...señor —dijo el otro con tono bravucón.

—Dígame, Baker, ¿qué sabe usted de los zulúes? —inquirió Durrell, tomando al otro desprevenido.

Los ojos de Baker se abrieron desmesuradamente.

—¿Perdón, señor? —desconcertado por la pregunta, que nada tenía que ver con la conversación que mantenían.

Durrell supo que había llegado el momento de poner definitivamente a Baker en su sitio.

—Ya me ha oído, Baker.

—Pues... Señor, creo que le dimos bien a esos malditos negros y ahora, todas esas tierras forman parte de nuestro Glorioso Imperio. Además, tengo entendido que eran unos verdaderos salvajes —respondió Baker, sin saber adónde pretendía llegar su superior.

—Esos salvajes, Baker, como usted los llama, eran unos guerreros formidables. Parecían no temer a nada y en el combate no daban cuartel. Era impresionante admirar aquellas cargas de los *impis* zulúes hacia tu posición,

intentando avanzar a pesar del nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y cañones. ¿Sabe el temor que provoca ser consciente de que solo se detendrá su ataque provocándoles un número catastrófico de bajas? —Durrell le clavó la mirada y continuó ante la atónita mirada del agente—: Señor Baker, esos *salvajes* están destinados a ser guerreros desde el día de su nacimiento. Deben demostrar su valor en todo momento y *lavar su lanza* con la sangre de sus enemigos. Dicho esto, Baker, ¿usted me habla del brillo de una navaja? Yo he visto cuerpos mutilados en batalla, heridos suplicando por su vida o por un poco de agua, caras de muchachos aterrados a los que nadie contó los horrores de la guerra y hasta hombres curtidos defecándose encima al ver a algún amigo o compañero ser atravesado por una lanza. He visto cómo una de esas lanzas atravesaba mi pierna como si la carne fuera mantequilla y cómo, al valiente guerrero que la esgrimía, le desaparecía la mitad de la cabeza cuando le disparé con mi revólver... Así que, señor Baker, no vuelva a hablarme de navajas y rateros.

—Señor, yo no...

—Puede retirarse —cortó Durrell, pensando que, en adelante, debía tomar medidas con los agentes que, como Baker, creían estar por encima de las normas, del reglamento y de sus superiores. Consideraba fundamental poder depositar la confianza en sus hombres y no podía permitirse que cuestionaran su autoridad o se vieran salpicados por los rumores sobre la honestidad de algunos.

Permaneció algún tiempo más en el lugar al objeto de enfriar su ánimo y aclarar sus ideas. El hallazgo de aquel cadáver le había llevado a extraer algunas conclusiones. En primer lugar, que tal vez se enfrentaban a un despiadado asesino en serie que elegía a sus víctimas entre los asiduos de la calle Cleveland. En segundo que, por algún motivo, el asesino sentía especial predilección por los habituales de aquel Club. Hasta entonces, y según sus investigaciones, ninguno de los muertos frecuentaba el burdel de la calle Fitzroy, conocido por su misma propaganda sodomita. Y ahí es donde llegaba

a su tercera conclusión, ya que no descartaba, por el momento, que se tratase de un ajuste de cuentas entre ambos locales para hacerse con la mayoría de la clientela.

—McKinnon —llamó al sargento, sacó su pequeña libreta donde había garabateado unas líneas, arrancó el pedazo de papel y se lo entregó—, ocúpese personalmente de realizar estas averiguaciones. Y avíseme en cuanto tengamos algo.

\*\*\*

—Buenos días, Morgan.

Viola depositó en la mesa el plato con los huevos revueltos, las lonchas de bacon ahumado y el pan recién horneado. Su expresión severa lo decía todo. No aprobaba las salidas nocturnas de Morgan y no lo disimulaba, tal era la confianza entre ellos. Mucho menos aprobaba que bebiera. Y por el rictus de sus labios, se diría que había adivinado ambas cosas y que estaba enojada.

—¿Otra noche poniendo en riesgo tu vida en los tugurios de Londres? —preguntó sin tapujos la mujer, colocando los brazos en jarra y quedando inmóvil frente a él.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? Mujer, deberías emplearte como carcelera en Reading. Sin duda, mantendrías a raya a muchos de los bribones a los que enviamos allí.

Viola se alejó y regresó al momento, depositando ruidosamente la botella de licor de la que Morgan había dado buena cuenta durante la noche.

—Me remito a las pruebas, muchacho. Debe ser un caso lo bastante escabroso como para haber vaciado la botella que yo misma llené ayer por la mañana —le recriminó.

—Anoche necesitaba alejar de mi mente algunos asuntos, Viola. Eso no me convierte en un bebedor crónico.

—Lo sé. Es lo que me preocupa. Jamás te había visto beber de ese modo,

Morgan. Algo te inquieta profundamente, lo intuyo. Pero has de saber que a la vieja Viola puedes contarle cualquier cosa, lo que sea... por terrible que sea.

Morgan estaba a punto de responder algo poco amable. Pero la campanilla de la puerta, anunciando visita, le ahorró el siguiente sermón de Viola. Al minuto, su sirviente Fred irrumpió en el comedor e interrumpió la conversación.

—Señor, alguien pregunta por usted.

Morgan arqueó las cejas con curiosidad. No solía recibir visitas en casa y menos a aquellas horas.

—Es una joven, señor. Dice llamarse Celestia Townsend y exige ser recibida de inmediato.

Morgan trató de disimular, sin éxito, su fastidio y apartó a un lado el plato que contenía el succulento desayuno que aún no había tenido oportunidad de probar. Apretó las mandíbulas al ver cómo Viola sonreía con expresión triunfal mientras, siguiendo sus instrucciones, acompañaba a la señorita Townsend hasta su despacho.

Celestia aguardaba impaciente. Vestía un sencillo vestido negro con puños de encaje y ocultaba el cabello bajo un sobrio bonete del mismo tono, decorado únicamente con un pequeño ribeteado oscuro en el borde superior. Sus guantes retorcían con nerviosismo el ejemplar matutino del Daily Telegraph.

—Señorita Townsend... —Tal y como requería el decoro, Morgan dejó abierta la puerta de la estancia, comprobando con cierto disgusto que Viola se entretenía pasando con excesivo esmero su plumero en el recibidor exterior. Bajó la voz al hablar—: Empiezo a sentir preocupación por esa obsesión suya hacia mi persona, lo confieso. ¿Cómo se atreve a presentarse en mi casa después de lo sucedido? ¿Acaso no le quedó suficientemente claro que no soy un caballero y que no merezco tales confianzas, señorita? ¿Insiste en exponerse ante mí cuando he demostrado, muy a mi pesar, que no soy capaz

de dominar mis instintos tratándose de usted? No la comprendo.

—No sea engreído, inspector —replicó Celestia, resuelta a no marcharse de allí sin antes obtener algunas respuestas—. Mi visita no tiene nada que ver con ese beso que compartimos y que, por cierto, resultó una absoluta decepción. Por el contrario, es otro el asunto que me ha traído hasta aquí. Le ruego que haga a un lado sus prejuicios sobre mí y tenga la bondad de leer este artículo.

Le acercó el ejemplar de la prensa y señaló con su dedo enguantado el texto que ocupaba los titulares de la mañana.

Morgan lo hizo con desgana, pues aún pensaba en lo que ella había dicho al referirse a su breve encuentro nocturno. ¿Absoluta decepción? No podía evitar que sus palabras le hirieran más allá del orgullo, pero fingió que no causaban el menor efecto en él. Por suerte, el contenido del artículo distrajo de inmediato su atención. Al terminar, volvió la mirada a la joven, quien contenía el aliento y se mordía los labios con denotada agitación.

—¿Ha desayunado ya, señorita Townsend, o puedo ofrecerle algo? Parece realmente impresionada.

—¿Bromea, inspector? No podría probar bocado... ¿Es que no ha leído el artículo? ¡Otro asesinato, señor!

—Estoy al tanto, señorita Townsend. Le ruego que se calme.

—...En la calle Maple de Fitzrovia... —Celestia comenzó a pasearse enérgicamente por el despacho, ignorando los gestos del inspector por ofrecerle asiento—. Tal vez asesinaban a ese pobre chico mientras nosotros perdíamos un tiempo valioso discutiendo sobre nuestras posturas acerca del modo de conducir su investigación. Puede que incluso le dieran muerte mientras usted... mientras yo... ¡es espantoso, inspector! Me siento tan culpable que ni siquiera he sido capaz de mirarme al espejo al salir... ¡Pobre muchacho! Dicen que apenas tendría quince años... Es horrible, horrible... Soy tan responsable como la mano que le dio muerte... Si no le hubiera entretenido a usted, puede que ese chico siguiera con vida...

—Le agradezco su confianza, señorita. Pero dudo que alguien pudiera evitar que ese crimen se cometiera. Aunque lo deseara, no podría garantizar la seguridad de cada ciudadano de Londres —la contravino.

Morgan supo que debía poner fin a sus atribuladas especulaciones antes de que la propia señorita Townsend terminara entregándose a Scotland Yard y confesando un crimen que solo existía en su imaginación y en su conciencia de buena cristiana.

Se acercó a ella y puso sus manos sobre los temblorosos hombros, sacudiéndola con brusquedad.

—¡Basta, señorita Townsend! Se comporta como una jovencita histérica y no es propio de usted —la reprendió duramente, consciente de que era el único modo de hacerla recobrar la sensatez.

Ella le miró con los ojos nublados por las lágrimas que inútilmente quería retener.

—Pero yo... ese pobre chico... le cercenaron el cuello... todo está ahí, en ese horrible artículo que da todo lujo de detalles y...

—Y que usted no debió leer, señorita Townsend —la amonestó, diciéndose a sí mismo que mataría al responsable de la filtración a la prensa—. Me temo que no es tan fuerte como pretende. Y no lo tome como una crítica, se lo ruego. Por otro lado, ese periódico no debió publicar los detalles del suceso. Solo hay algo más temerario que un asesino en serie, señorita, y es un imitador. Esa publicación no facilitará precisamente nuestro trabajo.

Ella aceptó su pañuelo y se limpió las lágrimas, tornándose meditabunda su expresión a medida que asimilaba lo que él acababa de decir.

—¿Qué quiere decir, inspector? ¿Está sugiriendo que...?

Morgan desvió la mirada, maldiciéndose por aquel desliz que de seguro iba a costarle más de un quebradero de cabeza tratándose de la señorita Townsend.

—Acompáñeme, señorita Townsend. Le diré a Viola que prepare un té bien caliente y se sentirá mejor. —Sujetó el codo femenino, en un vano intento por arrastrarla fuera del despacho. En cierta manera, le inquietaba que ella

estuviera allí, en el lugar donde su cerebro trabajaba a mayor velocidad y donde solía resolver los casos más complicados.

Celestia negó con un gesto, soltándose con un rápido movimiento de su mano y asiendo a su vez el brazo masculino. Tiró de él con insistencia, obligándole a mirarla de nuevo a los ojos.

—No pienso ir a ninguna parte, inspector. No hasta que me cuente exactamente qué es lo que ha estado ocultándome...

—Es usted obstinada, señorita Townsend. Eso me irrita y me complace, pero no sabría decirle en qué medida o porcentaje sucede cada cosa.

—Déjese de monsergas, señor. Le exijo de inmediato que comparta conmigo sus pesquisas sobre la muerte de mi hermano o yo... le juro por Dios que yo...

—¿Usted qué hará, señorita Townsend? ¿Hablará con sir Charles Warren, con el Inspector Jefe Aberline, con el Primer Ministro... con la propia reina Victoria? ¡Ya basta de amenazas infantiles, señorita! He sido más que paciente con usted y con sus ridículas demandas. Pero no toleraré ni una sola intromisión más en este asunto, se lo aseguro. —Estaba furioso y, sin pensarlo, cerró de un portazo la puerta del despacho, desoyendo las protestas de Viola al otro lado. Al ver que Celestia retrocedía asustada por su reacción, suavizó el tono de voz cuanto pudo—. Por su bien, señorita Townsend, se lo pido amablemente... Vuelva a casa y deje esto en mis manos. Le doy mi palabra de que dedicaré todos mis esfuerzos en encontrar al responsable de esas muertes. Y también de que mi único deseo es protegerla de cualquier peligro o sufrimiento.

—Y ahí está otra vez... Ha dicho *esas muertes*. ¿Realmente sugiere que el responsable de la muerte de Francis podría tener relación con esos crímenes?

—Yo no he sugerido nada, señorita Townsend.

—Pero eso no es todo... ¿verdad? —En ese momento su pregunta estaba cargada de temor, como si no se atreviera a dar un paso más hacia la verdad, aunque su corazón le pedía que lo hiciera—. Ese chico... ¿cree que tenía algo

que ver con mi hermano? ¿Es eso lo que tan encarecidamente pretende ocultarme? ¿Acaso cree que mi hermano estaba involucrado con esa gente horrible de la calle Cleveland? No soy una estúpida, señor. La gente rumorea...

—No busco rumores, señorita Townsend, sino evidencias. Y, por el momento, seguiré cualquiera, por aberrante o humillante que a usted le parezca.

—No puede estar hablando en serio —le reprochó con resentimiento.

—Señorita Townsend, cuando ingresé en Scotland Yard, no aspiraba a convertirme en censorador ni confesor de los actos ajenos. Mi biblia es la Ley y mi deber es hacer que esta se cumpla, vigilando que esos actos no la transgredan. Más allá de esa realidad, no soy la persona más indicada para albergar juicios morales acerca de la conducta de nadie.

—Entonces... ¿es cierto? ¿Tan pobre opinión le merece la memoria de mi hermano?

Morgan no contestó y ella consideró su silencio tan elocuente como si le hubiera dado un sí como respuesta.

Celestia desvió la mirada hacia el exterior, dolida, pensativa... Morgan respetó su dolor en la distancia y tan solo se aproximó para presionar apenas su mano en un gesto sincero de amistad. Ella suspiró y, de pronto, como si lo hubiera meditado toda una vida, extrajo de su bolso una cuartilla cuidadosamente doblada. Se la entregó sin decir nada, acompañándola de un pequeño cuaderno de piel.

Morgan la miró sin comprender.

—Encontré esta carta en mi tocador la mañana que hallaron el cuerpo de Francis. No podía compartir con usted esta información hasta tener la absoluta certeza de que Francis no se equivocaba en cuanto a usted —musitó, desolada—. Léala, se lo ruego...

*«Mi querida Pippa,*

*Mantengo la esperanza de que cuando leas esta carta, yo estaré de*

regreso a casa y te encontraré preocupada y furiosa, aguardándome en la puerta con algún objeto contundente con el que golpearme por haberte causado inquietud. Sin embargo, la precaución y la sensatez me obligan a redactar estas líneas con la esperanza de que todo se convierta en una mala broma por la que me odiarás, aunque con el sincero temor de que esta peligrosa aventura que inicié hace algunos meses me conducirá por algunos caminos que quizá no sea fácil recorrer o cuyo regreso no pueda emprender. Sé que me consideras un inmaduro y que padre no confía en mi buen hacer ni en esta honda inspiración que me hizo elegir profesión que algunos consideran tan poco honorable. Pero precisamente por eso, por poner a salvo mi honor ante padre, he de demostrarle que también hay algo honroso en mi empeño por descubrir la verdad en los asuntos que afectan a nuestra sociedad y, de manera muy directa, a algunos de nuestros respetados vecinos. La investigación que inicié con motivo de lo que sucedía en la calle Cleveland ha tomado un cariz que jamás hubiera sospechado. Por todo ello, he de acudir a una cita, Pippa. Perdóname por no haber compartido esto contigo, querida hermanita. Pero has de saber que el único motivo para ocultarte mis correrías es mi deseo de mantenerte al margen y a salvo de cualquier peligro. Te quiero con todo mi corazón y, si regreso de mi cita, te prometo que acudiré a Scotland Yard con mis descubrimientos, y podrás darme unos azotes y obligarme a comerme tu horrible pastel de frutas como merecido castigo a mi traición. Pero si no vuelvo, Pippa... Debes reunir todas mis notas y entregarlas únicamente a alguien de absoluta confianza. Bajo ningún concepto debes involucrarte de manera personal en este asunto, Pippa, debes prometérmelo. Si algo me sucediera... Hay un inspector de Scotland Yard, un tal Durrell... Se caracteriza por ser un hombre honrado, de una voluntad inquebrantable, incorruptible ante un soborno... Él no me recordará, pero le he visto actuar justamente en varios casos e interceder ante los magistrados por la libertad de algunos

*miserables a los que él mismo envió a Newgate. Acude a él si es preciso. Y no olvides que siempre seré tu hermano y tú siempre serás mi muy, muy querida hermanita, mi hermosa Pippa.*

*Tuyo a través de los tiempos,  
Francis»*

Morgan permaneció en silencio, francamente preocupado por el contenido de aquella carta. La miró, consternado por el tremendo peso que ella soportaba bajo sus pequeños hombros, una carga aplastante que se añadía al dolor por la pérdida de alguien tan querido para ella.

—Y eso no es todo... Encontré esto. Estaba en el interior de uno de los bolsillos de las viejas ropas que Francis usaba cuando salía por las noches en busca de sus artículos. —Celestia le entregó aquella tarjeta que a Durrell le resultaba ya del todo familiar—. ¿Y bien, inspector?

Celestia se mantuvo firme. Deseaba que el inspector diera crédito a lo relatado por Francis aunque, al mismo tiempo, temía que su relato abriera una terrible Caja de Pandora que les engulliría como había sucedido con Francis.

Morgan le devolvió la carta, pero se guardó la tarjeta y la libreta de notas del joven Francis. La confesión de Celestia arrojaba nueva luz sobre la investigación. Sin embargo, no despejaba todas las incógnitas, ni mucho menos. ¿Qué podían tener en común Francis Townsend y aquellos muchachos de los bajos fondos, para que terminasen muertos de la misma forma, quién sabe si incluso por la misma mano? No pertenecían a la misma clase social, no tenían la misma edad y, por lo poco que sabía de Francis, no sentía inclinación por los jovencitos. Sin embargo, Francis frecuentaba los mismos antros... ¿Acaso pudo ver u oír algo que le había costado la vida? Y en ese caso, ¿por qué había encontrado la muerte del mismo modo que los chicos? Pensó que tal vez encontraría algunas respuestas en la libreta de notas que Celestia le acababa de entregar. Mientras tanto, esperaría a entrevistarse con McKinnon por si aportaba alguna información interesante.

Giró sobre los talones y le dio la espalda, mirando a través de la ventana sin

que su expresión neutra revelase emoción alguna. Nada más lejos de la verdad, por otro lado, ya que, interiormente, le inquietaba sobremanera el giro que tomaba el caso. Después de unos segundos, volvió a mirarla, sobrecogido por el hondo pesar que revelaba la tensión de las facciones femeninas.

—¿Qué espera de mí, señorita Townsend? —Morgan deseaba no herir los sentimientos de la joven. Pero tratándose de ella, sabía que cualquier pequeña concesión que hiciera dando crédito a su historia solo serviría para comprometerla y quizá ponerla en peligro.

Celestia se mordió los labios, atormentada por aquella necesidad que surgía del interior de su alma y que clamaba porque alguien, tal vez el hombre que tenía ante sí, le proporcionara un poco de consuelo. Acortó la distancia entre ambos y sin pensarlo, se despojó de los guantes para tomar entre las suyas la mano del inspector.

Morgan reprimió el temblor que le producía aquel contacto, aquellas manos suaves y pequeñas que presionaban con fuerza la suya y le transmitían toda la calidez de su corazón puro y herido. Sus ojos azules, de un peculiar tono aguamarina que le inundaba el iris y contrastaba con el diminuto punto negro de su pupila, le atraparon. Celestia Townsend tenía una mirada intensa y expresiva, muy alejada de aquellos azules y fríos de otras jóvenes que eran el fiel reflejo de la pobreza de espíritu de sus dueñas.

—Señor Durrell... No sé en qué retorcidos juegos sospecha que estaba metido mi hermano. Pero sea lo que sea lo que le relaciona con esa gente miserable, le juro que Francis jamás haría nada malo. Estoy convencida de que sus indagaciones sobre la calle Cleveland le condujeron a un descubrimiento terrible y, finalmente, a su propia muerte. Le ruego, con toda la humildad de la que soy capaz... Por favor, en nombre de aquello en lo que usted crea... Le suplico que me ayude.

Morgan no pudo evitar que sucediera. Le rodeó el rostro con ambas manos y se apoderó de aquella boca suplicante. Bebió de su interior, de la inocencia

de sus recovecos, del dolor y la tristeza de su alma quebrada... También de la pasión adormecida y la sorpresa. Desesperado, enredó su lengua con la de la joven y dibujó cada rincón húmedo que le recibía con la candidez y la pasión de una virgen.

Celestia mantenía los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, como si no tuviera fuerzas para luchar contra el sentimiento arrollador que la embargaba. Sin apartar la mirada de los ojos del hombre, aferró sus hombros y abrió más los labios, invitándole a continuar, exigiendo con el grito silencioso de su corazón que le diera más de aquello desconocido y maravilloso que jamás antes había sentido.

Morgan la abrazó contra el pecho, arrastrándola consigo hasta el sillón donde solía pasar largas horas entre papeles e informes oficiales. Cayó sobre el mullido asiento, notando cómo el peso de ella caía al instante sobre sus muslos y percibiendo las carnosas nalgas a través del vestido, dolorosamente excitantes, quemándole la piel incluso con la barrera de toda aquella ropa que les separaba.

Pasó un brazo bajo las piernas de la joven, elevándolas completamente sobre sus rodillas y sentándola por entero en su regazo.

—Por amor de Dios... —La apartó un momento, jadeante, apoyando su frente en la de la joven—. Esto no está bien... No debemos...

—Por favor... —Ella tenía los ojos cerrados y su aliento entrecortado se mezclaba con el del hombre. Le parecía que, en sus brazos, aquella fuerte opresión que le atenazaba el pecho podría desaparecer. Aunque solo fuera por unas horas o minutos...

—No puedo... No está bien —repitió Durrell, recorriendo con su boca ardiente la frente de ella, los párpados, descendiendo lentamente hasta atrapar de nuevo sus labios.

—Por favor... solo esta vez —suplicó ella con tono quejumbroso.

Durrell introdujo la mano bajo los pliegues de su falda, abriéndose camino entre las enaguas. Deslizó los dedos por la media que cubría la pantorrilla y

subió hasta uno de los muslos, deleitándose con el contacto y deteniéndose en el delicioso hueco cuya promesa era algo tan enloquecedor como prohibido.

Celestia dio un respingo al notar sus dedos próximos al lugar más íntimo de su cuerpo. Asustada y terriblemente excitada, se apresuró a detener con su mano la del hombre bajo sus faldas, apretando con fuerza las piernas. Durante un instante, la invadió el pánico. Era consciente de que estaba yendo demasiado lejos. Pero nada de lo que su sentido común le advertía constituía un argumento con la suficiente fortaleza para detener lo que sucedía. Le deseaba... Deseaba liberar la mano del hombre y conceder a ambos la satisfacción que anhelaban. Sin embargo, sus dedos temblorosos continuaban presionando con fuerza los del hombre y él, lejos de insistir o reclamar su derecho a tomar lo que ella parecía tan dispuesta a entregarle, permanecía inmóvil, expectante.

Celestia lo miró a los ojos y encontró la mirada del hombre, nublada y hambrienta... La mano del inspector continuaba bajo su falda, entre sus muslos, quemándole la piel en el mismo lugar, como si aguardase un gesto o una palabra que sería el salvoconducto al inquietante santuario de su feminidad.

—No debo seguir, no está bien... Pídame que me detenga o yo... no respondo, maldita sea...

Morgan no reconoció su propia voz, ronca por el deseo. El decoro le impulsaba a decir todo aquello, pero no podía engañarse a sí mismo y negar la realidad. Que se sentía como un canalla, pues todo cuanto deseaba era liberar su mano de los dedos femeninos y llegar hasta ella como nunca lo había hecho ningún hombre.

Celestia aflojó lentamente la presión sobre la mano hasta liberarle y, con suavidad, la condujo entre los muslos, invitándole con la mirada a explorar más allá, justo allí donde palpitaba su deseo exigiendo la liberación.

Morgan apretó los labios, pensando que todos sus sentidos iban a estallar. Aquello no debía estar ocurriendo, ambos habían perdido el juicio y solo la

providencial e inoportuna irrupción de la siempre alerta Viola podría evitar el desastre.

Una parte de él imploró que ocurriera. Fiel y bendita Viola... Con su vieja y curiosa nariz asomando por aquella puerta, se escandalizaría sin duda al presenciar aquello. Pero era una buena mujer, discreta... A lo sumo les daría la espalda para darles la oportunidad de recomponer sus ropas. Enviaría a Celestia de vuelta a casa no sin antes ofrecerle un par de sermones de propina, y puede que incluso le recriminara más tarde a él mismo su indecente comportamiento. Pero confiaba absolutamente en su lealtad y sabía que después de aquel día, jamás volvería a comentar aquel episodio frustrante a menos que él quisiera hablar sobre ello.

«Vamos, Viola, querida amiga... sálvame, sálvanos»

Pero Viola parecía haber abandonado cualquier esperanza de estar al tanto de lo que sucedía en el interior de su despacho. Por primera vez desde que la conocía, Viola acataba su deseo de no ser interrumpido mientras trabajaba. Y con su reciente obediencia les estaba condenando a ambos, pues era un hecho consumado que había perdido por completo el control de sus actos. Le haría el amor a Celestia Townsend, a pesar de sus principios, a pesar de que se había prometido no tocarla... La haría suya, pese a todo y a sí mismo.

Morgan ahogó un ronco gemido cuando los muslos de Celestia se cerraron sobre su mano, apremiándole de un modo tan sugerente que solo un santo habría podido ignorarlo. Al diablo con sus buenas intenciones... Buscó con la yema de su dedo anular el pequeño montículo húmedo y caliente y lo frotó con suavidad, mientras trazaba una línea ardiente con los labios sobre la tersa piel del cuello de la joven. Ella respondió a la caricia con un hondo suspiro de placer, sujetando con sus manos la cabeza de Morgan para conducirla más abajo, muy cerca del lugar donde su corazón latía desbocado.

Morgan obedeció de buena gana y utilizó su mano libre para desabrochar los botones de la parte superior del vestido. Apartó con impaciente brusquedad la camisola interior, dejando al descubierto unos senos generosos

y níveos, coronados por una aureola rosada sobre la que se elevaban dos pezones hinchidos. Cautivado por aquella visión, inclinó la boca y atrapó entre los labios uno de los pezones. Lo mordisqueó suavemente, lo succionó con deleite como si quisiera beber hasta la última gota de aquella carne joven que despertaba al placer entre sus brazos, mientras frotaba con el pulgar el otro pezón endurecido. Su boca y su mano se recreaban con aquella dulce tortura, iban y venían, alternando uno y otro seno, provocando intensas oleadas de placer, gemidos y gritos que ahogaba con su propia boca, abandonando un segundo los senos para regresar a ellos al instante siguiente.

Celestia no podía pensar. No quería hacerlo. Todo el tiempo hasta ese instante se había sentido triste y nostálgica, muerta por dentro... excepto con él. Estaba cansada de aparentar que la vida debía continuar, cuando lo único que deseaba era gritar de rabia y hallar a cualquier precio un consuelo que bloqueara en su mente el dolor. Ya sabía que no estaba bien, pero ¿acaso importaba? Únicamente quería sentir aquello tan extraño y nuevo, tan maravilloso...

Cada centímetro de su cuerpo se plegaba al deseo, sentía que algo en su interior estaba a punto de romperse en mil pedazos a medida que la boca del hombre lamía sus pezones, a medida que aumentaba el ritmo de la caricia en el diminuto, tremendamente húmedo y hasta entonces desconocido botón oculto entre sus piernas. No entendía nada. En realidad, no le importaba. Deseaba más, más fuerte, más rápido... Quería más... aunque no sabía exactamente qué... Arqueó la espalda de manera involuntaria, ofreciéndole sus senos, enredando los dedos en aquel cabello denso y oscuro, frotando su pelvis contra su mano, exigiendo más, más...

Morgan la complació. Aumentó el ritmo de su dedo y la presión sobre el pubis de ella, le chupó un pezón al tiempo que pellizcaba entre su índice y su pulgar el otro... una y otra vez... El pulso le latía ferozmente en la sien, tenía una erección tan violenta y poderosa que estuvo a punto de abandonarse a ella, pero se contuvo, ansioso por contemplar cómo ella se desarmaba por

completo.

Finalmente, Celestia estalló. Morgan percibió los espasmos que contraían la musculatura de su pubis contra su mano. La abrazó mientras ella se arqueaba una vez más, rendida al placer del orgasmo, le cubrió el rostro cubierto de sudor de besos cortos y se detuvo en la sonrosada mejilla. Dejó que sus labios permanecieran allí durante unos segundos, recobrando el aliento. Le dolía aquella erección que apenas podía contener. Le dolía la frustración y el deseo insatisfecho. Se dispuso a obtener su propia satisfacción, maldito fuera por ello más tarde.

Pero al clavar la mirada en el rostro apacible de Celestia, su expresión saciada, sorprendida, avergonzada... Fue como si de pronto, recobrase la cordura y tomase conciencia de lo que estaba a punto de hacer. Se detuvo en seco y abrochó el cierre de sus pantalones, mientras maldecía con rabia su arrebató de honor en el instante más inoportuno.

¿Cómo habían llegado tan lejos? ¿En qué momento, el abatimiento de ella y su propio deseo habían confluído, llevándoles a un lugar donde ser sensatos ya no era una opción? Ella lo quería también, lo deseaba, sus ojos y sus labios no mentían, estaba seguro. Pero no había excusa alguna para él. Era el inspector Morgan Durrell y no podía concederse aquella clase de tropiezos. Celestia Townsend estaba muy por encima de sus posibilidades. Alguien como él, cuyo linaje no se encontraba a salvo de toda especulación, no podía ni siquiera imaginar que alguien como ella, accediera a... «Basta», se ordenó a sí mismo.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta interrumpió el dilema que se planteaba sobre cómo abordar lo que acababa de acontecer. Celestia se incorporó de un salto y se apresuró a recomponer su ropa, evitando mirarle mientras cerraba los botones de su corpiño con dedos temblorosos.

—¡Señor! —resonó la voz de Viola al otro lado de la puerta, provocando que, inconscientemente, Morgan se ruborizara hasta la médula. Al no recibir respuesta, Viola insistió—: ¿Va todo bien, señor?

«Muy hábil, Viola, aunque demasiado tarde», pensó, mientras extendía la mano para tomar la de Celestia y acompañarla hasta la puerta.

Ella lo rechazó con gesto sombrío y Morgan titubeó un instante, dejando caer su mano al siguiente. La adusta expresión de Celestia le decía que no había nada que pudiera decir o hacer para enmendar aquel agravio. Se odió por haberse dejado llevar por sus impulsos, por aquella mirada suplicante, por aquellos labios entreabiertos y sugerentes... El mal estaba hecho. Ella no se lo perdonaría. Lo leyó en sus ojos aguamarina. Sencillamente, él había caído en la trampa de su dulzura y aquel indecoroso traspiés le colocaba justo en la misma posición execrable que detestaba en otros hombres. No había duda. Lo miraba con la decepción dibujada en el rostro. Por supuesto, tampoco exigiría una compensación. Celestia Townsend no era el tipo de mujer que pretendería arrastrarlo al altar para reparar su honor mancillado. Pese a todo, una parte de él deseaba fervientemente que fuera ese tipo de mujer y le exigiera un resarcimiento.

—Todo en orden, Viola —gritó casi con fiereza, percibiendo su propia voz como ajena y colocándose el dedo índice sobre los labios al mirar a Celestia. A fin de evitar que Viola arremetiera contra la puerta, añadió un poco más sereno—: La señorita Townsend y yo aún tenemos que tratar algunos asuntos en privado. Te avisaré si requerimos de tus servicios.

Pudo escuchar con claridad los gruñidos de la mujer en el pasillo pero, al final, los pasos indicaron que se alejaba de la estancia, proporcionándoles al menos unos minutos más de intimidad. Morgan se pasó la mano por el cabello, paseando por la habitación con cierto nerviosismo y meditando detenidamente sus siguientes palabras. No quería errar en ellas y empeorar la situación, aunque temía que dijera lo que dijera sería un auténtico fracaso. Aun así, debía intentarlo.

—Celestia, yo...

—Le ahorraré el esfuerzo, inspector.

La voz de Celestia detuvo sus pasos en seco, muy cerca del lugar donde ella

misma se encontraba. Le miraba fijamente, la cabeza alta, el cabello ahora en orden, las manos cruzadas sobre la cintura... Hermosa y digna como una Diosa.

—Resulta evidente que ambos nos dejamos llevar por nuestra mutua curiosidad. Supongo que no puedo esgrimir algo así como excusa. Pero espero y deseo que lo sucedido hoy haya satisfecho esa curiosidad y podamos proseguir con el resto de asuntos que nos ocupan. Y, por supuesto, cuento con que este pequeño incidente no constituya un obstáculo para nuestra común empresa. Por mi parte, puede tener la absoluta tranquilidad de que nadie sabrá nunca lo que aquí ha sucedido. Los dos somos conscientes de que una futura reparación sería socialmente inaceptable. Así que espero obtener de usted la misma promesa, inspector, ya que sigo considerándole un caballero a pesar de lo ocurrido.

Mientras recitaba aquel discurso desatinado, ella caminaba despacio hacia la puerta. Morgan la alcanzó en dos zancadas y se interpuso en su camino, apoyando la mano en la pared y posicionando su largo brazo sobre la figura femenina de modo que formaba un arco sobre la pequeña cabeza.

Celestia pegó la espalda a la pared, manteniéndole la mirada con altivez cuando el rostro de Morgan se acercó peligrosamente al suyo. Contuvo el aliento, convencida por el brillo felino de sus ojos verdes, de que el inspector Durrell no se sentía halagado o reconfortado por sus palabras.

Morgan seguía trastornado, excitado y furioso. Enloquecía solo de pensar que ella lo hubiera considerado una especie de experimento. Le pareció obsceno, perverso... Ella no podía hablar en serio.

—¿Satisfacer nuestra curiosidad? —Lo repitió mentalmente sin ser consciente de que lo exteriorizaba con voz muy grave.

—Inspector, le ruego que perdone mi inexperiencia. No obstante, sé lo suficiente sobre la materia como para comprender que usted ha llevado la peor parte en este encuentro. Y ojalá pudiera compensárselo...

—¿Compensarme? ¿De qué modo? ¿Ahora me ofrecerá unas libras? —

Morgan no estaba seguro de si predominaba en él la rabia, el deseo o la diversión que ella le proporcionaba ahora, con su fútil intento desesperado de arreglar aquella embarazosa situación.

—Jamás le insultaría de esa forma, inspector. Le repito que le considero un caballero.

Morgan apretó los labios. Celestia le desconcertaba. Era la más hábil manipuladora que había conocido, o en verdad ella estaba tratando de enmendar el incidente por la vía del raciocinio. ¿Se burlaba deliberadamente de él para ofenderle? ¿Tan dañina era? Tal vez fuera un ingenuo, pero no podía creerlo tratándose de ella. Inclino el rostro sobre el de Celestia, rozándole con suavidad la frente con los labios, retándola a continuar con su farsa. Al cabo de unos segundos, su rabia se disipó. Celestia Townsend era hábil con las palabras. Pero seguía temblando bajo sus labios... Aunque había estado cerca, no le engañaba con su formidable actuación.

—Así que un caballero —repitió Morgan, con un atisbo de sorna.

—Jamás lo he dudado, señor —musitó ella, turbada por su proximidad, pues aún mantenía vivo en lo más hondo de su ser el recuerdo del placer hallado en sus manos.

—Y quiere mi silencio —continuó Morgan, atormentándola con la caricia de su aliento sobre la boca.

—Y su... palabra... de que no volveremos a vernos en estas circunstancias —añadió Celestia con un hilo de voz, a punto de abandonarse nuevamente a sus caricias.

Morgan suspiró, deslizando los labios desde el pómulo sonrojado hasta el lóbulo de la oreja femenina.

—Tiene mi silencio, señorita Townsend —le susurró al oído—. Pero mi palabra no puedo empeñarla con usted.

—Me hostiga, señor...

—De ningún modo. La admiro profundamente... —De pronto, cualquier deje de burla desapareció de su tono. Morgan estaba a punto de confesarle

que soñaba cada noche con sus ojos y que aquello que ella llamaba curiosidad, era en su caso un secreto anhelo que lo martirizaba desde que la conocía. Por fortuna, los golpes insistentes en la puerta evitaron que le desnudara su alma y la condenara para siempre.

—¡Maldita sea, Viola! —exclamó Morgan.

En un descuido, Celestia aprovechó para huir de sus brazos, lanzándose hacia la puerta con auténtica desesperación.

La dejó marchar, en parte aliviado. La interrupción de Viola había impedido que el calibre de sus confesiones lo dejaran a merced de aquella seductora. Encontró a Viola franqueándole la salida del despacho, con los brazos en jarras y las mejillas de color carmesí. Por la gravedad de su expresión, se diría que la buena mujer había adivinado su indecente comportamiento. Tal vez lo había deducido por la carrera apresurada de la joven, quien huía de la casa como si la persiguiera el mismísimo Demonio.

—Más vale que sea urgente, Viola... No estoy de humor para sermones —advirtió con aspereza.

—Esa cantinela ya la he oído antes —replicó la mujer sin dejarse impresionar por los humos que se gastaba el inspector. Le apuntó, amenazándole con su dedo enhiesto—. Luego hablaremos de esa joven que casi me arrolla al huir.

—Viola.

—Y sí, es urgente. A menos que el importante inspector Durrell considere que la visita del Comisionado Warren no lo es —se mofó la mujer.

Morgan lanzó un bufido, preguntándose si la señorita Townsend habría sufrido el percance de tropezar con su visita en la puerta. Ni por asomo podía imaginar hasta dónde podría llegar la audacia de Celestia en su afán por resolver el crimen perpetrado en su hermano. La creía muy capaz de recriminar al propio Warren la ineptitud de Scotland Yard y la inseguridad en las más sórdidas calles de Londres.

—Le recibiré enseguida, Viola. Sírvete una copa de ese *whisky* escocés que

tanto le gusta mientras despejo mi mesa de papeles.

## Capítulo 7

El hombre observó a la muchacha que se inclinaba ligeramente sobre la cama con el propósito de estirar las sábanas y la colcha que la cubrían. Vio cómo colocaba, casi se diría que con amor, el enorme cojín de plumas sobre la parte superior del lecho y, al final, ponía los brazos en jarras para contemplar con satisfacción el resultado final de su esmerado trabajo.

—Ahora dormirá *usté com'un* angelito —anunció la joven, obsequiándole con una sonrisa tan amplia como sincera.

Permaneció de pie junto a la ventana, como hacía cada mañana mientras la doncella arreglaba aquel cuarto donde le habían confinado contra su voluntad y del que, extrañamente, a menudo no deseaba salir.

Aunque sus pensamientos eran confusos la mayor parte del tiempo, recordaba con vaguedad el lugar donde había pasado los últimos años de su vida, antes de que aquel misterioso caballero le sacara de allí. Pese a la confusión, era perfectamente capaz de distinguir la pocilga maloliente que había sido su hogar anterior de aquella comfortable habitación. Cada mañana, la doncella sonriente aparecía, realizaba sus tareas canturreando alguna canción y le traía su bandeja del desayuno. Cada mañana, él aguardaba junto a la ventana a que ella llegara y trajera consigo su alegría, su juventud y sus palabras amables.

Por alguna razón, la muchacha le inquietaba. No como aquellas pobres ramerías que solo le producían lástima. Le inquietaba de veras. La miró de

soslayo mientras ella regresaba con la bandeja y la depositaba en la mesa auxiliar próxima a la ventana. Vio cómo sacaba del bolsillo de su delantal raído un par de margaritas amarillas y las alineaba en el borde de la bandeja.

Se fijó en la figura regordeta enfundada en aquella vestimenta humilde remendada un sinfín de veces, en el cabello rojizo muy lacio peinado detrás de las orejas y sujeto a la nuca con una cinta. En las mejillas arreboladas por el esfuerzo de poner todo en orden en el menor tiempo posible, en la boca de labios gruesos donde nacía una cicatriz que ascendía hasta el pómulo... Aún la miraba cuando sus ojos tropezaron accidentalmente con los ojos azules de la joven. Desvió la mirada, avergonzado, al escuchar la voz de la doncella.

—Fue un corte bien feo, señor —explicó, encogiendo los hombros como si quisiera restarle importancia y como, si a pesar de su ignorancia, comprendiera el mensaje de horror en los ojos del hombre—. El bestia de mi padre quería romperme *tos* los huesos pero, por suerte, solo alcanzó a partirme el labio y la cara. Estaba tan borracho que no atinaba a pillarme, mire si *m'escondí* yo bien *pa* que no me matara... Pero no sufra por mí, señor. El buen Dios le dio su merecido y, ese mismo día, acabó muerto en una zanja después de una pelea. *No's* que yo *m'alegrase* de su muerte, señor... no piense mal de mí... Pero, en fin, supongo que el Señor pensó *que'l* mundo sería un lugar mejor sin ese borracho, ¿no cree *usté*?

El no dijo nada. Volvió a mirar las margaritas que adornaban su bandeja y, nuevamente, el rostro de la muchacha marcado por los golpes.

—Mire *usté*... —Ella se atrevió a acortar la distancia entre ambos y tomarle la mano, reteniéndola con dulzura cuando él hizo ademán de recuperarla. Echó una rápida ojeada a la puerta y la habló en voz baja—: Perdone que sea tan bruta... Pero *cá* vez que vengo... siempre *está'hí*, *callao*... sin decir ni *mú*... Mi corazón me dice que es *usté* un hombre bueno, no como esos que vienen a verlo... Yo no quisiera *pa* *usté* ningún mal, señor... pero hay algo que no está bien en esos hombres... *Usté debía* alejarse *d'ellos* cuanto antes, señor... Si alguna vez estuviera en apuros, *pué* *usté* contar conmigo...

Y bajando aún más la voz, añadió:

—Si me necesita, *pué* encontrarme *n'el* número cinco de Little Collingwood, en Bethnal Green...

Lo soltó de inmediato al escuchar la puerta que se abría y fingió que le limpiaba la manga con la punta de su delantal.

—Lo siento mucho, señor... tendré más *cuidao* la próxima vez.

—¿Qué haces aún aquí? —la interpeló con tono abrupto el recién llegado.

Ella se apresuró a recoger la levita y el sombrero del caballero, mordiéndose el labio inferior con expresión angustiada.

—No te pago para que le des cháchara a nuestro invitado —recordó en el mismo tono, interceptando el paso a la joven cuando se dirigía a la salida. Con un movimiento brusco, la sujetó por el cabello, obligándola a contener un gemido de dolor y arrastrándola hacia abajo hasta que la cabeza de la joven casi quedó a la altura de las rodillas del hombre—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Annie, Annie... —balbuceó ella, tratando de mantener el equilibrio para no caer a los pies del hombre.

El recién llegado echó una ojeada a la bandeja, reparando enseguida en las flores que ella había dejado allí. Sus labios se torcieron en una sonrisa cruel y retorció un poco más los dedos que sujetaban el cabello rojizo.

—Así que Annie... Y, dime una cosa, Annie... ¿de verdad crees que esto es una cita y que ese maldito, silencioso como una tumba, es tu pretendiente? —se burló, despiadado—. Mírate bien, muchacha... Pobre, fea y vulgar... ¿te parece que seas un buen partido para nuestro amigo?

—*Pos* claro que no, señor... yo no...

—¿Tú no? Más te vale que no te hagas ilusiones, desgraciada... Y si quieres ganarte unos chelines extras, solo tienes que decirlo.

Al decir lo último, el hombre manoseó con su mano libre los pechos de la joven. Ella se liberó como pudo, jadeando y sollozante y abandonó la habitación como si la persiguiera el Demonio.

En cuanto estuvieron a solas, se aproximó al caballero más joven, quien había contemplado la escena con expresión tan neutra que se diría que nada podría llegar a inmutarle.

—Ramera ignorante... —dijo el otro, quitando de un manotazo las margaritas que adornaban la bandeja y aplastándolas bajo su pie. Después, tomó una silla y se sentó frente al taciturno inquilino, observándole fijamente mientras este degustaba con total indiferencia su desayuno—. Y tú... Será mejor que empieces a colaborar. Debes pagar tu deuda, ¿me entiendes? Nos estás costando muy caro y queremos resultados... ¿está claro?

El joven caballero no contestó. Cortaba muy despacio el fiambre y masticaba con lentitud cada pedazo. Y toda su atención se centraba en aquellas dos margaritas que yacían a escasos centímetros de sus pies, aplastadas. No pensaba en nada más. Tan solo en aquellas dos margaritas que habían sido hermosas por un instante y le habían traído un mensaje cálido y afectuoso. Y en el modo repugnante y bochornoso en que alguien manoseaba los pechos de Annie.

Ambos pensamientos le mantenían muy ocupado... Despierto, para variar... Absorto en algo concreto, tangible... Todo lo tangible que podía llegar a ser la maldad humana, que en aquel momento se materializaba claramente en el caballero que le visitaba.

—¿Me oyes? ¿Oyes lo que te digo?

No. No le oía. Al menos, no era una voz. Era un gruñido de bestia sin alma ni corazón. Una bestia que no tenía rostro y, al mismo tiempo, tenía muchos. Era el gruñido de un borracho que molía a palos a la hija a quien debía proteger. Era el gruñido de una alimaña sin escrúpulos que mancillaba con sus zarpas hediondas la carne inocente y dulce de una joven amable llamada Annie. El gruñido de un monstruo que anhelaba el nacimiento de otro...

—¡Contesta!

Pero no contestó. En lugar de eso, lo miró desde el fondo de aquellas pupilas donde su monstruo, alimentado con cientos de golpes, habitaba.

Después, miró el último trozo de fiambre de su plato. Lo ensartó lentamente con su pequeño y apenas afilado cuchillo, mientras algunos fragmentos de su miserable vida anterior le asaltaban el pensamiento.

—¡Contesta! —repitió el otro, reparando en que los ojos del joven habían brillado fugazmente, como si algo hubiera provocado que volviera un instante a la vida. El caballero desvió la mirada hacia la puerta por donde había salido la doncella. Sonrió de forma maliciosa con aire triunfal, añadiendo—: ¡Maldito piojoso!

\*\*\*

«¡Fuera de aquí, maldito piojoso!».

La frase siempre precedía a la lluvia de patadas y puñetazos. Era la recompensa a un largo día de trabajo, rebuscando entre la basura y limpiando los caminos de barro para que los caballeros no ensuciaran sus elegantes mocasines. Solía ganar unos pocos peniques, con la esperanza de obtener una hogaza de pan a cambio. Pero nunca eran suficientes para los Jackson, aquel par de viejos avariciosos cuyo mayor placer era molerle los huesos. Se protegía como podía, colocando los brazos sobre la cabeza. Se escabullía, aprovechando la ventaja que le daban los torpes movimientos de aquel par de borrachos. Corría a la menor oportunidad que tenía y se arrastraba por el suelo hasta que lograba llegar a la puerta y huir.

A menudo, ni siquiera lloraba por las palizas. Tan miserable era su existencia, que se sentía feliz únicamente por conservar la vida después de cada episodio de violencia a manos de aquellos desalmados.

Otras veces, los maldecía en silencio, oculto al otro lado de la calle. Cerraba los ojos hinchados y amoratados, imaginando un millón de maneras en las que les devolvía todo el dolor que le infligían. Soñaba que lograba robar un machete gigante de los que el gordo Garrick, el carnicero de Smithfield, usaba para despedazar a los cerdos. Se veía a sí mismo, sorprendiéndoles

durante la noche y cortando en una docena de pedazos sus cuerpos mugrientos. Reía por lo bajo, lanzando imaginariamente a las malolientes alcantarillas que desembocaban en el río Fleet los brazos, piernas y orejas de los Jackson. Reía pensando que toda aquella carne podrida, tan podrida como sus almas, sería alimento para las ratas hambrientas que habitaban aquellos túneles subterráneos.

Cada día era una dura prueba de supervivencia, una carrera que le echaba a la vida para ganar un día más de existencia mísera. Los Jackson no eran peores que sus anteriores cuidadores. Antes de ellos, la señora Perkins se había despachado a gusto con él, aunque ella tenía sus propios métodos para convertirlo en un joven de provecho, como solía decir. La señora Perkins era hábil con la vara de madera. Al parecer, en su juventud había sido institutriz para una familia adinerada de Belgravia, pero con los años, y a causa de su excesiva afición a la bebida, había perdido todos los empleos respetables que siguieron a aquel.

Como los Jackson, la señora Perkins había encontrado una gran oportunidad de hacer negocio al hacerse cargo de niños sin hogar a cambio de una remuneración. Muchas solteras, viudas y matrimonios que aparentaban ser gente respetable, habían hecho de los niños huérfanos su modo de vida. Granjeros de niños, les llamaban. Todos ellos pronto olvidaban el compromiso adquirido. En cuanto recibían su dinero, unos y otros se empleaban a conciencia para convertir la vida del niño que caía en sus manos en un auténtico infierno.

De sus anteriores hogares, poco bueno recordaba. Había sido una larga trayectoria de diez años en instituciones de caridad y hogares de acogida. Y jamás había recibido otra cosa que no fueran golpes y humillaciones. Solo una vez hubo un hogar donde una buena mujer le quiso bien y hasta le puso un nombre. Por un espacio de tiempo, más corto del que hubiera deseado, él dejó de ser *chico, bastardo, piojoso o andrajoso...* Sencillamente, fue casi una persona y tuvo un nombre. La mujer, lo más parecido a una madre que

tuvo, fue amable el tiempo que la Parka, la implacable guadaña, lo permitió, pues la mujer enfermó y el sueño fue tan breve que no lograba recordar ni el nombre de ella, ni el propio.

Por todo lo anterior, un buen día había decidido dejar de hablar. Puesto que no tenía nada que decir a aquel mundo hostil en el que crecía, su mente había ordenado a su lengua no volver a articular palabra. Y, con el tiempo, se había acostumbrado al silencio de sus pensamientos, que solo se interrumpían cuando sus nuevos torturadores decidían que llegaba la hora de castigarle.

De sus orígenes, desconocía cualquier detalle. En una ocasión, había escuchado que su madre había sido una prostituta de Irlanda, que lo había dejado tirado en un montón de estiércol para continuar con su mala vida. Que un alma caritativa se había apiadado de la criatura antes de que los perros callejeros dieran buena cuenta del tierno manjar. Que lo había dejado al cuidado de unas monjas cuya mayor virtud había sido entregarlo a las autoridades para que otros respondieran de aquella pobre alma.

Y así, las desgracias se habían sucedido, una tras otra, forjando su carácter huraño y fortaleciendo la muralla de su silencio. Subsistiendo como podía, en los huesos, harapiento, sucio, pestilente... Perdió la cuenta de los años que pasaban y, como no tenía datos sobre su nacimiento, decidió que, en lugar de celebrar su aniversario de vida, celebraría cada día el hecho de no estar muerto.

Uno de aquellos días de celebración, el viejo Jackson —la vieja había palmado el año antes—, le anunció que ya no era bien recibido en la pocilga donde vivían. A patadas, lo sacó a la calle y, propinándole un buen empujón de despedida, le dijo que se buscara la vida, no sin antes gritarle unos cuantos insultos más para no perder el hábito adquirido durante su convivencia.

Al principio, había intentado refugiarse en uno de los hogares del buen Doctor Barnardo, asilos para niños sin recursos donde recibían comida y alojamiento e incluso podían aprender una profesión. Por desgracia, aquellos a los que acudió eran regentados por personas tan viles como los Jackson y

jamás pudo descubrir si las bondades que se decían sobre el Doctor Barnardo y sus hogares eran ciertas o no.

Como no pronunciaba palabra entonces ni tampoco a partir de aquel momento, su búsqueda de nuevo hogar fracasó desde su inicio. En los hogares a cuyas puertas llamó, le recibieron de malos modos y, con infalible disimulo, le cerraron la puerta en las narices antes de que nadie más reparase en su pobre presencia.

Tras aquel vano intento de encontrar refugio en la caridad, se instaló cómodamente, en compañía de su mudez, en el hueco de unas escaleras semi derruidas y mohosas que descendían al Támesis, cerca del Victoria Embankment. Por el día, vagaba por las calles del Soho londinense, robando lo que podía y pidiendo limosna, alargando la mano cuando alguna dama le esquivaba para que no ensuciara su lindo vestido. Al llegar la noche, se ocultaba en sus bonitas y húmedas escaleras y, como no sabía rezar ni creía en Dios, confiaba en ser lo bastante insignificante para que nada, malo o bueno, reparase en él.

Durante un tiempo, todo fue bien. Vagar, robar y resultar invisible se convirtió en su nueva y flamante vida. Pero la mala fortuna quiso que su mano tropezara accidentalmente con la bolsa de monedas de un viejo magistrado de Old Baley. Aquel día había creído que su suerte quedaba sellada para siempre, corriendo la suerte de otros amigos de lo ajeno como él, ahorcado, encarcelado o deportado en el mejor de los casos.

Sin embargo, la rápida intervención de la esposa del magistrado, una buena señora cristiana que al parecer pretendía expiar sus pecados, hizo que, nuevamente, su destino sufriera un drástico giro. Después de ser interrogado en Newgate —así le llamaban entonces a recibir una paliza de muerte a manos de los carceleros— sin lograr arrancarle una sola sílaba, las autoridades decretaron que se encontraban ante un pobre lunático. Y en lugar de deportarle, le llevaron a la institución mental que sería su siguiente hogar: Broadmoor, el asilo de criminales lunáticos. Un lugar donde nadie en su sano

juicio desearía entrar y de donde nadie, cuerdo o loco, podía escapar.

En aquel tórrido lugar había completado su metamorfosis de ser humano a inmundicia. Broadmoor poseía un sinfín de variados recursos, cuyo principal único objetivo era despojar a sus moradores de cualquier rastro que permitiera identificarles como seres humanos. La oferta era tan amplia que, a menudo, los carceleros se recreaban con los huéspedes en mostrar el catálogo de instrumentos de tortura mientras decidían el que finalmente usarían para la ocasión. La mera exposición de dichos instrumentos constituía en sí una agonía para los afortunados. Algunos se hacían sus necesidades encima, aterrados. Otros, aullaban durante la espera, se arrancaban los cabellos, con los ojos inyectados en sangre a punto de salir de sus cuencas.

Al final, todos acababan sometiéndose y llegaba el momento terrible en que el carcelero, orgulloso y feliz con su elección, se empleaba en que el método terminase con el más mínimo vestigio de dignidad de quien lo recibía.

El agua helada era uno de los más utilizados, porque su coste era mínimo y su efecto en los residentes podía aportar ventaja extra. Muchos no se sobreponían y, finalmente, perecían algún tiempo después a causa de la neumonía. Los colocaban desnudos, contra una pared, los azotaban, les escupían... Se mofaban, los empujaban unos contra otros, hacían burlas y comentarios soeces, les obligaban a practicar sexo, hombres con mujeres, también entre los del mismo sexo, mientras ellos reían a carcajadas... Les llamaban el *Circo de Locos*... Nada era suficiente para aquellas personas que acudían como espectadores, nada parecía saciar su hambre de miseria ajena.

En una ocasión, uno de los carceleros tuvo el encargo de un caballero de la aristocracia, quien le pagó una buena suma a cambio de un espectáculo decadente y estremecedor. Esa noche, el carcelero organizó al grupo de lunáticos frente a la pared del patio principal exterior. El aristócrata venía acompañado de un reducido grupo de damas y caballeros, que se mantuvieron en todo momento a una distancia prudencial del muro, alumbrados apenas por la tenue luz de un candil. Al cobijo de su silencio

sepulcral, y pese a la tenue luminaria, él podría recordar algunos de aquellos rostros toda su vida, tal había sido la impresión que en él causaron los sucesos que acontecieron aquella noche.

Los chiflados permanecieron un buen rato desnudos, ateridos de frío, expectantes, mirándose unos a otros, aguardando el siguiente acto de lo planeado por el carcelero, tal vez rezando al Dios de los Locos con la esperanza de que los devolvieran a sus celdas. Cuando ya creían que todo terminaría, el aristócrata entregó al carcelero una gruesa correa de piel. Al otro lado de esta, un perro mastín enorme, de pelaje negro como la misma noche, enseñó sus fauces.

Los otros desdichados ya habían perdido toda cordura y no fueron capaces de comprender lo que allí se fraguaba. Pero él sí. Lo supo desde el momento en que el fiero animal posó sus ojos encendidos sobre una de las desgraciadas que, agazapada contra el muro, se abrazaba las piernas con los brazos tratando de ocultar su desnudez. Aquel monstruo entrenado por su elegante dueño para acabar con cualquiera había escogido su primer objetivo y, a la señal de su amo, se abalanzó sobre la pobre chica sin que nadie hiciera nada por evitarlo.

Él conservaba en secreto algo de juicio que ocultaba gracias a su mutismo. Comprendió enseguida que la joven no tenía ninguna oportunidad en cuanto el perro mostró en sus fauces ensangrentadas la carne desgarrada de la garganta de la infeliz. Aun así, el último vestigio de conciencia y compasión que le quedaba hizo que corriera como el loco que era hasta la chica para arrancársela de las fauces al animal.

Sintió los colmillos afilados del perro clavándose en su cabeza y apretó el cuello de aquella bestia con las pocas fuerzas que le quedaban hasta que quedó muerta entre sus manos. Perdió la cuenta de los mordiscos que había recibido del animal y de los latigazos del carcelero cuando trataba de separarlos. Un dolor insoportable se apoderó de él. Después, todo se volvió negro y, al despertar, pensó que él mismo hacía compañía al perro en el

Infierno.

Pero no era el Infierno. Era algo mucho peor... Le habían trasladado a Denbigh, el lugar que se convertiría en su propio infierno. Los castigos y las humillaciones se volverían aún más frecuentes y terroríficos, dado que así lo había solicitado el aristócrata. Debía pagar el precio por el atrevimiento de dar muerte a su mejor ejemplar canino.

Y así fue. Lo pagó caro. Cada día, cada minuto... Imaginó que el Infierno de Hades era un lugar confortable comparado con aquel que vivía en Denbigh. En su locura, comenzó incluso a echar de menos las torturas sufridas en Broadmoor y a fantasear con la idea de regresar allí. Y con el tiempo, entre aquellas frías paredes, aprendió en silencio que la maldad humana no conocía límites...

Todo aquello había sido real, aunque lo hubiera vivido como si se tratase de una pesadilla que se repetía una y otra vez.

En ese momento, otra realidad le envolvía. La misma maldad reflejada en aquel rostro que le exigía que fuera el monstruo en el que le habían convertido.

Seguía contemplando su pequeño cuchillo y al hombre de traje impoluto... Annie, la chica gentil y desconocida, era de pronto la joven lunática degollada en Broadmoor... Y allí estaba el perro asesino, con las fauces bien abiertas nuevamente, dispuestas a desgarrar su garganta...

\*\*\*

Durrell se apartó un poco de su escritorio, estiró las largas piernas y cruzó las manos sobre el pecho, apoyando la barbilla en los nudillos. Sobre la mesa, había dispuesto la tarjeta del Club de la calle Cleveland y, al lado, la libreta de notas del joven Townsend, abierta en una de sus páginas. Su mirada iba de uno a otro objeto alternativamente. Su mente trabajaba a toda velocidad y sin descanso.

Había progresado mucho en la lectura de aquella libreta, cuyas anotaciones comenzaban un año antes, aproximadamente. Al principio, tan solo había apuntes de sus entrevistas con el señor Parker del London Telegraph. También sugerencias que se hacía a sí mismo sobre la conveniencia de redactar algún artículo que versara sobre un escándalo en particular. Algunos nombres de las personas sobre las que quería escribir o sobre las actividades que estas llevaban a cabo le resultaban bastante familiares.

Allí estaba Madame Rachel y su salón de belleza, un lugar exquisito donde, al abrigo de perfumes y cataplasmas que prometían la belleza eterna, se fraguaban chantajes e intrigas de índole amorosa. En la hoja siguiente, la señora Theresa Berkley y su selecto burdel cuya especialidad eran los azotes. Avanzando un par de páginas más, el Club de la Calle Cleveland y, a su lado, el de la calle Fitzroy.

De todos los nombres de locales surgían flechas que iban en cualquier dirección, señalando a su vez nombres de caballeros y damas... Durrell se pasó la mano por los ojos, extenuado, asqueado y un tanto sorprendido. No era ningún ingenuo ni mucho menos. Pero aquella retahíla de nombres, algunos bastante importantes, asociados a lugares donde se llevaban a cabo las más sórdidas actividades, le provocaba auténtica aversión.

Ciertamente, la información recopilada por Francis Townsend sobre muchos de sus vecinos podía haberle convertido en el objetivo de cualquiera de ellos. Sin embargo, su intuición le decía que Townsend había sido más que discreto en su investigación. Tenía la certeza de que todo cuanto allí estaba escrito jamás había sido compartido con nadie, excepto, y solo debido a las trágicas circunstancias, con su hermana y en ese instante con él mismo. Se diría que el joven Francis se reservaba todo aquello por si algún día lograba desarrollarlo y demostrarlo, convirtiéndose así en el periodista que deseaba ser.

Pero en ese caso, si había sido tan discreto como Durrell suponía, ¿qué había sucedido exactamente? ¿Por qué estaba muerto?

Morgan suspiró y cerró la libreta con brusquedad. Miró por la ventana. La

noche había caído ya y, al otro lado del cristal, la luna enviaba su poderoso y potente halo de luz en dirección a su ventanal. Morgan pensó que aquella luna de luz tan brillante era bastante curiosa. No recordaba haberla visto nunca tan redonda y blanca. Entrecerró los párpados, observando con extrañeza el insecto que golpeaba insistentemente la cristalera. Al principio, creyó que se trataba de alguna de esas polillas que aleteaban sin cesar al menor atisbo de una candela. Pero al fijarse mejor, descubrió que había errado en su primera impresión. Era una mariposa de grandes alas blancas y se estrellaba con terquedad una y otra vez contra la superficie de vidrio... Morgan no podía dejar de mirarla, absorto en su incesante aletear. No supo cuánto tiempo permaneció como hipnotizado por aquella visión. De pronto, la mariposa dejó de batir las alas un momento y pareció quedar suspendida en el aire por alguna cuerda invisible. Al instante siguiente, desapareció.

Morgan miró de nuevo la hoja donde aparecían las últimas anotaciones, le dio la vuelta al cuaderno y entonces... Lo vio. Cayó en la cuenta de que Francis había escrito aquel cuaderno en ambas direcciones, también de atrás hacia adelante. En aquella última hoja, que era la primera si colocaba el cuaderno del revés, apenas había anotado dos líneas... Se diría que algo lo había bloqueado. Tan solo había escrito una fecha, justo unos días antes de su muerte, la palabra *Cleveland* redondeada con un círculo que denotaba un trazo claramente nervioso y a continuación, la siguiente frase:

«tarea: *volver allí... ¿y quién eres tú... quién eres...?* »

Durrell pasó el resto de las hojas despacio, pero no encontró nada más. Cerró el cuaderno y, una vez más, lo abrió en su inicio. Allí, la señorita Celestia Townsend había dejado su delicada huella. El cuaderno había sido un regalo a su hermano en su veinte cumpleaños. Ella había escrito con excelente caligrafía: *Con todo mi amor, para mi queridísimo y tonto hermanito...* y, un poco más abajo, había añadido unas palabras en caligrafía de menor tamaño:

*Francis, espero que anotes en mi regalo el nombre de alguna buena chica a la que respetarás y honrarás hasta el día en que te mueras... ¡Nada de conquistas frívolas o tendrás que vértelas conmigo!*

Finalmente, ella había dibujado varios corazones de colores y un par de flores.

Morgan acarició con la yema de los dedos aquellos dibujos. Celestia Townsend... Pensar en ella lo alteraba de un modo peligroso. Hacía que sintiera aquella fuerte opresión en el pecho, aquella rara punzada en la boca del estómago... Nunca una mujer le había afectado de aquella forma y aquel último encuentro había sido devastador para su auto control.

Se engañaba a sí mismo diciéndose que ella le había seducido con sus armas de hechicera, pero no era cierto... Él lo había consentido y puede que buscado inconscientemente desde el día en que la conoció. La había deseado desde el primer instante, desde aquel primer roce de sus dedos enguantados de terciopelo. La había codiciado como se codicia un valioso objeto expuesto sobre su elegante peana, sabiendo todo el tiempo que ella no estaba a su alcance.

Cierto que Viola le apremiaba sobre su prolongada soltería, pero existía una explicación razonable para que quisiera permanecer en su actual estado. Un pequeño detalle que Viola parecía olvidar cuando le arrojaba a la cara que no hubiera formado una familia.

Durante algún tiempo, él había tenido un padre. Un padre a quien faltaron agallas para enfrentarse al mundo y confesar que tenía un hijo. Le había dado su apellido, una buena educación y una renta vitalicia, eso no podía negarlo. Le estaba agradecido por ello. Pero toda su vida habría preferido cambiar aquellos obsequios por un solo día, uno solo, en el que su padre se sentara frente a la lumbre para pedirle perdón por los abrazos que nunca le dio.

¿Deseaba a Celestia Townsend? De un modo tan intenso que le producía un enorme desasosiego. Mentiría si dijera que no fantaseaba con la idea de que alguien como ella podría ser una excelente compañera. Pero no concebía una

esposa diligente que no hiciera preguntas sobre su pasado. No concebía compartir su vida con alguien con quien no pudiera compartir también sus secretos. Por desgracia, él tenía algunos, no demasiado graves, a su juicio... Pero no estaba seguro de que la señorita Townsend tuviera la bondad de aceptarlos. Con todo, había traspasado aquella frágil línea que nunca debió atravesar... Ahora tocaba pagar el precio de arriesgar el corazón por encima de la prudencia.

Miró de soslayo hacia la ventana. Ni rastro de aquella enloquecida mariposa que pretendía atravesar su cristal. Extendió los brazos y cruzó las manos tras la nuca. Se ordenó dejar de pensar en Celestia Townsend y se centró nuevamente en el cuaderno de notas que ella le había entregado. Poco a poco, la sospecha de que el joven Townsend había visto algo que no debía, cobraba fuerza en su pensamiento.

## Capítulo 8

**H**ermione Tisdale contemplaba con hastío el paisaje a través del amplio ventanal de cristal. Su mano jugueteaba distraídamente con cada una de las perlas de su collar, acariciándolas con la yema de los dedos, haciéndolo girar de cuando en cuando sobre su esbelto cuello. Suspiraba a cada poco con verdadero aburrimiento, pues nada de cuanto veía lograba animarla aquella mañana.

¿Dónde se había metido Isabel? La curiosidad y la rabia la reconcomían por dentro. Nada había que la irritara más que encontrarse en casa, aburrida y sin compañía alguna, imaginando que su cargante y amable hermanita estuviera hallando entretenimiento al margen de su vigilancia.

Por fin, alcanzó a localizarla en la distancia. La vio atravesar el camino entre los recortados setos, caminando con paso lento en dirección a la casa. Sonrió con abyección al ver cómo Isabel se detenía en dos ocasiones, cargando su pesado paquete, seguramente conteniendo libros tan aburridos como ella misma. Pobre Isabel... Contó los pasos de esta con perversa diversión... Uno, dos, tres, cuatro... Y allí estaba Isabel, cojeando como un viejo pirata con su pesada pata de palo... Esa vez su sonrisa fue tan amplia que tuvo que reprimirse para que no se convirtiera en auténtica carcajada y alertase a Isabel sobre su presencia en la ventana.

Se dijo que no tenía la culpa. Odiar a Isabel se había convertido en un hábito desde que podía recordar. Los motivos que le inspiraban tanta aversión

hacia su hermana eran muchos y se remontaban a la época en la que su madre, de quien Isabel era el vivo retrato, la había escogido como favorita. Puede que su madre no fuera consciente de ello entonces, pero su clara predilección por Isabel había supuesto un duro golpe para ella. Por fortuna, pronto había apreciado las ventajas de no ser la predilecta de mamá, ya que padre despreciaba abiertamente que ambas fueran igual de pusilánimes y admiraba el carácter decidido y altivo de su otra hija. En consecuencia, padre la colmaba de atenciones y regalos y cultivaba en ella las virtudes que le recordaban a él mismo.

Sí, desde que eran niñas, Isabel había sido un verdadero incordio. Una criatura aplicada en cuanto se proponía, gentil con el servicio, no especialmente hermosa, aunque sí dotada de cierto atractivo. Isabel solía disfrutar con la lectura, la música y el teatro. Para Hermione aquellas actividades tan solo constituían un vehículo para relacionarse. Isabel amaba a los animales de la especie que fueran. Hermione odiaba su compañía y sentía repudio sobre todo por el hedor que desprendían las caballerizas. Isabel cultivaba prímulas, rosas y margaritas. Hermione se deleitaba cuando recibía flores de sus numerosos pretendientes, pero olvidaba ponerlas en agua y morían a poco que algún sirviente no les proporcionaba los cuidados adecuados.

En definitiva, Isabel había resultado siempre un verdadero fastidio. Quienes las conocían, enseguida reparaban en las diferencias que las separaban, en el apacible carácter de Isabel, que contrastaba visiblemente con la pérfida naturaleza de su hermana. Las virtudes de Isabel ponían al descubierto los defectos de Hermione. Y por ello, la despreciaba en silencio y no perdía la menor oportunidad de abochornarla en público.

Con el tiempo, humillar a Isabel y atormentarla con sus maquinaciones se había convertido en una rutina que llevaba a cabo con enorme placer. Algunos de los tormentos que ideaba eran simples travesuras que se le ocurrían espontáneamente, como pisotear su jardín o arrancar hojas de su

novela favorita. Otros, eran el resultado de semanas de planificación durante las cuales rebuscaba en su mente las ideas más retorcidas. En una ocasión, Isabel había encontrado en el jardín un nido de estorninos y lo había protegido durante los trece largos días que tardaron en eclosionar los huevos. Cuando por fin aquellas crías espantosas sin plumas vieron la luz, Isabel había corrido a casa para anunciarlo, emocionada. Una pena que, en su descuido, los polluelos hubieran sido devorados por uno de los perros de padre, sin que nadie pudiera dar explicación de cómo el animal se había liberado de su correa para llegar hasta los polluelos. Isabel había llorado amargamente aquella tragedia mientras ella disfrutaba el momento y premiaba al perro responsable con un buen pedazo de ternera cruda.

Al pasar los años, dejó de llorar por sus maquinaciones y, tan solo, la miraba con aquella expresión de tolerancia que no soportaba. En especial, recordaba aquel trágico incendio que había dejado a Isabel lisiada para el resto de su vida... Una verdadera lástima que su plan no hubiera funcionado del todo y, en el último instante, aquel estúpido criado lograra rescatar a Isabel de entre las llamas antes de que estas la consumieran. Ni siquiera entonces había derramado una lágrima. Hermione empezaba a sospechar que aquellos silencios lapidarios eran únicamente la antesala del día en que Isabel estallaría y su verdadero ego, imperfecto y egoísta, vería por fin la luz.

Sonrió de nuevo, suspirando sin dejar de acariciar sus perlas. Otra vez la había perdido de vista. Frunció el ceño, pensativa. ¿Qué se traía entre manos su querida hermanita? Ella y su insoportable amiga intercambiaban visitas con frecuencia los últimos meses. Cierto que Celestia Townsend tenía motivos más que suficientes para buscar compañía, ahora que su desagradecido hermano, por suerte, ya no se encontraba entre los vivos.

Odiaba a Celestia Townsend tanto o más que a Isabel pues, como su hermana, representaba todo cuanto ella no era. La virtud personificada. Generosa y compasiva con los más necesitados, enemiga de los enredos, defensora de los débiles... ¿Quién se creía que era para juzgarla? ¿Con qué

derecho le había robado desde la infancia el afecto de Isabel? Su hermana siempre había preferido la amistad de Celestia, tan cabal y candorosa.

Por su parte, ella nunca le había perdonado a Celestia que se interpusiera entre los chicos que en aquella época suscitaban su interés. Primero había sido Wesley Willbourgh. El muy estúpido había preferido compartir lecturas y paseos con Celestia en lugar de aceptar sus ofrecimientos de ocultarse en el desván y jugar a los besos. Mucho después, Francis Townsend se había atrevido a rechazarla, seguramente aconsejado por su insufrible hermana... Aquel estúpido engreído... Había tenido la desfachatez de mostrarse condescendiente y paternal mientras le devolvía sus cartas y aquella cajita que le había regalado conteniendo uno de sus rubios mechones de cabello. Necio orgulloso... Se alegró profundamente al conocer la noticia de su muerte. Y en aquellas circunstancias. Le había estado muy bien empleado. Pensó que aquel desaire no habría quedado mejor compensado, aunque lo hubiera planeado ella misma. Ciertamente que la espera había sido larga. Pero, al final, Celestia Townsend iba a pagar con intereses hasta el último desprecio que ella y su hermano le habían hecho.

De acuerdo, debía reconocer que no había hecho demasiados esfuerzos para competir con aquella hipócrita o con su propia hermana, y hasta le resultaba divertido torturar a ambas con sus conspiraciones.

Sin embargo, la curiosidad la devoraba por dentro al pensar que aquel par de sensatas señoritas tramaban algo a sus espaldas. Se dijo que permanecería alerta hasta descubrir en qué andaban aquellas dos santurronas.

Por fortuna, la visión del caballero que acababa de atravesar la cancela del jardín logró animarla de pronto. Se atusó el cabello y se humedeció los labios, al tiempo que se elevaba los senos bajo el corpiño para mostrar al recién llegado un poco más de piel a través del escote.

Su viejo amigo, el señor Shelley, poseía ciertas cualidades que de seguro la pondrían de mejor humor. Y, además, estaba deseando mostrarle el artilugio que había comprado en secreto y ocultaba a buen recaudo en uno de los

armarios de su alcoba.

Haciendo sonar la campanilla de servicio con insistencia, dio orden a su sirvienta de que le hiciera pasar de inmediato.

Shelley no se hizo rogar. En cuanto la criada desapareció tras la puerta, la estrechó entre los brazos con fiereza, introduciéndole la lengua en la boca sin ningún recato.

—Maldito seas, Shelley... Moría de aburrimiento en tu ausencia —le recriminó ella en cuanto el caballero liberó sus labios—. ¿Cómo es posible que hayas estado tantos meses fuera? Londres ha sido una necrópolis sombría sin ti.

—Mis asuntos me retuvieron en París más tiempo del que habría deseado —se disculpó con un gruñido.

Shelley deslizó su mano bajo el vestido de la joven, encontrando sus glúteos y apretándolos sin que ella manifestara objeción al respecto.

—Canalla embustero... Ambos sabemos que los únicos asuntos que te traes entre manos son los relacionados con alguna viuda rica o una heredera tonta con buena dote. ¿Cuál ha sido el objetivo en esta ocasión? Te odio por no tenerme al corriente y compartir conmigo los detalles de tus ruindades.

—Querida mía... Te doy mi palabra de caballero de que te he sido absolutamente fiel —su tono estaba cargado de socarronería.

—¡Tu palabra de caballero! —Ella lanzó una sonora carcajada, que intentó sofocar sin éxito posteriormente cubriéndose los labios con el dorso de la mano—. No apostaré una libra por eso y lo sabes. Además, prometiste que organizarías otra de tus *veladas* antes del invierno... Nuestros retorcidos amigos aguardan ansiosos tu siguiente sorpresa, todos ellos con las bolsas bien llenas de monedas para compensar tus servicios.

—Nuestros retorcidos amigos pueden estar tranquilos. Mi hombre de confianza última los detalles de una reunión más que prometedora —respondió, enigmático.

—Bien, en ese caso, no perdamos más el tiempo. Ahora mismo preferiría

ocuparnos en otros menesteres.

Shelley se apartó un momento, arqueando las cejas con curiosidad.

—Mi padre está de viaje en Dublín y no regresará hasta mañana. Y la tonta de mi hermana estará inmersa en alguna de sus soporíferas lecturas, no reparará en tu presencia.

—¿Y el servicio?

—Solo la cocinera y esa inútil de Ginny. Las dos estarán ocupadas en la cocina con los preparativos de la cena. Y me conocen lo bastante para saber que, si meten las narices en mis asuntos, haré que deseen no haber nacido.

—Querida... Nunca dejas de sorprenderme.

Hermione tiró de su mano y lo arrastró literalmente a lo largo del corredor que conducía a las escaleras. Ascendió los peldaños a toda prisa y ambos llegaron al piso superior casi sin aliento.

Al pasar junto a la puerta entreabierta de Isabel, los dos rieron con malicia.

—Nos ocuparemos de ella y su amiga más adelante —apuntó Hermione, empujando la puerta de sus aposentos y cerrando con llave cuando estuvieron en el interior.

Con expresión lujuriosa, obligó a Shelley a cerrar los ojos y se dirigió rápidamente al armario donde, envuelta en el faldón de un vaporoso vestido, guardaba su última adquisición.

Lo colocó sobre la cama y palmeó el pecho de Shelley repetidamente, mostrándoselo con expectación.

Shelley contempló el extraño artilugio de cobre, similar a un revólver con empuñadura de madera y cuyo extremo opuesto recordaba a un falo humano de considerable dimensión. Se trataba de una réplica del patentado hacía algunos años por el avisado Dr. Joseph Mortimer Granville, quien, harto de emplear la técnica manual para aliviar en sus pacientes femeninas el mal de histeria, había inventado aquel milagroso aparato. Shelley se pasó la lengua por los labios, excitado en extremo. Después, volvió a clavar la mirada en su amante.

—Descuida, Douglas, querido... Verás que, pronto, dominarás a la perfección su funcionamiento.

Y sin aguardar un segundo más, se tumbó en la cama, alzando la falda de su vestido hasta las rodillas y abriendo las piernas de un modo tan tentador que Shelley solo pudo proceder a cuanto ella le pidiera.

\*\*\*

Morgan se paseaba con impaciencia sobre la lustrosa moqueta que cubría la totalidad del suelo del salón. No pudo evitar frotarse las manos un par de veces. Al parecer, era completamente cierto lo que contaban sobre la reina. Pese a los avances de la ciencia, Victoria detestaba la luz de gas y prefería la iluminación tenue de las velas, por lo que el salón se encontraba iluminado con buen número de candelabros. En conjunto, aquel salón, lo mismo que el resto de las estancias de Windsor, lucía lúgubre y frío. Las corrientes de aire inundaban los pasillos que conducían de una a otra galería. El castillo de Windsor resultaba una impresionante fortificación que ocupaba más de cinco hectáreas, construida sobre una vieja estructura medieval y conservada por orden de Su Majestad con un estilo sombrío que, en opinión de Morgan, reflejaba el estado de luto permanente de la monarca.

Morgan se entretuvo admirando la multitud de retratos de la familia real, dispuestos sobre las paredes empapeladas con sencillos motivos florales de colores tenues o en las superficies de las estanterías y mesas auxiliares. Identificó al menos diez rostros distintos, uno de los cuales, el de su querido esposo difunto, se repetía un número significativo de veces en diferentes poses y posturas, tal era la devoción que Victoria sentía hacia él. El resto de los cuadros inmortalizaban a su numerosa prole, no en vano la reina había dado luz a nueve hijos fruto de su unión con Alberto de Sajonia y Coburgo. Sin embargo, sus dotes de observador enseguida le hicieron apreciar que no había en el salón un solo retrato de la madre de Victoria, la duquesa de Kent,

con quien según todos afirmaban, la reina jamás había mantenido una buena relación.

Giró sobre los talones al escuchar cómo la puerta se abría repentinamente. Un mayordomo anunció con expresión solemne la llegada de su anfitriona y Durrell se apresuró a inclinarse ante ella, rozando apenas con los labios el dorso de su mano desprovista de guante alguno.

Ella agitó la mano en el aire para zanjar cualquier acto ceremonial y obligó al criado a dejarles a solas, lanzando una especie de gruñido malhumorado. Con un gesto que denotaba su autoridad, le indicó a Durrell que ocupara el sillón situado frente al que ella misma estaba ocupando.

Morgan no dijo nada, ya que la cortesía y el protocolo ordenaban que debía aguardar a que ella le hiciera el honor de empezar la conversación. No obstante, aprovechó el pequeño lapsus en el que ella ordenaba las ideas en su regia cabeza, para analizar con todo detalle, aunque con el debido disimulo, las facciones de la mujer.

La cara redonda y pálida, cuyo grosor finalizaba donde debía estar una barbilla que se confundía con la papada propia de su complexión, y quizá de algún exceso con las grasas. Los ojos abultados que recordaban un poco los de un batracio, excepto por el brillo inteligente que emanaba de ellos confiriéndoles humanidad. La nariz puntiaguda guardaba bastante similitud con el apéndice de las aves y descendía sin gracia alguna sobre unos labios finos que permanecían, de momento, sellados por la reflexión de su dueña. El cabello lacio y plateado peinado meticulosamente a ambos lados de la cabeza, separado con una línea lechosa que se perdía en un tocado discreto de tonalidad cremosa.

Reparó también en su corpulencia bajo aquel vestido negro de duelo, cuyo único detalle eran los cuellos y los puños de encaje blanco del que sobresalían sus dos manos rechonchas. Finalmente, su mirada regresó a los ojos de anfibio de la mujer, ya que ella carraspeaba en ese momento con insistencia para reclamar su atención.

—Inspector Durrell... —Ella pronunció su apellido lentamente, entrecerrando sus párpados generosos—. ¿Sabe por qué le he hecho venir? Entiendo que el señor Warren le puso en antecedentes sobre la importancia del asunto a tratar.

—No exactamente, Majestad. Tan solo recalcó que se trataba de algo personal.

—En efecto lo es, señor. Tanto es así que me he visto en la necesidad de acudir personalmente a ese fariseo de Gladstone, toda vez que mi buen amigo Disraeli nos dejó, por desgracia, hace dos años. Sin embargo, pese a las desavenencias que me separan de ese desagradecido, el sentido común y la prudencia me dicen que no puedo acudir a nadie más en la actual situación.

Morgan supuso que se refería a lo sucedido el año anterior. Era por todos conocida la animadversión entre ambos, una relación tormentosa en lo político y en lo personal que había culminado cuando Gladstone había declinado la oferta de un condado hecha por la reina. Tampoco ella le había perdonado el desafortunado incidente de Jartum que había costado la vida al Chino Gordon. Le culpaba directamente y ni siquiera se había molestado en disimularlo entre sus más allegados, por lo que la opinión real se había extendido por todas las capas de la sociedad británica. Por lo anterior, no lograba entender que la orgullosa y rencorosa Victoria acudiera a Gladstone en lugar de solventar sus asuntos privados en su esfera más cercana.

—Puedo leer en sus ojos lo que piensa, inspector. Ese necio de Gladstone, partidario de los irlandeses que pretenden alzarse contra mí, y represor de la expansión de nuestro imperio, jamás ha contado con mi simpatía. Empero, he de concederle a William, en justicia, que es un hombre íntegro y leal a Inglaterra. Y aunque me detesta tanto o más que yo a él, nunca permitiría que nuestra reputación fuera puesta en entredicho.

—Lamento si me ha malinterpretado, Majestad. No me atrevería a erigirme en juez de los actos de nadie.

—Ni yo se lo permitiría, señor —atajó ella con un tono que no admitía

réplica alguna y que pretendía materializar la distancia social evidente entre ambos—. Pero no perdamos más el tiempo conversando sobre nimiedades. Antes de nada, le diré que, si tiene usted el privilegio de estar hoy aquí, es porque el Comisionado Warren le recomendó con mucha vehemencia ante ese viejo taimado de Gladstone. Según mi Primer Ministro, el propio Comisionado le trasladó su opinión acerca de ese relojero de Dorset, el inspector Abberline. Warren opina, y Gladstone coincide con él, que el señor Abberline carece de ciertas cualidades con la que al parecer usted sí cuenta. Y, por favor, tenga la bondad de no incomodarme pidiéndome que le especifique cuáles son estas.

Durrell supo enseguida de qué hablaba. Abberline había demostrado sobradamente su ingenio dos décadas atrás cuando había actuado de paisano durante la investigación de las actividades fenianas. No obstante, existía en el Departamento de Investigación Criminal de la División H, que abarcaba el distrito de Whitechapel, la opinión generalizada de que Abberline se encontraba en la actualidad más preocupado en el meteórico ascenso de su carrera que en la propia investigación de los delitos que se cometían. Hombre de carácter afable, amedrentaba bien poco a los maleantes de los suburbios. Tal vez por ese motivo, la reina prefería a alguien como Durrell, cuyo temperamento beligerante disuadía de inmediato a rateros y timadores.

—Estoy de acuerdo en que no perdamos más el tiempo —dijo, en un arrebatado de rebeldía que buscaba tomar el mando de la situación mediante la práctica de la asertividad. Respetaba como cualquier ciudadano a su reina. Pero en su interior, rechazaba de plano cualquier privilegio que otro hombre o mujer quisiera hacer valer sobre su persona.

—Tenga, señor. Lea esto y dígame si no conviene conmigo en la osadía de tal petición. —Le entregó una cuartilla, extraída de un sobre al que había roto el sello de lacre con anterioridad a aquel encuentro.

Durrell leyó con atención la misiva, observando que esta no había sido firmada ni contenía seña alguna en su interior. Se centró por el momento en

lo que expresaban las palabras, dejando para más adelante el examen del lacre, la caligrafía y lo que sus trazos podían revelar sobre la identidad del autor, si bien intuía que no sacaría nada con ello.

*«No se puede ocultar un secreto eternamente.»*

—Nada nuevo, Majestad —observó con tono neutro—. Habrá recibido misivas amenazantes como esta en otras ocasiones. Los más distinguidos jefes de estado sufren este tipo de amenazas durante la vigencia de sus mandatos y, a menudo, suelen ser meras bravuconadas de indeseables y sectores disconformes que no conducen a peligros auténticos. Por lo que supongo que habrá algo más.

—Soy consciente de ello, inspector. No he de recordarle que ocupó el trono desde hace cuarenta y nueve años —replicó con acritud, mostrándole algo más que ocultaba en un cofre de madera de roble dispuesto en su mesa auxiliar cercana.

Era un cofre de oro y piedras preciosas con un pequeño cierre. Este se abrió cuando la reina introdujo en él la llave milimétrica que pendía de la cadena de su prominente cuello, convenientemente escondida bajo el adorno del vestido.

La reina le enseñó el contenido de la caja. Sobre un lecho de tréboles que empezaban a marchitarse, reposaba una vieja fotografía del príncipe Eduardo en su juventud.

A Durrell le llamó la atención el buen estado de conservación de aquella instantánea. Había algo extraño en ella, algo que no encajaba. No supo qué pensar. Seguro que aquello tenía algún significado para la reina, mas no hallaba aún cual podía ser.

—No ponga esa cara de desconcierto, inspector. No soy una anciana que desvaría, descuide —señaló la reina, adivinando por la expresión de Durrell que su descubrimiento no arrojaba luz alguna a ojos del inspector—. Mi viejo amigo, el doctor Townsend, le proporcionará más detalles. Él coincide con

Gladstone en que es usted la persona adecuada para encargarse de este asunto. Y eso no es todo. La misiva venía acompañada así mismo por este recorte de ese diario horrible donde publican todo tipo de calumnias y felonías.

Extrajo del cofre de madera el recorte del que hablaba, intuyó Durrell que del Punch, donde se mostraba una caricatura del príncipe en actitud lasciva, manoseando los pechos de una mujer semidesnuda.

—¿Su Alteza el Príncipe está al tanto de ello? Parece que se encuentra de algún modo relacionado con el mensaje que pretende enviar el autor de la carta —precisó Morgan con tono mordaz, suavizando al instante su expresión al ver cómo la de la reina se oscurecía de repente—. Lamento si la he ofendido, Majestad.

—Mi joven e ingenuo inspector... He perdido a mi amado Alberto, a mi Luisa, a mi querido hijo Leopoldo y a mi muy querido señor Brown... ¿Cree que porque soy la reina no conozco los distintos matices del sufrimiento humano? El año próximo celebraré mi Jubileo de Oro. Mi hijo Eduardo me sucederá en el trono, Dios quiera que falte mucho aún para ello. Ese gordinflón presuntuoso que apenas puede abrocharse el botón inferior del chaleco jamás ha mostrado interés por otra cosa que no fuera su moda estrafalaria, el rosbif y sus mujerzuelas, y no siempre por ese orden. Pese a todo, estoy al tanto de que el Secretario de Asuntos Exteriores lord Rosebery le envía despachos a mis espaldas. Una afición que comparten, al parecer, él y el señor Gladstone. Con todo, no dejaría en manos de Eduardo un asunto tan delicado como el que nos ocupa.

—Entiendo, Majestad. Exactamente, ¿qué espera de mí?

—Ante todo, su discreción. Por supuesto, resultados. Quiero que este asunto, que creía terminado, quede esta vez definitivamente enterrado para siempre. Y tiene mi palabra de que, si logra resolver este asunto de la manera más discreta y satisfactoria, su carrera en Scotland Yard tendrá un futuro más que halagüeño.

—¿Y si no?

Ella clavó en él sus ojos saltones y endureció el gesto antes de responder.

—Si no, señor Durrell, sepa que sus servicios podrían ser convenientemente requeridos en nuestras Colonias de Australia y Nueva Zelanda. Un agente de la ley, por poco brillante que sea, siempre resultará útil en esos hervideros de deportados.

Durrell apretó los labios, contrariado por la contundencia de su amenaza. Así que era cierto lo que decían de ella. Dura e inflexible, bajo su apariencia rolliza de abuelita, se ocultaba una mujer que no conocía una negativa, acostumbrada a que quienes le rodeaban hicieran su voluntad sin pestañear siquiera.

—Pero no nos pongamos en el peor de los escenarios ni adelantemos acontecimientos. —Ella esbozó algo parecido a una sonrisa, que en su cara redonda lucía forzada y artificial. Le entregó la carta y los objetos que la acompañaban—. Usted haga su trabajo, inspector, y todo irá bien. El doctor Townsend se entrevistará con usted y le aclarará cuantas dudas pueda plantearle el obsequio recibido. Hasta entonces, le ruego que no vuelva a acudir a mi presencia bajo ningún concepto. Y ahora, váyase de una buena vez, caballero. Su visita se prolonga por más tiempo del recomendado y deseo retirarme a descansar.

Durrell obedeció, con la convicción de que, en Londres, la reina habría dejado indicaciones concretas relativas al destino que había descrito para él en caso de que no cumpliera sus expectativas.

## Capítulo 9

Celestia acarició cariñosamente los hombros de su padre, dejando que las palmas de sus manos descansaran allí un instante.

Él la conocía lo suficiente para saber que algo le rondaba la cabeza. Durante todo el día se había mostrado distraída y ausente. Había derramado la tinta sobre las cartas que contestaba, rechazando invitaciones a algunas fiestas. Mientras cenaban, había respondido de un modo inusualmente descortés a la buena señora Hurley cuando esta, por accidente, tiró agua en su vestido. Aquello había desencadenado una verdadera tragedia griega.

Finalmente, el incidente se había saldado con la señora Hurley renegando de su querida niña mientras Celestia sollozaba y se arrodillaba para disculparse. Le preocupaba sobremanera el extraño comportamiento de su hija, así que abandonó la interesante lectura que le ocupaba aquellos días. Cerró su libro y lo dejó caer sobre sus muslos, sonriendo mientras apresaba con sus dedos huesudos la suave mano de Celestia sobre su hombro.

—Lamento lo de antes, padre. Me siento tan avergonzada... —suspiró hondamente—. Aún no sé cómo lograré que Betsy me perdone.

—Vamos, vamos, niña tonta... Estoy seguro de que Betsy ya te ha perdonado. Sabes muy bien que te adora —la tranquilizó, frunciendo el ceño en un signo evidente de curiosidad—. Sin embargo, debo decirte, querida hija, que tu conducta ha sido absolutamente desconsiderada. Por un momento, no reconocí a la joven descontrolada e histérica que tenía ante mí.

—Lo siento de veras. —Agachó la cabeza, abochornada—. No sé qué me pasa últimamente. Parece como si, de pronto, hubiera hecho míos todos los defectos que detesto en los demás. Y lo peor del asunto es que no encuentro una explicación sensata a lo que me está sucediendo.

—Tal vez la pérdida de Francis haya sido un golpe demasiado duro, hija mía. Has mostrado gran entereza, pero incluso aquellos más fuertes, necesitan un hombro sobre el que llorar.

Celestia se inclinó para besar la frente del anciano.

—Para eso nos tenemos el uno al otro, padre. Por favor, perdóname. He sido una egoísta al ignorar lo duro que ha sido también para ti.

El hombre rozó con los dedos la fría mejilla de su hija. Aún estaba pálida por el disgusto.

—Querida hija mía... Quisiera vivir eternamente para ser ese hombro cuando lo necesites. Pero uno no puede luchar contra el tiempo. Me hago viejo. Tú aún eres joven. Y bonita. Y más inteligente que cualquiera de esas cabezas de chorlito que pasean el trasero por Regent en busca de un buen partido. Me alegra que, entre tanta cabeza hueca, la joven Isabel y tú mantengáis esa firme amistad. Pero os haría bien a ambas sentar la cabeza. Las dos sois aún jóvenes e inteligentes, contáis con armas mucho más poderosas que todas esas muñecas tontas. Tenéis vuestro ingenio y vuestro cerebro y debéis aprovechar esas virtudes. Mentiría si dijera que el anuncio de tu compromiso no dejaría tras de sí a un anciano tonto y melancólico que te echaría de menos cada minuto. Pero debes buscar tu propio lugar en el mundo, junto a alguien capaz de valorar todas tus virtudes. —Tocó con su índice el lugar donde latía el corazón de Celestia—. Debes encontrar a ese hombre maravilloso que hará palpar este corazón. Debes hallar al caballero merecedor de todo ese magnífico amor que, durante años, fue una fuente constante de alegrías para tu hermano y para mí mismo.

—No digas tonterías, padre. No eres un anciano tonto. —Celestia se apartó, ruborizada. ¿Acaso su padre era tan audaz para adivinar las inquietudes que

mortificaban sus noches? Trató de bromear para desviar la atención de aquel asunto que la incomodaba—. Y, además, no existe tal caballero. Al menos, no en Londres.

—¿De veras? —El anciano arqueó las cejas sin ocultar la diversión que le producía colocar en un aprieto a su hija—. No apostaría una libra a esa afirmación, querida Celestia.

—No sé de qué me hablas, padre.

—Estoy seguro de que sí, hija —insistió, añadiendo para asaetearla—: Cierta caballero, de hecho, con quien he tenido ocasión de coincidir en alguna reunión. Un hombre de conducta intachable quien, como tú, desprecia los convencionalismos. Según tengo entendido, un caballero que goza de la más alta consideración en las oficinas de Scotland Yard y a quien, al parecer, has elegido como objeto de tus desvelos.

—Basta, padre. Retiro lo dicho. Ahora sí empiezas a comportarte como un anciano tonto. Y como tus desvaríos no conducen a ninguna parte, será mejor que cambiemos de tema de conversación.

—De acuerdo, cambiemos de tema. Y si es tan cierto que el caballero no merece tus atenciones, no tendrás objeción en que nos visite próximamente —lo dijo con un toque de humor que no pasó desapercibido para su hija.

—Por supuesto que no tengo objeción.

—Perfecto.

—Aunque no se me ocurre qué asuntos podrías tener en común con ese caballero, padre.

—Tan solo asuntos profesionales, querida. Nada que deba inquietarte.

—¿Se trata de la investigación sobre Francis, padre? Si es así...

—Dado que no deseas compartir confidencias sobre el caballero en cuestión, querida, no veo por qué habría yo de darte explicaciones sobre nuestra entrevista.

—¡Oh, está bien, eres imposible! Lo único que pretendes es agujonearme para que confiese una romántica historia de amor que solo existe en tu mente

de casamentero. —Le palmeó el hombro y le obsequió con otro beso en la frente, ocultando la curiosidad que la devoraba interiormente.

—¿He de concluir que si el caballero desea cortejarte debo negarle el honor? —inquirió el anciano, observando con atención la reacción de su hija.

Celestia no pudo ocultar el sobresalto que le causaba su inesperada pregunta.

—¿Por qué supones que haría algo así? ¿Acaso se ha dirigido a ti en esos términos?

—Desde luego que no, hija. Habrías sido informada de inmediato de tal atrevimiento —se burló.

—Oh, está bien... Me rindo, padre. Has logrado exasperarme nuevamente. —Se dejó caer a sus pies, apoyando la cabeza en las rodillas del anciano como cuando era una niña y buscaba su consuelo después de padecer alguna travesura a manos de Francis.

—No sufras, querida Celestia. Estoy seguro de que esa mente brillante tuya logrará inventar alguna excusa creíble para estar ausente cuando el molesto caballero nos visite.

—Ojalá pudiera odiarte cuando actúas así. Sin embargo... —Se irguió completamente antes de despedirse con dos besos rebosantes de sincera adoración—. Te quiero demasiado. Buenas noches, padre.

\*\*\*

La visita tuvo lugar mucho antes de lo esperado. Morgan se engañaba diciéndose que la prioridad otorgada a la misma en su agenda se debía a la naturaleza del asunto. Nada menos que la misma reina le había hecho el encargo. Sin embargo, si era honesto consigo mismo, debía reconocer que no era casual el modo en que buscaba con la mirada alguna evidencia de que la señorita Townsend se hallaba en casa.

—Me alegra que haya aceptado mi invitación, inspector. Confieso que tenía

mis dudas al respecto sobre la conveniencia de nuestra cita. Sobre todo, después de observar la turbación que causa pronunciar su nombre en presencia de mi querida Celestia.

El anciano frunció el ceño al hablar, seguramente esperando que su invitado le proporcionara algún argumento que desmintiera o aclarase aquella cuestión.

Morgan permaneció impasible y sus facciones no reflejaron el más mínimo atisbo de sorpresa o inquietud. Se diría que el asunto no le provocaba reacción alguna y, aunque su anfitrión era demasiado viejo para dejarse embaucar por aquella aparente indiferencia, fingió que aceptaba su silencio por toda explicación.

—Es un honor que me reciba en su casa, señor.

—Eso ya lo decidiremos después, inspector. Mucho me temo que los motivos de nuestro encuentro susciten en alguien como usted juicios contradictorios. Pero le ruego que no juzgue lo que va a escuchar hasta que haya llegado al final de mi historia.

—¿Alguien como yo? —Morgan arqueó las cejas sin comprender a qué se refería el anciano doctor.

—Muchacho, le aseguro que todas estas arrugas que ve en mi rostro no son tan solo obra del implacable paso del tiempo. —Con una sonrisa amable, despidió a la doncella que acababa de depositar en la mesita auxiliar un exquisito juego de té. La joven obedeció, cerrando tras de sí la puerta de aquella elegante estancia donde cada elemento había sido cuidadosamente seleccionado para proporcionar una cálida y confortable sensación de hogar. Con gran habilidad, a pesar del leve temblor de sus dedos huesudos, el hombre sirvió las tazas de ambos y le miró antes de continuar—. Inspector Durrell, durante mi larga carrera como médico he tenido la fortuna, y en algunas ocasiones, la desgracia de asistir a lo más heterogéneo del género humano. He tratado abscesos, infecciones, neumonías... He amputado miembros y salvado otros. He visto llorar a personas influyentes y con un

largo y heroico historial militar, tan solo porque no podían soportar un simple dolor de muelas. He servido a auténticos hombres nobles sin un chelín en el bolsillo y a miserables adinerados que se pretendían nobles... De estos últimos, más de los que quisiera recordar. Dicho esto, inspector, creo que estoy en posición de afirmar, al referirme a usted, que su condición de caballero honesto y sin tacha queda absolutamente fuera de toda sombra de sospecha. Solo por ese motivo está usted aquí hoy. Sin embargo, he de insistir y rogarle, pese a que su conciencia le diga lo contrario, que no me juzgue con dureza por lo que voy a relatarle.

—Señor, si se trata de un asunto oficial, tal vez sería más apropiado que lo abordásemos en otros términos y en otro lugar. En mi despacho de Scotland Yard, por ejemplo.

El anciano apretó los labios, levemente contrariado por aquel comentario que, con toda seguridad, pretendía establecer la distancia entre ambos.

Morgan se arrepintió enseguida de haber pronunciado aquellas palabras. No pretendía ser grosero con aquel caballero que desde el primer momento se había mostrado afable y hasta paternal. Pero no podía evitar que algo en su interior le alertase sobre aquella extraña familiaridad. Temía que más personas inocentes se mezclaran en su investigación y, por añadidura, no podía olvidar que aquel caballero era el padre de la mujer que adoraba en silencio y contra su propia voluntad.

—Le pido disculpas, señor. No era mi intención ofenderle —aseguró Morgan.

—No lo ha hecho, inspector. Pero si de verdad desea que esto sea un asunto oficial, no tenemos nada más que hablar. Así que, muchacho, decida de una vez por todas si quiere o no escuchar mi historia. No como asunto oficial, sino como algo altamente confidencial que no podrá compartir con nadie, ni siquiera con sus superiores.

Morgan titubeó. La mirada del anciano reflejaba la misma determinación que a menudo había visto en los ojos de Celestia y comprendió cuánto de

aquel caballero había en su hija.

—Estoy dispuesto a escucharle. Ha de comprender mi situación, señor. Con todos los respetos, veamos cuál es su historia y permita que después decida qué hacer con ella.

—De acuerdo. Confío en su criterio, inspector. Mi hija confía en usted y no hay muchas personas que gocen de su confianza, se lo aseguro. —Sirvió más té en ambas tazas y, tras dar un par de sorbos a la suya, se acomodó, estirando ligeramente las piernas y cruzando las manos sobre el pecho. Sus ojos brillaban al comenzar su relato, desviando la mirada hacia la ventana, como si reviviera de nuevo cuanto iba a desvelarle—. Conocí a la madre de Celestia cuando aún era un muchacho inexperto que acababa de terminar mis estudios de medicina. Ella era hermosa, inteligente y divertida, enseguida me cautivó con su mirada franca y su increíble dulzura. Supe que tenía que hacerla mi esposa y, en cuanto obtuve cierta posición e ingresos, pedí su mano. Su familia accedió enseguida. Un médico de buena familia, con una carrera prometedora, una buena posición social... Imagine usted, había sido seleccionado de entre muchos para ocuparse personalmente de la salud de la reina, pues ella detestaba a los viejos médicos que habían tratado a la familia real y rechazaba a aquellos elegidos por su propia madre, con quien no tenía buena relación. La familia de Elaine estaba encantada de que su querida hija ocupara un lugar tan distinguido. Así que nos casamos.

»Y durante años, fuimos dichosos, aunque mi Elaine se sentía desdichada porque Dios no nos concedía el regalo de un hijo. Yo sabía que ella era frágil como una mariposa, sabía que su cuerpo no había sido dotado por la naturaleza con el don de la maternidad. La engañaba diciéndole que, con el tiempo, todo llegaría. Ella se resignaba y anhelaba en silencio que se produjera el milagro. Pero la vida seguía. Mientras tanto, cultivamos un selecto círculo de amistades entre las que se contaba, por supuesto, la propia reina y el príncipe consorte Alberto, que Dios lo tenga en su Gloria.

»Como médico real, la reina Victoria comenzó a confiar en mí de un modo

que en ocasiones inquietaba a Elaine. Solía decir que no era bueno que conociera los secretos de la mujer más poderosa del mundo, que tarde o temprano sus secretos serían los míos y que, algún día, alguien querría sonsacármelos y que eso podría comprometerme. Yo la tranquilizaba. Le decía a mi Elaine que era un hombre sensato y discreto y que no tomaría parte más que de los asuntos que concernían a mi condición de galeno, pues los temas políticos o espirituales no eran mi especialidad.

»Sin embargo, no era del todo cierto. Hubo una ocasión en la que quizá me excediera en mis atenciones... Alguien cometió un terrible error. La reina estaba preocupada. Ella no quería pedir ayuda a sus ministros, no quería que se inmiscuyeran en algo que consideraba un asunto demasiado personal. Ni siquiera se había atrevido a confesarlo a lord Parlmeston, quien antaño había sido su gran aliado y amigo. Se sentía sola y desorientada, Alberto la había dejado recientemente y estaba sumida en un enorme estado de melancolía. Así que acudió a mí. Y yo me ocupé de todo.

»Había una mujer en Irlanda. Una joven prostituta, una desgraciada cuyo porvenir ya había sido escrito con la tinta de su mala vida. La busqué sin descanso. Por fortuna, logré dar con ella antes de que fuera mal aconsejada por gente de la peor calaña, gente avariciosa y sin escrúpulos. Tenía que enviarla tan lejos como fuera posible. Y lo hice... La envié tan lejos que podría decirse que se la había tragado la tierra.

—¿Qué fue de ella, señor? ¿Supo alguna vez más de la joven? —preguntó Durrell, comprendiendo la estrecha relación que el Doctor había guardado con la reina y también la índole del encargo que esta le había hecho entonces.

—Ella debía tomar un barco rumbo a América. Llevaba una cantidad considerable de libras consigo, suficiente para empezar una nueva vida y abandonar la suya que solo la conduciría a un final trágico. La acompañé hasta el muelle y allí la vi marchar, llevándose sus pecados consigo y perdiéndose entre el pasaje como un fantasma... Nunca volví a saber de ella ni su nombre fue jamás nuevamente mencionado en mi presencia.

—Puede que, efectivamente, se la tragase la tierra —observó Durrell con escepticismo—. ¿Cree que alguien más pudo estar al tanto de esta historia? Tal vez la joven compartía confidencias con alguien.

—Es posible, pero no estoy seguro. Ha pasado mucho tiempo. —El doctor parecía hacer memoria—. Supongo que es posible que hablara con alguien del asunto. Pero si lo hizo, jamás me lo dijo... Eso es cuanto sé, señor.

Durrell frunció el ceño. En lo más hondo, deseaba creer el relato de aquel anciano. Pero su intuición le decía que el buen doctor no le había contado toda la historia. No obstante, la expresión del señor Townsend era de tal determinación que Durrell supo que no obtendría una sola palabra más sobre aquel asunto. Al menos, no por el momento. Adivinó en aquellos ojos cansados otra inquietud, una pena que no era ajena al inspector y para la que, por desgracia, Durrell aún no disponía de alivio.

—Si me lo permite, inspector, sabe que he de hacerle esta pregunta, por más que me entristezca. —El hombre aspiró hondamente—. ¿Tiene ya el nombre del asesino de mi hijo o la causa de su muerte?

—No, señor. Solo alguna teoría que, por el momento, no puede ser confirmada. —Morgan no se anduvo con rodeos. Sabía por experiencia que las malas noticias no se transformaban en otras mejores por más que uno dilatara su anuncio en el tiempo.

—Lo suponía... Pero piensa seguir buscándole, ¿no es cierto? Prometa que no enterrará su investigación como enterramos a mi querido Francis... Era un joven excelente, ¿lo sabía? —Townsend esbozó una sonrisa amarga—. Nunca quiso seguir mis pasos. Ni siquiera recuerdo cuántas veces me dominó la cólera por ese motivo ni cuántas veces herí su orgullo con mis reproches de viejo egoísta... Idiota de mí... Señor Durrell, si alguna vez tiene un hijo, acepte el consejo de este padre necio. Siéntase orgulloso de él, sea cual sea el camino que elija al convertirse en hombre. No tenga miedo de decirle cuánto lo ama. No escatime en abrazos y consuelos... Ámelo con todo su corazón, porque nunca sabrá en qué momento el destino puede arrebatárselo.

Morgan asintió, conmovido por su abatimiento.

—Lo haré, señor. Ambas cosas —concretó—. Atraparé al asesino de Francis, le doy mi palabra. Y seguiré sus consejos si algún día tengo la fortuna de la descendencia.

—Bien... Parece usted un buen hombre —dijo lo último con un deje afectuoso y Durrell se sintió inexplicablemente cohibido. El anciano sonrió al añadir—: Pero no olvide que ha de encontrar a una dama excepcional para esa empresa. Por desgracia, no abundan en Londres. Aunque no debe desfallecer en el empeño, hijo. Usted posee las cualidades necesarias y ha de conquistar tan solo a aquella capaz de medirle el ingenio y el corazón.

Durrell creyó captar el velado mensaje en sus palabras. ¿Acaso el viejo doctor le concedía su beneplácito? Y si era así, ¿estaba ella al tanto del propósito del anciano?

—De cualquier modo, dejemos que el tiempo ponga las cosas en su sitio. Ahora, si me disculpa, debo atender otros asuntos. Mi querida hija me ha hecho prometer que la acompañaría esta mañana a su paseo. Me hace creer que necesita mi brazo, pero en realidad, lo hace para que este pobre viejo solitario haga un poco de vida social. Y no puedo decepcionarla.

Morgan se repuso de la decepción de no intercambiar su saludo con la señorita Townsend y se despidió del doctor con un apretón de manos. Puede que solo fuera una ilusión, pero le pareció que el viejo estrechaba la suya como si le encomendara la misión más importante de su vida.

\*\*\*

—Vamos, muchacho, no seas terco, cuéntale al inspector lo que sabes. —McKinnon apremió al chico, propinándole un pescozón al pasar junto a él y despojándole de la gorra que aún llevaba puesta—. Y muestra un poco más de respeto.

Toby Shepperd era un tunante de edad incalculable, alto, desgarrado y con

la cara picada de viruela. Vestía unas viejas ropas remendadas, seguramente regalo de algún cliente agradecido, y unas botas con las suelas abiertas por las que asomaban sus pies cubiertos de mugre. Se estiraba en la silla donde era interrogado y les miraba como si, de pronto, se le ocurriera que la información que poseía le otorgaba ciertos privilegios.

—Quiero un cigarrillo —dijo, con su voz aflautada que denotaba aún más su corta edad.

McKinnon le dio otro pescozón para acallar sus exigencias.

—Ya te daré yo un cigarrillo —lo amenazó, y Toby se cubrió la cabeza con las manos, protegiéndose.

Durrell le hizo un gesto al sargento, indicándole que lo dejara. Cogió otra silla y se sentó justo enfrente del muchacho. Le ofreció un cigarrillo y le acercó una lumbre para que lo encendiera. El pícaro dio un par de hondas chupadas y lo mantuvo entre sus dedos de uñas muy negras, con el porte de un auténtico señor.

Durrell cruzó los brazos sobre el pecho y le mantuvo la mirada durante largo rato.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Durrell, sin apartar un segundo los ojos del chico.

—Quince, señor.

Durrell arqueó las cejas y tomó aire, contrariado porque aquel pillastre le haría perder un tiempo valioso del que no disponía.

—Mira, chico, esto podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Voy a preguntártelo de nuevo. Pero, en adelante, si vuelves a mentirme, el sargento McKinnon tiene mi permiso para hacerte hablar. ¿Cuántos años tienes?

Toby Shepperd desvió con disimulo la mirada hacia McKinnon, quien ya procedía a remangarse los puños de la camisa por si tenía que arrancarle la confesión a sopapos.

—Trece, señor —respondió, más colaborador.

—Bien. Te llamas Toby Shepperd, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Tienes familia?

—No, señor. Mi padre era marinero, murió cuando yo tenía ocho años. Mi madre, una golfa que miraba mientras él me pegaba, se reunió con ese maldito borracho al año siguiente... Ojalá se pudran los dos en el infierno.

—¿Quién cuida de ti? —le preguntó.

—Yo mismo, señor. Me las apaño bien solo —se jactó, dando otra larga chupada al cigarrillo.

El crío no parecía muy afectado por aquellas pérdidas, lo cual no era de extrañar. Aun así, Durrell sintió cierta compasión por aquel pequeño buscavidas que interpretaba su papel de hombre capaz.

—¿Cuánto hace que frecuentas la calle Cleveland? —quiso saber Durrell.

—Casi un año, señor. Pero no me confunda con esos pervertidos —replicó, poniéndose a la defensiva.

—¿Por qué? ¿Qué te hace diferente de ellos?

—No se equivoque, señor... Yo no dejo que esos viciosos me pongan un dedo encima.

—Y entonces, ¿cómo te las apañas?

El chico encogió los hombros y se dejó caer cómodamente en el respaldo de la silla. Pero al ver que McKinnon se aproximaba, cambió de postura al instante.

—Les hago algunos recados —respondió con aire enigmático.

—¿Qué recados? Mira, no tengo todo el tiempo del mundo, Toby. Ni toda la paciencia. De hecho, la estás agotando con tanta insolencia.

—Por aquí, por allá... —Toby se interrumpió en cuanto la mano de Durrell cayó como una tenaza sobre su hombro flacucho. Se apresuró a añadir—: Bueno, bueno, ya suelto *tó* lo que sé... Había un hombre, un tal Latimer, un mal bicho *enterra*o en deudas... Solía ir por allí con sus fulanas, también con chicos... El muy cerdo los quería muy jóvenes, pero yo soy *mú honra*o, inspector, le dije que eso no podía ser... Supe al poco que había *logra*o su

capricho por otro *lao*... Una vieja puta de Poplar que recluta niños sin hogar *pa* venderlos al mejor postor. Esa vieja alcahueta y su amigo, el gordo de los locos de Broadmoor, se hicieron inseparables del *desgraciao* del *c'ablo*...

—¿Qué más? —le insistió.

—Bueno... Solía rondar la zona un tipo *mú* raro, uno que se vestía como un *pilluelo*, pero ya estaba *crecío* y olía a loción de afeitar de los ricos... A mí no me engañaba con sus disfraces, *tol* tiempo *l'acía* preguntas a *tol* mundo y los demás chicos creían *que'ra* poli... Pero, sobre *to*, empezó a hacer muchas preguntas el día que Latimer llevó su nuevo *amigo* a Cleveland... Nadie *lo'abía* visto nunca y era siniestro *co'mun* fantasma... Y en cuanto el otro lo vio, no dejó de *pregunta* acá y *allá*, *tos* los días... Realmente, parecía *enamoraao d'aquel* espantajo.

Durrell buscó en el bolsillo interior de su chaqueta la fotografía de Francis Townsend que Celestia le había entregado.

—¿Era este el caballero?

—¡Sí, señor!... —respondió sin dudar.

—¿El que hacía tantas preguntas?

Toby se rascó la cabeza, un tanto confuso por la segunda pregunta del inspector.

—No, señor, el otro... el *novio* del tal Latimer. Que me aspen si no eran *clavaos*.

Durrell se detuvo en seco al escuchar aquella afirmación. Miró de nuevo la fotografía que acababa de mostrarle. Estupefacto, comprobó que, por error, le había mostrado al chico la fotografía que guardaba en el otro bolsillo interior... La que la reina le había entregado durante su entrevista.

## Capítulo 10

**H**ermione Tisdale hizo sonar su campanilla con insistencia y, al instante, la doncella irrumpió en el amplio salón con las mejillas arreboladas por la carrera. Con una reverencia nerviosa, aguardó las instrucciones de su señora, segura de que aquel pequeño retraso de unos segundos le valdría una buena reprimenda en cuanto los invitados se hubieran marchado.

—Estamos hambrientos, Ginny, querida. ¿Crees que podrás buscar un hueco entre tus múltiples ocupaciones para proporcionar algún refrigerio a nuestros invitados? Gracias, querida.

Ginny desapareció con rapidez. El tono perfectamente controlado y dulce de Hermione no engañó a Celestia. La conocía demasiado bien y, por desgracia, sabía que su correcto comportamiento con la sirvienta solo ocultaba una violencia que desataría contra la pobre infeliz cuando estuviera a solas con ella. Su carácter frívolo y despiadado con el servicio era de sobra conocido entre las personas que se dedicaban al sacrificado trabajo de servir a la aristocracia. No había una sola joven en edad de servir que pudiera temer un mal mayor que el de terminar sus días empleada para Hermione Tisdale.

No obstante, Celestia no dijo nada. Tenía la certeza de que, no pocas veces, el terrible carácter de Hermione se acentuaba cuando era recriminada y era entonces cuando sus actos se tornaban aún más despreciables. Por nada del mundo deseaba que una amonestación suya provocara un castigo doblemente cruel para la asustada sirvienta.

Sonrió a la sirvienta y guiñó un ojo a Isabel, quien se había apiadado de su amiga asistiendo con ella a la reunión y, en ese momento, se acomodaba a su lado con expresión de complicidad. A Celestia no se le escapó el modo en que la expresión de Isabel se oscurecía por el dolor al tomar asiento. Las cicatrices de su pierna se resentían a menudo y, aunque Isabel trataba de disimularlo como podía, el simple gesto de sentarse, levantarse o permanecer en la misma postura durante largo rato, le provocaban terribles dolores.

Muchas veces, Celestia se había preguntado cómo era posible que Isabel tuviera el coraje para permanecer en aquella casa donde nunca había sido verdaderamente apreciada. Desde que era una niña, lord Tisdale había dejado bien claro que Hermione era su favorita, proporcionándole cualquier deseo que su frívola niñita exigiera. Para ella habían sido todos los caprichos, incluso los más extravagantes. No era de extrañar que tanto agasaje hubiera convertido a Hermione en un ser mezquino y veleidoso, mientras que Isabel se tornaba silenciosa y reservada. Y pese a que vivía en aquella casa como si fuera una invitada, presa de los constantes ataques de furia de su hermana, Isabel nunca se quejaba. Había asumido su papel en la sombra y dejaba pasar los días encerrada en su cuarto, rodeada de libros, montando su yegua en solitarios paseos y soñando con esa vida lejos de aquellas personas desconocidas para ella con quienes ya no compartía nada.

Por desgracia, Hermione no permitía que su existencia transcurriera tranquila. Su aviesa naturaleza la empujaba a fustigar a Isabel de forma constante, en un vano intento por sacarla de sus casillas. La gota que había colmado el vaso había sido cuatro años atrás. Un incendio fortuito en los establos, mientras Isabel ensillaba su yegua... La providencia había querido que Isabel salvara milagrosamente la vida, no corriendo la misma suerte el pobre animal. Celestia jamás olvidaría la expresión satisfecha y diabólica de Hermione mientras los sirvientes reanimaban a Isabel y el doctor aplicaba aquel unguento sobre la piel quemada. Pronto, las atenciones del médico habían logrado cicatrizar las heridas, pero la pierna nunca había recuperado

del todo la movilidad. Y a causa de ello, Isabel se había vuelto más taciturna si cabía.

Celestia suspiró. Observó cómo las delicadas manos de Hermione retiraban el elegante paño de lino bordado que cubría la tetera y servía, como la perfecta anfitriona que era, las tazas de sus invitados. Al cabo de unos minutos, la doncella reapareció en el salón con una bandeja repleta de emparedados, pastelillos, chocolate y fruta fresca, de la que pronto, todos los presentes comenzaron a dar buena cuenta.

Conversó con Isabel un buen rato, hasta que la actitud provocativa y desafiante de Hermione hizo que su hermana perdiera la paciencia y se disculpara con una excusa poco convincente. Celestia la perdonó con un gesto silencioso, pues de sobra sabía que la reunión solo podía empeorar para ella, ya que, si Hermione no encontraba pronto una víctima, la propia Isabel se convertiría en el blanco de sus burlas.

Poco después, los caballeros se retiraron al otro lado del salón, donde encendieron sus cigarrillos y pipas e iniciaron su conversación sobre los temas que suponían no interesaban a las mujeres que acudían a aquella reunión.

Por supuesto, Celestia deseaba unirse a ellos, pues la conversación entre el grupo de jóvenes la aburría sobremanera y, por contra, los asuntos de política y economía despertaban en ella un interés que los allí presentes no comprendían e incluso veían con desaprobación. Además, la inusual presencia entre los hombres del inspector Morgan Durrell confería un atractivo extra al hecho de unirse a ellos. ¿Por qué le habría invitado Hermione Tisdale? Y lo que la intrigaba aún más, ¿por qué el señor Morgan habría aceptado tal invitación, cuando era tan notoriamente conocido su desprecio por aquel tipo de entretenimientos? Deseaba interrogarle sobre el asunto. Sin embargo, permaneció inmóvil en su asiento, consciente de que cualquier otra pretensión habría sido inapropiada.

—Supongo que estarán al tanto de las noticias, queridas mías. —Hermione

rellenó la taza de té de la señorita Cressida James, una rica viuda recién llegada de Nueva York. Siguiendo el protocolo, Cressida dejó la cucharilla en el plato indicando con ello que deseaba un poco más de té.

Por contra, Celestia mantenía su cucharita en el interior de la taza, indicando que la cantidad era suficiente para ella. De hecho, contaba mentalmente los segundos que transcurrían y miraba de cuando en cuando el enorme reloj de pared, deseando que transcurriera el tiempo a mayor velocidad y las manecillas marcaran la hora en la que excusarse de la reunión no constituyera una ofensa. Había aceptado la invitación de Hermione por obligación y por la promesa hecha a su padre de participar en algún acto de sociedad. Le preocupaba que la reciente pérdida de Francis la sumiera en una profunda depresión y Celestia no quería que su falta de interés por aquel tipo de reuniones le infligiera mayores desvelos. La presencia del inspector y la esperanza de escabullirse en su compañía y averiguar los derroteros que iba tomando su investigación, no obstante, contribuía a hacer más soportable la agónica reunión.

—¿No dices nada, querida, sobre la feliz noticia que comentamos? — insistió Hermione, mirando directamente a Celestia y sacándole de sus abstraídos pensamientos.

—Tendrán que disculparme. Me temo que no estoy al tanto —se excusó Celestia, arqueando las cejas y fingiendo que tales novedades la intrigaban. Hacía tiempo había descubierto que resultaba conveniente interpretar a ratos el papel de joven cabeza hueca. Lo asumía con el único objetivo de pasar desapercibida entre aquellas personas que le causaban una profunda indiferencia. Como en aquel instante.

—Mi querida señorita, siempre ocupada con sus libros y sus obras de caridad. —Hermione la regañó con la mirada, dirigiéndole una falsa candorosa sonrisa—. Por suerte, para eso estamos las amigas. Decía, Celestia, que, finalmente, nuestra muy apreciada Cornelia Price se ha convertido en una respetable mujer casada. ¿Y todo gracias a quién? Si no fuera porque me

causa rubor reconocerlo, me atrevería a atribuirme tal mérito, amigas mías.

—¿Casada... pero con quién?

—Con lord Stanfield, su tío, por supuesto. ¿Con quién si no? Y en verdad, queridas, creo que lord Stanfield no pudo escoger mejor candidata para sustituir a la difunta tía Henrietta. —Se inclinó apenas para susurrar lo siguiente, como si le importara airear aquellos asuntos, cuando podía leerse perfectamente en su mirada que estaba deseando hacerlo. Las otras jóvenes la imitaron, cerrando el círculo alrededor de Hermione de un modo tan evidente que Celestia no pudo evitar hacer lo propio para no despertar la atención de los hombres—. He sabido, señoritas, que la incontrolable afición al juego de lord Stanfield ha sido la causa de que la fortuna que le dejó su difunta esposa volara con ella. Sin embargo, la buena señora había dispuesto una suma considerable que su sobrina, nuestra Cornelia, podría disfrutar al cumplir los veintiún años. Y siendo su tío el albacea de los bienes de nuestra protegida, ha sido providencial para lord Stanfield que el amor surgiera entre ambos, ¿no os parece? Y muy oportuno para salvar la reputación de Cornelia, dado que, por desgracia, era del dominio público que esos dos compartían lecho. Lo confieso, queridas. Si yo no fuera tan rematadamente romántica, pensaría que ese pícaro viejo sedujo a nuestra Cornelia mientras contaba las cinco mil libras que constituían su herencia.

Las cinco jóvenes que rodeaban a Hermione se abanicaron una y otra vez, sofocando los vahídos que el relato les había provocado. Celestia las miró con expresión furibunda. Sin importarles las miradas del grupo masculino que conversaba a escasos pasos, removió los posos de su té con la cucharilla de plata, golpeando intencionada y ruidosamente el interior de la elegante taza de porcelana.

—¿Y puede saberse cómo estás al tanto de la precaria situación económica de lord Stanfield, Hermione, querida? —Celestia imitó su tono pérfido, clavándole la airada mirada—. ¿Acaso ahora te has convertido en la confidente de las finanzas de ese caballero?

—¿De veras quieres saberlo?

—Por favor. Ardo en deseos de conocer dónde reside la fuente de tanta sabiduría —insistió, resistiendo la cada vez más acuciante tentación de abandonar de inmediato la reunión.

—Está bien, querida, si insistes.

—Insisto.

Hermione enrolló su largo dedo índice en uno de sus graciosos bucles dorados, estirándolo con languidez y soltándolo antes de responder.

—Parece que sus últimas cien libras cayeron durante una partida de naipes en manos de cierto caballero. Un viejo amigo común. En fin, ya me entiendes, querida. Lord Stanfield no tenía la menor oportunidad frente a un rival como él.

La señorita Cressida James observaba cómo las dos mujeres medían sus voluntades. Su mirada expectante, como la del resto de las jóvenes, iba de una a otra, como si aguardase que, en cualquier momento, alguna apuñalaría a la contraria con la única arma de su mirada helada.

—Celestia, querida... ¿es posible que hayas olvidado a nuestro apuesto señor Shelley? Le causaría gran pesar de ser así, querida... Él aún te recuerda vivamente.

Celestia no pudo soportar un segundo más aquella farsa. Se levantó con un ágil movimiento, volcando en el suelo la taza que había mantenido en el regazo y provocando que todos los caballeros presentes, incluido su padre, girasen la cabeza hacia ella.

—Puedes decirle al señor Shelley que no debe entristecerse ni lamentar que pueda olvidarle. Y ten la amabilidad de añadir que le estaré por siempre agradecida por las atenciones que tan sinceramente me brindó.

Celestia apretó los puños, doblemente consternada. Primero, por la noticia de la boda de la pobre señorita Price con aquel hombre repugnante que la había seducido sin respetar su juventud o parentesco. Segundo, por haber caído tan inocentemente en la trampa de Hermione.

Era obvio que Hermione Tisdale no le había perdonado que en el pasado tuviera la inteligencia suficiente para desvelar sus maquinaciones antes de convertirla en el bufón de Londres. Desde luego, ella misma no le había perdonado a Hermione y a su aborrecible cómplice, Douglas Shelley, que tuvieran la desfachatez de apostarse unas libras a costa de fingir un romance con una presa a la que consideraban nada accesible, la propia Celestia.

—Oh, pero querida Celestia... No era mi intención importunarte con la mención del señor Shelley. Al contrario, confiaba en que su presencia hoy lograría limar asperezas. Por suerte, aunque con cierto retraso, el propio señor Shelley avanza hacia nosotras dispuesto a ofrecerte sus respetos.

Celestia no daba crédito a las palabras de Hermione. Al girar el rostro hacia la puerta del salón, comprobó con disgusto que no se trataba de otra de las bromas pesadas de la señorita Tisdale. Douglas Shelley acababa de entregar su sombrero a una de las doncellas y, tras saludar brevemente a los caballeros, se dirigía con paso enérgico hacia el grupo de jóvenes que tomaban el té.

Por su parte, el inspector Durrell no perdía detalle del caballero que en ese instante tiraba de la mano de Celestia para depositar un suave beso en el dorso de la misma. Vio cómo ella trataba de zafarse rápidamente del saludo y, en aquel momento, las miradas de ambos se cruzaron en mitad del salón. La de Celestia reflejaba enojo y desesperación. La de Durrell, una ira que iba en aumento y dibujaba en su austera expresión un ceño fruncido y una mandíbula muy apretada.

—La señorita Celestia Townsend. —La voz seductora del señor Shelley arrancó múltiples suspiros entre las jóvenes impresionables que conformaban el grupo—. Permita que le ofrezca mis más sinceras condolencias por la reciente pérdida de su hermano. Por desgracia, acabo de regresar de un viaje, no lo bastante pronto al parecer, para acompañarla durante sus duros momentos de duelo. Le doy mi palabra de que, de haber conocido la terrible noticia antes, habría cancelado todos mis compromisos para reunirme con

usted en este desgraciado trance. Ni siquiera puedo imaginar cuánto ha debido sufrir, mi querida señorita.

—Estoy segura de que no —dijo Celestia, recuperando al fin su mano y frotándola, sin ocultar su irritación, contra la seda de su vestido.

—Confieso que las circunstancias de la muerte de Francis han causado en mí un profundo desconcierto y pesar, señorita Townsend. Sin duda, sabrá que su hermano y yo compartimos durante un tiempo una sincera amistad —añadió Shelley con tono afligido.

—Es extraño, señor Shelley. Mi hermano no le mencionó a usted jamás en nuestras conversaciones. Excepto una sola vez, ahora que lo recuerdo, para prevenirme sobre su mala reputación y aconsejarme que no concediera ninguna credibilidad o valor a sus galanteos —replicó Celestia, furiosa por las confianzas que aquel hombre pretendía tomarse con su familia.

—Sin duda, señorita Townsend, Francis debió omitir los detalles de nuestra amistad en esas charlas que mantenían —insistió él con terca perversidad—. No logro explicar, de otro modo, que mi buen amigo quisiera mantenerla al margen de los asuntos comunes que compartíamos.

—Lamento contradecirle de nuevo, señor. Pero me veo en la obligación de insistir sobre eso, ya que conocía muy bien a Francis. Y siendo así, estoy en posición de afirmar con rotundidad que ninguna de las aficiones de mi hermano guarda la más mínima relación con las suyas. Francis odiaba el juego y las apuestas. Y era incapaz de engañar o manipular a ninguna joven decente con la falsa promesa de un compromiso.

—Comprendo que sigas contrariada conmigo, querida. Pero has de saber que tu obstinación, lejos de incomodarme, me provoca un tremendo placer...

—Shelley susurraba en ese momento al oído de Celestia y estaba a punto de arrinconarla contra la pared decorada con motivos orientales hacia la que ella se escabullía. Mientras, las demás jóvenes emitían risitas tontas, alentadas por la maquiavélica señorita Tisdale y presenciando lo que consideraban un intento de seducción.

Morgan Durrell contemplaba a su vez la escena y, tras ver los derroteros que esta tomaba, decidió intervenir con urgencia, justo cuando Shelley pronunciaba la última frase. En dos grandes zancadas logró llegar hasta la pareja e interponerse entre ambos, ofreciendo su mano a Celestia, quien la aceptó encantada.

—Señor Shelley, parece que la señorita Townsend ha dejado bien claro que sus atenciones no son bien recibidas. —Durrell utilizaba el tono casi afable que solía usar cuando pretendía arrancar alguna confesión a algún miserable cuyo delito no revestía gravedad alguna. Aunque, en esa ocasión, le costaba gran esfuerzo mostrarse conciliador con aquel caballero a quien ya despreciaba profundamente por dos cuestiones. Primero, por el modo impertinente en que se atrevía a mirarla. Y segundo, porque el nombre de aquel indeseable con ínfulas de noble también aparecía en las notas del difunto Francis Townsend.

Douglas Shelley desvió su atención hacia el hombre que acababa de interrumpirles y sonrió con insolencia.

Morgan lo miraba con abierta hostilidad. El señor Shelley reunía todas las cualidades que las jóvenes en edad casadera podían esperar de un caballero. Su pelo corto, rubio ceniza, se ondulaba con elegancia a ambos lados de la cabeza y sus patillas de una ínfima longitud estaban perfectamente recortadas por algún hábil barbero. Bajo las cejas y pestañas del mismo color pajizo emergían unos ojos grisáceos y fríos; un poco más abajo, una nariz aguileña de dimensiones adecuadas y unos labios finos que se curvaban en una sonrisa encantadora. Morgan se centró entonces en su complexión atlética, un metro setenta y cinco de estatura, hombros anchos, cintura estrecha y caderas rectas. Las manos del hombre llamaron poderosamente su atención. Dedos largos y uñas de esmerada manicura. Las manos delicadas de un caballero que no habían sido empleadas en otros menesteres que no fueran sostener su copa o escribir cartas de amor a jóvenes con escaso sentido común.

En conjunto, el caballero en cuestión le provocaba una franca

animadversión que se incrementaba ante el hecho evidente de que Shelley se tomaba demasiadas libertades con la señorita Townsend.

—Vaya... El famoso inspector Morgan Durrell. —Shelley entrecerró los párpados y le dedicó una expresión socarrona que de inmediato despertó en Morgan el deseo de borrarla a golpes—. Acudiendo presto al rescate de una dama en apuros... Lo mejor de Scotland Yard para salvaguardar el honor de una joven.

—Basta, señor Shelley, se lo ruego. No hagamos una escena —rogó Celestia en voz baja, contrariada por la intervención del inspector, aunque aliviada en el fondo.

—¡Reputación, reputación, reputación!... ¡Oh! ¡He perdido mi reputación!... ¡He perdido la parte inmortal de mi ser, y lo que me resta es bestial! ¡Mi reputación, Yago, mi reputación! —Shelley continuaba sus bufonadas en un tono cada vez más teatral, recitando al ingenuo Cassio de Otelo, sin duda pretendiendo ridiculizar al inspector y provocando que Morgan lo pulverizase merecidamente con la mirada.

—Señor Shelley, me siento impresionado por su buena memoria recitando a Shakespeare —le interrumpió Durrell con tono cortante, situándose tan cerca del rostro de Shelley que apenas nadie más podía escuchar lo que le decía—. Sin embargo, confieso que su reputación me importa menos que un rábano. Es la de la señorita Townsend la que me preocupa. Y dado que usted no ha dudado en ponerla en entredicho en el pasado, me veo en la incómoda obligación de recordárselo.

—¿Sugiere que debo abandonar cualquier esperanza con la señorita Townsend? —se atrevió a preguntar Shelley con arrogancia.

—Exacto, señor. Es lo que sugiero —sentenció Durrell lacónico.

—¿O de lo contrario?

Morgan tensó su mandíbula, apretando los labios con irritación.

—De lo contrario, señor Shelley, temo que usted y yo nos disculparemos con el resto de invitados, saldremos ahí afuera y tendremos algo más que

palabras. Y salvo que desee cortejar a estas bellas señoritas con la mitad de la dentadura y la nariz rota, no creo que eso sea lo más conveniente.

—Usted... ¿cómo se atreve...?

Shelley era un cobarde, resultaba evidente. Se enfrentaba al inspector al tiempo que acortaba la distancia con el grupo de mujeres, con la clara intención de protegerse entre las sedas de los vestidos femeninos. Por suerte para él, la siempre vigilante señorita Tisdale acudió al rescate, colgándose del brazo de Shelley en el instante en que Durrell ya se disponía a arrastrarlo hacia los jardines del exterior.

—Inspector, que travieso es usted... ¿Desea privarnos de la compañía del señor Shelley tan pronto? Precisamente ahora que le hemos recuperado —se quejó con un mohín diabólico en los labios.

Celestia no lo pensó un segundo. Imitando a Hermione, se colgó del brazo de Morgan, ignorando la propia expresión sorprendida del inspector al sentir su mano enguantada sobre el antebrazo.

—Sáqueme de aquí, inspector —murmuró Celestia, sintiendo que la mera compañía de aquellas dos personas de alma tan oscura le causaba náuseas.

Morgan se disculpó por ambos. Dado que el señor Townsend se encontraba enfrascado en una interesante conversación sobre los últimos acontecimientos en Sudán, no le resultó difícil convencerle de que su hija quedaría a buen recaudo unos minutos, mientras tomaban el aire fresco de la tarde en los suntuosos jardines de Westwall Place.

Celestia se dejó conducir hasta la fuente de piedra que se erigía a pocos metros de la casa, una obra de arquitectura magnífica que era la perfecta imitación del David de Miguel Ángel. Una vez allí, se detuvo frente a los tupidos rosales, soltó bruscamente el brazo del inspector y le miró a los ojos.

—Le agradezco su intervención. Pero no era necesaria —replicó, más molesta consigo misma que con él, pero demasiado furiosa para reconocerlo.

—Ya veo.

—No se burle. Le aseguro que era perfectamente capaz de dominar la

situación —insistió con terquedad.

—Por supuesto. —La expresión de Morgan era inmutable.

—Aun así, se lo agradezco. —Celestia casi hallaba mayor humillación en la indolencia de Durrell que en los velados insultos del señor Shelley.

—No tiene importancia. Habría intervenido aunque la dama fuera otra —mintió, añadiendo—: Ese fanfarrón de Shelley merecía que alguien le parase los pies.

Celestia fingió que su confesión acerca de que su persona no le merecía mayor atención que la del resto de las jóvenes allí presentes no la molestaba. Pero lo cierto era que sus ojos brillantes y sus mejillas encendidas reflejaban precisamente lo contrario.

—En ese caso, inspector, no quisiera robarle un minuto más de su valioso tiempo. Tiene mi permiso para regresar y socorrer a la primera joven ofendida que encuentre en su camino —le conminó, dándole la espalda para adoptar una pose digna ante la notoria falta de interés en su persona.

Celestia aguardó unos segundos, esperando escuchar los pasos del inspector sobre el césped que indicarían que había seguido al pie de la letra su invitación. Sin embargo, contuvo la respiración al sentir su aliento cálido acariciándole la nuca. Celestia cerró los ojos y no necesitó girarse para comprobar que el señor Durrell seguía allí. De un modo realmente turbador, él inclinaba la cabeza sobre ella, su fuerte mentón le rozaba los cabellos y respiraba tan cerca de su oreja que casi podía escuchar de su boca las palabras que aún no había pronunciado.

—Sabe muy bien que lo único que podría retenerme en cualquier parte, está exactamente en este lugar —murmuró él con voz grave, colocando la palma de sus manos bajo los codos de Celestia y obligándola a recostarse apenas contra su pecho.

—Señor... Su comportamiento dista mucho de ser caballeroso. —Celestia se encontraba tan turbada que apenas lograba despegar los labios al amonestarle—. Y... no olvide que la señorita Tisdale estará encantada de que

le proporcionemos una justificación para sus chismorreos.

—La señorita Tisdale puede irse al infierno —replicó él con brusquedad—. Lo mismo que ese fantoche insolente a quien, con gusto, habría dado una lección si eso no hubiera supuesto colocarla a usted en un aprieto.

—No hable así, inspector. Cualquiera diría... por la vehemencia de sus palabras... que me tiene usted en muy alta estima.

Celestia no osaba girarse por temor a encontrar aquellos ojos que eran capaces de escudriñar en su interior. Pues si el inspector era tan hábil como creía, era un hecho consumado que no podría ocultarle la pasión y el deseo que sus propios ojos revelaban.

—¿Acaso lo duda, señorita Townsend? —Morgan apenas rozó con sus labios la suave mejilla femenina, aspirando casi contra su voluntad el delicado aroma de los cabellos ondulados que sobresalían por los extremos del sencillo bonete de fieltro.

Su nariz recorrió con adoración la diminuta y pálida porción de cuello que desaparecía, atormentándole, bajo el encaje donde comenzaba el vestido.

—No dejo de pensar en usted, Celestia... El recuerdo de nuestro último encuentro me tortura día y noche. Le juro que he intentado de todas las maneras posibles apartarla de mi pensamiento. Es como si me hubiera hechizado con el azul de sus ojos, con esa locuacidad brillante y arrolladora, con sus locas ocurrencias que la hacen tan diferente a todas esas jóvenes... Sí, diría que hechizado es la palabra perfecta para describir en qué estado me encuentro cuando estoy junto a usted. Y hace un momento... al ver cómo ese miserable le tomaba la mano... la familiaridad con la que se dirigía a usted, como si fuera o hubiera sido en el pasado algo suyo... Puede que tenga razón, Celestia, y yo no sea realmente un caballero. Pero que el Diablo me lleve si niego que habría matado a ese canalla sin sentir el menor remordimiento.

—Basta, por favor... —suplicó Celestia, languideciendo por completo ante tales declaraciones y ordenándose a sí misma recobrar la compostura y la sensatez antes de que alguien les sorprendiera y el daño fuera ya irreparable.

En un arrebato desesperado, argumentó lo único que pensó que podría alejarle—: Usted mismo confirmó, al no negarlo, que cualquier reparación moral sería socialmente inaceptable, señor.

Morgan malinterpretó sus palabras. Pensaba que, como otros miembros de la alta sociedad, ella también ponía en duda la elaborada versión de su padre sobre sus orígenes y linaje. No era para él un secreto que personas muy influyentes habían cuestionado la historia del sobrino huérfano, si bien nadie había osado rebatirla en su presencia.

Sin embargo, Celestia solo pensaba en el daño que podían ocasionar a la reputación del inspector, los falsos rumores que la habían vinculado al detestable señor Shelley en el pasado. Pues, como decía César... «la mujer del César no sólo ha de ser honrada, sino también parecerlo.»

—Y me condeno a mí mismo por ello. Porque la deseo de un modo tan intenso que empiezo a sentir miedo.

—¿Por qué, inspector? ¿Es que duda de su propia fortaleza para controlar ese deseo? —musitó.

—No es mi fortaleza la que me preocupa, Celestia. Es la suya la que me inquieta. Temo que esté ansiosa por descubrir nuevamente el placer entre mis brazos, temo que en esta ocasión no pueda detenerme a tiempo... Temo no ser lo bastante caballero ni lo bastante idiota para negar a ambos lo que tanto anhelamos. Temo que la haré mía un día de estos y, pese a su soberbia, pondré una alianza en su dedo... y me importará un bledo si no soy lo bastante bueno para usted.

## Capítulo 11

Celestia estaba a punto de girarse y rendirse completamente a sus palabras. Por mucho que lo negara, deseaba que sucediera todo aquello. Su breve encuentro con el inspector no había hecho más que avivar el deseo en ella. Cada noche, se cobijaba entre las sábanas e imaginaba cómo sería entregarse por completo al hombre que tenía ante sí. Soñaba con su boca y con sus manos hábiles buscando entre sus faldas, arrancando gemidos de su garganta.

Por suerte, la oportuna interrupción de un caballero que reclamaba la presencia del inspector hizo que ambos recobrasen el sentido común. Durrell se apartó con disimulo, interiormente agradecido por la llegada del caballero. Extendió su mano hacia el hombre, quien la estrechó con sincera efusividad.

—Mi buen amigo, el inspector Morgan Tiberius Durrell.

Morgan correspondió a su saludo con idéntica cordialidad.

—Bienvenido a Inglaterra.

El otro tiró de la mano de Durrell para aproximarse y fundirse con él en un abrazo, indicando claramente que eran algo más que conocidos. Le palmeó la espalda varias veces, antes de soltarle y dedicar toda su atención a la joven que les acompañaba.

El recién llegado la examinó de arriba a abajo con detenimiento, entrecerrando los párpados y, al final, torciendo los labios en una sonrisa mientras golpeaba ligeramente con el puño el hombro de su amigo.

—¡Zorro bribón! —exclamó divertido, sin apartar la mirada de Celestia—.

Casi logras engañarme con ese cuento de que no podías visitarme en España debido a la multitud de asuntos oficiales que te retienen en este país.

—Nada de cuentos, te lo aseguro —replicó Morgan, girando hacia Celestia para hacerle los honores—. Te presento a la señorita Celestia Townsend. Celestia, este fantoche con acento pretencioso carente de modales, es mi viejo y buen amigo Don Diego Ponce de La Vega.

Celestia inclinó la barbilla como saludo, ruborizándose cuando el caballero sostuvo levemente la punta de sus dedos para rozar con los labios el dorso de su mano.

—Es un placer, señor —comentó Celestia, recuperando su mano y sintiéndose abrumada por la admiración que leía en los ojos del recién llegado.

Naturalmente, Don Diego Ponce no era, ni por asomo, como el inspector le había descrito. Celestia se fijó en sus ojos oscuros rodeados de espesas pestañas del mismo tono, en las cejas azabache muy tupidas, las facciones angulosas y la aristocrática nariz. Reparó en el cabello negro y brillante, de una longitud poco habitual, recogido en la nuca con una cinta de raso y las patillas recortadas con absoluta habilidad que descendían con elegancia hacia el mentón. Definitivamente, la descripción de Durrell no le hacía justicia alguna.

—De ningún modo, señorita Townsend. Le doy mi palabra de que el placer es enteramente mío —dijo con galantería, añadiendo en un evidente esfuerzo por fastidiar a su amigo—: Y de no ser porque mi viejo camarada me está pulverizando con la mirada, me atrevería a utilizar todo mi arsenal de seducción para tentarla con una cita.

—Será mejor que controles tus pasiones, amigo mío —advirtió Morgan, enfadado consigo mismo porque sabía bien que Ponce jamás haría nada parecido, pese a su fama de conquistador. Pensándolo mejor, Diego Ponce era uno de los pocos hombres a quien confiaría su vida o la virtud de la mujer que amase. Sin embargo, aún sentía el aguijón reciente de los celos y todo se

lo debía al maldito Douglas Shelley, a quien con gusto habría dado una paliza para desquitarse. Gruñó malhumorado—. Volvamos adentro. No quiero aburrir a la señorita Townsend con nuestras viejas historias ni escandalizarla con el relato de tu última conquista.

Celestia clavó la mirada resentida en Durrell. Tramposo... Demasiado bien sabía que no era propensa a lo uno ni a lo otro. Resultaba obvio que solo pretendía desembarazarse de ella para ventilar asuntos que consideraba inapropiados para una mujer.

Y, por otra parte, la idea de regresar a aquella reunión para ser objeto de alguna encerrona por parte de la odiosa Hermione no resultaba el mejor incentivo.

—Lo que el inspector quiere decir, señor Ponce, es que me considera superficial y escasamente inteligente. Y, por ambas cosas, me castiga a soportar el resto de la velada en compañía de esas jovencitas con cabeza de chorlito cuya única inquietud es pescar un buen marido —objetó, dolida porque, al parecer, su presencia era de pronto un estorbo.

—Celestia...

Ella ignoró la expresión arrepentida de Durrell y se colgó del brazo de su amigo solo para atormentarle.

—En cualquier caso, no se saldrán con la suya, caballeros. Precisamente, estaba a punto de retirarme. Señor Ponce, ¿me acompaña a recoger mi capa? Así podrán hablar de sus asuntos con total libertad sin temor a que una joven ignorante como yo les importune con comentarios pueriles.

Durrell intuyó que su amigo estaba disfrutando con lo que a todas luces parecía una disputa entre enamorados. Le lanzó una mirada furibunda para silenciar cualquier burla al respecto. Se limitó a seguirles hasta el concurrido salón donde, por desgracia, el señor Shelley continuaba desplegando sus alas de rapaz a la caza de algún ratoncito confiado. Antes de despedirse de ella, acercó su boca al oído femenino para susurrarle una última confidencia.

—Te ruego que me perdones —la tuteó con atrevimiento, incapaz de

mantener por más tiempo la distancia de los formalismos después de lo que habían compartido—. De ningún modo creo que seas como esas mujeres y lo sabes.

—¿Acaso debo sentirme halagada por eso? —preguntó Celestia en voz baja, sonriendo de manera forzada para guardar las apariencias.

—Halagada no es la palabra, Celestia.

—¿Admirada, deseada... amada, tal vez? —inquirió ella con idéntica osadía, colocándole en un aprieto y disfrutando enormemente al ver cómo la expresión de Durrell se ensombrecía. En un alarde de atrevimiento mayor, se puso de puntillas para susurrar también al oído del hombre—: Descuide, inspector. Su secreto está a salvo conmigo. Nadie sabrá que el inquebrantable inspector Morgan Tiberius Durrell ha sido conquistado por una joven de dudosa reputación.

—Celestia...

—Bien, señores, que disfruten del resto de la velada —se despidió alegremente, palmeando el brazo de ambos y, antes de que pudieran detenerla, ya había recuperado su capa y era acompañada por los sirvientes hasta el coche que la esperaba en la puerta.

Durrell se volvió hacia su expectante amigo, quien contenía la risa con verdadera dificultad.

—Ni una palabra— le previno entre dientes.

—Desde luego, amigo. Aprecio demasiado mi vida y ya veo cuánto te afecta esa joven —contestó lisonjero.

—No me afecta —refutó Durrell.

—Por supuesto —asintió Ponce, y dejó que el humor de su amigo se tornase más conciliador antes de continuar y relatarle el motivo de su visita. Cuando creyó que el momento era adecuado, le llevó a un lugar más apartado, donde se despojó de su máscara de seductor—. Tenemos que hablar.

—Lo supuse enseguida. Sospecho que algo muy importante ha debido

traerte aquí cuando la estabilidad de tu país continúa pendiendo de un hilo.

—Así es, amigo. Pero hablemos en otro lugar.

—Permite que coja mi abrigo y acompáñame al despacho.

—Mejor a tu casa. Dadas las circunstancias, me parece el lugar más idóneo.

—¿Qué insinúas? —Morgan le miró con el ceño fruncido.

—Durrell, lo que voy a contarte merece la más absoluta confidencialidad.

—En ese caso, no perdamos más tiempo.

\*\*\*

—Bien, mientras tu perro guardián termina de olisquearme, probemos este buen vino recién llegado de España —sugirió Don Diego, bromeando con el hecho de que Viola se tomaba su tiempo para organizar sobre la mesa un banquete digno de reyes.

Como respuesta, Viola gruñó y, lejos de abandonar el comedor, continuó con su ceremonial de colocar la vajilla con gran parsimonia.

Diego hizo los honores y descorchó la botella, sirviendo el líquido granate en dos elegantes copas de cristal bruñido.

—Ya veo que tus gestiones con nuestro enviado plenipotenciario en España han dado sus frutos —observó Durrell, saboreando lentamente el vino y asintiendo para darle su entera aprobación.

—En efecto, amigo. Después de largos años de conflicto y un sinfín de disputas al respecto, parece que nuestras dos naciones han llegado a un acuerdo satisfactorio sobre este asunto. Desde el arancel de Fuengirola, no habíamos vuelto a disfrutar de condiciones comerciales ventajosas para ambos. Cánovas no podía tolerar la humillación de que Inglaterra hubiera otorgado a Francia la condición de nación más favorecida, lo que, como sabes muy bien, hizo que nuestros vinos sufrieran los aranceles más restrictivos. Y la cosa no mejoró precisamente cuando Inglaterra esgrimió sus argumentos para no aceptar nuestro azúcar de Puerto Rico.

—Esclavitud, Diego. No lo olvides. Eran argumentos de peso —le recordó Durrell, a sabiendas de que enfurecería a su amigo con la misma discusión sobre la que jamás se ponían de acuerdo.

—Sigues siendo un ingenuo, Durrell. Sabes tan bien como yo que eso no fue más que una excusa, bastante débil, por cierto, para presionar con el asunto de las colonias. Recuerda que mientras tu Graciosa Majestad y sus ministros se rasgaban las vestiduras con nuestro azúcar de Puerto Rico, aceptaban sin embargo el azúcar de Venezuela y Estados Unidos, cosechado, de hecho, por mano de obra esclava —defendió con vehemencia su postura, sirviendo a su amigo otra copa de vino—. Vaya por delante, que no excuso lo último. Me conoces lo suficiente, para saber que estoy absolutamente en contra de la esclavitud y que lo considero una práctica execrable.

—Acepto que tienes razón, amigo. Pero no discutamos más sobre eso. Lo importante es que las relaciones diplomáticas entre nuestros países han llegado a buen puerto.

—Brindemos por eso entonces. —Elevó su copa y la hizo chocar con la de Durrell. Después, se aseguró de que Viola abandonaba la estancia antes de adoptar una expresión grave—. Vayamos al grano antes de que Viola regrese con alguna excusa baladí. Un buen amigo, antiguo miembro de la *Ojrana*, me hizo algunas revelaciones inquietantes y nuestros espías en Berlín y París han confirmado que comparten preocupaciones similares.

—¿La policía secreta rusa ha compartido confidencias contigo? —se sorprendió Durrell.

—Dije antiguo miembro. Como sabes, la situación en Rusia se ha recrudecido desde que el zar Alejandro ostenta el poder. Su autocracia no conoce límites, obsesionado como está por evitarse un destino igual al de su padre. Ha creado un Banco de los Nobles para aliviar la economía de la aristocracia y sus perros de la *Ojrana* actúan con absoluta brutalidad sobre el pueblo al menor atisbo de rebeldía. Y en Inglaterra, la cuestión irlandesa es un auténtico polvorín, como mejor sabes. Amigo, las grandes conspiraciones

se nutren de los descontentos de unos y otros.

—¿De qué hablamos exactamente, Diego?

—Poder y Dinero, Morgan, el motor de toda intriga.

—¿Tenemos algo? —inquirió Durrell, sintiendo curiosidad por las revelaciones que le hacía su camarada.

—Durante años, los servicios de espionaje han ido recopilando una lista de nombres, informes, mensajes interceptados... Pero mi Gobierno desea que tratemos esto con la mayor discreción. Algunos de esos nombres pertenecen a casas nobles de España y lo mismo sucede con tus compatriotas o los de las naciones vecinas. No podemos permitirnos el más mínimo fallo. Si acusamos a alguno de conspirador y no demostramos su implicación sin ningún género de duda, pondríamos en grave riesgo nuestras relaciones diplomáticas.

—¿Se sospecha de los irlandeses?

—Solo de los más radicales. Parnell y los suyos están de vuestro lado.

Durrell frunció el ceño.

—Por el momento, parece que solo tenemos especulaciones. Nada concreto contra lo que podamos actuar, ¿me equivoco?

—Así es —asintió Diego—. Valga como adelanto tan solo para mantener los ojos bien abiertos. Conviene que Inglaterra permanezca alerta por si los hechos finalmente confirmasen alguna amenaza.

Durrell asintió en silencio.

—Sin embargo, amigo mío, he de confesar que, aunque quería aprovechar la oportunidad para departir contigo sobre ese asunto, no es el que me ha traído exactamente hasta aquí —confesó Diego, esta vez con un suspiro de aburrimiento.

—¿De qué hablas? ¿Aún hay más? ¡Por todos los Santos! Me temo que esos negocios tuyos del vino te dejan demasiado tiempo libre, amigo —se mofó Durrell.

—Así es. Y este tema, en especial, resulta de lo más embarazoso. No es de mi agrado convertirme en la niñera de ningún noble disoluto. Por desgracia,

abundan también en mi país. En concreto, hablo de uno quien, pese a su avanzada edad, parece aún disfrutar de apetitos un tanto desviados. Durante años, ha actuado con discreción en su residencia del exilio en París. Pero, últimamente, los rumores le han relacionado con actividades escandalosas que se producen en cierto Club de dudosa reputación en Londres. En España, desean dar por zanjada cuanto antes la cuestión y que el nombre de dicho caballero continúe en el más absoluto anonimato. Por tal motivo, pensé que mi buen amigo Morgan Durrell podría hacer algo al respecto.

—Entiendo. No dudes que haré cuanto esté en mi mano —aseguró Durrell.

—Otra cosa más. Hay un hombre. —De La Vega le entregó una tarjeta con algo garabateado en ella—. Creemos que puede tratarse de un intermediario, un suministrador de favores clandestinos. No descarto que, además de obtener una buena ganancia económica, el desgraciado pretenda utilizar en el futuro sus conocimientos para extorsionar a sus clientes.

Durrell echó otra ojeada a la nota que le entregaba su amigo. Recordaba aquel nombre. Estaba entre las notas que el difunto Francis Townsend había legado a su hermana y que, más tarde, habían llegado a sus manos por la confianza que ella depositaba en el propio Durrell. También aquel muchacho que trabajaba para el Club Cleveland, a quien había interrogado recientemente, le había mencionado.

—Por tu expresión, deduzco que el nombre te resulta familiar —observó Diego.

—En efecto. Un caso sumamente desagradable, del mismo cariz que has comentado. Y me preocupan mucho las circunstancias. En todo parece estar conectado —confesó.

—¿La joven que no te afecta?

—Ni imaginas hasta qué punto. Perdió a su hermano en trágicas circunstancias que podrían guardar relación. No la conoces... Es perspicaz y obstinada como nadie. Hasta se atrevió a amenazarme si no la hacía partícipe de los avances de mi investigación. Aunque si permito que siga olfateando a

mi alrededor, podría verse mezclada en este asunto y poner en riesgo su seguridad. Sea como sea, me odiará cien vidas si no le proporciono un culpable.

—Ya veo. Resolver este asunto y proteger a la mujer que amas resulta absolutamente incompatible.

—No he dicho que la ame, Diego.

—Morgan... —De la Vega esbozó una sonrisa—. Puedes engañarte cuanto quieras. Pero el pánico reflejado en tus ojos ha sido muy revelador. Y si es tal como la describes, harás bien en mantenerla al margen.

Morgan iba a decir algo, pero la inesperada irrupción de Viola silenció cualquier comentario.

—Siento molestar... —se disculpó con tono atropellado—. Un agente reclama con urgencia la presencia del inspector.

Morgan se ausentó durante unos minutos y, cuando regresó, su expresión adusta indicaba que la reunión debía ser cancelada de inmediato.

—Si lo deseas, puedes acompañarme. Hablaremos por el camino.

\*\*\*

Celestia caminó con lentitud por el amplio sendero que conducía hacia la serpentina. Le gustaba que el sol bañara su rostro mientras arrastraba apenas los pies sobre el camino cubierto de arena y cantos rodados, sin prisas, dejando que aquella sensación cálida le acariciara las mejillas, escuchando el canto de los pájaros y el sonido lejano de las risas infantiles. Era una mañana de domingo preciosa y suspiró, adentrándose aún más en el césped para admirar a la pareja de cisnes que dibujaban estelas en la superficie del lago.

Cerró los ojos, sintiendo que cada parte de su ser entraba en estrecha comunión con aquel paraje que amaba y era un bálsamo para su espíritu inquieto. Siempre le sucedía igual. Su paseo matutino por Hyde Park lograba poner en orden sus ideas y preparar su ánimo para cualquier contratiempo.

Sin embargo, una suave ráfaga de aire le cruzó el rostro, indicando que no estaba sola y rompiendo su momento íntimo. Abrió los ojos y desvió la mirada hacia el joven caballero que permanecía de pie junto a ella. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza, pero él no dijo nada. Tan solo permanecía allí, de pie a su lado, observándola muy fijamente con la expresión turbada y confusa.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó Celestia en tono afable. Algo en aquel caballero le resultaba raramente familiar.

El extraño no habría cumplido aún los treinta años. Tenía el cabello y los ojos claros. Profundos surcos se marcaban bajo sus ojos, lo que llevó a Celestia, de manera inconsciente, a imaginar los contratiempos que habría sufrido en la vida. Por su parte, los ojos del desconocido la diseccionaban con absoluta perplejidad. Sin resultar en extremo atractivo, había algo en la tristeza de su mirada, en el conjunto de sus facciones y en aquello insólito y familiar que no lograba explicar, que despertó en Celestia el irrefrenable deseo de protegerle.

—Celestia Townsend —insistió ella, tendiéndole la mano en un gesto amistoso que pretendía romper el silencio del otro.

El caballero contempló su mano sin inmutarse y, al instante, volvió a clavar aquellos ojos que parecían no tener fondo en los ojos de la joven.

—Señor... Su compañía empieza a resultar incómoda —le advirtió, imprimiendo a su tono un ligero toque de severidad. Era curioso, pero no sentía temor alguno pues, aunque desconocía la identidad del caballero, su cercanía no le resultaba una amenaza ni mucho menos. Por el contrario, y debía haber perdido el juicio por ello, aquella proximidad reconfortaba su espíritu de un modo que le era imposible explicar. Añadió, no obstante—: Quizá si tuviera la bondad de decirme su nombre, podríamos sostener una conversación.

En esta ocasión, Celestia se aventuró a aproximar su mano hacia él, manteniéndola unos segundos en el aire y retirándola al comprobar que el

misterioso caballero no hacía ademán alguno por tomarla.

—Bien, señor... Ya veo que no es muy conversador. En tal caso, me veo en la obligación de rogarle que escoja otro lugar para sus reflexiones...

Celestia estaba a punto de continuar su discurso lleno de reproches, cuando el caballero se apartó bruscamente para despojarse de la chaqueta de paño y arrojarla a los pies de una sorprendida Celestia. Estupefacta, vio cómo el hombre se remangaba las perneras de los pantalones oscuros y, sin dudar, se introducía en el agua.

—¡Señor! ¿Acaso ha perdido el juicio? —le gritó desde una distancia prudencial.

Al momento, todas sus protestas se silenciaron al comprender lo que el caballero pretendía. Uno de los cisnes se había acercado demasiado a la orilla y sus patas habían quedado enredadas en la espesa vegetación. Con sumo cuidado, el hombre deshizo los múltiples nudos verdes que mantenían prisionero al desdichado animal y, cuando por fin, lo liberó, el bello cisne alargó su inmenso cuello blanco y tocó la mano del hombre con su pico, como si le agradeciera a su manera la ayuda prestada.

Celestia sonrió mientras observaba cómo el cisne se alejaba en compañía de su pareja. Recogió del césped la chaqueta del caballero y se la devolvió en cuanto se reunió nuevamente con ella. Él se la puso con movimientos toscos, clavando los ojos en el suelo con el claro objetivo de rehuir la mirada femenina.

—Vaya, señor, será mejor que se cambie esas ropas mojadas cuanto antes —dijo ella, reparando de pronto en aquella marca con peculiar forma de mariposa que destacaba en su sien derecha.

Como él no contestaba, Celestia llamó su atención, tocando levemente su hombro. El caballero se apartó como si el contacto de sus dedos le hubiera abrasado la piel a través de la gruesa tela de su chaqueta.

—De veras, señor... Lo que ha hecho hace un momento, ha sido muy noble por su parte —lo elogió, esperanzada por que el hombre decidiera regalarle

una palabra. Y en el fondo, sintiéndose un tanto desconcertada porque, inexplicablemente, era tan importante que lo hiciera.

Pero una vez más, el desconocido se limitó a inclinarse para estrujar las perneras de sus pantalones, ignorando la expresión ansiosa y confusa de su acompañante.

—Señor, a estas alturas solo puedo pensar que es usted un completo grosero o padece alguna terrible enfermedad de sordera que le impide escucharme. Y debo ser una ingenua, porque realmente deseo que se trate de lo segundo. — Era su último alegato, pensó Celestia, desanimada.

El caballero dio media vuelta y caminó unos pasos en dirección opuesta. Celestia estaba segura de que su breve y extraño encuentro había tocado a su fin.

Sin embargo, él se detuvo a escasa distancia y la miró fijamente, dedicándole una sonrisa espontánea y sincera. Después, despegó apenas los labios para murmurar algo. Lo dijo en voz muy baja, pero Celestia estaba tan atenta a la más mínima muestra de atención por su parte, que pudo entender con claridad lo que había dicho.

Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza, helándole la sangre. «Pippa». Al principio, creyó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Pero no. Lo había dicho. Había pronunciado aquellas dos sílabas que componían el nombre con el que solía dirigirse a ella su querido Francis. No había error posible y ella no había perdido el juicio.

Quiso correr hacia él, pero ya había desaparecido y, aunque lo buscó con la mirada desesperadamente, fue inútil. Ni rastro del misterioso caballero.

¿Por qué habría dicho aquello? ¿Quién era, cómo era posible que conociera su nombre, aquel diminutivo especial que solo Francis y nadie más utilizaba desde la infancia? Tal vez fuera amigo de su hermano, tal vez le hubiera confesado ese y otros secretos antes de irse... tal vez... El corazón le latía desbocado en el pecho mientras escudriñaba cada rincón del parque con la esperanza de encontrarlo nuevamente. «¿Quién eres... quién eres?»

—Señorita, ¿le leo el porvenir en la mano?

Celestia dio un respingo, sobresaltada por la voz grave de la anciana que le interceptaba el paso de repente. La miró, preguntándose si era posible que aquel día los astros se hubieran alineado para provocar en su vida todo tipo de acontecimientos insólitos.

La gitana le sonreía, mostrando su dentadura negruzca a la que faltaban bastantes piezas. Era imposible calcularle la edad, pues aunque la piel aceitunada de su rostro estaba surcada de arrugas, sus ojos brillaban con una picardía propia de la juventud. Estos ojos iban y venían de Celestia hasta el lugar donde un par de guardias charlaban animadamente. Era evidente que la pobre mujer buscaba el modo de ganar unas monedas antes de que los guardias reparasen en su presencia y quisieran apresarla por mendicidad o cualquier otro delito menor.

Con urgencia, la gitana tiró de su mano y la despojó hábilmente del guante, deslizando su largo y huesudo dedo índice por la palma de la mano. Acarició las tenues líneas de su piel y al instante, su rostro se ensombreció. Soltó la mano con brusquedad, pero algo en la mirada suplicante de Celestia hizo que la retomase, no sin mostrar cierta reserva. Acarició de nuevo las líneas, susurrando palabras en otro idioma que Celestia no comprendía. Un minuto después, la miró con un deje de lástima mientras hablaba con su voz gutural.

—Una gran pena pesa sobre su corazón, señorita... Puedo ver que se ha roto por una pérdida enorme. —La anciana frunció el ceño antes de continuar, acariciando las líneas de su piel, lentamente—. Tenga cuidado, señorita, tenga mucho cuidado. Su corazón es ahora tan frágil... El mal también lo sabe... está acechando, aguardando la ocasión... Tiene los dientes y las garras bien afilados, quiere atraparla... Debe estar alerta, debe tener los ojos bien abiertos... Confíe en su destino... Él es la respuesta. Todo está escrito.

Celestia tembló, sin poder apartar de su mente lo que el joven caballero le había dicho. La anciana pareció adivinar sus pensamientos y añadió,

enigmática.

—Querida señorita, incluso en los corazones más puros, hay luces y sombras... Y algunas veces, dos personas pueden compartir una misma alma. La muerte no es el fin... Solo es un trance, una página de libro que, al darse la vuelta, puede descubrir nuevos capítulos...

—Basta, por favor... —Celestia tiraba de su mano, deseosa de liberarla. No quería seguir escuchando, temía que cada frase de la anciana fuera el augurio de males terribles a los que no debía enfrentarse, por más que su insensatez la hiciera desear lo contrario.

—No podemos huir de nuestro destino... —Se inclinó para susurrarle, un tanto dubitativa, algo al oído—. Él quiere que sepas cuanto te quería... Quiere que sepas que cuando el círculo se cierre, cuando sepas toda la verdad, su alma descansará.

—¡Alto! ¡Detente, gitana!

La anciana huyó, no sin antes depositar un objeto en la mano de Celestia, quien lo apretó contra el pecho mientras el guardia corría tras la gitana. La mujer parecía haberse esfumado por arte de magia, lo mismo que el misterioso caballero paladín de los cisnes en apuros.

Cuando el guardia regresó junto a Celestia tenía las mejillas rojizas por el esfuerzo de la carrera. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo, avergonzado y ciertamente frustrado.

—¡Malditos gitanos! ¿Está bien, señorita? ¿Le ha robado algo? —preguntó, imprimiendo a su tono toda la autoridad del uniforme que vestía.

Celestia abrió la mano y contempló el curioso objeto. Era una especie de cristal traslúcido del tamaño de una nuez. En su interior, una hermosa mariposa blanca había quedado atrapada en algún momento de su fugaz vida. Hizo girar el cristal ante los ojos, intrigada, se diría que hechizada por el mágico brillo. Por un instante, creyó ver cómo aquellas alas inertes se movían, cobrando vida nuevamente... «la muerte no es el fin»...

—Estoy bien.... Gracias —murmuró, llevándose otra vez la mano al pecho

para atesorar muy cerca el curioso regalo de la gitana.

## Capítulo 12

**E**l cadáver se encontraba expuesto en absoluta desnudez sobre una de las mesas de madera en aquel habitáculo lúgubre que era la morgue del hospital St. George. Había sido hallado hacía unas horas flotando en el Támesis. Un pordiosero que rebuscaba entre los múltiples objetos arrojados a las aguas turbias del río había dado la voz de alarma. Enseguida, varios agentes se habían personado en el lugar y, no con poca dificultad, habían arrastrado el cuerpo rígido hasta la orilla más cercana. Uno de los agentes se había desplazado con rapidez hasta las oficinas de Scotland Yard y, al minuto después, hasta el domicilio del inspector, quien había acudido presto al lugar de los hechos.

Le acompañaba su amigo Diego, quien examinaba detenidamente junto al inspector el estado que presentaba el cuerpo. Este mostraba un aspecto amoratado e hinchado. Las uñas de manos y pies se encontraban cubiertas de manchas, los orificios de nariz y boca estaban algo recubiertos de hongos de espuma. Todos ellos signos evidentes de la permanencia en el medio líquido. El pecho se elevaba visiblemente por encima de las costillas, como si los pulmones quisieran atravesar la piel y explotar en el exterior.

—Eso es significativo, inspector —señaló el forense al ver cómo Durrell detenía la mirada en el pecho abultado—. Indica que este hombre seguía con vida cuando cayó, o tal vez fue lanzado, a las aguas del Támesis.

El galeno sujetó con la yema de los dedos la cabeza inerte del muerto,

previamente rasurada y desprovista ya de cabello. La alzó un poco en el aire, señalando con un gesto a fin de que observaran la zona occipital del cráneo. Esta presentaba varias hendiduras de distinto grosor y tamaño en la superficie.

—¿Ve qué le digo? —insistió el médico—. A este desgraciado le machacaron la cabeza contra alguna pared o le golpearon con algún objeto contundente varias veces. Es probable que le dieran por muerto y en ese momento lo lanzaran al agua. La muerte se produjo, sin lugar a dudas, a causa de la asfixia por sumersión y no por los golpes. Es muy probable que el infeliz dejase de respirar de forma voluntaria al verse incapacitado para salir a la superficie, entrando en ese momento en estado de hipoxia. Muchos ahogados lo hacen. De forma instintiva o refleja, esto provocó que tragase cantidades de agua en mayor o menor medida, hasta que la severa hipoxia le condujo a un estado de inconsciencia, con la consecuente pérdida de reflejos en las vías respiratorias y posterior entrada de agua en los pulmones. Finalmente, este hombre sufrió un edema cerebral que paralizó todas las funciones hasta provocarle la muerte.

—Es suficiente, doctor. —Durrell atajó la exposición científica, concluyendo que un mayor detalle de las circunstancias de la muerte ya no le proporcionaría pistas añadidas a la investigación.

Durante varias horas, los agentes, siguiendo las instrucciones de Durrell, realizaron arduas gestiones tratando de asignar una identidad al finado. Se descartaba que pudiera tratarse de un vagabundo o de alguien de clase baja, dado las ropas y los objetos personales que llevaba cuando lo encontraron. Durrell indicó a los agentes que debían prestar atención ante cualquier aviso de desaparición de personas de clases acomodada. Pero no fue hasta casi el amanecer cuando uno de los agentes regresó a la morgue acompañado del sirviente de un caballero a quien él mismo había perdido la pista cuando lo esperaba en su carruaje. El anciano se aproximó con expresión circunspecta al cuerpo que yacía inerte e hinchado y, tras acercarse y efectuar la minuciosa

comprobación de los rasgos entonces distorsionados por el rigor mortis de su amo, certificó que el dueño de aquel amasijo de huesos y músculos sin vida era el señor Phineas Latimer.

El sirviente relató al inspector que le había dejado hacía dos noches en las proximidades del lugar donde finalmente había sido hallado, con la orden expresa de Latimer de regresar en su busca al cabo de unas horas. Afirmó también que su señor iba acompañado de un individuo de mala reputación, al que identificó como Cain Blandford y de cuya descripción Durrell tomó buena nota. Al parecer, no era la primera vez que Latimer y Blandford eran vistos en compañía. Siguiendo con su relato, el criado dijo haberse personado a la hora acordada y, no encontrando rastro de su amo ni del tal Blandford, había vuelto a casa, convencido de que el señor había decidido prolongar sus correrías. Sin embargo, cuando transcurridas veinticuatro largas horas de ausencia la señora Latimer comenzó a manifestarle su inquietud, había decidido acudir a Scotland Yard. Al final, allí le habían informado de la aparición de un cadáver que vestía ropas elegantes flotando en el Támesis y, según las palabras del sirviente, pronunciadas con gran afectación y algo menos de franqueza, «había rezado cuanto sabía para que no se tratara de su buen señor Latimer».

—Sin duda alguna, inspector. Se trata de mi señor, Phineas Latimer —expresó lacónico.

—¿Está completamente seguro? —insistió Durrell—. Le ruego que vuelva a mirarlo bien. Debemos asegurarnos antes de comunicar la noticia a la señora Latimer.

El sirviente acercó nuevamente la cabeza al difunto y rastreó con la punta de su enorme nariz verrugosa el rostro hinchado del cadáver. Al cabo de unos segundos en los que parecía a punto de emitir un diagnóstico propio del más erudito científico, asintió con solemnidad.

—Es Latimer, inspector. Reconocería esa cara con los ojos cerrados.

Y por el modo en que lo había dicho, Durrell pudo leer entre líneas que a su

afirmación sobre reconocer la cara de Latimer le habría añadido mentalmente las palabras «de cerdo». Resultaba evidente que el sirviente se esforzaba en mostrarse compungido ante la noticia de la defunción de su amo. Pero sus ojos de viejo zorro expresaban justo lo contrario. Se diría que aquel hombre despreciaba profundamente a Latimer y que, bajo aquella falsa consternación, celebraba que el desgraciado de su amo hubiera abandonado este mundo.

—Está bien, puede marcharse. Permanezca fuera hasta que le avise.

Se quedaron a solas en compañía del cuerpo sin vida de Phineas Latimer. Él, Diego Ponce de La Vega y el forense, quien ya se empleaba a fondo en diseccionar el cuerpo del difunto por si encontraba otros hallazgos significativos. Un cuarto hombre, el sargento McKinnon, hizo acto de presencia minutos después, uniéndose al resto.

—Feo asunto, inspector. Al Comisionado no va a gustarle. Una cosa es que aparezcan muertos unos cuantos rateros sodomitas. Pero un caballero...

—El segundo caballero, McKinnon. No olvidemos que el caso de Francis Townsend sigue abierto. Y, además —le recordó Durrell con resquemor, añadiendo—, este caballero era nuestra siguiente pista a seguir. Pero me temo que será difícil interrogarle en su actual estado.

—No, señor —repitió el sargento, rascándose la barbilla, pensativo—. Esto no será bueno para la reputación del Cuerpo.

—Reunámonos en mi despacho, McKinnon. El señor De La Vega nos acompañará, le recuerda, ¿verdad?

McKinnon estrechó la mano del español.

—Bienvenido de nuevo a Londres, señor. ¿Cómo le fue esta vez por España?

—Gracias, sargento. Una larga y productiva estancia, creo. Por cierto, he traído un par de botellas de Jerez que llevan su nombre.

—Señor, no debió molestarse. —El rostro de McKinnon enrojeció hasta casi alcanzar el color de su pelo.

—Caballeros... Si han terminado con las formalidades —interrumpió

Durrell—. Dejemos que el forense continúe a solas con su carnicería y vayamos a mi oficina. McKinnon, difunda la descripción de Cain Blandford entre los agentes. Conviene que tengamos una charla con ese sujeto.

\*\*\*

Empezaba a recordarlo todo... Aquella bestia que le mantenía cautivo se entrevistaba en otra habitación con alguien. Simon, el criado que, como él, jamás pronunciaba una palabra, se había marchado un rato antes, ebrio y tambaleante, cometiendo el descuido de no echar el cerrojo a su puerta.

No pudo evitar que una de las voces le sonara familiar. Con sigilo, se deslizó por el pasillo y se detuvo frente a la otra puerta, donde aquellos dos hombres urdían otra de sus fechorías. A medida que escuchaba, la voz del recién llegado taladraba su oído y circulaba en dirección a su cerebro... Por fin, logró poner cara al dueño de aquella voz. Fue entonces cuando él pronunció un nombre. Pudo escucharlo claramente... *Annie...* El invitado se reía mientras el otro le daba instrucciones concretas sobre el encargo que le hacía... *Tienes que encargarte de esa zorra, decía... Se toma demasiadas confianzas con nuestra pieza, podría ocasionar problemas... Hay que darle un escarmiento... llévala, llévala allí, a Broadmoor, será divertido, podrás hacer lo que quieras con ella... nadie echará en falta a esa desgraciada...* El invitado asentía sin dejar de reír, mientras decía: *descuide, Latimer, le reservaré a esa puta entrometida la mejor habitación de mi hotel...* Se rio a carcajadas, añadiendo: *yo mismo me encargaré de que reciba las debidas atenciones...* Y se frotó con su asquerosa mano el bulto de la entrepierna.

No podía pensar con claridad mientras aquello martilleaba de manera incesante dentro de su cabeza. *Broadmoor, Broadmoor...* Lo recordaba, lo recordaba... Había sido su primer infierno... Y ahora querían llevársela allí... Y si lo hacían, ella nunca volvería a traer sus margaritas, nunca volvería a canturrear para él... Si lo hacían, Annie ya no sería nunca más

Annie. Aquel lugar anularía todo lo bueno que había en ella y la convertiría en un desecho de huesos y carne sin alma.

No podía permitirlo. No podía. Después, todo había sucedido muy rápido. Se había escondido en su cuarto, esperando que aquellos monstruos abandonaran la casa. Los vigilaba desde su ventana. Un carruaje se había detenido frente a la casa y los dos habían subido al mismo. Al ver que se perdían en la distancia, saltó por la ventana y siguió aquel carruaje, corriendo cuanto podía, ocultándose en cada esquina, anotando mentalmente los pasos y los lugares en los que se detenían.

Cuando el coche se detuvo, ambos descendieron del mismo y se dirigieron a uno de los tugurios que solían frecuentar en aquella dirección. Aguardó un tiempo mientras aquellas ratas despreciables saciaban sus apetitos. Latimer fue el primero en salir. Tomó una de las callejuelas estrechas y oscuras que conducían al Támesis. Lo persiguió en la penumbra con tanto sigilo que era imposible que nada lo previniera sobre su presencia. Latimer no tuvo tiempo de gritar cuando una sombra se abalanzó sobre él y nada pudo hacer para detener la sucesión de golpes que le llovían. Suplicaba como el cobarde que era, pero nada que hiciera o dijera podía ya detener el merecido final que le esperaba. Y aunque no lo sabía, cada golpe que recibía llevaba el nombre de Annie y, con cada uno, le devolvía a ella un poco de su dignidad.

Estrelló la cabeza de Latimer, una y otra vez, contra la pared hasta que, poco a poco, la rabia fue cediendo. Yacía en el suelo, no sabía decir si vivo o muerto. En verdad, poco le importaba. Lo arrastró hasta el embarcadero más cercano y lo lanzó a las frías aguas del Támesis, observando cómo, lentamente, su cuerpo era engullido por estas.

Regresó sobre sus pasos y esperó pacientemente, como un cazador que acecha a su presa, a que el otro abandonara el tugurio. No se hizo esperar. Al poco lo vio salir, la cara y la nariz rojas, la camisa empapada en sudor, la expresión satisfecha de quien ha cumplido sus fantasías más viles.

Pensó de nuevo en Annie, en aquello que pretendía contra ella... Imaginó a

aquel engendro, de quien ya conocía los horrores que era capaz de idear, poniendo sus manos sobre una indefensa Annie, babeando sobre sus senos, aplastando su cuerpo y arrancándole la inocencia con su aliento apestoso. Lo imaginó encerrándola en aquel lugar más demencial que los propios dementes que albergaba, torturándola, negociando con otras mil maneras de violarla y ultrajarla... Con cada imagen terrorífica que le pasaba por la mente su ira crecía de un modo que era imposible contener... Su yo martirizado clamaba justicia por cuanto había sufrido y por cuanto querían hacer sufrir a Annie, cuyo único delito había sido mostrar su piedad hacia él.

Su furia era su mejor arma. Aquel cerdo sin entrañas caminaba ensimismado en sus maquinaciones perversas. Lo atrapó por la espalda, apretándole fuertemente la garganta con su brazo, arrastrándolo hasta la pared de aquel callejón donde no circulaba un alma.

El monstruo se rebeló pues, aunque iba distraído con sus maldades y embriagado de sexo y alcohol, conservaba cierto raciocinio, el suficiente para darse cuenta de que, si no se defendía, aquel sería el último de sus muchos días de malnacido. Se soltó como pudo, revolviéndose como la serpiente que era, enfrentándose cara a cara con quien le agredía, dispuesto a vender cara su piel. Lo agarró de las solapas de la chaqueta, inmovilizándolo contra la pared, dejando que la tenue luz de la luna iluminara apenas la cara de quien pretendía acabar con su vida. Sus ojos de rata inmunda se abrieron desmesuradamente, como si no diera crédito a lo que veía.

—Tú... ¡maldito piojoso! ¿Cómo te has escapado? Ese idiota de Latimer va a pagarlo caro cuando su socio se entere... —No terminó la frase. La mirada en los ojos grisáceos de aquel joven indicaba que Latimer ya no tendría oportunidad de pagar ni esa, ni cualquier otra deuda que tuviera en el mundo de los vivos.

El joven aprovechó su sorpresa para zafarse de aquellas viles manos. Lanzó sus puños contra la cara del monstruo, una y otra vez... Era tanta la furia que guiaba sus movimientos, que el otro no lograba detener ningún golpe, se

cubría la cara y lanzaba alguno a su vez, con tanto desatino que erraba dos de cada tres que daba. El joven encajaba los que le alcanzaban como si le ocasionaran un daño mínimo, pese a que la sangre le corría por la nariz, la ceja y los labios. Aquel monstruo era tan estúpido que no lo comprendía. Por más que se defendía, no podía lastimar a quien, a fuerza de cruel entrenamiento, ya había rebasado todos los límites del dolor.

El cerdo se veía derrotado, así que hizo lo que haría cualquier cobarde como él. Sacó de su bolsillo una navaja de afilada hoja y la lanzó contra el joven, quien la esquivó con suerte de que el cuchillo solo le rozó superficialmente el costado. Una y otra vez, lanzó el miserable su navaja, buscando la menor distracción para clavarla en alguna zona que cobijara un órgano vital.

Pero el joven tenía la agilidad de un felino y el recuerdo de las torturas aún fresco en la memoria. Además, contaba con un arma poderosa que el otro no poseía: le quedaba un resquicio de alma que le empujaba a proteger a Annie con su propia vida. Agarró el brazo del cobarde que empuñaba la navaja y lo retorció con tanta fuerza que oyó como los huesos se quebraban, quedando el miembro colgando sin vida a un lado del cuerpo y el afilado cuchillo a los pies de ambos.

Pero el cerdo no se rindió al ver mermadas sus facultades. Lejos de ello, empujó al joven y se agachó para recoger el cuchillo con el brazo que le quedaba ileso. Lo blandió con expresión asesina.

El joven apresó aquella mano en el aire y, antes de que la punta tocara su cara, logró doblarle la muñeca hasta girar completamente el cuchillo y llevarlo al lado contrario, justo frente a los ojos de la comadreja. El otro comprendió que su tiempo se agotaba. Pero como su podrido corazón no recordaba oraciones, malgastó sus últimos minutos con súplicas inútiles.

—Por favor, piedad...

El joven lo miró con sus ojos de espejo que habían contemplado la maldad en todas sus manifestaciones. *Por favor, piedad...* Recordó todas las veces

que él mismo había pronunciado la frase, todas las veces que otros como él, hombres, mujeres y niños, la habían pronunciado con lágrimas en los ojos, mientras el monstruo que tenía ante sí reía, aplaudía y orinaba sobre ellos... Supo que solo había una cosa que pudiera hacer, algo que no borraría las heridas ni cambiaría el pasado... Pero había que hacerlo. Clavó hasta el fondo aquella navaja, incrustándola en uno de los ojos desorbitados de aquella mala bestia.

Se escuchó un brutal alarido, un sonido tan natural como la lluvia en aquel sórdido barrio. Como era de esperar, nadie acudió a la llamada. Aquel único ojo, abierto, con su negra pupila muy dilatada, lo miraba como si no diera crédito a lo que ocurría.

El joven lo empujó y observó la tapa de alcantarilla medio rota a escasos centímetros, muy cerca del cuerpo de aquel demonio que aún seguía con vida. Sin pensarlo un segundo, levantó la pesada tapa y de una patada lanzó al cerdo por el hueco libre. Se arrodilló ante el oscuro agujero. Sonrió al escuchar en las profundidades del túnel el lejano y característico chillido de las ratas, mezclándose con los gemidos de aquel desgraciado. Esperó unos segundos en los que aquellos chillidos se escucharon más nítidos, más cercanos. Los hambrientos roedores pronto comenzaron a dar buena cuenta del inesperado festín, ignorando por completo las súplicas de aquel cerdo. Pues aun siendo ambos animales, ninguno entendía el idioma del otro y, como sucedió en Babel, fue imposible que se entendieran.

\*\*\*

Durante la noche, había vagado sin rumbo por las calles, desorientado y confuso, y después, sus pasos le habían conducido como un autómata hasta aquella puerta tras la que habitaba el espíritu amable de Annie. No recordaba cómo había llegado hasta su calle, ni haber golpeado su puerta con los nudillos ensangrentados. No recordaba haber atravesado la puerta bajo la

mirada espantada de la joven. Todo había sucedido como si formase parte de un sueño.

Aceptó en silencio las prendas que le ofrecía la muchacha. Ella vivía en un cuchitril minúsculo y miserable de la calle Little Collingwood, en Bethnal Green.

No había hecho preguntas. Al descubrir la sangre en sus ropas, se había cubierto la boca para ahogar un grito, había asomado la cabeza para comprobar que nadie le seguía y había tirado de él para introducirle a toda prisa en su humilde cuartucho. Seguidamente, lo ayudó a asearse con rapidez y después lo envolvió con sus brazos, susurrándole palabras de consuelo mientras le acariciaba el cabello, reconfortándole como nadie lo había hecho jamás.

Annie, la muchacha a quien su padre había marcado el rostro para siempre, la chica a quien aquel malnacido había manoseado los pechos con sus zarpas repugnantes. Annie, con su media sonrisa rota por aquella horrible cicatriz y, sin embargo, el corazón rebosante de bondad y compasión hacia un extraño lunático como él. Annie le contemplaba en ese instante con expresión interrogante, sin juzgarle, sin condenarle... Necesitaba respuestas.

Empero, no podía dárselas, pues el recuerdo vago de lo que había hecho se diluía en su mente como un azucarillo en una taza de té. Y las partes del recuerdo que aún se mantenían nítidas eran tan horribles que temía espantarla. Por otro lado, como ella conocía su eterno silencio, no esperaba que sus labios pronunciaran sílaba alguna, así que permaneció en sepulcral mutismo mientras ella le pasaba un paño húmedo por la cara para retirar las huellas de lo acontecido horas antes.

—Ya no debe tener miedo, señor. Conmigo estará a salvo. Annie le cuidará bien. Esos hombres malvados no sabrán *que'stá* aquí, *l'ocultaré t'ol* el tiempo *c'aga* falta... *Usté pué* confiar en mí.

Sin pensarlo, aferró la mano de Annie, presionando sus dedos bajo los suyos, aplastándolos contra su rostro. La miraba con ojos muy abiertos...

Quería decirle algo, tal vez gracias... Quería decirle que era hermosa a pesar de aquella cicatriz, que era tal y como imaginaba que serían los ángeles en aquel Paraíso al que él le estaría vetada la entrada... Pero su boca permanecía sellada por el paso del tiempo, por el dolor y las humillaciones.

—Conmigo no *tié* que confesarse, señor. —Ella le soltó la mano con delicadeza, le acarició con la yema de los dedos la áspera mejilla y continuó con su labor, gentil y callada.

Un buen rato después, sirvió un par de cuencos con caldo caliente. El alimento había sido cocinado con unas pocas legumbres y un pedazo de zanahoria y condimentado con toda la dulzura de Annie.

Lo sorbió lentamente, como si aquella bebida fuera una poción mágica que sanaría todos sus males y perdonaría todos los pecados que ella sabía que había cometido, aunque no le importase, y su buen corazón le otorgase el perdón.

—Ellos lo buscarán. Querrán saber su paradero y no dejarán de buscarlo incluso bajo las piedras. Debe quedarse aquí, con Annie... Yo cuidaré *d'usté*. Reuniré algo de dinero y, cuando lo tenga, podrá marcharse *pa* siempre. Podría comprar un pasaje en uno de esos barcos con destino a América. Allí, será libre y tendrá una vida nueva... Nadie decidirá nunca más sobre su destino.

La miró de nuevo, maravillado por sus planes, por su generosidad... Ella le prometía una vida nueva que le proporcionaría con el fruto de su trabajo, con los sinsabores de su ingrato empleo donde otros cerdos infames se arrogaban el derecho a ultrajarla por su condición humilde.

—No se preocupe por mí... Mire mis manos... —Se las mostró con orgullo, las uñas muy cortas y negruzcas—. Son fuertes, véalas. Puedo trabajar mucho por los dos.

Sonrió al ver cómo el hombre clavaba su mirada interrogante en ella.

—Sé lo que piensa... Se pregunta por qué hago esto. —Ella titubeó antes de sonreír con ternura—. No tema nada. No espero que me lo devuelva ni que

me lleve con *usté*. Solo soy una pobre ignorante y sería un estorbo... Pero estaré feliz de ayudarlo.

Él continuaba mirándola con aquella expresión confusa de quien nunca había recibido una atención.

—¿Quiere saber por qué lo hago? —Annie le quitó el cuenco vacío de las manos y le acarició el mentón con sus dedos callosos a causa del trabajo—. Porque *usté* nunca *m'a mirao* mal. Nunca *m'a tratao* como una fregona. Nunca quiso tocarme ni *m'a mirao* con asco o desprecio. *Usté* siempre *m'a mirao* como a una persona... Y aunque no lo sabe, porque *tol mundo h'asío* cruel con *usté*, hay en su interior una gran bondad. Sé que Dios, a su manera, lo ha *elegío pa* que sea su instrumento. Soy demasiado bruta *pa* comprender cuál es su misión. Pero estoy segura, en el fondo de mi corazón, de que su alma es buena, señor.

Él sintió que aquella confianza ciega que Annie depositaba en él, le devolvía parte de la condición humana que creía perdida. No era una bestia, no era un despojo ni un piojoso. Era un ser humano. Recordó que incluso tenía un nombre, uno que, durante una eternidad de humillaciones, nadie había usado nunca más para dirigirse a él. Annie había mirado en su interior y desde aquel recóndito lugar oculto el niño asustado que recibía palizas recordó cuál era aquel nombre.

—Will. —Sus labios lo pronunciaron con inseguridad, pues tampoco recordaba el sonido de su propia voz y escucharse a sí mismo le provocó un ligero estremecimiento.

—¿Disculpe, señor? —Annie parecía tan sorprendida como él.

—Will... Soy Will.

## Capítulo 13

Celestia e Isabel aguardaron a que la doncella regresara con las tazas de té que amablemente les había ofrecido. El rostro de su amiga denotaba la inquietud que le producía aquella visita. La miró de soslayo, reparando en sus facciones redondeadas, en las pequeñas arrugas que se formaban en su frente despejada, en los ojos de un raro tono violeta y en el cabello cuidadosamente recogido en un sobrio peinado. Presionó su mano, afectuosa, tratando de aliviar la tensión. Adivinaba que esta provenía de alguna situación violenta vivida en su propio hogar.

—Querida Isabel... Ojalá pudiera evitarte la tortura que vives cada día en esa casa. Sospecho que Hermione se ha empleado con todas sus armas últimamente contra ti.

Isabel encogió los hombros.

—Deberías hablar con tu padre de ello. Me niego a creer que no guarde en el fondo de su corazón un poco de amor para ti. Estoy segura de que, si conociera los tormentos a los que te somete Hermione, pondría de inmediato fin a sus crueles acciones —insistió Celestia, incapaz de contener su rabia.

—Mi padre consiente cada uno de sus caprichos. Detesta ocuparse de los asuntos domésticos desde que mamá nos dejó cuando éramos niñas. Delega en Hermione esa tarea y, a cambio, la malcría aun a sabiendas de que sus excentricidades suelen tener consecuencias muy graves. Hace mucho tiempo resolví que mi prudencia es una de las pocas virtudes que mi padre aprecia de

mi persona. Así que trato de pasar inadvertida y no hacer ruido. Como recompensa, él consiente en mi soltería, dispongo de una cuenta abierta en la librería para adquirir todos los libros que deseo y deposita anualmente una buena cantidad de libras para mi porvenir cuando él falte. Me conformo con eso, Celestia. Un buen día, mi padre morirá y Hermione se hará con el control absoluto de la casa. No dudes que tardará apenas unas horas en sacarme de allí y, por fin, será la auténtica emperadora de su imperio de maldad y perversión. Cuando llegue ese día, prepararé mi escaso equipaje y seré completamente libre y entonces...

—¿Entonces...?

—Puede que monte una pequeña escuela para señoritas. Y si dejas de insistir en que protagonice una sublevación familiar... puede que hasta te ofrezca ser mi socia —bromeó, sonriendo con aquella sonrisa que no era acostumbrada en ella.

Celestia relajó su expresión, sonriendo también.

—No sé cómo podré agradecerte que me hayas acompañado, Isabel —dijo Celestia cambiando de tema.

—No digas bobadas. Para eso están las amigas. Y, por cierto, aún no me has puesto al corriente sobre ese encuentro con el abominable señor Shelley. Escuché cómo Hermione se jactaba con ese petulante de cómo habían tratado de avergonzarte la otra noche. Aunque parece que tu atractivo inspector dio al traste con sus planes y con buena parte de su amor propio. —Isabel frunció el ceño, analizando los cambios que se producían en la expresión de su amiga al mencionar a Durrell—. A mí no puedes engañarme, Celestia. Tus ojos brillan intensamente cada vez que alguien pronuncia su nombre.

—Te ruego que no prosigas, Isabel. Me resulta sumamente incómodo hablar de ese caballero en estos momentos... —Ocultó la mirada, temiendo que la perspicacia de Isabel pusiera al descubierto sus sentimientos con respecto al inspector.

—Celestia... —Isabel buscó su mirada, abriendo desmesuradamente los

ojos al hallar en los de su amiga lo que temía desde hacía algún tiempo—. ¡Oh, Dios mío! Dime que no te has enamorado de él, dime que no has... Oh, Dios, mira tu rostro... ¡Totalmente escarlata! Celestia Philippa Townsend... ¿Acaso ha habido más que palabras entre vosotros? He acertado y lo sabes, tu silencio te delata, amiga ¡No puedo creerlo! ¿Cómo has podido ocultármelo? Y yo que pensaba que habrías aprendido la lección con ese engreído de Shelley. Supuse que mostrarías mayor cautela después de aquello.

—No es lo que parece... Y Morgan Durrell no es como Shelley, ni siquiera se le parece un poquito —lo defendió con vehemencia, añadiendo enseguida con tono poco convincente—: Y, además, no estoy enamorada de él.

—Vaya... Así que no es como Shelley. Es un alivio al menos.

—Isabel...

—Celestia... Perdona que sea tan franca. Pero me aterra pensar que tu criterio pueda verse afectado por la reciente pérdida de Francis. Odio ser yo quien te lo recuerde. Pero ese horrible Shelley, quien, por cierto, suele colarse en la alcoba de mi hermana a la menor ocasión, sigue alardeando sobre vuestra desafortunada y breve aproximación. No soporto su petulancia ni la forma en que él y Hermione manipulan con sus embustes las voluntades ajenas.

—Sé que me hablas con la mejor de las intenciones, Isabel. Pero no quiero hablar más del asunto. ¿Seguirás siendo mi amiga a pesar de ello? Di que sí, te lo ruego.

—¿Tu amiga? De sobra sabes que te considero de la familia. De hecho, eres más de la familia que mi propia familia. —Isabel la abrazó y, después, se dedicó a curiosear a su alrededor.

Mientras tanto, Celestia aprovechó también la ocasión para examinar con minuciosa atención los detalles de la estancia. Cada rincón del pequeño salón era el vivo reflejo de su peculiar inquilina, la señora Eusapia Palladino, toda una institución en los asuntos del Más Allá. De origen italiano, la señora Palladino había recorrido Europa celebrando sus extravagantes sesiones. Por

casualidad, se había instalado en Londres para una breve estancia, según le habían informado.

Algunos decían que su presencia allí se debía al ferviente deseo de la señora Palladino de obtener el reconocimiento del señor William Crookes, eminente científico y miembro de la Real Sociedad. En los últimos años, Crookes había dedicado buena parte de su labor científica a investigar fenómenos psíquicos, contribuyendo a desenmascarar a los más hábiles impostores y, por contra, encumbrando a otros cuyas prácticas había certificado como auténticas. Palladino ansiaba que Crookes aceptase públicamente sus dotes como médium, lo que sin duda contribuiría a acrecentar la reputación con la que ya contaba en Varsovia, París y Nápoles.

Fuera como fuera, Eusapia Palladino estaba en Londres. Y Celestia había logrado que Isabel la acompañara en aquella visita que le producía no poco desasosiego.

—Todos esos objetos me provocan verdaderos escalofríos —apuntó Isabel, señalando los libros de la estantería, forrados en sospechosa piel rugosa, cuyos lomos mostraban los títulos más estremecedores. *En brazos de los espíritus, Voces del Más Allá, Mensajes de Ultratumba...* Junto a los citados manuales, una gran variedad de figuras que representaban seres mitológicos o cuerpos mutilados. A un lado de la estancia, un torno de barro y, al otro lado, lienzos a medio dibujar con rostros de facciones deformadas. Isabel suspiró y añadió—: Estoy segura de que Hermione encontraría muy atractivo este lugar. Hay multitud de cosas perversas. Y ella adora la perversión en cualquiera de sus manifestaciones.

Celestia sonrió también, mostrando su conformidad. No podía por menos que admirar a Isabel, quien mantenía su sentido del humor pese a su mortificada existencia.

—Pero ruego a Dios por que esa impostora se presente cuanto antes, Celestia —manifestó Isabel, sin ocultar la desconfianza que sentía—. He dejado una lectura a medias en casa y sabes que odio interrumpir una buena

historia.

—¿Qué libro ocupa en estos días tus horas, Isabel? Sabes que aguardo cada recomendación y tengo en muy alta estima tu parecer.

—Madame Bovary, del señor Flaubert —informó Isabel, resplandeciente, pues la literatura era uno de sus temas favoritos de conversación—. Y, aunque no quiero desvelarte los detalles de la historia, te diré que esa señora Bovary es el ser más egoísta y frívolo de cuantos personajes he conocido en mis libros. Por más que he intentado empatizar con sus circunstancias y sentimientos, no he logrado hallar en la susodicha la menor cualidad. Por contra, Emma Bovary me resulta absolutamente mezquina y veleidosa. Ambas cualidades me recuerdan demasiado a ya sabes quién y, tal vez por ese motivo, estoy siendo poco tolerante con sus defectos.

—No lo creo. Desde que nos conocemos, Isabel, has demostrado ser extremadamente juiciosa y transigente. Dudo que emitas un veredicto erróneo. Más bien me inclino a pensar que la protagonista de tu historia es tan detestable como la describes.

—En cualquier caso, no es Madame Bovary quien nos ocupa ahora, sino esa presunta médium a quien aún no tenemos el honor de conocer. De veras, Celestia, ¿acaso, en un alarde de sus poderes sobrenaturales, piensa materializarse sobre nuestras cabezas cuando hayamos perdido toda esperanza de que nos reciba?

Isabel se burlaba. Pero cualquier rastro de buen humor desapareció en cuanto la puerta de la estancia se abrió, dando paso a la imponente figura de Eusapia Palladino. Ambas jóvenes quedaron profundamente impresionadas por la presencia de la mujer.

Debía contar unos treinta años, pero su aspecto recordaba al de alguien mucho mayor. De complexión robusta, enfundada en aquel traje gris oscuro, abotonado desde el cuello hasta la cintura, en el que no había adorno alguno. El cabello negro recogido sin gracia en la parte superior de la cabeza, algunos mechones desordenados cayendo sobre la frente y las orejas. Tenía la tez

ligeramente bronceada propia de quienes provenían de la zona mediterránea, la nariz prominente, marcada por el hueso superior del tabique que sobresalía del resto de sus facciones y se afilaba a medida que descendía sobre la boca de labios imperceptibles. Pero el rasgo que sin duda causaba mayor impresión a las jóvenes, eran sus ojos, negros como la noche. Su mirada era penetrante, de un modo tal que parecía que pudiera ver incluso los pensamientos que cruzaban en ese instante la mente de sus invitadas.

Sin mediar palabra, Eusapia alzó su mano derecha y extendió su dedo índice en dirección a Isabel, quien se aproximó, aún más si cabía, a su amiga.

—Usted, señorita. Dado que no cree un ápice en mis facultades, puede marcharse ahora mismo. En cuanto a usted... —señaló ahora a Celestia, quien aguardaba, conteniendo la respiración, el veredicto de la médium—, si abandona cualquier reserva que pudiera tener hacia mi persona, tendrá la oportunidad de contarme su historia.

Una sirvienta acompañó a Isabel hasta el pasillo exterior, desoyendo sus protestas y acomodándola en otra salita mientras Celestia permanecía con la extraña mujer.

Celestia se mordió los labios, repasando mentalmente los motivos que la habían conducido hasta allí y acariciando con los dedos el pequeño amuleto que le había entregado la gitana en el parque. Se le antojó que todo aquello no era más que una ilusión, algo que respondía a su ferviente deseo de hallar respuestas y de encontrar un poco de paz tras la pérdida de Francis.

—No se equivoque, señorita Townsend —dijo de repente Eusapia con su tono grave y un tanto masculino, provocando un sobresalto en la distraída joven.

—¿Cómo... cómo sabe mi nombre? —preguntó con un hilo de voz.

—Usted entregó una nota firmada a mi sirvienta cuando solicitaron que las recibiera, querida. —La mujer sonrió y, al momento, su expresión se tornó amable y cordial.

Celestia comprendió la broma. La señora Palladino trataba de romper el

hielo y ganarse su confianza, algo que lograba a medida que su apariencia fantasmagórica desaparecía milagrosamente.

—No se equivoque, señorita Townsend —repitió, acercándose a la ventana y apoyando su mano en el frío cristal. Le hizo un gesto para que la acompañara y Celestia obedeció en silencio—. Puede que encuentre sumamente extravagante mi persona y los rumores que circulan sobre mí. Pero, a menudo, estos rumores magnifican la realidad de un modo sorprendente. Debe saber que la línea que separa nuestro mundo de ese otro mundo plagado de almas afligidas es tan delgada como este cristal. En ocasiones, una pobre alma que no encuentra descanso intenta con todas sus fuerzas atravesar el cristal, manifestándose a través de las formas más desconcertantes. Podría ser esa pequeña libélula que revolotea ahí afuera... o incluso la mariposa que oculta entre sus manos.

Celestia tembló. Titubeó un instante antes de abrir la palma de su mano y mostrarle el amuleto.

Eusapia lo contempló con los párpados entrecerrados y el ceño fruncido.

—La muerte no es el fin, señorita Townsend —dijo con seriedad, provocando otro estremecimiento en la joven, quien rápidamente reconoció en su afirmación las palabras de la anciana gitana.

Eusapia caminó lentamente hacia uno de los lienzos vacíos y tomó un delgado carboncillo entre el pulgar y el índice. Cerró los ojos y lo deslizó, con trazos suaves, sobre la tela. Mientras lo hacía, parecía encontrarse en trance, por lo que su siguiente circunloquio desconcertó a Celestia.

—Algunos muertos, especialmente los que hallaron su fin de un modo injusto e inesperado, se valen de estas hermosas y sutiles mensajeras. Observe el noble color de sus alas... Nada debe temer de esta pequeña emisaria, pues su tono níveo trae una advertencia claramente protectora. Ningún mal le desea el espíritu que pretende contactar con usted. Todo lo contrario, señorita Townsend. Su espíritu errante desea advertirle de algún peligro. Mucho debe amarla para atravesar el Valle de las Tinieblas y desafiar

a sus temibles guardianes.

En la última sílaba, Eusapia abrió repentinamente los ojos y giró el lienzo hacia la joven, enseñándole el resultado de su trabajo. Celestia se quedó sin aliento al reconocer de inmediato las queridas facciones.

—Francis... —susurró Celestia, sintiendo que una mano invisible le oprimía el corazón al pronunciar su nombre.

—Así es, querida.

—No comprendo... ¿Qué quiere de mí... cómo puedo ayudarlo...? —inquirió, desesperada, añadiendo—: ¿Acaso sería posible que hablase con él? Si al menos pudiera despedirme, escuchar el timbre de su voz una vez más... Por piedad, señora... Sea completamente franca conmigo, pues no hay nada en este mundo que pudiera ofrecerme más dicha.

Eusapia Palladino la miró con sincera indulgencia, negando con un gesto mientras le tomaba ambas manos y las presionaba afectuosamente.

—Por desgracia, querida, eso no es posible. Los muertos han de estar donde deben estar. Y los vivos deben permanecer en este mundo e interpretar sus mensajes para ayudarles a encontrar la paz. Eso es lo que él quiere. Debe usted buscar respuestas, averiguar qué le sucedió y porqué. Solo entonces, el alma de su hermano hallará reposo.

—No he dicho que fuera mi hermano... —murmuró Celestia, hipnotizada por aquellos ojos oscuros.

—Querida, le dije que debía desprenderse de todos sus prejuicios —recordó la mujer, sonriendo de nuevo—. Sea fuerte, señorita Townsend. Deberá enfrentar algunos demonios y precisará de toda su fortaleza para ello. Y, por favor, advierta a su amiga. Dígale que guarde bien sus espaldas, pues es muy probable que, pronto, ella deba luchar también contra sus propios demonios.

Y sin añadir una palabra más, la despidió. Celestia se reunió a toda prisa con Isabel, ansiosa por relatarle su encuentro con la enigmática señora Palladino.

\*\*\*

La señora Alicia Latimer le recibió con amabilidad, haciéndole pasar a una salita donde ya aguardaba un servicio de té con el que enseguida le obsequió.

Era una mujer aún joven, no más de cincuenta años, aunque, en conjunto, aparentaba tener más. Puede que en otra época hubiera sido una mujer hermosa, pero era imposible imaginarlo con su actual aspecto. La tez pálida y el cabello negro ligeramente teñido de plata en los laterales, recogido en un sobrio moño, los ojos castaños hundidos y los finos labios, le conferían, junto con su vestido de luto, un aspecto de lo más sepulcral.

—Lamento importarla con mi visita, señora Latimer —se disculpó Durrell, aceptando la taza de té que ella le ofrecía. Reparó en la firmeza de sus dedos y en la serenidad de sus facciones.

—No me importuna, inspector —dijo ella sin alterar un ápice su expresión impávida—. Además, Hortensia Willbrough me ha dado excelentes referencias sobre usted. Sepa que ella le admira profundamente, señor.

—Me halaga, señora Latimer. Y le agradezco su comprensión. Supongo que mi presencia no es grata, dadas las circunstancias.

—¿Se refiere a las circunstancias en que falleció mi esposo? —Ella lo preguntó con frialdad, añadiendo—: Inspector Durrell, no voy a andarme con rodeos. Esperaba que, tarde o temprano, ese desnaturalizado que era mi marido hallaría un final así. Por suerte, ha sido antes de lo que esperaba. Y mentiría si dijera que la noticia de su muerte no ha sido un verdadero alivio. No se deje engañar por mi luto, señor. Vivimos en una sociedad hipócrita donde las apariencias lo son todo, y debo guardar las mías. Pero, francamente, no le mentiré fingiendo ser una viuda desconsolada por la pérdida de su amado esposo. Si existe una Justicia Divina, Phineas Latimer debe estar en este momento ardiendo en el Infierno. Y yo lo celebraré con gusto cada día del resto de mi vida, con el poco dinero que ese maldito me haya dejado en herencia.

Durrell frunció el ceño. La señora Latimer esbozó una sonrisa triste.

—Inspector Durrell. Me casé con ese retorcido cuando solo contaba dieciocho años. Mis padres arreglaron nuestro matrimonio, pues él contaba con una buena renta y yo era la menor de cuatro hermanas. Nuestra dote no alcanzaba para concertar matrimonios perfectos para todas. Yo temí lo peor desde el momento en que ese demonio puso los ojos sobre mí. Algo me decía que sus galanteos ocultaban su verdadera naturaleza dañina. Por desgracia, mis sospechas se confirmaron en nuestra misma noche de bodas, de la que no le daré más detalles para no incomodarle. Por fortuna para mí, Phineas pronto empezó a aburrirse con mi presencia. No le satisfacía ultrajarme mientras yo permanecía rígida como una estatua y como, gracias a Dios, jamás quedé encinta, un buen día dejó de asaltar mi alcoba. Comenzó a frecuentar ese burdel de la calle Charlotte, donde al parecer daba rienda suelta a todas sus perversiones. Algún tiempo después, supe que tampoco eso era suficiente para él, que sus aberrantes inclinaciones le habían conducido a otro lugar peor en la calle Cleveland. Y, recientemente, su comportamiento y ciertas compañías me hicieron sospechar que andaba metido en algo más que prefiero no imaginar.

La señora Latimer abandonó su asiento, se acercó a la mesa contigua y le entregó una pequeña caja de madera noble.

—Ahí tiene todo lo que ese ser despreciable guardaba en un escondite oculto bajo su escritorio. Espero que le sirva de ayuda, inspector. Mi esposo ya está rindiendo cuentas por sus actos, pero hay otros como él, puede que peores. Confío en que usted pueda hacer algo para que todos paguen por sus pecados.

Durrell asintió, levantándose y colocando la caja bajo su brazo. Le tendió la mano libre y la mujer la estrechó con fuerza entre las suyas. Estaban heladas, pero eran firmes, tanto como lo era aquella valiente mujer.

—Le prometo que haré cuanto pueda.

—No lo dudo, señor. Usted parece un buen hombre. Su padre también lo

era —comentó ella, mirándole afectuosamente.

—¿Le conoció usted? —inquirió Durrell con curiosidad.

—Desde luego. Todos lamentamos cuando la pobre Felicia se quitó la vida de aquel modo tan horrible. Su pobre padre jamás se lo perdonó a sí mismo —dijo la señora Latimer.

Durrell no dijo nada. A juzgar por sus recientes descubrimientos, su secreto no estaba tan a salvo como sir Charles, Viola y él mismo, habían creído. Sin embargo, no había nada en la expresión de ella que le indicase censura o prejuicios.

La señora Latimer alzó su mano para acariciarle el mentón, con la misma ternura que habría empleado con un hijo si la vida no la hubiera castigado con aquel infame esposo.

—Mi buen inspector Durrell... Todos tenemos nuestros secretos, nuestros pequeños pecados. Detalles intrascendentes que ningún daño hacen a nadie. Son otros pecados los que han de inquietarnos. Confío plenamente en que usted dará buen uso a esa caja. Y si mis sospechas son ciertas, detendrá esa locura y pondrá a salvo a los inocentes.

\*\*\*

Celestia aguardó pacientemente declinando la invitación a tomar el té de la buena señora que ejercía como ama de llaves para el inspector Durrell. Era consciente de que la mujer no le quitaba los ojos de encima, intrigada tal vez porque ella se hubiera anunciado de manera intempestiva e insistiera en entrevistarse con su patrón sobre temas estrictamente profesionales.

—¿De verdad no desea tomar un té mientras espera, señorita? —repitió la mujer, tomándose su tiempo al abrillantar, por cuarta vez, el pisapapeles de cabeza de león que mantenía en orden los documentos sobre la mesa de trabajo del inspector.

—Es muy amable...

—Viola. Así me llamo, sí señor... —sonrió la mujer con cierto nerviosismo, frotando con más energía si cabía la pieza de alabastro.

—Gracias, Viola. No quiero ocasionarle ninguna molestia.

—Oh, pero no es en absoluto una molestia. Puedo prepararle un emparedado en un periquete para acompañar esa taza de té. Disculpe mi atrevimiento, señorita... pero se la ve muy pálida, ¿se encuentra bien?

Celestia asintió con un gesto. En realidad, la turbaba enormemente aquella habitación y el recuerdo de lo que allí había sucedido hacía unos días. Por supuesto, no podía confesarle a Viola que el origen de su inquietud estaba a punto de llegar. Y, sin embargo, apenas había conciliado el sueño desde entonces.

Los sentimientos que el inspector despertaba en ella se unían en sus desvelos con las circunstancias que rodeaban la muerte de Francis, provocándole los sueños más confusos. Además, la visita a la señora Palladino solo había logrado confirmar lo que ya sospechaba. Que Francis trataba, de algún modo, de comunicarse con ella, de alertarla de algún peligro. Por tal motivo y por aquel artículo ruin publicado en los ecos de sociedad del Times, que guardaba en su bolso, había resuelto que no se marcharía aquel día de allí sin obtener algunas respuestas sobre ambos asuntos.

—De veras, Viola. Es usted muy gentil, pero no podría probar bocado aunque quisiera. Le ruego que siga con sus quehaceres como si yo no existiera. Le prometo que permaneceré en este mismo lugar como una estatua de piedra hasta que el señor Durrell tenga a bien regresar. Y le doy mi palabra de que no husmearé entre sus cosas —añadió, sospechando que la insistente presencia de la mujer respondía precisamente a aquella preocupación.

—Señorita, voy a serle franca: si el inspector Durrell la encuentra a solas en su despacho, es muy capaz de pedir mi cabeza servida en bandeja. No sabe usted qué humor se gasta ese muchacho. —Se atrevió a sonreír entonces abiertamente la mujer, colgándose su paño al hombro para darse un merecido

descanso en la tarea de brillantar el pisapapeles impoluto.

Celestia percibió el tono cariñoso y cercano de Viola al expresarse sobre su patrón, así que se aventuró a indagar un poco más, ansiosa por conocer cualquier detalle acerca de aquel hombre.

—Viola, usted sirve al señor Durrell hace bastante tiempo, ¿no es cierto?

—Desde que era un mocoso, señorita —titubeó unos segundos antes de continuar—. Vine para cuidarlo cuando apenas era un chiquillo al que su tío, Dios lo tenga en la Gloria, tuvo el buen gesto de acoger.

—Supongo que entonces conocerá los motivos por los cuales no se ha casado. Un hombre atractivo y no mal situado económicamente, habrá tenido más de una oportunidad de formar una familia —la aguijoneó, esperando que fuera suficiente anzuelo para soltarle la lengua—. Es un milagro que siga soltero, ¿no le parece? Le confieso que suscita mi sana curiosidad. Aunque no me interprete mal, Viola, no albergó ningún interés personal sobre la cuestión más allá de la mera anécdota en sí.

—Señorita, debe perdonar nuevamente mi franqueza. Pero sabe muy bien que ni el señor Durrell aprobaría nuestra conversación, ni usted está siendo del todo sincera con respecto a los motivos que la inducen a preguntarme tales cuestiones. —Viola frunció el ceño un instante, aunque enseguida dulcificó su expresión—. No se lo tome a mal, señorita... Puede que yo sea vieja e ignorante. Pero sé lo bastante de la vida para darme cuenta de que, desde que usted apareció en la del señor, él ya no es el mismo.

—Así que le ha hablado de mí... —murmuró, sintiendo un inexplicable regocijo interior ante tal afirmación.

—Mire, como le he dicho, señorita, le conozco tan bien que ni su propia madre podría conocerle mejor si el Buen Dios no se la hubiera llevado consigo. Lo cual me hace recordar que, si nos encuentra conversando sobre estos temas, se pondrá hecho una auténtica furia... —Viola abrió la puerta del despacho y asomó la cabeza, guiñándole un ojo con expresión pícaro—. Espere un minuto, señorita. Y no toque nada... Nada de nada, se lo ruego.

Acabo de escuchar la puerta y creo haber reconocido la voz del señor reclamando mi presencia.

Celestia esbozó una sonrisa como promesa, que no rompería, pese a que todos aquellos papeles constituían una verdadera tentación, en pago por la amabilidad de la señora.

Tan solo unos minutos después, el inspector Durrell irrumpía en la estancia con su habitual expresión contrariada y sus toscos modales. Cerró la puerta, ignorando las protestas de Viola y su sinfín de ofrecimientos relativos a suministrarles comida y bebida en un esfuerzo inútil por evitar que se quedaran a solas. Cruzó los brazos sobre el pecho y clavó sus ojos verdes chispeantes sobre ella.

Por su parte, Celestia abandonó de un salto el asiento que ocupaba frente a la mesa y se enfrentó a su mirada, mostrando toda la dignidad que era posible reunir mientras era sometida al escrutinio de aquella severa mirada.

—Supongo que existe una excusa convincente para que, una y otra vez, insistas en encontrarte conmigo en situaciones tan poco aconsejables —la reprendió con dureza, tuteándola como hiciera la última vez. Tras el grado de intimidad compartida, le resultaba insoportable dirigirse a ella en términos más solemnes, y no le importaba si ella lo aprobaba o no—. Te presentas en mi casa, sola, a una hora en la que las jóvenes de buena reputación disfrutaban de la cena en compañía de sus familiares. ¿Acaso te has propuesto suicidarte socialmente antes de que termine el año, señorita Townsend? Porque si es así, te advierto que estás siendo del todo infalible en el método empleado.

—Nadie sabe que he venido a verle, inspector.

—Es un gran alivio. Supongo que entonces, está todo arreglado —dijo Durrell con sarcasmo.

—No todo —contravino ella y se apresuró a relatarle su visita a la célebre médium.

Morgan la contemplaba anonadado y, cuando ella terminó su relato, exhaló un hondo suspiro.

—Perfecto. Ahora, una charlatana que dice comunicarse con los espíritus resolverá mi investigación. Eso sí es una gran novedad. De inmediato, enviaré a mis hombres para que la susodicha les proporcione la identidad del asesino y asunto arreglado... ¿Es que te has vuelto loca de remate? Te hacía muy por encima de eso, Celestia. No esperaba que dieras crédito a los embustes de una lianta que se gana la vida con la aflicción de sus semejantes.

—Inspector, también yo tenía mis reservas... Pero aún hay algo más.

—Desde luego, no esperaba menos tratándose de ti —la miró con expresión acusadora.

Celestia le contó aquel insólito episodio en el parque. Le habló del misterioso caballero que se había dirigido a ella con el cariñoso diminutivo que solo Francis empleaba, de la extraña marca en forma de mariposa en su sien y del amuleto de la gitana.

Durrell no ocultó su enfado.

—Estoy... perplejo. Sí, creo que esa es la palabra, Celestia. ¿Alguna otra cosa más que me hayas ocultado y que consideres oportuno compartir conmigo? —Estaba tan disgustado que decidió no contarle sus avances en la investigación.

—Inspector Durrell... —Ella se dispuso a protestar, pues no encontraba nada razonable la reticencia de Durrell a explorar otros caminos en su investigación.

—Ya basta de tanto formalismo. —Abrió los brazos, exasperado, llevándose una mano al cabello para dominar los remolinos que se formaban en su frente. Volvió a mirarla fijamente, acortando un par de pasos la distancia entre ambos—. Celestia... Lograrás volverme loco, cuando todo lo que deseo es protegerte. Y, además, si alguien te ve abandonando mi casa a estas horas, ¿qué crees que pensará?

—Si me conociera algo, inspector, ya sabría que desprecio los chismes y a los chismosos que se encargan de difundirlos —replicó, elevando la barbilla con orgullo.

—¿Y tu padre? ¿Tampoco te importa cuánto puedan afectarle las habladurías sobre tu reputación? Confieso que me desconciertas, Celestia Townsend.

—Inspector Durrell...

—Morgan —insistió él, inclinándose ligeramente para hablarle muy cerca—. Celestia... No puedes fingir que desconoces el efecto que causas en mí. En modo alguno deseo perjudicarte. Al contrario, es mi único deseo protegerte de cualquier peligro... Y también de mí mismo. Respeto a tu padre. Es un buen hombre y lo último que querría sería ofenderle. Sin embargo, no soy capaz de pensar con claridad cuando estás cerca. Y puesto que no soy un caballero, ni en absoluto me considero digno de tus atenciones, puesto que no puedo aspirar a otra cosa más que a desearte en silencio, te ruego... te exijo, Celestia, que en lo sucesivo, te mantengas alejada de esta casa, de mi despacho en Scotland Yard, de la investigación y de mi misma persona.

Celestia no se dejó impresionar por su discurso. Precisamente, acababa de proporcionarle la oportunidad perfecta para despejar algunas cuestiones que la habían conducido hasta allí. Extrajo de su minúsculo bolso el recorte de prensa de aquella mañana, lo desdobló con cuidado y lo sacudió ligeramente ante los ojos del inspector.

—Si tanto le preocupa mi reputación, inspector, debería echar un vistazo a la prensa de hoy —anunció con expresión grave, alejándose un par de pasos para permitir que Durrell leyera con detenimiento el artículo.

*«Esta parte desconoce los términos en que ha sido acordada la relación que mantienen desde hace algún tiempo nuestro más hábil agente de la ley, el inspector M.T.D. y la joven C.T. Ambos han sido visto en diversas ocasiones en actitud poco decorosa, sin la compañía de tutor o sirvienta responsables de guardar la virtud de la joven en cuestión. Algo que, por otro lado, tampoco resulta novedoso para esta parte, dado el carácter díscolo y poco sociable de la joven C., quien se vio envuelta hace dos*

*temporadas en otro escándalo similar al ser relacionada con cierto apuesto caballero. Sin duda, la joven C., quien recientemente sufrió la pérdida de un ser muy querido en turbias circunstancias, ha resuelto mitigar todas sus penas entre los brazos del esquivo y rudo inspector. De este último, apenas se conocen detalles sobre su pasado. Tras resultar milagrosamente adoptado por un familiar de posición acomodada y valiéndose de sus desagradables capacidades y modales, adquiridos durante sus años en el ejército en África y en quien sabe qué tugurios y ambientes rodeado de negros salvajes, el inspector D. inició su carrera meteórica en Scotland Yard, obteniendo, según parece, el reconocimiento de algunos. Parece que el broche de oro para este oportunista sin linaje será colocar la alianza en el dedo de esta dama sin criterio. Esta parte felicita a ambos si, finalmente, deciden hacer pública su relación y convertirse en miembros decentes de nuestra querida comunidad».*

Después de un par de minutos en los que él parecía digerirlo, la expresión del hombre se fue tornando colérica. Se alejó de ella un momento, arrugó el pedazo de papel con rabia y se acercó nuevamente, apretando los dientes con tanta fuerza que su mandíbula parecía haber sido esculpida en granito.

—Voy a matar al malnacido que haya escrito esto —sentenció, arrojando el recorte de prensa a los pies de Celestia.

—No puede hacerlo. Los ecos de sociedad son así. Sus autores se escudan en el anonimato para lanzar todas las mentiras que se les antoja —le contradijo, encogiendo los hombros con indiferencia—. De todos modos, inspector, y aunque le estoy agradecida por su empeño en proteger mi reputación, insisto en que no necesito su protección.

—¿Ah, no?

—No, señor. Lo que necesito son respuestas. Y francamente, señor, me importa muy poco si mientras ambos encontramos esas respuestas relacionan mi nombre con el suyo o con el de un pobre limpiabotas.

—Comprendo. —El enfado de Durrell no disminuía un ápice mientras ella

desplegaba toda su autosuficiencia para abofetearle con ella en la cara.

—De veras, inspector. No se ofenda.

—No me ofendo —replicó él con sarcasmo.

—Por favor...

Celestia se tomó la libertad de acariciar su mentón con suavidad. Estaba harta de mantener la distancia, harta de reprimir los sentimientos que despertaba en ella. Harta de fingir que su corazón no latía como loco cada vez que él la miraba. Al Infierno con los convencionalismos.

—Morgan... No tienes que protegerme del mundo. Tan solo has de hacerlo de nosotros mismos.

Durrell estuvo a punto de ahogarse dos veces con su propia saliva. Una, al sentir la caricia de sus dedos en el rostro y, otra, al escuchar el modo delicioso e íntimo en que ella había pronunciado su nombre de pila.

La miró, absolutamente desconcertado.

—No puedes jugar a este juego, Celestia —advirtió con la voz quebrada de deseo.

—¿Me habrías cortejado si Francis no hubiera muerto, si no nos viéramos envueltos en esta horrible vorágine de acontecimientos? —Celestia se lo preguntó directamente—. Responde, Morgan Durrell, ¿lo habrías hecho?

—No —fue la respuesta lacónica de él.

—¿Por qué?

Él lo meditó un momento antes de sincerarse por completo.

—Porque creía no merecerte —confesó—. Porque hay muchas cosas de mí que desconoces, Celestia. Esos rumores que circulan, sobre mis orígenes, sobre mi padre... No puedo mentirte y pretender ser aquello que no soy.

—Morgan... Sea lo que sea eso que temes tanto, ¿crees de verdad que puede importarme? Me subestimas si piensas que le concedo tanto valor a un nombre o a una posición. Yo valoro tu tesón y tu fortaleza, Morgan. Desconozco lo que no eres. Pero valoro al hombre que sé que eres, el que pretende hacer justicia, pese a quien pese.

Sin pensarlo, apresó la mano de la joven y la atrajo hacia él. Aprovechó la sorpresa de Celestia y rodeó su cara con ambas manos, inclinando su cabeza hasta que los labios femeninos quedaron bajo los suyos. Se moría por besarla, pero aquella voz de su prudencia le hablaba al oído y le ordenaba que no lo hiciera, que se detuviera antes de que fuera demasiado tarde. Le habló sobre la boca trémula de labios entreabiertos que le prometían el Cielo.

—Celestia... Ni siquiera imaginas lo que es no tenerte. No pasa un solo día en que no te desee, en que no quiera rodearte con mis brazos y entrar en tu interior, y poseerte de tal forma que nunca quieras alejarte de mí. ¿No ves que eres un tormento para mí? ¿No ves que no puedo ser un caballero y al mismo tiempo desearte salvajemente? ¿Acaso crees que puedo luchar contra esto el resto de mi vida?

Celestia no trató de apartarse. Lejos de eso, se humedeció los labios y enfrentó su mirada nublada por el deseo.

—Morgan Durrell, si es cierto que tu voluntad flaquea, deja de luchar... Tampoco yo deseo luchar... —confesó ella sin rodeos.

—¿Te entregarías a mí, sin reservas, sin promesas... sin esas respuestas que tanto anhelas?

—Lo haría... Mil veces lo haría —juró Celestia, apretándose contra su pecho.

—Sin importar quién soy... —murmuró Durrell, mareado por la maravillosa consciencia de su cuerpo apretado contra el suyo. Era tan estimulante que se le agotaban los argumentos para no caer en la tentación.

—Mil veces —repitió ella, dando un paso más en aquel juego de seducción que era tan nuevo para ella como enloquecedor para Durrell.

La arrastró consigo hasta la puerta mientras tomaba su boca con ansia, devorándola, descubriendo con su lengua la lengua femenina, atrapándola una y otra vez. Apenas separó los labios un centímetro para dejar que tomara aire. Sus manos seguían rodeando aquel rostro cuya piel había enrojecido por el deseo insatisfecho. Lo miraba con ojos abiertos y sinceros. Le decía con

ellos que siguiera adelante, que terminase aquello que habían empezado... Le daba su beneplácito en silencio y él... maldito idiota y maldito su honor, maldita la voz de su conciencia cuyo eco no dejaba de escuchar mientras se moría de deseo por ella... No podía...

—Te dije que iba a importarme un bledo si insistías en seducirme — advirtió, hirviendo por dentro al ver cómo ella, lejos de mostrar temor, sonreía y le buscaba los labios nuevamente.

—Durrell...

—Di mi nombre otra vez —pidió, comprendiendo que disponía de unos miserables minutos antes de que Viola les interrumpiera y pusiera algo de orden y sentido común en aquella extraordinaria situación.

—Durrell...

—Mi nombre, Celestia... Dilo una vez más y dejaré que vuelvas a casa sana y salva y con la virtud intacta —la amenazó, excitado más aún porque sabía que era exactamente lo contrario a lo que ella pretendía.

—Morga...

No la dejó pronunciar la última letra. La besó lentamente, recreándose en el trazo de sus labios gruesos, en las comisuras húmedas, en aquel hueco cálido que se abría para él y le recibía, tocando su lengua, primero con timidez y, al instante, con la destreza de una experta en el arte de amar.

—¡Señor Durrell!

Celestia dio un respingo al sentir el golpe de nudillos en la puerta situada justo a su espalda. Morgan la había conducido hasta allí, con la honorable intención de hacerla salir en cuanto Viola reclamase que se comportase con el caballero que debía ser.

Durrell sonrió. Tal y como esperaba, la intervención de Viola evitaría que le hiciera el amor con prisas y en un lugar inapropiado. En ese momento estuvo por completo seguro de que Celestia Townsend iba a ser suya, del modo que fuera. Ella lo deseaba también. Al Diablo con todo lo demás. Pero lo haría a su manera, no sería un acto precipitado contra la mesa de su escritorio.

Visitaría al señor Townsend y le hablaría de sus intenciones hacia ella, pediría su mano formalmente...

—¡Señor Durrell!

El grito de Viola al otro lado hizo que Morgan riera contra los labios de Celestia, quien se sintió desfallecer de placer. Así que no solo sabía besar... El serio inspector Durrell también sabía sonreír y su risa era tremendamente atractiva, pensó Celestia.

Con desgana, Morgan abrió la puerta, sujetando a la joven por los hombros para que no saliera despedida hacia los brazos de Viola, quien aguardaba al otro lado con expresión acusadora.

—Viola, por favor, ¿puede acompañar a la señorita Townsend hasta la puerta? —pidió con tono exageradamente formal.

Celestia le miró sin comprender.

—Pero yo...

—La señorita Townsend y yo hemos terminado de tratar nuestros asuntos. Le haré saber en cuanto tenga alguna novedad al respecto, señorita. —Se inclinó ante ella con una teatral reverencia.

Celestia apretó los labios.

—Si piensas que tú... que yo... No te atrevas a darme de lado, Morgan Durrell, te lo aviso...

—Viola, por favor —insistió Morgan, ignorando sus protestas.

Su ama de llaves se apresuró a tomar del codo a Celestia con amabilidad. No entendía una palabra ni lo que aquellos dos se traían entre manos. Pero algo en la expresión del inspector le decía que más valía que hiciera lo que él decía.

—Ah, otra cosa, Viola. La señorita Townsend y yo vamos a casarnos. ¿Podría asegurarse de que no volvemos a encontrarnos a solas hasta que ella haga el honor de aceptarme? No deseo que el nombre de mi prometida se vea envuelto en ningún escándalo. ¿Me hará ese enorme favor, Viola?

Los ojos de Viola se abrieron desmesuradamente al escuchar su anuncio. Al

instante, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios y, sin poder contenerse, abrazó a Celestia de manera impulsiva.

—¡Mi querida señorita! No sabe lo feliz que me hace la noticia.

Celestia se soltó, furiosa.

—No me casaré contigo, Morgan Durrell. No hasta que respondas a mis preguntas. Estamos juntos en esto, no lo olvides.

Morgan hizo a un lado a Viola, le indicó con un gesto que les dejara un minuto y se enfrentó directamente a aquella mirada azul fulgurante. Incluyó la cabeza para tocar con los labios la nariz de Celestia, obteniendo de ella un gruñido como respuesta.

—¿Me amas? —Se lo preguntó sin tapujos.

—¿Cómo te atreves a preguntarme algo así? —respondió ella, evasiva.

—Contesta, Celestia. Y te ruego que seas completamente sincera. —Pero no era un ruego, sino una exigencia, así lo expresaba su mirada ansiosa.

—¿Acaso tú me amas? —inquirió Celestia, orgullosa.

—Más que a mi vida —confesó Durrell—. Pero no te haré mía salvo que obtenga tu promesa de que te convertirás en mi esposa. No deseo tomarte como si no te mereciera. No deseo que nos veamos en la clandestinidad. Quiero amarte públicamente, que todo el mundo lo sepa y que jamás, nadie, nunca, ¿me oyes?, vuelva a pronunciar tu nombre para ensuciarlo. Y quiero que mientras todo eso sucede, estés a salvo de cualquier peligro. Así que no permitiré que te inmiscuyas en mis asuntos...

—Nuestros asuntos —le interrumpió ella con irritación.

—Mis asuntos —repitió Durrell—. Celestia, te doy mi palabra... Encontraré al asesino de Francis. Confía en mí, te lo ruego.

Celestia lo miró con fijeza, perdiéndose en el interior de aquellos ojos verdes que brillaban de amor por ella. Sabía que no mentía. Sabía que Morgan se adentraría en las entrañas del Infierno si era necesario para cumplir su promesa. Sujetó las solapas de su chaqueta y tiró de él hacia su boca, besándole apasionadamente.

Morgan se tambaleó, emocionado, porque aquel beso era un sí tan rotundo que no admitía duda alguna sobre las intenciones de la joven.

—Confío.

Se despidió de él con la promesa de su amor en la mirada. Morgan supo que debía resolver cuanto antes algunos asuntos si quería conservar su afecto y su respeto.

## Capítulo 14

—Señora Berkley —Durrell se quitó el sombrero y lo entregó a la criada, quien desapareció al instante, entrenada como estaba en el arte de la discreción. Siguió a la dama hasta el interior de la sala donde ya habían dispuesto un servicio de té y algunos pastelillos.

La dama rellenoó la taza de Durrell y él se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza, rechazando con otro el ofrecimiento de los dulces.

—No sabe cuánto me agrada recibir su visita, inspector. No es habitual que se dirijan a mí con tanta solemnidad como usted lo hace. Y no hablo de un simple formalismo. Usted parece realmente sincero cuando presenta sus respetos —apreció ella, dando una larga chupada al cigarrillo que acababa de encender y ofreciéndole uno a su invitado.

Morgan lo aceptó y la observó con los párpados entrecerrados mientras ella procedía a encenderlo servicialmente. Analizó sus largos dedos que culminaban en uñas de un rojo intenso, la boca teñida del mismo tono y los pómulos sonrosados que destacaban sobre la tez, más pálida. Reparó en el cabello muy oscuro, abundante y rizado, recogido en la coronilla con una especie de peineta española de color azul añil que le hacía juego con el ajustado vestido de escote vertiginoso.

En conjunto, podía decirse que Theresa Berkley era una mujer hermosa. Estaba seguro de que le resultaba fácil ejercer la seducción sobre los caballeros que visitaban su burdel. Sin embargo, para Durrell, era tan solo

una mujer bien relacionada que podía aportar alguna pista a su investigación.

—¿Y bien, inspector? Nuestro buen amigo común, el sargento McKinnon, dijo que quería usted verme.

Durrell estaba al tanto de las numerosas veces en que McKinnon había solventado alguna situación delicada en la que el ímpetu de algún cliente colocaba en un buen aprieto a alguna de las chicas. Los negocios que se celebraban en el número 28 de la calle Charlotte, regentado por Theresa Berkley, no eran del agrado de Durrell. Pero convenía con McKinnon en que lo que allí se hacía se llevaba con absoluta discreción y no hería a nadie más que a quienes, voluntariamente, se prestaban a dichos negocios. Caballeros que encontraban placer siendo azotados por sus fulanas y otros que lo hallaban propinando azotes a las anteriores. No era de su incumbencia, excepto, y así se lo había advertido al sargento, en el caso de que alguno de los implicados terminase flotando en el Támesis o en la morgue.

De cualquier forma, no era aquel asunto lo que le había conducido ese día a visitar a Theresa Berkley, sino la información que le había hecho llegar su hombre de confianza.

—Así es, señora. McKinnon cree que usted tiene cierta información de interés para una investigación que actualmente nos ocupa.

—Los crímenes de Cleveland y Fitzrovia, ¿no es cierto? Confieso que me sorprendió que Scotland Yard se tomara tantas molestias con esos pobres mocosos —afirmó y, pese a su aparente frivolidad, Durrell detectó en su tono una cierta compasión hacia los jóvenes asesinados.

—Supongo que está en su derecho de tener esa opinión, señora Berkley. Por desgracia, nuestra hipócrita sociedad no acostumbra a escandalizarse por unos cuantos muchachos degollados —convino con ella—. No obstante, debo decirle que yo no hago distinciones entre clases. Para mí un muerto es, sencillamente, un muerto. Y poco me importa de dónde proceda, cuál sea su apellido o las camas en las que haya estado. Lo único que me preocupa es enviar a la horca al responsable. Lo que me hace recordar por qué estoy aquí.

Durrell miraba hacia la puerta de cuando en cuando. Resultaba evidente que no perdía detalle de cuántas veces sonaba la campanilla del exterior, anunciando a las visitas que se citaban con las chicas alojadas por toda la casa.

Theresa adivinó lo que pensaba y sonrió con picaresca.

—Puedo leer la censura en sus ojos. —Ella le lanzó otra bocanada de humo a la cara—. Pero le sorprendería conocer los nombres de los caballeros que visitan mi residencia. Aquí, inspector, los juicios y prejuicios quedan absolutamente reducidos a nada en cuanto mis clientes descubren los placeres de la vara de abedul.

Morgan dio una larga chupada al cigarrillo y lo aplastó con brusquedad en el cenicero de plata con sugerente forma femenina.

—No sea tan puritano, inspector. Recibir o propinar unos azotes puede llegar a convertirse en una práctica interesante y placentera para muchos, incluso adictiva... Quizá debería probarlo algún día. —Los ojos de Theresa brillaron de deseo, imaginando que ella misma era azotada por aquel atractivo y serio inspector.

—Me temo que no, señora. Aún guardo un ingrato recuerdo de los azotes de mi época escolar. Y, además, no tengo por costumbre excitarme cuando alguien me golpea. Más bien, respondo con un buen puñetazo que deja sin dientes al otro. No creo que ninguna de sus chicas sueñe con ejercer la profesión de esa guisa —replicó, dejando bien claro a su anfitriona que jamás volvería a verle por allí salvo que su cargo lo exigiera.

—Oh, por favor... Qué serio es usted, inspector —rio ella, divertida.

—Dejémonos de rodeos y cuénteme lo que sepa, ¿de acuerdo? —Durrell se impacientaba.

—Desde luego... Así que McKinnon le ha enviado a mí. —Ella parecía halagada por la recomendación del sargento. La expresión cortante de Durrell indicó que no estaba de humor para juegos—. Está bien... Verá, inspector. Como sabe, lo que convierte mi establecimiento...

—Su burdel —puntualizó Durrell, y añadió—: Llamemos a cada cosa por su nombre y ahorraremos el tiempo de ambos.

—De acuerdo, puede llamarlo como quiera —aceptó de mala gana la mujer—. Lo que lo convierte en un lugar tan selecto, es precisamente la discreción con la que cuenta mi clientela. Con esto quiero decirle, inspector, que he de obtener su palabra de que cuanto hablemos hoy en esta sala quedará para siempre entre nosotros. Nadie puede saber nunca que hemos hablado de ello.

—La tiene —cortó con rapidez—. Tiene mi palabra, prosiga, por favor.

—Pues bien... Hace algún tiempo, cierto caballero se excedió con la joven que le ofrecí para su diversión. Un asunto francamente embarazoso, inspector. La joven terminó bastante magullada y tuve que emplear toda mi persuasión y una buena cantidad de dinero para que no denunciara al caballero en cuestión. Lo peor de todo es que, el malnacido, lejos de sentirse arrepentido, trató de convencer a otra de mis pupilas para que lo acompañara a cierta concurrida velada donde nada bueno le esperaba a la pobre incauta. Por suerte, intercepté a esa desagradecida que pretendía ganarse unas libras a mis espaldas, antes de que algo horrible le sucediera. Pero tengo mis propios contactos y, gracias a ellos, he sabido que el caballero del que hablo y otros con quienes comparte gustos afines, parecen haber encontrado un medio más fácil y económico de aliviar sus voraces apetitos.

—¿Qué apetitos? —quiso saber Durrell, frunciendo el ceño.

—Vamos, inspector... No querrá que me sonroje ofreciéndole ese tipo de detalles, ¿verdad?

—Señora Berkley, usted no parece el tipo de mujer que se sonrojaría —la espoleó, invitándola a continuar.

—Vaya... Me ha pillado, confieso. —Ella entornó los ojos y sonrió, se diría que disfrutando enormemente de la índole de la conversación que mantenían—. ¿Sabe de dónde proviene la palabra *fornicar*, inspector? Oh... qué atrevida soy al dudarlo, un hombre culto como usted.

—Al grano, se lo ruego.

—Viene del latín, inspector, del término *fornix*. ¿Sabe lo que era un *fornix*? Un arco, inspector. Durante el Imperio Romano, las prostitutas solían apostarse bajo los arcos y allí aguardaban a que pasara la clientela. Sin embargo, el negocio más provechoso era apostarse bajo alguno de los *fornix* del Coliseo, donde los hombres, enaltecidos y excitados por la violencia que acababan de presenciar, requiriesen sus servicios. Parece que aquel era el lugar perfecto para vender sus favores, ya que se decía que justo después de acudir a aquel espectáculo sangriento, era el momento de mayor excitación. Ha pasado mucho tiempo de eso, ¿no cree? Sin embargo, inspector, los instintos más bajos del hombre siguen siendo los mismos.

—No se refiere a su potro de castigo ni a esos sodomitas, ¿no es cierto?

—Por favor, inspector. Usted es un hombre perspicaz. Estoy segura de que puede imaginar de lo que hablo.

—Puedo imaginar muchas cosas, señora Berkley —la interrumpió, enfadado—. Sin embargo, preferiría ahorrarme el esfuerzo y emplear mi ingenio en atrapar al asesino de esos chicos.

—Mi querido inspector, créame que me pongo en su lugar. No obstante, usted ha de ponerse en el mío y comprender que la relación con mis clientes es tan confidencial como los pecados que se rebelan a un sacerdote. Si le diera algún nombre, tenga por seguro que no tardaría una semana en cerrar mi negocio.

—Y usted ha de comprender, señora Berkley, que si no me da algo, seré yo quien personalmente haga cerrar su negocio —la amenazó, añadiendo—: No me costaría nada salir hoy de aquí y ordenar la vigilancia de esa puerta durante veinticuatro horas, trescientos sesenta y cinco días al año. Piense lo incómodo que resultaría para usted que su burdel fuera objeto de una redada cada noche. Estoy convencido de que sus clientes reconsiderarían la idea de acudir a su negocio y se llevarían su asqueroso dinero al prostíbulo más cercano. Y si no le convence cuanto le digo y piensa que alguno de sus influyentes clientes podría hacerme cambiar de opinión, póngame a prueba.

Mi resistencia a la presión puede alcanzar niveles formidables, ¿puede decir lo mismo de la suya, señora Berkley? Dicho lo cual, ¿está segura de que no hay nada más que quiera contarme?

Ella dudó un instante, tras el cual, pareció decidir que le convenía mantener una relación cordial con aquel inspector tan severo.

—Bueno... Hay un hombre... Un gusano miserable sin conciencia, un tipo peligroso y sin escrúpulos, capaz de apañar los asuntos más sórdidos... — Ella bajó un poco la voz al pronunciar aquel nombre y Durrell lo anotó en la pequeña agenda que acaba de sacar del bolsillo interior de su chaqueta—. Podrá encontrarlo en cualquiera de los tugurios donde se llevan a cabo esas horribles peleas de ratas.

Durrell guardó la agenda nuevamente en su sitio.

—No olvide su promesa, inspector. Deseo que mi negocio siga funcionando con idéntico éxito en adelante. —Esa vez, el tono de voz de la mujer denotaba cierta tensión.

—Descuide, señora Berkley. Pero procure que ninguno de sus clientes vuelva a excederse o me verá obligado a tomar medidas. Y en esa ocasión, no seré tan indulgente —advirtió, levantándose con brusquedad.

Ella le acompañó hasta la puerta, colgándose del brazo de Durrell, pese a que la expresión de él manifestaba claramente cuánto le disgustaba su proximidad.

—Es cuanto sé. ¿Verdad que he sido muy buena, inspector?

Durrell ignoró la burla en sus palabras.

Le asqueaba aquel lugar y lo que allí sucedía. Pero se dijo que no podía salvar todas las almas descarriadas de Londres. De hecho, y a juzgar por los recientes acontecimientos, ni siquiera podía salvar unas pocas. Maldita fuera aquella ciudad de luces y sombras donde se desataban las más oscuras pasiones.

\*\*\*

Ginny permanecía acurrucada en una esquina de aquel frío sótano adonde había sido llevada con malignos ardides. Solo debía ayudarla con unos pesados paquetes que tenía que entregar en la casa y habría ganado unos chelines extra... Todo había sido un gran embuste. Una mentira, mentira, mentira... Quería gritarlo mil veces, pero el horror la mantenía inmóvil, agazapada en el suelo, la espalda contra la pared y las rodillas flexionadas contra el estómago. Se abrazaba las piernas, apretando fuertemente los ojos y rezando por que aquello fuera solo una horrible pesadilla. Pensó que, si no los abría, nada de aquello habría sucedido.

Pero el brusco puntapié que alguien le propinaba en los tobillos, la devolvió a la realidad. Parpadeó y, finalmente, abrió los ojos despacio, aterrorizada. Se miró las piernas, los brazos... Estaba completamente desnuda y aquel monstruo le lanzaba su vestido contra la cara.

—Levántate. Ya puedes largarte —ordenó, mientras se cerraba los pantalones y aceptaba la copa que le ofrecían entre risas.

Ginny se aferró a la prenda, cubriéndose con ella de inmediato. Incluso después de vestirse, seguía sintiéndose desnuda. Obedeció y se irguió con dificultad, dominando a duras penas el violento temblor de sus rodillas, ignorando el fuerte dolor de su labio lacerado y el escozor de sus partes más íntimas. Sintió los muslos pegajosos y húmedos y los apretó inconscientemente, reprimiendo una arcada.

—No olvides lo que te he dicho, necia. Ni una palabra a nadie. —La mujer se aproximó.

Ginny contuvo el aliento, temiendo desatar nuevamente su ira. Cerró los ojos, expectante. Pero ella no la golpeó. En lugar de eso, la mujer recorrió con su lengua la boca palpitante de Ginny, se detuvo en el corte del labio y lo lamió con lentitud, mientras la obligaba, pellizcándole el brazo a que la mirase a los ojos. Después, se apartó sonriente y se dirigió al hombre, quien contemplaba la escena con lujuria.

—Esta zorra aún tiene tu sabor, querido —anunció la mujer con desenfado.

El hombre le devolvió la sonrisa, la abrazó por la espalda y apretó los senos turgentes a través del vestido. Ella se arqueó contra él, frotando su trasero contra la pelvis del hombre e inclinándose hasta apoyar la palma de las manos en la pared que tenía ante sí, muy cerca de Ginny. El hombre la sujetó fuertemente por el cuello, le alzó el vestido hasta la cintura y, mirando a Ginny fijamente, extrajo otra vez su miembro erecto y lo introdujo con ímpetu entre los glúteos de la mujer.

La mujer jadeó repetidamente, clavando también sus ojos en la joven que contemplaba la escena con repugnancia y pavor.

Ginny no podía creer que estuviera pasando. En el fondo de su corazón, siempre había sabido que aquella mujer era perversa. Pero nunca habría sospechado que su alma estuviera tan corrompida. Recordó con los ojos llenos de lágrimas cómo la mujer había contemplado al hombre mientras la forzaba, cómo se reía mientras aplaudía y daba indicaciones al hombre de las cosas horribles que debía hacer con ella...

—¿Se puede saber qué miras? ¡Lárgate de una maldita vez! —exclamó y continuó jadeando a cada embestida que recibía del hombre.

Ginny se tapó los oídos... No quería escucharlos... Corrió, buscando la puerta de salida de aquel lugar infernal... Por suerte, el pánico la invadió de tal modo que guio sus pasos en frenética carrera. Alcanzó la puerta, la abrió y siguió corriendo, subiendo escaleras, corriendo, corriendo... No supo cuánto había corrido hasta que se encontró en mitad de la calle, desorientada, asustada como jamás lo había estado...

En aquel sótano, el hombre emitió un largo gemido y se desplomó sobre la espalda de la mujer, la respiración entrecortada y la frente perlada en sudor.

Ella lo apartó de un empujón y se bajó la falda, devolviendo, con gran parsimonia, cada pliegue de seda a su sitio.

—¿Estás segura de que no hablará? —inquirió él cuando hubo recobrado el aliento.

—Completamente. Esa idiota mantiene a toda su apestosa familia. Sabe

que, si habla, no volverá a encontrar empleo en esta ciudad. Además, ¿quién va a creerla? Mírame, querido, ¿acaso crees que su palabra podría valer nunca más que la mía?

—Supongo que estás en lo cierto.

—Lo estoy... Aunque, me temo que ha llegado el momento de ser más selectivos con nuestros juguetes, querido —anunció, colocando en sus labios una sonrisa traviesa—. Ya me he cansado de putas y muertas de hambre.

—¿A qué te refieres? —El hombre la miró extasiado. Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderle con su infinita y perversa imaginación.

—Digo, querido, que ha llegado el momento de que ambos saciemos nuestro apetito con un manjar algo más sofisticado.

—¿Alguna sugerencia al respecto? —preguntó él, aunque sospechaba la respuesta.

—¿No lo adivinas? —La mujer arqueó una ceja finísima y ambos soltaron una carcajada al unísono.

\*\*\*

Celestia regresaba de su paseo. Había atardecido hacía un buen rato y se sentía extrañamente feliz. Decidió callejear un poco en lugar de tomar su camino habitual, algo más corto.

Iba ensimismada en sus pensamientos cuando le pareció ver al otro lado de la calle un rostro conocido. Cruzó la calle, llamando a la joven que se alejaba con paso tambaleante entre las personas que transitaban cercanas. Como no respondía, insistió, acelerando el paso hasta quedar a su altura.

—¡Ginny! —la llamó de nuevo, y la joven que servía en casa de Isabel se volvió hacia ella.

Celestia reparó enseguida en el corte en el labio de la joven y en los arañazos de su cuello. Ginny, avergonzada, se alzó el borde de su vieja capa con manos temblorosas y ocultó la mirada.

—Por el amor de Dios, Ginny... ¿qué ha sucedido?

Ginny negó con la cabeza, asustada, y siguió caminando, pero Celestia acomodó su paso al de ella y le aferró el brazo con suavidad.

—Por favor, Ginny, cuéntame qué ha pasado. Puedes confiar en mí — insistió Celestia, preocupada.

—Déjeme, señorita Townsend... Se lo ruego. —La voz de Ginny se quebró por el llanto.

Celestia le pasó su brazo sobre los hombros, reconfortándola.

—No tengas miedo. Te prometo que tu secreto estará a salvo conmigo.

Pero Ginny movió la cabeza frenéticamente, de un lado a otro.

—Está bien. Si no quieres contármelo, no te obligaré. Pero permite al menos que te acompañe a casa —ofreció Celestia, profundamente intrigada por aquello que mantenía aterrorizada a la otra joven.

—No puedo ir a casa... No podría mirar a mi madre y hermanas a la cara. —Sollozó Ginny y la miró esperanzada, como si de pronto se le ocurriera algún lugar donde aliviar sus penas—. Pero puedo ir a casa de mi amiga Annie. Ella cuidará de mí, señorita Townsend.

—Deja que te acompañe. Aguarda, tomaremos un coche y llegaremos antes. —Celestia no dudó un instante. Alzó su mano enguantada y detuvo el carruaje que cruzaba ante ellas.

Se acomodaron en el interior y Celestia sostuvo entre las suyas las manos temblorosas y heladas de Ginny. Le pidió la dirección a la que se dirigían y ella, con voz trémula, se la facilitó. Celestia dio un golpe en el techo del carruaje y repitió las señas al cochero.

Permanecieron en silencio todo el trayecto y, al llegar a aquella calle desvencijada de Bethnal Green, el cochero se apeó para soltar el pescante y ayudarlas a descender.

Al ver las elegantes ropas de Celestia, preguntó con expresión de evidente curiosidad.

—¿Seguro que quiere quedarse aquí, señorita? Estas calles no son nada

seguras para alguien como usted.

—Estaré bien, no se preocupe. —Celestia lo despidió sin demora y siguió a Ginny hasta la casa que señalaba.

Tocó con los nudillos varias veces. Por fin, la puerta se abrió y una joven de aspecto humilde, aunque amable, la recibió. Al ver el estado en que se encontraba Ginny, se apresuró a abrazarla.

—Pero... ¡por *tos* los Santos! ¿Qué *t'an* hecho, amiga? ¿Quién *a'sio* el animal?

—Me temo que no quiere hablar —dijo Celestia.

—¿Y *usté* quién es? —La otra mujer la miró con desconfianza. Con disimulo, echó una ojeada a su espalda, hacia la mesa y al caldo que acababa de servir.

—Solo una amiga.

—Pues ya *pué* irse por donde *aven'io*. Yo me ocuparé de *tó*... Vamos, váyase *d'una* vez.

Celestia no insistió. Supuso que ambas querrían estar a solas y que tal vez Ginny le confiaría a su amiga lo que le había ocurrido. Deseó de corazón que ella estuviera bien y volvió sobre sus pasos, pensativa. Si hubiera permanecido un minuto más o prestado mayor atención, tal vez se habría percatado de que antes de la llegada de Ginny, ya habían dispuesto dos platos de caldo humeante sobre la mesa. Y también, de que alguien seguía sus pasos en la distancia.

\*\*\*

Morgan observó como McKinnon obligaba a la mujer a sentarse, propinándole un empujón sin contemplaciones. Generalmente, no aprobaba la brutalidad, mucho menos tratándose de una mujer. Sin embargo, convenía con McKinnon en que algunas veces, era preciso apretar las clavijas de los detenidos si se pretendía obtener resultados.

La caja de la señora Latimer había resultado ser una gran fuente de información. De los documentos contenidos en ella, se habían extraído algunas conclusiones y nombres de sospechosos. Cain Blandford, un hombre sin escrúpulos que administraba el sanatorio mental de Broadmoor y que coincidía con la descripción hecha por el criado de Latimer y por Toby Shepperd, el pilluelo de la calle Cleveland. La mujer que interrogaban en ese momento, cómplice del tal Blandford y, según parecía, suministradora de favores de toda índole. Otras muchas iniciales, entre las que estaban M.R., C.W., P.S., D.S., P.I., algunas de cuyas identidades Durrell sospechaba, pues coincidían con los nombres anotados en la libreta de Francis Townsend. Entre ellos, Clarence Willbough y Douglas Shelley.

Pero la pista más importante era la proporcionada sobre alguien a quien Latimer se refería en su libreta como *Butcher*, el *Carnicero*, y a quien los confidentes de McKinnon en los bajos fondos, relacionaban directamente con aquella vieja bruja.

La alarma había saltado en la mente de Durrell al ver el nombre de este en una de las hojas y el trazo en forma de flecha que señalaba unas iniciales: F.T... Francis Townsend. Junto a ellas, otra anotación: veinte libras. Y debajo, un sencillo cálculo aritmético: dos por cinco, diez libras. Una línea bajo ambas cantidades y, finalmente, el resultado. Parecía una factura por algún servicio prestado. Total, treinta libras. Dos por cinco... Dos chicos muertos, cinco libras cada uno, eso daban diez, más veinte por Townsend. Treinta libras. Morgan estaba casi seguro de que *Butcher* era el responsable de aquellas tres muertes al menos. ¿Tendría también algo que ver con la muerte de Latimer y la desaparición de Blandford? Y, en caso afirmativo, ¿por qué Latimer no había aparecido degollado? Su intuición le decía que, aunque todo estaba relacionado, algo no encajaba.

Por el momento, la búsqueda del llamado *Butcher* había sido un tanto infructuosa. Parecía habérselo tragado la tierra, lo mismo que a Blandford. Morgan tenía la esperanza de que aquella vieja les diera alguna pista sobre su

paradero.

Talulah Parris, una conocida proxeneta de niños, una mujer tan despreciable como escurridiza a quien McKinnon había logrado interceptar en uno de los prostíbulos que frecuentaba y llevarla hasta los calabozos. Parris tendría unos sesenta años, escuálida y enjuta, la mirada ladina de alcahueta y la boca desdentada de la que emanaba un fuerte olor a alcohol. Contaba con un largo historial delictivo pero, sin duda, su actividad más deleznable era aquella que llevaba a cabo, reclutando para sus negocios a jovencitas y también a niños que apenas alcanzaban los diez años.

Los que la conocían, decían que Parris había venido procedente de Irlanda hacía más de dos décadas y, aunque no estaba del todo claro cuáles habían sido sus ocupaciones antes de su llegada a Londres, todo apuntaba a que su vida anterior no había sido precisamente ejemplar. Los mismos confidentes de McKinnon habían coincidido en que la tal Parris habría sido capaz de vender a su propia madre si hubiera sabido quién era y con ello hiciera un buen negocio.

Durrell la contemplaba con los brazos cruzados a una distancia prudencial. La mujer le provocaba verdadera animadversión, así que no podía reprobar que McKinnon utilizara la fuerza bruta con ella si así lo creía conveniente. Conocía lo bastante al sargento para saber que no era un hombre que hallara placer en golpear a nadie, y menos a una mujer. Pero, aquella en concreto, resultaba execrable a los ojos de ambos, pues se lucraba llevando a cabo sus sucios negocios con los más débiles y desfavorecidos. En una ocasión, McKinnon había manifestado abiertamente su repugnancia hacia aquellos que empleaban niños en aquellas sórdidas actividades. Él y Eliza no habían tenido hijos, pese a que lo habían deseado con fervor. Tal vez por ello, McKinnon sentía mayor repulsa por la chusma como Parris.

—Será mejor que hables, escoria. Dinos dónde encontrar a ese cabrón y podrás regresar a tus quehaceres como la maldita basura que eres —ordenó McKinnon.

La vieja los miró a ambos. Su mirada reflejaba profundo desdén. Escupió a los pies del sargento y, como premio, recibió una sonora bofetada.

—¿Te crees que no voy a molerte a palos, vieja apestosa? —la amenazó McKinnon, elevando su brazo en el aire dispuesto a cumplir su amenaza.

En el último instante, Durrell lo detuvo. La anciana no se lo agradeció. Lejos de eso, también escupió en su dirección.

—Le recomiendo que se muestre un poco más colaboradora. De lo contrario, me veré obligado a permitir métodos más contundentes para obtener lo que necesito —dijo Durrell, impasible.

—No sé de qué me habla, señor —mintió ella, sonriendo y mostrando aquella dentadura negruzca en la que apenas se conservaban unas piezas podridas.

—Entonces, no conoces al tal *Butcher*... ¿Tampoco conocías al señor Blandford?

—No he oído ese nombre en mi vida —volvió a mentir, pasándose su asquerosa lengua por los arrugados labios.

—Pero usted le proporcionaba jovencitos para las fiestas que organizaba para sus clientes, ¿no es cierto? —la interrogó Durrell.

—¿Desde cuándo es delito que una se gane la vida honradamente? —se burló la mujer.

Durrell montó en cólera. Se volvió hacia McKinnon, resuelto a obtener respuestas del modo que fuera.

—Haga lo que quiera con ella, McKinnon. Nadie echará en falta a este desperdicio. Y procure que esté reconocible si la envía a la morgue. No quiero más cuerpos sin identificar en mi ciudad —ordenó con tono implacable, y se dirigió hacia la puerta de la celda.

McKinnon comprendió enseguida lo que el inspector pretendía. Habían seguido la misma táctica en otras ocasiones y, normalmente, funcionaba sin que el sargento tuviera que dar ningún golpe. En ocasiones, los más gallitos al segundo ya cantaban como los ángeles. Puede que Talulah Parris, con

suerte, perteneciera al segundo grupo. Se aproximó a la mujer mientras se remangaba la camisa y esta se encogió en la silla, atemorizada por lo que suponía se le avecinaba.

—¡Espere! —gritó antes de que Durrell abandonara la celda—. Ahora lo recuerdo... Ese Blandford, ahora lo recuerdo... Ese bastardo y su buen amigo Latimer me pidieron una recomendación.

No hubo suerte, McKinnon chascó la lengua con fastidio. Al parecer, aquella miserable saldría de allí con los cuatro dientes que le quedaban. Maldición, pensó el sargento, la muy zorra no le daría la satisfacción de ganarse un par de buenos puñetazos como premio a su brillante carrera de proxeneta infantil.

—Vaya, es un milagro, inspector —exclamó McKinnon—. Parece que esta basura ha recuperado milagrosamente la memoria. ¿Le arreglo la cara después de todo?

—Puede descansar, sargento. Tengo la impresión de que alguien en esta celda va a cantar como una Prima Donna. ¿Qué tipo de recomendación? —quiso saber Durrell.

—Una muy especial... Latimer buscaba a alguien que le lavara la ropa sucia... Ya me entiende —rio ella, mostrando sus horribles encías.

—¿*Butcher*? —apremió Durrell.

—No lo recuerdo... —se rio la vieja de nuevo.

—¿Le atizo, inspector? —McKinnon no veía el momento.

—¡Basta! —contestó ella de inmediato, comprendiendo que el sargento estaba deseándolo—. Sí, sí... *Butcher*... Su verdadero nombre es Jack Black... Una mala hierba con quien una no querría tener problemas.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Y qué gano yo con esto, si puede saberse? —preguntó Parris, con la insolencia que la embargaba de pronto al creer que se había librado de una buena paliza.

—Yo te diré lo que ganas, vieja bruja... —McKinnon le empujó la silla con

la punta de su bota—. Confórmate con que vuelvas a tu cuchitril apestoso con los pocos dientes que te quedan y de una sola pieza.

Durrell se plantó delante de la mujer.

—Sargento. Si la testigo titubea una sola vez, si no responde con rapidez a cuanto le pregunte o si tengo la más leve sospecha de que está mintiendo, tiene mi permiso para molerla a golpes —dijo, mientras la miraba directamente a los ojos.

—Será un placer, señor —contestó el sargento mientras sus labios se curvaban en una sonrisa de plena satisfacción.

—Repetiré la pregunta, Talulah... ¿dónde puedo encontrar a Jack Black? —el tono de Durrell era implacable.

Ella no contestó.

—McKinnon, reúna a varios de nuestros agentes y déjeme a solas con ella. Saldré en unos minutos con el paradero de *Butcher*.

El sargento no comprendía nada, pero le lanzó una última mirada de asco a la vieja y obedeció.

—Hoy has tenido suerte, vieja bruja. Pero ya te echaré el guante otro día —la amenazó antes de abandonar la celda.

Durrell se quedó a solas con Talulah. Aún le quedaban algunas cuestiones por despejar. Especialmente, las referidas al caso de Francis Townsend. Intuía que aquella taimada, sabía mucho más de que lo que había contado. Esperaba que a Talulah se le soltara la lengua en cuanto Durrell le contara otro descubrimiento que habría hecho en la libreta de Latimer: que el siguiente servicio contratado al tal *Butcher* era uno que llevaba su nombre, Talulah Parris. Al parecer, ella era el siguiente cabo suelto que Latimer y Bradford pretendían atar. Al menos, eso es lo que iba a contarle a la mujer. Y esperaba que su farol funcionara.

## Capítulo 15

**M**organ Durrell no tenía paciencia para más relatos fantasiosos. Se sentó frente al viejo doctor Townsend, dispuesto a no andarse con rodeos.

—Con todos mis respetos, señor Townsend. Usted y yo sabemos que no me contó toda la verdad. Pero ahora ya no hay tiempo para más mentiras. Debe ser absolutamente sincero en este momento. Hay demasiado en juego —le apremió Morgan.

El doctor Townsend se dejó caer en su asiento, el pecho hundido entre los hombros, como si aquella pesada carga que estaba soportando desde hacía tanto tiempo fuera ya demasiado para su viejo cuerpo cansado.

—Está bien... Le contaré el resto de la historia, inspector, ya que no hay más remedio.

—No, señor. No lo hay —insistió Durrell.

El doctor Townsend cerró los ojos un momento, rememorando los detalles de su relato.

—Aquella chica de la que le hablé... Traía algo consigo. Dos críos envueltos en harapos y ni un penique para alimentarlos. Me los entregó sin contemplaciones, dijo que no los quería... Los puso en mis manos y desapareció, haciéndome el juramento de que nunca volvería a saber de ella. Más tarde, estaba en la puerta de aquel orfanato lúgubre, con las dos criaturas en mis brazos, sus pequeñas y frías manos aferrándose a las solapas de mi abrigo... Entonces... Miré a aquellas dos hermosas criaturas tan parecidas,

con sus suaves cabecitas del color del maíz... Los miré y pensé en mi Elaine, en su angustioso anhelo por ser madre, en su vientre vacío, pensé en la extraordinaria madre que podría ser y en todo el amor que podría dar a aquellos ángeles que me enviaba Dios... Se me ocurrió que podía hacer algo bueno por ellos, también por Elaine... Los traje conmigo a Inglaterra, preguntándome qué podía yo hacer... No pude evitarlo... Puede que fuera un insensato pero, sin meditar lo que hacía, tomé un carruaje hasta la posada más cercana y me refugié de la lluvia. Pedí un cuarto y ordené que secaran mis ropas y me proporcionaran más abrigo para los niños. Y entonces, sucedió la mayor tragedia, algo que jamás podré perdonarme... Los dejé solos en la habitación... un minuto tan solo... En el exterior del pasillo, escuché ruidos que provenían de mi cuarto y corrí como loco, con un terrible presentimiento... Al regresar al cuarto, la lluvia intensa se colaba por la ventana que alguien había dejado abierta. Me abalancé sobre la cama y vi el pequeño bulto moverse bajo las mantas que arrojaban a aquellos inocentes...

»Aparté las mantas con rapidez y grité de horror al descubrir que uno de los pequeños no estaba. Vi una sombra que se deslizaba por la ventana hacia el exterior, me abalancé sobre ella, pero no logré atraparla... Me maldije, grité nuevamente y me asomé por la ventana tratando de descubrir a quien se había llevado al pequeño... Pero todo fue en vano, pues solo pude divisar una silueta enorme que se alejaba dando tumbos con el objeto de su codicia. Le grité que se detuviera con toda la fuerza de mis pulmones, pero la figura se perdió bajo aquella lluvia torrencial que parecía querer engullir cualquier forma de vida. Desolado, arrojé en mis brazos al otro pequeño y corrí como un loco al exterior, intentando dar alcance a quien fuera que se hubiera llevado a la criatura.

»Todos mis esfuerzos y plegarias resultaron inútiles y aquella intensa lluvia que nos calaba los huesos ponía en peligro al niño que aún conservaba. Este me miró con sus ojos puros y alargó sus manitas hasta tocar mi frío mentón... Le llevé conmigo y no me separé de él durante todo el tiempo, temeroso de

que alguien quisiera arrebatármelo y corriera la misma suerte que el otro. Me quedé algún tiempo en aquella posada. Le busqué de modo incansable, con la esperanza de obtener alguna información, interrogué a todo el que frecuentaba aquel lugar y ofrecí recompensas a cualquiera que pudiera ofrecerme alguna pista sobre el paradero de la criatura desaparecida o su raptor.

»Pero pasaba el tiempo y perdí la esperanza de encontrarlo. Me rendí a la evidencia de que jamás volvería a saber de él. Sin embargo, el otro pequeño necesitaba cuidados, así que ahogué mi pena y mi culpa y me dirigí a nuestra casa en las afueras de Londres, donde Elaine llevaba desde el año anterior recluida por motivos de salud. Lo puse en sus brazos y ella no hizo preguntas, tan solo lo amó desde aquel primer instante... «Francis», susurró y su voz fue como una plegaria, una declaración silenciosa de cuánto amor quería darle a aquella criatura desvalida que el destino había puesto en nuestro camino. Yo sabía que nadie haría preguntas si regresábamos a Londres después de un tiempo. La mentira de que Elaine había concebido a nuestro hijo podía sostenerse. Al cabo de unos días, la reina quiso verme. Le mentí sobre los pequeños, le hablé solo de uno, ella nunca supo que habían nacido mellizos. Le dije que aquel niño bastardo había embarcado a América con la joven y que el asunto quedaría para siempre enterrado. Ella se mostró conforme con mi decisión, sin desvelarme ninguna otra emoción ni hacer reproche alguno. Y, pocos meses después, de manera sorprendente y puede que mágica, Elaine quedó encinta. Aún estaba delicada de salud y era consciente de que las probabilidades de sobrevivir al parto eran escasas.

»Pero deseaba más que nada en el mundo que su bebé naciera. Decía que sería bueno para Francis y que no teníamos derecho a privar a nuestro bebé del maravilloso regalo de la vida, que solo Dios tenía el don de decidir sobre la vida o la muerte. Y así fue como llegó Celestia... Y como perdí a mi Elaine.

El anciano se detuvo en ese punto del relato para enjuagarse las lágrimas

que se deslizaban por sus arrugadas mejillas.

—Deme un segundo, inspector. Tantos recuerdos oprimen este viejo corazón.

—Le comprendo, señor.

—No creo que llegue a hacerlo, inspector. Las deudas del pasado se pagan, más tarde o más temprano... Siempre se pagan —repitió cabizbajo y pensativo.

—Le ruego sea completamente franco, señor.

—Lo seré. —Se aclaró la voz para continuar—. Cada día, realizo mi paseo matutino después de tomar el desayuno y despachar los asuntos domésticos con mi querida hija. Recientemente, inspector, mis divagaciones distrajeran mis pasos y me llevaron hasta la orilla del Támesis que conocemos como la Isla de los Perros. Me detuve, confieso que un poco desorientado porque no hallaba explicarme cómo logré llegar tan lejos sin reparar en ello, tan absorto estaba en mis pensamientos. Pero lo cierto es que allí estaba, extenuado y sin aliento a causa de la caminata. Levanté la mirada al cielo, tan solo para recuperar el aire antes de regresar sobre mis pasos. Y entonces, sucedió.

»Mis ojos tropezaron con aquel otro par de ojos, cuyo dueño parecía tan sorprendido como yo mismo por el encuentro. Ambos quedamos inmóviles un segundo, distanciados por unos metros y, sin embargo, profundamente unidos por aquella línea invisible que nuestras miradas habían trazado en el aire un instante, pues al siguiente echó a correr y desapareció. Y esta, es la parte en la que usted resolverá que este viejo ha perdido el juicio, inspector. Porque, y no me pida que explique lo que voy a decirle, le juro por Dios, que aquellos ojos que atrapaban los míos en la distancia... eran los de mi querido y difunto Francis.

Morgan escudriñó la expresión del anciano, tratando de descubrir en ella algún signo de locura, alguna evidencia de que el pobre hombre había perdido el juicio mientras le relataba aquella disparatada historia. No obstante, no halló rastro alguno de demencia en aquella mirada nublada por la

emoción. Tan solo era un viejo torturado por los recuerdos y confuso por los trágicos sucesos recientes. Pero perfectamente cuerdo. Y estaba tan seguro de ello porque aún conservaba aquella fotografía y estaba convencido de que lo que el doctor había visto no era un fantasma, sino algo tan real y tangible como él mismo.

—Señor... No sé cómo decirle esto. Pero mucho me temo que no vio usted a Francis ese día, sino al joven de esta fotografía. De la que usted, por cierto, ya tenía conocimiento. —Durrell le mostró la que le había entregado la reina.

El doctor Townsend se mostró avergonzado.

—En efecto, inspector. Sabía de su existencia. Sin embargo, jamás di crédito a esa amenaza.

Durrell se acercó al escritorio cercano y regresó con la lupa que el viejo doctor utilizaba con sus libros más antiguos.

—¿Recuerda si alguno de los bebés tenía algo que le llamase la atención? ¿Alguna marca de nacimiento... como esta? —Durrell aproximó la lupa hasta la fotografía, ampliando la imagen en el rostro apenas ladeado del retratado hasta que la marca de la que hablaba, las alas de mariposa, fue claramente reconocible a la vista.

Los ojos del anciano se abrieron mucho. Parpadeó con gran confusión.

—Sí, lo recuerdo... uno de los pequeños tenía esa pequeña mancha difusa... Claro que entonces no podía distinguir bien lo que era —reconoció Townsend, y lo miró con gran pesar—. Ese joven que vi... Era él, ¿no es cierto? Realmente, todo este tiempo creí que aquel niño habría muerto a manos de su raptor. Supuse que se trataba de algún impostor... Hasta que me miró con sus ojos, que parecían acusarme desde el fondo del alma por haberlo abandonado a su suerte.

—No debe torturarse por ello, señor. Usted no lo abandonó. Alguien se lo quitó —puntualizó Durrell con indulgencia—. Pero ha vuelto, señor. Alguien logró encontrarlo, y si no damos con él a tiempo, será imposible salvarle esta vez o frenar el escándalo.

Towsend asintió.

—Haré lo que usted diga, hijo. Confío en usted —aceptó el anciano.

—En ese caso, propongo que nos reunamos con Celestia ahora mismo. Creo que ella también merece conocer la verdad —observó Morgan.

—Es cierto. Y Dios quiera que logre perdonarme por el daño que voy a ocasionarle —se lamentó el hombre.

—Lo hará, señor. Es demasiado generosa para guardarle rencor —aseguró Durrell.

El anciano se levantó y le acompañó hasta la puerta, pero se detuvo antes de abandonar el salón donde charlaban y clavó sus ojos cansados en Durrell.

—Usted la ama, ¿no es cierto? —preguntó, esbozando una débil sonrisa.

—Con todo lo que soy, señor —contestó Morgan sin el menor atisbo de duda.

Towsend asintió, satisfecho por su respuesta.

—Me alegra escuchar eso, inspector. Porque también ella le ama.

—¿Lo aprueba, señor? —inquirió Morgan y, en esa ocasión, recelaba su respuesta.

—Y lo celebro. Yo mismo no habría escogido mejor, inspector Durrell. Mi hija será dichosa con usted, estoy completamente seguro. Pero dejemos ese asunto para otro momento. Le ruego que nos acompañe durante la cena. Veamos dónde se ha metido mi querida hija... ¡Betsy!

El ama de llaves acudió enseguida a la llamada de su señor.

—Betsy, por favor, avisa a Celestia de que el inspector Durrell se quedará a cenar —pidió Towsend con amabilidad.

Betsy se mordió los labios.

—Lo siento, señor... La señorita Towsend salió hace un buen rato.

—¿Y puede saberse adónde? Esta joven inquieta no puede permanecer en un mismo sitio dos horas —se quejó con tono cariñoso.

—Con la señorita Isabel, señor.

En ese instante, el llamador de la puerta sonó con insistencia y Betsy se

disculpó con ambos para acudir a abrir. Al cabo de unos segundos, aquellos pasos característicos en el pasillo anunciaron la presencia de la recién llegada.

Isabel Tisdale saludó al doctor Townsend con un beso en la mejilla y a Durrell con una inclinación de cabeza. Elevó en el aire un pequeño libro encuadernado en piel rojiza con letras doradas.

—Señor Townsend, inspector... Le prometí a Celestia que le prestaría Madame Bovary en cuanto lo terminase. Y aquí estoy, ¿dónde se ha metido mi querida amiga? —La expresión de Isabel se heló al ver los rostros serios de los dos hombres—. Un momento... ¿Qué está pasando aquí, caballeros? ¿Por qué me miran como si acabasen de ver un fantasma? ¿Alguno puede explicármelo?

Betsy se apresuró a traer la nota que Celestia había recibido aquella misma mañana.

Isabel la examinó con detenimiento y, tras unos segundos, miró a Durrell con angustia.

—La letra se parece bastante a la mía, inspector. Pero desde luego, no es mi letra —aseveró, añadiendo con rapidez—: Sin embargo, conozco a alguien muy capaz de imitarla. Lo hacía desde que éramos niñas.

—¿Hermione? —preguntó Durrell, sintiendo un pánico inexplicable a medida que las facciones de Isabel se tensaban de inquietud.

—No está en casa... La vi hace un buen rato. Ella y ... Douglas Shelley tomaron un carruaje hace tres horas, al parecer para acudir a una función en Drury Lane. Pero conozco a Hermione. Es la excusa que utiliza cuando padre se encuentra en casa para poder reunirse con ese miserable de Shelley en su madriguera. —Esa vez, Isabel ya no podía dominar que el miedo se reflejase en su voz.

—Vamos... No hay un minuto que perder. —Durrell no aguardó a que le siguieran. Corría como loco en la dirección que Isabel le daba mientras ella intentaba alcanzarle con dificultad.

\*\*\*

Celestia había llegado a su cita con Isabel con bastante antelación, así que había aprovechado para pasear un rato por los extensos jardines del parque St. James. Recorrió la calle Birdcage hasta donde cruzaba con la calle St. George, donde se había citado con su amiga a esa misma hora. Pensó que no era costumbre en Isabel retrasarse, pues apreciaba como ella la virtud de la puntualidad, por lo que el hecho de que aún no hubiera llegado empezaba a inquietarla. Y, por otro lado, se acercaba la hora de la cena y no quería que su padre se preocupara por su tardanza.

De pronto, un carruaje se detuvo junto a ella. Unos dedos enguantados apartaron la pequeña cortina de terciopelo y por aquella abertura asomó el rostro de Hermione Tisdale.

—¡Celestia! Gracias a Dios que te encuentro... Tienes que acompañarme... Ha ocurrido algo terrible... ¡Es Isabel! —La voz de Hermione se quebró con un ataque de llanto.

—¡Hermione! Dime qué ha sucedido, por Dios...

—¡Es horrible, horrible! Puede que Isabel no lo supere... está muy mal, quiere verte... ¡Sube y te lo contaré por el camino!

El pescante del carruaje bajó hasta los pies de Celestia y ella no lo dudó. Abrió la puerta y se ayudó a subir colocando las manos en los extremos. Se acomodó junto Hermione, tratando de calmar su histérico llanto para obtener información sobre lo que le ocurría a su amiga.

—¡Cálmate, Hermione! Debes... —Celestia se detuvo en seco al ver cómo, de pronto, aquel llanto histérico se transformaba en una gran carcajada.

Hermione no dejaba de reír, mientras su mirada chispeante de diversión se dirigía hacia el asiento, situado en la sombra frente al que ellas ocupaban. Celestia siguió con su mirada la de Hermione, apretando los labios con furia al descubrir al hombre que observaba la escena con expresión jocosa.

—Pero... ¿Qué clase de broma pesada es esta? —preguntó, incapaz de

comprender lo que aquellos dos seres retorcidos pretendían.

No tuvo tiempo de hacer más preguntas. El puño de Douglas Shelley le golpeó la barbilla con fuerza y Celestia cayó desvanecida sobre el mullido asiento.

\*\*\*

Celestia despertó sintiendo el roce suave de unos dedos sobre la mejilla. Abrió los ojos y encontró los fríos de Hermione. Estaba sentada en la orilla de un jergón donde ella se encontraba tumbada contra su voluntad. Quiso erguirse, pero sus manos y pies habían sido atados a cada uno de los extremos de madera de aquella cama. Miró en derredor, tratando de descubrir dónde se encontraba. Parecía una alcoba, aunque la penumbra le impedía distinguir con nitidez cualquier otro detalle que le proporcionara alguna pista. Miró nuevamente a Hermione, quien continuaba observándola con aquella mirada perversa que hacía que Celestia temiera lo peor.

—Por Dios, Hermione... ¿por qué... por qué haces esto? —preguntó, aterrorizada al ver el halo de luz que se aproximaba.

Douglas Shelley portaba una lámpara de gas que depositó junto a la cama.

—¿Por qué? —Hermione sonrió como una niña traviesa y encogió los hombros —Porque puedo, querida. Siempre te has creído mejor que yo. Tú y mi fastidiosa hermana, todo el tiempo. Pero ahora, todo se arreglará. Cuando terminemos contigo, todo volverá a estar bien. Pobre Celestia... Nunca superaste la pérdida de Francis... Estabas tan deprimida... A nadie le sorprenderá que decidieras quitarte la vida lanzándote al Támesis... Será un final perfecto.

Hermione aplaudió, riendo sin cesar. Al ver que Celestia se revolvía sobre el colchón, la abofeteó repetidamente, sus facciones desfiguradas por una furia irracional.

Shelley apresó la mano de Hermione para detener la lluvia de golpes.

—Ya basta —ordenó Shelley—. Vas a lograr estropearlo todo. ¿Acaso quieres que encuentren su cadáver lleno de marcas? Tiene que parecer un suicidio, Hermione, no lo olvides. No quiero tener a ese maldito inspector rondándome y haciendo preguntas incómodas.

Hermione obedeció con desgana y se levantó.

—Está bien. Pues termina de una buena vez lo que hemos venido a hacer. Dijiste que te emplearías a fondo con ella, ¿no? ¿A qué esperas? Aquí tienes a esta maldita entrometida. Haz lo que tengas que hacer... Pero recuerda tu promesa. Quiero que sea humillante... y doloroso.

Hermione se mantuvo a unos centímetros y cruzó los brazos con absoluta naturalidad, como si se dispusiera a disfrutar de un espectáculo desde el palco de cualquier teatro.

—¡No! Douglas, te lo ruego... ¡Detente! —gritó Celestia, viendo cómo el hombre llevaba las manos hasta la abertura de su pantalón y comenzaba a desabrocharlo.

—Tranquila, querida. Te gustará... Al fin y cabo, siempre lo has deseado —dijo, lamiéndose los labios con lujuria.

—¡No... jamás! ¡Nunca! Me dais asco... los dos... ¡pagaréis caro por esto!... ¡A mí, auxilio! —Celestia gritaba cuanto podía, pero su sentido común le decía que nadie podía escuchar su voz en el exterior.

Shelley se acomodó entre sus piernas, dispuesto a llevar a cabo la vileza que se proponía, pero Celestia se erguía una y otra vez. Douglas acercó su boca a la de ella y Celestia aprovechó la oportunidad, mordiéndole con fuerza los labios hasta notar aquel sabor característico de la sangre en su propia boca. Él se apartó, encolerizado por su resistencia. La abofeteó varias veces.

Hermione lanzó un gruñido y acertó la distancia, sujetando con fuerza los hombros de Celestia para obligarla a permanecer recostada.

—Maldito inútil... —le gritó al hombre—. ¿Es que tengo que hacerlo yo todo? ¡Vamos, hazlo de una vez!

De repente, la puerta de la habitación cedió, abriéndose por completo. Una

sombra surgió y se abalanzó como un relámpago sobre Shelley, lo asió por el cuello y lo arrastró con él, lejos de Celestia, cayendo ambos hacia el otro lado de la cama. En su ímpetu, la sombra tropezó con Hermione, quien apartó las manos de Celestia y cayó también al suelo, desorientada.

La sombra mantenía a Shelley en el suelo, inmóvil bajo su peso. Descargaba sus golpes contra él sin piedad, pese a que Shelley se defendía. Pero los movimientos de la sombra eran guiados por alguna extraña fuerza que confería a sus golpes una intensidad que nadie podría explicar.

Celestia no podía pensar con claridad, tiraba de aquellas correas que la mantenía prisionera, pero era inútil. Cerró los ojos, rogando por no perder otra vez la consciencia... Abrió los ojos de nuevo. A través de la ventana, la luna iluminaba la figura de los hombres que luchaban encarecidamente a los pies de la cama. Celestia entrecerró los párpados, tratando de que su vista borrosa enfocara mejor la imagen... Entonces la vio... Puede que fuera un sueño... Aquella mariposa blanca que aleteaba sobre los hombros de quien, providencialmente, había acudido en su ayuda... La mariposa voló hacia ella y se posó sobre su mejilla, como si quisiera decirle algo al oído... *Pippa... Pippa...* Las suaves alas de mariposa besaban su piel con ternura... Cerró los ojos, dejando que aquella extraña sensación de paz la envolviera.

—¡Celestia!

Aquella voz desgarrada, pronunciando su nombre hizo que Celestia volviera a una realidad donde los hombres continuaban su brutal contienda en el suelo. Sintió que alguien liberaba sus ataduras.

—¡Celestia! —repitió la voz—. Amor mío, di algo... háblame...

—¿Morgan?... ¡Morgan! —Se abrazó a él con desesperación.

Morgan no quería soltarla. Su corazón latía frenético a causa del pánico y el temor a perderla. La estrechó con fuerza, intentando dominar los violentos temblores que sacudían el cuerpo de Celestia. No se percató de cómo Hermione, quien había permanecido agazapada en las sombras, emergía de ella, blandiendo un atizador y dispuesta a descargar su golpe certero en la

cabeza de Durrell.

—Tú... ¡Maldito! ¡Si tanto la amas, te reunirás con ella en el otro mundo!  
—gritó, enloquecida.

Durrell cubrió con su cuerpo el de Celestia para protegerla. Esperó el golpe, pero algo detuvo a Hermione, porque, finalmente, este no llegó a alcanzarlos. Morgan miró a un lado.

La sombra que peleaba con Shelley había interceptado aquel golpe mortal, sujetando la mano de Hermione en el aire. La empujó contra la pared, aturdiéndola el impacto y deslizándose lentamente hasta quedar sentada con la espalda apoyada en aquella pared. Hermione, furiosa, agarró la lámpara de gas y la lanzó con violencia sobre la sombra, quien la esquivó con un movimiento. En su lugar, la lámpara se estrelló contra las cortinas de terciopelo que colgaban de la ventana, que ardieron con rapidez mientras las voraces llamas inundaban pronto la habitación.

Shelley se levantó y trató de sorprender a su rival, lanzándolo en dirección a las llamas. Pero, una vez más, la sombra se movió con ágiles movimientos y fue el propio Shelley quien pronto se vio envuelto en el fuego. Se retorció mientras lo devoraba, aullando de dolor y desesperación, mientras el resto de los presentes contemplaban la escena con horror.

Hermione había quedado paralizada de espanto, muy cerca del lugar donde el fuego consumía a su cómplice.

Durrell tomó en brazos a Celestia y se dirigió a la salida, desviando un momento la mirada hacia la lastimera imagen de la pérfida joven que se encontraba al otro lado de la habitación. Aunque Hermione Tisdale no le inspiraba la más mínima compasión, comprendió que debía intentar algo.

—¡Señorita Tisdale! —gritó Durrell, intentando que ella abandonara aquel estado de aturdimiento provocado por el terror—. ¡Señorita Tisdale! ¡Vamos, corra hacia mí! ¡Salga!

Ella no se movió. Sus ojos permanecían clavados en Shelley mientras era consumido por las llamas.

Nada podía hacer por Hermione si ella misma no hacía algo por salvar la vida, pensó Durrell, llamándola pese a todo desde la puerta sin obtener respuesta alguna. Dándose por vencido y viendo el cariz que tomaba el incendio, decidió poner a salvo a Celestia. Con ella en sus brazos, corrió hacia el exterior de la casa y permaneció afuera, aguardando a que sus hombres llegaran.

Shelley se arrastró con su último aliento hasta Hermione, sujetando su vestido con aquellos dedos ardientes y logrando que las llamas la alcanzaran también a ella. Hermione reaccionó un instante, el justo para apartar los dedos de Shelley de ella, pisándolos con furia y aversión.

No mucho después, Shelley se desplomó sin vida a su lado, mientras ella chillaba sin cesar, intentando apagar inútilmente las llamas de su vestido, que avanzaban de manera inexorable por su rostro y sus cabellos.

En un arrebato de piedad, la sombra emergió tras las llamas que devoraban el cuerpo de Shelley y, con rapidez, tiró de la colcha que cubría la cama. Se acercó a Hermione de un salto y ella lo miró espantada y se cubrió la cara con los brazos.

—¡Fuera, fuera!... ¡Aléjate mí, demonio!

En su enajenación, Hermione era incapaz de distinguir nada. Su mente perturbada la hacía creer que aquella sombra que pretendía salvarla era, en realidad, el mismísimo Diablo, tratando de arrastrarla consigo hasta el Infierno para que pagase por sus pecados.

La sombra no se detuvo. Arrojó la colcha sobre Hermione, sofocando las llamas y evitando que sufriera el mismo destino que Shelley. Hermione no pudo ver cómo la ponía a salvo.

Justo en el momento en que Durrell dejaba a Celestia en el suelo para que Isabel le proporcionara las primeras atenciones, escuchó el fuerte estruendo de cristales que se rompían. La casa de Shelley estaba situada a orillas de Támesis, así que Durrell la rodeó y corrió hacia la parte de la misma que daba al río. Mirando hacia la ventana, vio como la sombra saltaba y caía desde ella

con un bulto en los brazos.

La corriente hacía que el desconocido que había saltado por la ventana fuera conducido por las aguas hasta las escaleras más próximas a la derecha de la casa. Durrell corrió en aquella dirección, sin apartar la vista de las ondas que se dibujan en el agua, indicando las brazadas del hombre. Lo vio emerger un momento del agua, viendo cómo depositaba algo en el primer peldaño de la mohosa escalera.

—¡Alto, detente! —gritó Durrell.

El hombre lo miró un instante, suficiente para que Durrell reconociese con certeza el mismo rostro que había visto antes en la habitación en llamas. Después, sin decir una sola palabra, volvió a lanzarse al agua.

Durrell no lo detuvo. Se aproximó a las escaleras y examinó el cuerpo envuelto en la tela, identificando enseguida a Hermione Tisdale. Echó una última ojeada a las aguas, pensativo. ¿Por qué lo había hecho? Se dijo que por muchos años que viviera, jamás lograría comprender los entresijos del alma.

## Epílogo

*Seis meses después...*

*Sanatorio mental de Broadmoor*

**D**os caballeros contemplaban, desde el pequeño ventanuco de metal, a la joven al otro lado de la enorme celda. La imagen era deplorable y espeluznante.

Una joven vestida de gris se hallaba atada a una silla, a cuyo respaldo se mantenía sujeta con los nudos de su camisa de fuerza. La silla estaba ligeramente elevada del suelo y anclada a este con un extraño mecanismo con muelles que se extendían y recogían a la orden manual del hombre que permanecía al otro lado de la instalación.

La cabeza de aquella demente estaba cubierta apenas por unos cuantos mechones amarillentos y su rostro desfigurado, en el que resplandecían dos ojos fríos como el acero, producía verdaderos escalofríos a quien se atreviese a mirarla. La joven aullaba como una posesa, calmándose apenas un instante cada vez que el muelle que controlaba su silla bajaba para sumergirla en aquella piscina de agua helada y regresaba de nuevo a su posición.

—¡Viene a por mí! ¡El Diablo viene a por mí! ¡Me quema, me quema! — gritaba de manera inexplicable, pues se decía que cada vez que era sumergida en el agua helada, ella sentía exactamente el efecto contrario.

Y así sucedía siempre. Aquella infeliz creía que era devorada por el fuego del Infierno una y otra vez, día tras día. Chillaba durante horas hasta quedar

extenuada. Solo entonces lograba su carcelero dominar la furia de aquella loca y la trasladaba a su celda, donde dormía plácidamente unas horas antes de que el tormento de sus espantosas pesadillas la despertase nuevamente.

—¿Crees que sabe algo? Y si fuera así, ¿crees que hablará? —preguntó uno de los hombres a su acompañante.

Este apoyó en el suelo su bastón y acarició con la palma de la mano la brillante empuñadura de plata con forma de cabeza de buitre, pensativo.

—No sabe nada. Y no hablará.

—¿Cómo estás tan seguro? —insistió el otro con nerviosismo.

—No lo hará —repitió con tono enérgico, añadiendo—: He dado instrucciones muy precisas al respecto.

El otro caballero lo miró con expresión interrogante. Pero el brillo maligno en los ojos de quien había realizado tal afirmación le dijo que era mejor para él no hacer más preguntas.

La joven chilló todavía un buen rato. Sus gritos seguían escuchándose mientras los dos caballeros se alejaban por el largo pasillo que conducía a la salida. Lo último que oyeron fue el estruendo metálico y seco de una puerta que se cerraba a sus espaldas, sellando las paredes de aquel lugar donde las almas morían lentamente.

\*\*\*

Morgan releyó la carta una vez más. La había recibido unos meses antes y, entonces, el contenido de la carta había hecho que su buen humor se disipara. Sin embargo, la había guardado con la esperanza de que, pasado un tiempo, su lectura le produjera otra impresión y quizá una mejor opinión sobre la autora de esta.

*Inspector Durrell,*

*Me complace enormemente el modo en que ha resuelto el incómodo*

*asunto que le encargué. El Comisionado Warren tuvo la amabilidad de hacerme llegar su informe y no pude por menos que sorprenderme por el sórdido plan que contra mi persona se había urdido. Personalmente, he trasladado al buen doctor Townsend mis condolencias por la pérdida de su querido hijo, así como mi agradecimiento por que ese joven intercediera con su propia vida para intentar evitar la vileza que esas personas de la peor calaña pretendían. Por otro lado, sentí gran congoja por el triste final del impostor que había sido influenciado en mi contra. Aunque supongo que ha sido una suerte para todos que al final no sobreviviera. Por fin, tal y como le dije a usted, ese asunto quedará enterrado con él para siempre. En cuanto a su recompensa, no he olvidado la promesa que le hice. Sepa que, pronto, el Comisionado Warren comunicará su decisión personal de retirarse de la vida pública, quedando su cargo vacante. Estoy segura de que alguien como usted podría ocupar ese puesto con gran honorabilidad, pues ya ha demostrado con creces su valía. He dado instrucciones precisas para que, a su debido momento, le sea comunicado a usted su nuevo nombramiento. Y me haría un gran honor que lo aceptara, no lo niego. Además, he sabido que se ha comprometido usted con la señorita Celestia Townsend, quien de seguro sabrá aconsejarle bien sobre esta cuestión. Les deseo a ambos, de corazón, la mayor de las dichas.*

*Y poco más tengo ya que decirle, inspector Durrell, salvo gracias nuevamente.*

*S.M.V.*

Durrell suspiró con cierto disgusto, pues leer de nuevo la carta, lejos de lo que pensaba, seguía provocándole la misma sensación de malestar. Por tal motivo, pensó que no tenía sentido alguno conservarla, así que la lanzó de inmediato al pequeño fuego de la chimenea. Mientras observaba cómo la lumbre consumía enseguida aquella misiva, no pudo evitar pensar en cuanto había sucedido.

Finalmente, el interrogatorio a la alcahueta Talulah Parris había sido más que provechoso. La vieja le había confesado que muchos años atrás, en Irlanda, había conocido a una joven que, como ella, se dedicaba al respetable negocio de la prostitución. La joven le había confiado un terrible secreto que implicaba a alguien muy importante de la familia real, así como que había dejado el fruto de su pecado en manos del buen doctor Townsend. Talulah no había dudado en utilizar aquella información. Cuando su amiga huyó en un barco con destino a América, Parris y su cómplice, un tahúr irlandés al que llamaban Sean el Perro, le habían seguido la pista al buen doctor hasta Inglaterra.

No tardaron en dar con él en una posada de las afueras de Londres. El Perro logró llevarse al niño y se lo entregó a Talulah, maquinando ambos cómo harían para extorsionar y sacar una buena tajada de aquel pequeño. Solo que Talulah no contaba con que, en Inglaterra, el Perro había dejado muchos *admiradores*. Aquel desgraciado le debía dinero a media isla, así que no llegó a vivir para cobrar la recompensa de su secuestro. Talulah lo encontró muerto unos días después y creyó que alguien en Palacio podía estar moviendo hilos para eliminarlos sin dejar rastro alguno. Eso nunca fue realmente confirmado por ella, pero por si estaba en lo cierto y temiendo correr la misma suerte del Perro, Talulah abandonó a aquel niño a las puertas de un convento.

Talulah afirmó a Durrell no sentir remordimiento alguno por la suerte que hubiera corrido el niño, ni importarle si seguía vivo o había muerto en la indigencia más absoluta. Sin embargo, reconoció que solía recordar a menudo a aquella criatura y la extraña mancha que se extendía a un lado de su cabecita. Muchos años después, seguía recordándole. Y una noche en la que hubo demasiado vino y desenfreno, le contó su increíble historia a su cómplice en sus actividades retorcidas. Se trataba de un tal Cain Blandford, administrador del sanatorio mental de Broadmoor, un desgraciado que se valía de su trabajo para someter a aquellos pobres infelices a todo tipo de ignominias. Tras escuchar a Talulah, Blandford enseguida recordó a aquel

joven silencioso recluido en Broadmoor a quien recientemente se había visto obligado a trasladar a Denbigh, y la marca de su sien que coincidía con la descrita por la vieja Talulah.

Pensando que aquello podría reportarle una buena suma de dinero, a su vez, compartió aquella información con su amigo Phineas Latimer, pues este último poseía los contactos necesarios para llevar a cabo aquel nuevo chantaje. Pero un descuido de Latimer hizo que el joven Francis Townsend, que por entonces investigaba la gangrena que se extendía en los clubes de Londres, se cruzara en sus caminos. Para quitar de en medio al curioso Townsend, Latimer contrató los servicios de Jack Black, apodado *Butcher*, un asesino de la peor especie dispuesto a matar a quien fuera a cambio de unas monedas.

Durrell y McKinnon habían logrado interceptar a *Butcher* en aquel antro, el *Dead Ferret*, un local clandestino de la calle Wataby donde se celebraban peleas de ratas y hurones. Averiguaron que Jack Black iba allí cada viernes y se jugaba hasta el último chelín apostando.

Por supuesto, no había sido fácil reducirlo entre ambos, pues el tal *Butcher* era una mala bestia de casi dos metros de altura y ciento diez kilos. Pero después de lograrlo y arrastrarlo hasta Newgate para su confesión, el desgraciado había afirmado cometer todos los crímenes de la calle Cleveland. Al ser interrogado sobre el porqué había asesinado a aquellos muchachos, *Butcher* dijo que así lo había ordenado Latimer, que quería muerto a Townsend y que aquellos otros chicos debían morir para que la policía creyera que se trataba de algún ritual contra los sodomitas que frecuentaban la zona.

Y eso había sido todo... Unos pobres muchachos habían muerto porque ellos pretendían ocultar los verdaderos motivos de la muerte de Francis Townsend... Por sus crímenes, Jack Black había sido juzgado, encontrado culpable y condenado a morir en la horca. Y así terminó sus días de *carnicero*, con un lazo al cuello y ni penique en los bolsillos.

Al poco de la confesión de *Butcher*, sus hombres le dieron a Durrell la

noticia de que habían encontrado, en uno de los túneles que discurrían bajo la ciudad, lo que quedaba de Blandford, después de que las ratas dieran cuenta de él. Nadie le tenía suficiente aprecio para reclamar sus restos, así que fue sepultado en una fosa común, muy cerca de aquel sanatorio mental donde aquel miserable llevaba a cabo sus perversiones. Durrell se ocupó de forma personal de informar al Comisionado Warren sobre las vilezas cometidas en Broadmoor por Blandford y sus clientes. La lista incluía nombres de banqueros, aristócratas y oficiales del ejército; todos hijos, padres o hermanos de personas que habían sido miembros respetables de la sociedad... Era repugnante. Y no podía meterlos en prisión. El Comisionado había dado orden de que la investigación se cerrase con la ejecución de Butcher, al que la prensa bautizó definitivamente como el Carnicero de sodomitas de la calle Cleveland. Por su parte, Durrell había tenido que aceptar la decisión del Comisionado, pero le había arrancado el compromiso de apartar para siempre de su ciudad a aquellas despreciables personas. Ninguno de ellos podría regresar jamás a Londres. Lady Hortensia Willbrough había recibido la noticia con alivio, pues, tal y como ella sospechaba, uno de los implicados era su abominable hijastro.

En cuanto a Talulah Parris, por sus muchos y perversos crímenes, había sido condenada y encarcelada en Holloway. Y, como era de esperar, tratándose de alguien que tanto daño había causado y siendo infinito su número de enemigos, su cuerpo fue encontrado sin vida a los pocos días de ingresar en prisión.

Por su parte, Douglas Shelley, quien había estado directamente involucrado en las tropelías que acontecieron en Broadmoor, orquestando todo tipo de actos infames y planeando posteriormente el secuestro e intento de asesinato de Celestia, había encontrado su justo castigo pereciendo entre las llamas. Hermione Tisdale fue rescatada del fuego y de las aguas del Támesis y, al recobrar la consciencia, fue incapaz de pronunciar una sola palabra o frase que tuviera sentido. A las preguntas que se le hicieron para intentar esclarecer

los motivos que la condujeron a participar en las vilezas cometidas, respondió con aullidos y blasfemias. Parecía haber perdido el juicio por completo y repetía una y otra vez que el Demonio había intentado llevársela al otro mundo. Ni Durrell ni ninguna de las personas que conocían a la señorita Hermione Tisdale lograron averiguar qué oscuros sentimientos o rencores habían retorcido su alma, de un modo tal que despertara en ella aquel insano deseo de infringir los peores tormentos a aquellos que la rodeaban. Nadie pudo explicar el origen de su odio ni de la maldad que anidaba en su interior. Ella y Shelley habían sido cómplices en innumerables fechorías y, cuando la investigación sobre Broadmoor se cerró, las atrocidades cometidas por ellos y sus ricos amigos contra los internados en el sanatorio habrían escandalizado a la sociedad a unos niveles inimaginables. El relato escalofriante de sus infamias, contra la propia voluntad de Durrell, había sido ocultado a la opinión pública en aras de mantener el orden y proteger los nombres más influyentes. Finalmente, la criatura horripilante en quien Hermione se había convertido tras su paso por las llamas permanecería, puede que el resto de su vida, en aquel sanatorio mental al que en el pasado solía acudir para satisfacer sus perversos deseos.

Durrell aspiró, profundamente asqueado por sus pensamientos.

Parecía que aquella investigación había sido finalmente resuelta. No obstante, aún había una cuestión que Durrell no había logrado aclarar: ¿qué había visto Francis en el joven que acompañaba a Latimer aquella noche que tanto despertó su curiosidad? ¿Cómo pudo saber quién era? La respuesta seguía siendo un misterio inexplicable y se negaba a aceptar los argumentos un tanto sobrenaturales que Celestia había aducido. Que, de algún modo, Francis Townsend había sentido que el joven que acompañaba a Phineas Latimer aquel día, era su hermano... Pero ¿cómo?

—¡Vamos, señor! Su coche le espera... ¡y su prometida también! No sería bueno para su reputación que llegase al altar después de la novia —bromeó McKinnon, irrumpiendo bruscamente en el despacho, ataviado como un

pincel.

\*\*\*

Celestia seguía hipnotizada junto a la ventana. No podía contárselo a quien era ya su marido, pues él no aceptaría de ningún modo aquella historia que la señora Palladino le había relatado en una ocasión. Sin embargo, aquel era el primer día del resto de su vida. Y no podía amar y ser amada, sin antes compartir su felicidad con alguien más.

Su mirada se ensombreció al ver cómo la mariposa blanca aleteaba al otro lado del cristal, con la clara intención de alejarse para siempre. Supo que era una despedida y pegó la palma de su mano al cristal, en un vano intento de retenerla. Celestia sintió que los ojos de aquel insecto, situados a ambos lados de su pequeña cabeza, la miraban directamente a los suyos. El viento sopló con suavidad en el exterior y ella creyó escuchar el tenue susurro... *Pippa, Pippa...* Colocó ambas manos esta vez en la cristalera y cerró los ojos, exhalando un hondo suspiro.

—Adiós, querido Francis... —murmuró.

Desde la cama, Morgan contemplaba la hermosa silueta de su esposa. La luz de la luna se filtraba por la ventana, revelando la sinuosa forma de Celestia.

—Celestia... ¿vienes? —preguntó, viendo cómo ella abandonaba su posición y se acercaba a la cama.

Morgan se hizo a un lado para dejar que se recostara junto a él. Se irguió, inclinándose sobre un codo para contemplarla, extasiado.

—¿Crees que estará bien? —inquirió ella en voz baja.

Morgan sonrió ante la extraordinaria bondad de aquella joven.

—¿No puedes dejar de pensar en él, no es cierto? —la regañó con ternura, sacando de debajo de la almohada algo que guardaba celosamente para ella. Le entregó la carta—. Aquí tienes. Lo guardaba como regalo de bodas para

mañana. Pero ya veo que no serás del todo mía si no te adelanto mi humilde obsequio.

Celestia lo miró sin comprender.

—Vamos, léela —la invitó él, mientras acariciaba con suavidad la línea de su garganta.

Celestia comenzó a leer en voz alta, quebrándose su voz a medida que avanzaba la lectura.

*Querida Celestia,*

*Nunca podré agradecer bastante todo lo que han hecho por mí. Cuando el inspector Durrell me encontró aquel día, aterido de frío y desorientado en la orilla del Támesis, jamás pensé que me propondría un arreglo así. Tu padre fue muy generoso al ofrecirme su pequeña casita en este maravilloso lugar de Irlanda. Y me hizo muy feliz recibir tu paquete a los pocos días. He aprendido a leer y escribir. Como podrás apreciar por mi caligrafía, aún debo practicar mucho. Pero tengo confianza y esperanza... Y con la ayuda del ángel que Dios me envió, estoy seguro de que cada día será un maravilloso descubrimiento. De todos modos, creo que practicaré a menudo escribiéndote cartas, si es que no te importuna recibirlas. El señor Durrell insistió en que lo hiciera, dijo que te haría inmensamente feliz.*

*Annie quiere que la perdones si alguna vez te trató con brusquedad. También ella te agradece tus atenciones y desea que pronto puedas venir a visitarnos. Cada noche, leo un buen rato para ella antes de que se duerma, aunque confieso que la pobre no aguanta mucho despierta, pues el hijo que viene en camino la tiene completamente agotada. Debes saber que ya hemos elegido un nombre para nuestro pequeño. Si es niña, llevará tu nombre... Espero que no lo desapruebes, pero no conozco muchos nombres que me traigan buenos recuerdos. Si es un varón, se llamará Francis... Deseo de corazón que lo sea, querida Celestia... Se lo prometí a la mariposa que me guio hasta ti el día en que te aparté de las*

*garras de aquel monstruo. Le prometí que siempre estaría en mi corazón... Y nunca se ha ido de mi lado...*

*Bien, ahora tengo que dejarte. Annie reclama su lectura y no puedo hacerla esperar.*

*Hasta pronto, querida Pippa.*

*Siempre tuyo,*

*Will.*

*Posdata: Te escribo un pequeño fragmento de la lectura que nos ocupa, Otelo, pues me ha parecido especialmente hermosa: Frecuentemente le robé lágrimas, cuando hablaba de algunos de los dolorosos golpes que habían herido mi juventud. Acabada mi historia, me dio por mis trabajos un mundo de suspiros... Me amó por los peligros que había corrido, y yo la amé por la piedad que mostró por ellos».*

—Es como si una parte de Francis siguiera conmigo.

Celestia parpadeó y una lágrima resbaló por su mejilla.

Morgan la recogió con un dedo, le quitó la carta de la mano y volvió a guardarla bajo la almohada. Se inclinó sobre Celestia, rozando con sus labios la boca palpitante que se abría para decir algo.

—Morgan... Morgan Durrell... —Ella pronunció su nombre bajo la boca masculina—. ¿Alguna vez dudaste que eras el único hombre que podría hacerme feliz?

Morgan se apartó un segundo, sonriendo mientras enmarcaba las hermosas facciones en el hueco de su mano.

—Querida Celestia, aún mantengo la esperanza de que sea así. Te prometo que me esforzaré cada día de mi vida para merecerte.

Ella le cubrió la mano con la suya, restregando su mejilla con actitud mimosa.

—Ya me mereces, Morgan. No tienes que demostrarme nada, amor mío, eres todo cuanto podría soñar. Eres honesto y leal. Y aunque la mayor parte de las veces lo ocultas, tienes un gran corazón rebosante de amor...

—Solo rebosa de amor por ti, querida —la interrumpió, un tanto avergonzado por aquella visión de sí mismo que ella le ofrecía.

—A mí no me engañas, inspector. Eres el hombre más bueno y generoso que jamás he conocido. Y si tu padre siguiera vivo, Morgan, se sentiría tremendamente orgulloso de ti.

La expresión de Morgan se ensombreció un instante y Celestia lo miró, conmovida.

—Mi amor, ¿aún sigues enfadado con él?

—No estoy enfadado —replicó Morgan—. Es solo que... Ojalá hubiera tenido tiempo de conocerle mejor. Pasé tanto tiempo guardándole rencor por los abrazos que nunca me dio cuando era un niño, que olvidé abrazarle yo cuando fui hombre.

Su confesión la desarmó por completo. Celestia comprendió cuánto de aquel niño quedaba en el hombre que era su esposo. Supo que les esperaba un largo camino juntos por andar. Muchas heridas que seguían abiertas debían cicatrizarse. Pero no tenía miedo. Leía en los ojos de Morgan la determinación de que así fuera.

—No puedes cambiar el pasado, Morgan. Pero puedes construir a mi lado un futuro. Y siempre tendrás mi mano tendida, dispuesta a apoyarte cuando sientas flaquear tu voluntad —prometió ella.

—Eres extraordinaria, querida. Jamás imaginé que aquella joven deslenguada que me atizaba con un palo cricket y me plantaba cara, acabaría convirtiéndose en la señora Durrell —se burló Morgan—. Pero he de confesar que lo deseé casi desde el primer instante.

—Y yo he de confesar, querido, que lograbas exasperarme cada vez que te mostrabas condescendiente conmigo —replicó Celestia.

—Eso es porque eras demasiado atrevida.

—Y tú demasiado huraño —se defendió ella.

—Quería protegerte...

—Y yo que me hicieras el amor. Pero has sido muy estricto conmigo,

inspector —se quejó Celestia, divertida—. Estos meses, he sentido los ojos de Viola en mi nuca cada vez que te visitaba. Parece que esa buena mujer temía que, en cualquier momento, quisiera colarme en tu habitación y robarte tu virtud.

—Era tu virtud la que le preocupaba, señora Durrell —puntualizó Morgan, besándola con suavidad—. He soñado con este momento desde aquel día en mi despacho... No imaginas la tortura que ha sido nuestro largo compromiso.

La besó de nuevo, esta vez, profundizando un poco más. Ella abrió los labios, recibiendo su lengua y dejando que se enredara con la suya.

Morgan deslizó la mano desde la barbilla hasta la garganta, dibujando con su dedo índice la línea de aquel camisón infernal que tan solo se interponía entre ambos. Después, su mano descendió hacia abajo y se detuvo un momento en su estómago, antes de continuar hasta las piernas. Sujetó el extremo inferior de la prenda y la alzó hasta los muslos, dejando sus medias al descubierto. Las acarició con expresión embelesada y su mano inició nuevamente el recorrido, volviendo sobre sus pasos y hallando aquel lugar íntimo y palpitante donde, una vez, ella había alcanzado el éxtasis en sus brazos. La despojó de la tela que la cubría y dejó que sus dedos descansaran allí unos segundos. Estaba húmeda y caliente... Presionó con sus dedos la fuente de su placer, frotándolo despacio, en una caricia que arrancaba roncós gemidos de la garganta femenina.

La piel de Celestia ardía a cada roce de aquellos dedos. Se arqueaba contra su mano, buscando su propia satisfacción, clavándole las uñas en la espalda, exigiendo que no se detuviera...

Morgan sonrió, cubriéndole el rostro de besos mientras desataba las cintas de la parte superior del camisón. Tiró lentamente de la sutil prenda hacia abajo, dejando al descubierto sus senos del color de la nieve. Inclino la cabeza sobre ellos y besó cada uno con adoración.

—¿Me habrías cortejado tú? —murmuró Morgan contra su pecho, recordándole la pregunta que ella le había hecho una vez.

—Mil veces... —respondió Celestia con la voz ahogada por el deseo—. Ya me conoces... Soy absolutamente indecente.

—Absolutamente —convino Morgan, aumentando el ritmo de la caricia en el botón de su feminidad y sonriendo levemente cada vez que ella apresaba su mano entre las piernas.

—Por favor... —suplicó Celestia, enredando sus dedos en la nuca masculina y obligándole a acercarse su cabeza. Le buscó la boca, hambrienta, desesperada...

Morgan no podía soportar más aquella tortura. Se acomodó entre aquellos muslos carnosos que se abrían para él como una rosa en primavera. Entró en ella, muy despacio, mirándola fijamente, analizando su expresión por si la incomodaba con su invasión. Temía asustarla, pero le costaba un trabajo hercúleo dominar sus movimientos, que buscaban hundirse en ella y alcanzar su propia satisfacción.

—Morgan... —Celestia le sostuvo la mirada mientras su cuerpo se convulsionaba suavemente, una y otra vez.

Morgan se hundió por completo en su cálido interior y aumentó el ritmo de sus movimientos. La penetró una y otra vez, saliendo ligeramente y entrando en ella de nuevo cada vez que sentía el frenético empuje de sus caderas hacia él, jadeando, buscando su boca y su lengua... Al final, los gemidos de ambos se confundieron y Morgan emitió uno prolongado, ahogado y ronco, presionando después con sus labios el pulso que latía en la garganta de la mujer.

Apoyó la frente sudorosa en la frente de Celestia, también perlada en sudor.

—Absolutamente... indecente —convino Morgan de nuevo.

Celestia exhaló un profundo suspiro de placer. Lo miró, perdiéndose en el verde de sus ojos brillantes y rio, pletórica de felicidad, mientras le alborotaba el negro cabello.

—Inspector Durrell, debería mostrar más respeto. Le recuerdo que soy una mujer casada —se burló, recibiendo como castigo una lluvia de besos que le

cubrieron el rostro.

—Señora Durrell... cállate y bésame de una vez, ¿quieres? —ordenó Morgan con los labios sobre su mejilla.

Amaba a Celestia, pero debía reconocer que la obediencia no era la mejor virtud de su esposa. Así que en lugar de esperar que ella acatara su orden, se tomó la libertad de apresar él mismo su boca.

*FIN*

## Agradecimientos 1

Esta historia no habría sido posible sin la impagable colaboración de Mi Ángel, mi experto en historia con sueldo cero e ilusión desbordante. Nadie como él es capaz de desmenuzar tanto mis escenas y meterse en la piel de los malos, poniendo al descubierto sus flaquezas y mis nervios. Gracias por el esfuerzo y el tiempo dedicado, robado a tus propias aficiones.

Gracias también a Marcelo e Isa, quienes me asesoraron sobre algunos aspectos de la medicina forense con sus consejos y conocimientos. Prometí un personaje para Isa y aquí está, la señorita Isabel Tisdale.

A Lola Gude, sin cuyo empuje y confianza esto no habría sido posible, una mujer que es en realidad un torrente de energía y no quiere darme el secreto ni la fuente de esta. Gracias por seguir creyendo en esta escritora anónima y chapada a la antigua que sigue huyendo de Facebook, Twitter, Instagram... Larga vida a nuestras Kleypas, Quick y Henley.

Gracias también a Laura y Almudena, por su minucioso trabajo y por la paciencia demostrada con mi historia.

A Bárbara, la responsable de diseñar esta portada elegante y preciosa, un millón de gracias, supiste ver la imagen que había en mi cabeza.

Un gracias muy especial a quienes durante estos años creyeron en mí cuando ni yo misma lo hacía: José de la Rosa, Lucía de Vicente, Raquel Barco, “Jezz Burning”, Mercedes de Vestales, las chicas del Rincón Romántico y Autoras en la Sombra... Estoy aquí porque tuve la suerte de que se cruzaran en mi camino o cruzarme yo en el suyo... Gracias siempre.

Gracias igualmente a mis amigas, las de toda la vida (ellas lo saben) y las recientes. Esos desayunos no tienen precio. Su apoyo e ilusión son puro combustible.

Por último, gracias de corazón a todas las personas que han dedicado unas horas de su tiempo a esta lectura. Ojalá no les haya defraudado. En el fondo, esto es para todas esas personas.

## Agradecimientos 2

Gracias a los que ya se fueron y a los que aún están... De todos llevo algo en el corazón.

Si te ha gustado

*Mil veces tú*

te recomendamos comenzar a leer

*La colina de las mariposas invisibles*

de *Betina Shablíko*



## Ludmila en el bosque del silencio

Ludmila dio el último sorbo a su té de jengibre, apoyó la taza sobre el escritorio y se miró largamente en el espejo mientras se enfundaba el abrigo *bordeaux* que usaba a diario para ir al hospital. También reparó en su trenza rubia despeinada, pero sin ninguna intención de mejorarla.

Salió de su consultorio rumbo a su automóvil, más que deseosa de partir hacia su casa, donde la esperaba Vodka, su flamante mascota desde hacía un mes y a la que había rescatado de la calle una fría noche de lluvia.

Ya con las llaves del automóvil en la mano, hizo un gesto de saludo a la enfermera Carla que le sonreía de lejos. Con la otra mano, sacó de su bolsillo un hueso de juguete que alzó para mostrárselo, sonriente, y, forzando la voz para que resultara audible para Carla, exclamó feliz:

—¡Para Vodka...! —Volvió a saludar a la enfermera, quien, ante tal devoción por una mascota, no pudo evitar acompañar su sonrisa con un meneo de cabeza. Acto seguido, Ludmila se dirigió con pasos apurados hacia su automóvil.

Pero al llegar a la portezuela, sin ninguna razón, posó su mirada en uno de los *pabellones del fondo*, como solían llamar a aquellos en donde alojaban a los pacientes más peligrosos y a los que ya nadie visitaba.

Si bien no era la médica tratante de ese sector, dado que ella era psicoanalista y no psiquiatra, y jamás se cansaba de aclararlo, de vez en cuando inspeccionaba *motu proprio* ese pabellón para cerciorarse de que todo estuviera relativamente bien.

Aquella tarde, ella no tenía planeado hacerlo, no obstante, ya estaba encaminándose hacia allí.

Estaba anocheciendo y, por eso, le pareció raro que aún no estuviese encendida la luz tenue que solían dejar hasta el alba.

La puerta estaba entornada y, a diferencia de otras veces, en esa ocasión, sin siquiera asomarse para ver el interior, entró, decidida, a esa sala oscura y por demás húmeda.

A pesar de que todo estaba en penumbras, y las camas apenas podían ser percibidas como meras sombras, le llamó la atención una luz de linterna y el destello de un brillo metálico que provenía de uno de los rincones.

Se acercó confiada. A medida que la distancia se acortaba, comenzó a divisar dos siluetas vestidas de blanco que estaban de espaldas y que no tardaron en girar sus cabezas al unísono al percibir su inesperada presencia.

En un primer momento, las confundió con dos médicos.

«¿Quiénes son...?», se preguntó. Pero al quedar sus rostros enfrentados, en segundos, y en medio de una conmoción, reconoció la identidad de los dos rostros a media luz.

Ya muy alterada, avanzó un paso hacia ambas figuras, pero al intentarlo, tropezó con un bulto en el piso... Al bajar la vista, sus ojos se toparon con una bolsa blanca de lona de la que sobresalían mechones de cabello.

Las dos personas de blanco estaban de pie junto a una cama y sostenían por la cabellera a una paciente totalmente dopada, a la que ya le habían cortado varios de sus mechones.

—¿Qué creen que están haciendo aquí...?! —exclamó Ludmila, emitiendo un chillido que sonó parecido a un alarido de terror. Su exasperación le impedía percatarse de la situación y no fue capaz de medir las consecuencias.

Al instante de haber emitido su pregunta, captó la escena completamente...

—¿Están robando el cabello de esta pobre gente?! —gimió con lo que le quedaba de voz.

Las dos figuras ni se inmutaron ni le respondieron. Solo se miraron entre sí, como celebrando un acuerdo tácito.

Una de ellas se deslizó, como si flotara sobre el piso, y se colocó a la derecha de Ludmila. La otra, con una expresión hierática, comenzó a acercarse con esa tijera brillante, y sus ojos de tiburón dominaban todo su

rostro.

En ese instante, Ludmila sintió un golpe seco en su espalda, algo similar a una puñalada, que la hizo inclinarse hacia delante, como si fuera a vomitar, y al incorporarse, ya casi sin poder respirar, lo último que vio fueron esos ojos asesinos y el fulgor del metal.

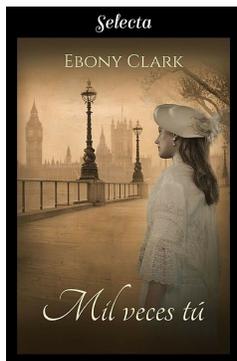
Después de experimentar un gran dolor en su frente, comenzó a sentir que un líquido le recorría el rostro y le impedía abrir los ojos... Ni siquiera pudo darse cuenta de que eso era sangre... y, en contados segundos, comenzó a desfallecer.

No obstante, sentía voces lejanas, como si estuviera despertando de la anestesia después de una cirugía. Casi no recordaba lo que había sucedido..., pero tuvo la sensación de haber sido trasladada a algún lugar.

Extraño..., ya por último, solo escuchaba silencio... Y aunque sumida en un profundo sopor, alcanzó a percibir un tenue aroma a *eucaliptus* que la hizo soñarse de nuevo en los días soleados de su infancia.

De pronto, ya no sintió el aroma a *eucaliptus*... Pero el silencio, en cambio, se tornó eterno.

**Era un hecho consumado que Durrell había perdido por completo el control de sus actos. Le haría el amor a Celestia Townsend, a pesar de sus principios, a pesar de que se había prometido no tocarla... La haría suya, pese a todo y a sí mismo.**



Corre el año 1886.

El circunspecto inspector Morgan Tiberius Durrell investiga con la máxima discreción una serie de sucesos acontecidos en las proximidades de la calle Cleveland.

La señorita Celestia Townsend vive ajena a las banalidades que inquietan a las jóvenes casaderas de Londres. Sus aspiraciones van más allá de convertirse en la esposa dócil y conveniente de algún caballero seguramente incapaz de

apreciar sus virtudes.

Los dos han determinado que no encajan en una sociedad hipócrita donde el linaje y las apariencias lo son todo. Y aunque no se conocen ni son nada el uno para el otro, un trágico acontecimiento hará que sus destinos se crucen de forma irremediable.

A partir de ese momento, Durrell tendrá que utilizar todo su ingenio para resolver el misterio oculto tras los sucesos que investiga, mantener al margen a la tenaz señorita Townsend y ocultar los sentimientos que despierta en él.

**Ebony Clark** es la identidad bajo la que se oculta Cristina, una mujer de treinta y cinco años, natural de las Islas Canarias, que escribe desde los diecisiete sobre el amor. Soñadora incorregible deja que los sueños la lleven por las calles que conducen a Covent Garden en el bullicioso Londres o por el árido territorio de un rancho de Arizona o hasta el encanto abrumador del mítico puente de Brooklyn. En su mente, todos esos lugares se convierten en escenarios idóneos para sus historias de amor.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Ebony Clark

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-24-1

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

me**gustaleer**

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Mil veces tú

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos 1

Agradecimientos 2

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Ebony Clark

Créditos